AÑO CRISTIANO

ó

EJERCICIOS DEVOTOS

PARA TODOS LOS DOMINGOS

DIAS DE CUARESMA Y FIESTAS MOVIBLES

contiene

LA HISTORIA Ó EXPOSICION DEL MISTERIO
Ó DE LO MAS DIGNO DE SABERSE EN TALES DIAS; ALGUNAS REFLEXIONES SOBRE
LA EPÍSTOLA; UNA MEDITACION DESPUES DEL EVANGELIO DE LA MISA
Y ALGUNOS EJERCICIOS PRÁCTICOS DE DEVOCION Ó PROPÓSITOS ADAPTABLES
Á TODO GÉNERO DE PERSONAS

ESCRITO EN FRANCÉS

Por el P. J. CROISSET de la Compañía de Jesus

NUEVA TRADUCCION

POR DON JOSE MARIA DIAZ JIMENEZ, PRESBÍTERO

REVISTA Y CORREGIDA CON ESMERO

Por DON BUENAVENTURA DE CUBA
Benedictino, Doctor en Filosofía y Teología, antiguo Catedrático de Filosofía y Matemáticas en la Universidad Régia y Pontificia de Irache de Estella.

ADORNADA CON LÁMINAS FINAS

TOMO XVII

Desde el domingo tercero despues de Pentecostés hasta el primero de Adviento.

PARIS
LIBRERIA DE CH. BOURET
23, CALLE VISCONTI, 23

MEXICO
LIBRERIA DE CH. BOURET
18, CALLE SAN JOSE EL REAL, 18

1878

TABLA

DE LOS TÍTULOS QUE SE CONTIENEN EN ESTE QUINTO TOMO.

	Pág.
TERCER DOMINGO DESPUES DE PENTECOSTÉS,	1
Historia de este domingo	*ib.*
La epístola de la misa,	16
Reflexiones sobre la epístola,	*ib.*
El evangelio de la misa,	19
Meditacion. — De la alegría que causa en el cielo la conversion de un pecador,	*ib.*
Propósitos,	23
CUARTO DOMINGO DESPUES DE PENTECOSTÉS,	25
Historia de este domingo,	*ib.*
La epístola de la misa,	36
Reflexiones sobre la epístola,	37
El evangelio de la misa,	39
Meditacion. — De la renuncia que debemos hacer de todo lo que mas amamos por amor de Jesucristo,	40
Propósitos,	43
QUINTO DOMINGO DESPUES DE PENTECOSTÉS,	44
Historia de este domingo,	*ib.*
La epístola de la misa,	60
Reflexiones sobre la epístola,	61
El evangelio de la misa,	63
Meditacion. — De la caridad que debe tenerse con el prójimo,	*ib.*
Propósitos,	67
SEXTO DOMINGO DESPUES DE PENTECOSTÉS,	68
Historia de este domingo,	*ib.*

Pág.
Explicacion de las ceremonias del bautismo, 75
La epístola de la misa, 89
Reflexiones sobre la epístola, 90
El evangelio de la misa, 92
Meditacion. — Del cuidado que Dios tiene con los que se dedican á su servicio y le siguen, *ib.*
Propósitos, 96

Séptimo domingo despues de Pentecostés, 97
Historia de este domingo, *ib.*
La epístola de la misa, 107
Reflexiones sobre la epístola, 108
El evangelio de la misa, 110
Meditacion. — De la verdadera devocion, 111
Propósitos, 115

Octavo domingo despues de pentecostés, 117
Historia de este domingo, *ib.*
La epístola de la misa, 129
Reflexiones sobre la epístola, 130
El evangelio de la misa, 132
Meditacion. — De la limosna, 133
Propósitos, 136

Nono domingo despues de Pentecostés, 138
Historia de este domingo, *ib.*
La epístola de la misa, 151
Reflexiones sobre la epístola, 152
El evangelio de la misa, 154
Meditacion. — Qué desdicha es el no corresponder á la gracia, 155
Propósitos, 159

Décimo domingo despues de Pentecostés, 160
Historia de este domingo, *id.*
La epístola de la misa, 172
Reflexiones sobre la epístola, 173

Pág.
El evangelio de la misa, 175
Meditacion. — De la humildad cristiana, *ib.*
Propósitos, 179

UNDÉCIMO DOMINGO DESPUES DE PENTECOSTÉS, 181
Historia de este domingo, *ib.*
La epístola de la misa, 195
Reflexiones sobre la epístola, 196
El evangelio de la misa, 199
Meditacion. — De la verdadera piedad propia de cada estado, *ib.*
Propósitos, 204

DUODÉCIMO DOMINGO DESPUES DE PENTECOSTÉS, 206
Historia de este domingo, *ib.*
La epístola de la misa, 218
Reflexiones sobre la epístola, 219
El evangelio de la misa, 221
Meditacion. — De las obras de misericordia, 222
Propósitos, 226

DÉCIMOTERCIO DOMINGO DESPUES DE PENTECOSTÉS, 228
Historia de este domingo, *ib.*
La epístola de la misa, 240
Reflexiones sobre la epístola, 241
El evangelio de la misa, 243
Meditacion. — Que no hay otro mal verdadero en la tierra mas que el pecado, 244
Propósitos, 247

DÉCIMOCUARTO DOMINGO DESPUES DE PENTECOSTÉS, 249
Historia de este domingo, *ib.*
La epístola de la misa, 262
Reflexiones sobre la epístola, 263
El evangelio de la misa, 265
Meditacion. — Que no es posible servir á Dios y al mundo á un mismo tiempo, 266
Propósitos, 271

Pag.
DÉCIMOQUINTO DOMINGO DESPUES DE PENTECOSTÉS, 272
Historia de este domingo, *ib.*
La epístola de la misa, 283
Reflexiones sobre la epístola, 284
El evangelio de la misa, 286
Meditacion. — La muerte es dulce para los buenos, y terrible para los pecadores, *ib.*
Propósitos, 290

DÉCIMOSEXTO DOMINGO DESPUES DE PENTECOSTÉS, 292
Historia de este domingo, *ib.*
La epístola de la misa, 304
Reflexiones sobre la epístola, 305
El evangelio de la misa, 307
Meditacion. — Del orgullo, *ib.*
Propósitos, 311

DECIMOSÉPTIMO DOMINGO DESPUES DE PENTECOSTÉS, 313
Historia de este domingo, *ib.*
La epístola de la misa, 325
Reflexiones sobre la epístola, 326
El evangelio de la misa, 328
Meditacion. — De los defectos que se hallan en el amor que nos lisonjeamos tener á Dios, *ib.*
Propósitos, 332

DÉCIMOOCTAVO DOMINGO DESPUES DE PENTECOSTÉS, 334
Historia de este domingo, *ib.*
La epístola de la misa, 345
Reflexiones sobre la epístola, 346
El evangelio de la misa, 349
Meditacion. — Que no hay verdadera felicidad sobre la tierra sino en el servicio de Dios, *ib.*
Propósitos, 352

DÉCIMONONO DOMINGO DESPUES DE PENTECOSTÉS, 354
Historia de este domingo, *ib.*

Pág.
La epístola de la misa. 366
Reflexiones sobre la epístola, *ib.*
El evangelio de la misa, 369
Meditacion. — Sobre el pequeño número de los que se salvan, *ib.*
Propósitos, 374

VIGÉSIMO DOMINGO DESPUES DE PENTECOSTÉS, 376
Historia de este domingo, *ib.*
La epístola de la misa, 386
Reflexiones sobre la epístola, *ib.*
El evangelio de la misa, 388
Meditacion. — De la pronta obediencia á la voz de Dios, 389
Propósitos, 393

VIGÉSIMO PRIMER DOMINGO DESPUES DE PENTECOSTÉS, 395
Historia de este domingo, *ib.*
La epístola de la misa, 404
Reflexiones sobre la epístola, 405
El evangelio de la misa, 407
Meditacion. — Del perdon de las injurias, 408
Propósitos, 411

VIGÉSIMO SEGUNDO DOMINGO DESPUES DE PENTECOSTÉS, 412
Historia de este domingo, *ib.*
La epístola de la misa. 421
Reflexiones sobre la epístola, 422
El evangelio de la misa, 424
Meditacion. — Del estado del pecado mortal, *ib.*
Propósitos, 428

VIGÉSIMO TERCER DOMINGO DESPUES DE PENTECOSTÉS, 430
Historia de este domingo, *ib.*
La epístola de la misa, 442
Reflexiones sobre la epístola, 443
El evangelio de la misa, 445

Pág.
Meditacion. — De la importancia de la salvacion, 446
Propósitos, 449

VIGÉSIMO CUARTO Y ÚLTIMO DOMINGO DESPUES DE PENTECOSTÉS, 450
Historia de este domingo, *ib.*
La epístola de la misa, 470
Reflexiones sobre la epístola, 471
El evangelio de la misa, 473
Meditacion. — Sobre esta gran verdad : *Todo pasará ; pero la palabra de Dios no pasará,* 474
Propósitos, 478

FIN DE LA TABLA.

SCEAUX. — IMP. CHARAIRE É HIJO.

AÑO CRISTIANO

ó

EJERCICIOS DEVOTOS

PARA TODOS LOS DOMINGOS,

DIAS DE CUARESMA Y FIESTAS MOVIBLES.

TERCER DOMINGO

DESPUES DE PENTECOSTES.

Como el primer domingo despues de Pentecostés está consagrado á la solemnidad de la fiesta de la santísima Trinidad, y el segundo concurre siempre en la octava del Santísimo Sacramento, el primero que sigue inmediatamente á la celebracion de todas estas fiestas es siempre el tercero; y por consiguiente por el domingo tercero despues de Pentecostés es por donde empiezan nuestros ejercicios de piedad para todos los domingos que quedan hasta el Adviento.

Los Griegos llaman á este domingo el segundo de la doctrina ó predicacion de Jesucristo, ó en otros términos, el de *Cristo docente*; por los Latinos es llamado el domingo de los Publicanos y de los Pecadores, y comunmente el *de la oveja descarriada*, con motivo de leerse este dia en la misa el evangelio en que se refiere la solicitud con que los publicanos y los pecadores públicos procuraban oir á Jesucristo.

Habiendo murmurado de esto los fariseos, dieron ocasion al Salvador para proponerles la parábola consoladora de la oveja extraviada, que con tanto zelo va el pastor á buscar, dejándose las noventa y nueve en el redil. Toda la historia del oficio de este domingo está llena de los rasgos de la bondad de Dios con el pecador, y de la confianza que debe inspirarnos una misericordia tan oficiosa.

La misa de este dia comienza por este versículo del salmo 24: *Volved, ó Dios mio, vuestros ojos hácia mi:* dignaos favorecerme con una de vuestras miradas; destituido de todo socorro, miradme como objeto de vuestra compasion. Considerad mi abatimiento y los males que yo padezco, y sírvanme al menos estos para expiar todos los pecados que he cometido.

Es verisímil que este salmo fué compuesto durante la rebelion de Absalon. Arrojado David de Jerusalen, y perseguido á todo trance por aquel hijo rebelde, abandonado de todos sus cortesanos, insultado por Semei, y obligado á huir á pié como el mas vil de los esclavos, reconoce que todos estos males son penas justas por su pecado, y señaladamente por su adulterio. Confiesa que su pecado es grande; pero reconoce que es mas grande todavía la misericordia de Dios, y penetrado de los mas vivos sentimientos de confianza en esta infinita misericordia, tanto por lo menos como de amargo dolor de su pecado, toma ocasion de la enormidad de este mismo pecado para tener mas confianza en esta divina misericordia: *Aplicaos sobre mi pecado, porque es muy grave.* Como si dijera: Yo estoy persuadido, Señor, que esta rebelion de mi hijo y todos los males que yo padezco son justos efectos de mi pecado. Grande es, en ver-

Arrojado David de Jerusalen y perseguido á todo trance por aquel hijo rebelde, e insultado por Semei reconoce que todos estos males son penas justas por su pecado.

dad, este pecado, yo conozco toda su enormidad; pero cuanto mas grande es, es mas á propósito para hacer brillar vuestra bondad, que siempre predomina en todas vuestras obras. Perdonando, pues, á un pecador tan grande como yo, es como se ostenta vuestra misericordia. Todo este salmo está lleno de admirables sentimientos de contricion, de humildad y de penitencia, y en todo él brilla la confianza de este ilustre penitente. *Yo levanto mi corazon á vos, Señor: en vos solo, Dios mio, pongo toda mi confianza; no pase yo, Señor, por la confusion de verme abandonado de vos.* Levantar el alma hácia algun objeto, es una manera de hablar bastante ordinaria en la Escritura; y significa el deseo ardiente que uno tiene, la viva confianza que le anima en la bondad de aquel que puede conceder lo que se le pide. En este sentido Jeremías, hablando de los israelitas cautivos en Babilonia, los cuales suspiraban por la vuelta á su amada patria, á la que no debian volver, dice que aquel pueblo no volverá á la tierra, hácia la cual eleva su alma. *Elevemos nuestros corazones y nuestras manos al cielo hácia el Señor*, dice en otra parte. Fácil es ver la relacion que tiene el principio de la misa de este dia con todo el resto del oficio, el cual gira todo sobre la bondad de Dios con el pecador, y sobre la confianza del pecador en este Padre de las misericordias, en este Dios de toda consolacion.

La epístola que se ha elegido para la misa de este dia, está tomada de la exhortacion que hace san Pedro á los fieles para inclinarles á que se humillen delante de Dios, á que reposen en él y velen sobre sí, á fin de no dar motivo al enemigo de nuestra salvacion, que nos observa y da vueltas continuamente al

rededor de nosotros, para aprovecharse de todas las ocasiones de dañarnos.

Humillaos, pues, dice el santo apóstol, *bajo de la mano poderosa de Dios, á fin de que os exalte en el tiempo de su visitacion.* Formando aquí san Pedro un compendio de la vida cristiana, comienza exhortando á los fieles á que tengan humildad, la cual debe ser la virtud fundamental de los cristianos, puesto que ella es la base y el sólido fundamento de todas las virtudes cristianas. Sin ella se edifica sobre arena movediza. Por mas que el edificio de la perfeccion esté apuntalado con mil prácticas de piedad, todas á cual mas especiosas, sin una humildad sincera y profunda todo bambolea, todo se hunde, el edificio y los puntales. Humillaos, pues, bajo de la mano del Omnipotente, adorad sus órdenes, obedeced su voluntad, someteos á las leyes de su providencia. Reconoced en su presencia que nada podeis sin su auxilio, que vuestra salud está en sus manos, que no teneis bien alguno que no hayais recibido de su pura liberalidad; espíritu, talento, bellas cualidades, penetracion, ciencia, genio, todas estas ventajas son puros dones, son bienes de los cuales le debeis el capital y los réditos. *Dios resiste á los orgullosos, y da su gracia á los humildes.* ¡Cosa extraña! estamos convencidos de nuestra pobreza; nuestra ignorancia, nuestros defectos, nuestras flaquezas, todo nos predica, todo nos da á conocer nuestra nada; nada hay, hasta nuestro mismo orgullo, que no nos humille; mas entre tanto, aunque nos vemos así humillados, no somos por eso mas humildes: sin embargo, es menester ser humildes para ser exaltados en el tiempo de la visitacion, esto es, en el dia decisivo de nuestra

suerte eterna, en el que, por mas virtud que hayamos tenido, nos hallaremos todavía cargados de deudas. Sola la humildad puede enternecer á nuestro soberano Juez: ella es la que le desarma. Un corazon generoso, un corazon noble fácilmente perdona á un criminal que ve á sus piés.

Teneis un Dios que es tambien vuestro Padre, descargad en él todo lo que puede inquietaros. Dios ha tenido cuidado de vosotros antes que fuéseis, dice san Agustin; ¿os olvidará por ventura ahora que os ha criado? Procurad servir á Dios con fidelidad, y no tengais cuidado por lo venidero. ¡Cuántas inquietudes, temores y disgustos nos ahorraríamos, si tuviésemos una verdadera confianza en Dios, y contásemos firmemente con su providencia! Dios quiere, sí, que seamos solícitos en proveer á nuestras necesidades, y no condena una sabia prevision. Las vírgenes necias son repudiadas por no haber tenido cuidado de hacer en tiempo su provision de aceite. Es menester obrar, dice un gran santo, como si el éxito dependiese solo de nuestra industria; y sin embargo es preciso contar con la divina Providencia, como si para nada sirviesen todos nuestros cuidados y toda nuestra industria. Sirvamos á Dios con fervor, y estemos tranquilos en órden á todos los acontecimientos de la vida, porque él mismo tiene cuidado de nosotros. Dios todo lo ve, lo futuro como lo presente; Dios es omnipotente, y nos ama: tomando, pues, á su cargo el cuidado de nosotros, nada tenemos que temer mas que nuestra desconfianza; ella es la que detiene muchas veces el curso de los beneficios y de las gracias de Dios sobre nosotros.

Sed sobrios, vivid con modestia y con templanza;

pero con todas estas virtudes no dejeis de velar siempre. No conteis ni con vuestra piedad, ni con la seguridad del estado que habeis abrazado, ni con los auxilios que teneis, ni con la buena voluntad de que estais animados, ni con vuestra inocencia : velad incesantemente, estad siempre sobre las armas, porque vuestro enemigo el demonio, semejante á un leon que ruge, da vueltas por todos lados buscando á quien devorar. Estais, es verdad, como en un coto y en el aprisco á la vista de Jesucristo vuestro divino pastor; pero este mismo buen pastor os exhorta á que oreis y veleis para que no seais sorprendidos por el leon rugiente que no duerme, y que da vueltas de continuo para devorar á cualquiera que sale del redil, y aun para entrar en él apenas encuentre la mas pequeña brecha; y si entra, ¡qué estrago no hace! Mantenecos, pues, en el aprisco, esto es, en la Iglesia católica, apostólica y romana; luego que se sale uno de ella, ó por la apostasía, ó por el cisma, ya está devorado. No es bastante permanecer en el aprisco, es menester una vigilancia eterna, y estar dia y noche alerta contra un enemigo que está al pié del muro buscando algun subterráneo por donde introducirse en la plaza, ó para volar alguna mina, y dar en seguida el asalto. El demonio no se cansa, y jamás duerme. Sutil, hábil y astuto observa los parajes débiles, y contra ellos dirige siempre todos sus esfuerzos. Por poco que descuidemos el reparar las brechas, y el fortificar los puestos mas descubiertos, la plaza es tomada. Resistidle, constituyendo vuestra fuerza en la fe. Las almas que así lo hacen son las que vencen al demonio y al mundo. Tomando en todo encuentro el escudo de la fe, es el medio por el cual se extinguen

todos los tiros encendidos del espíritu maligno. La fe es la que nos descubre los bienes infinitos y eternos que debemos esperar, los males que debemos evitar, y los medios de que debemos servirnos para ello. Ella es la que nos inspira la confianza en Dios, el espíritu de oracion, la vigilancia y el temor saludable de los enemigos de nuestra salud. Sin la fe no hay mas que flaqueza, tinieblas, ilusion y error. Por esto el demonio deja muy tranquilos á los que han perdido la fe, ó que no están ya en la Iglesia. Siendo la fe el fundamento de la salvacion, no tiene mucho empeño en arruinar un edificio que flaquea por el fundamento. Los cristianos perseguidos á quienes iba dirigida esta epístola, podian creer que no sucedia lo mismo en las demás iglesias, sino que gozaban en todas partes de la paz de que estaban ellos privados, lo que hubiera sido para ellos el colmo del desconsuelo. Desengáñales, pues, el apóstol de esta falsa idea, y les manifiesta que la persecucion que suscitan contra ellos el mundo y el infierno, es comun á todos los fieles derramados sobre la tierra. Sabed, les dice, que todos vuestros hermanos esparcidos por el mundo tienen que sufrir lo mismo. No os desanimeis, cual si estuviéseis solos en el combate. Jesucristo está á vuestra cabeza, y todos vuestros hermanos repartidos por todo el universo combaten con vosotros, y tienen los mismos enemigos que vencer. ¿Seria justo que vosotros permaneciéseis en inaccion, mientras que toda la Iglesia de Jesucristo está á las manos, por decirlo así, con el enemigo, con todas las potestades de las tinieblas? El cristianismo no quiere almas cobardes. Toda la vida, dice Job, es una guerra continua sobre la tierra. No hay paz, no hay tregua con

unos enemigos que no la quieren sino á riesgo de nuestra salud. Vivimos en medio de peligros, hasta la muerte habitamos en país enemigo; es necesario tener de continuo las armas en la mano para combatir y para defendernos, y el cielo no se da por recompensa sino á los victoriosos. La carne, las pasiones, las tentaciones que nacen en nuestro propio terreno, son enemigos tanto mas peligrosos, cuanto que son enemigos domésticos que nosotros mismos alimentamos. Nuestro propio corazon nos hace traicion; nuestros sentidos están de acuerdo con nuestras pasiones; tenemos que combatir contra nosotros mismos (1). Pero Dios, autor de toda gracia, que nos ha llamado en Jesucristo á su eterna gloria, nos hará perfectos, firmes é incontrastables, luego que hubiéremos sufrido un poco. Llama el apóstol á Dios autor de toda gracia, esto es, de todo don perfecto, de todas las gracias que ha derramado sobre su Iglesia dándole el Espíritu Santo; desea que este Dios de bondad y de misericordia acabe en los fieles lo que su gracia ha comenzado en ellos, que los sostenga en sus aflicciones, que los asista en las pruebas, que los afirme en el bien, que les conceda, en fin, el don de la perseverancia, á fin de que lleguen á la gloria, y merezcan las coronas que solo serán concedidas á aquellos que hubieren combatido hasta el fin. Como si les dijese: por la gracia de Jesucristo habeis sido llamados á la fe, y habeis entrado en el seno de la Iglesia; pero no basta esto, es preciso sostener esta dichosa vocacion con la práctica de todas las virtudes, y sobre todo con una generosa paciencia en medio de las adversidades y de las persecuciones,

(1) II ad Tim. 3.

que, como el fuego que purifica el oro, lejos de abatiros ó consumiros deben hacer mas pura y mas brillante vuestra virtud. No basta tampoco el haber sido llamados á un estado tan santo, ni aun el haber brillado en él con el resplandor de vuestras virtudes; es menester perseverar hasta el fin, puesto que la gloria no se da como recompensa sino á la perseverancia final. Yo espero de la misericordia de nuestro Dios, que él acabará su obra; la afirmará contra los vientos y las borrascas de la persecucion, y la hará eterna por la gracia de la perseverancia. A él es á quien pertenece la gloria y el soberano poder en los siglos de los siglos. Teniendo Dios el supremo poder, y no pudiendo resistirle cosa alguna, no debeis temer la malicia de los hombres: ellos no dejarán piedra por mover para espantaros, para trastornaros y perderos; pero tened una confianza firme en su bondad, y todos los hombres juntos no son capaces de arrancaros uno solo de vuestros cabellos sin su permiso, ni toda su malicia producirá otro efecto que aumentar vuestro mérito, y hacer mas brillante y de mayor precio vuestra virtud. Pero no dejeis de dar á Dios toda la gloria que le es debida; y por mas virtud que tengais, por mas obras buenas que hiciéreis, reconoced que todo bien procede de él.

El evangelio refiere la solicitud con que los publicanos y los pecadores públicos venian á oir á Jesucristo, hechizados de la dulzura y la bondad con que este divino Salvador les recibia, y del zelo sobre todo que les manifestaba por su salvacion, mientras que los orgullosos é hipócritas fariseos no se digunaban ni aun consentirlos un momento en su presencia.

Jamás proponia el Salvador cosas difíciles y de una

alta perfeccion, sin que tratase de suavizar las dificultades por algun temperamento, y ordinariamente por medio de alguna parábola cuyo sentido alegórico animase á los pecadores y excitase su confianza. Sabia mezclar el amor con el temor, y si de una parte imponia á sus oyentes, por otra les movia, les consolaba y les ganaba de tal modo por su dulzura, que jamás dejaban de oirle. No habia nadie, hasta los publicanos, gentes desacreditadas entre los judíos, y miradas como pecadores públicos y escandalosos, que no procurasen su conservacion, y que no le escuchasen con placer. Por esto eran siempre recibidos con dulzura y con cariño. Los escribas y fariseos murmuraban de esto, y decian altamente que un hombre como Jesucristo, que hacia una vida tan santa y tan perfecta, no debia sufrir que se le acercasen los pecadores, ni debia tener con ellos comercio alguno. La indignacion y las murmuraciones de los fariseos, dice san Gregorio, nos hacen ver que asi como la verdadera justicia está llena de compasion, así la falsa no tiene mas que dureza y acritud. No hubo hipócrita que no quisiese exterminar á todos los pecadores, y cuyo zelo no respirase muertes y rayos. No es esto decir, añade este padre, que á los justos no se les vea tambien algunas veces indignados contra los pecadores; pero hay mucha diferencia entre la indignacion que procede del orgullo, y la que nace del zelo puro de la gloria de Dios y de la salvacion de las almas. Cuando los justos reprenden llevados de su zelo, conservan en el corazon la dulzura inseparable de la caridad; aborrecen el pecado, pero aman al pecador y aprecian á aquellos á quienes corrigen; al paso que aquellos á quienes una falsa opinion de su

mérito hincha de orgullo, desprecian á todo el mundo, y no tienen compasion alguna de los flacos; y tal es el carácter de todo espíritu de partido. Los fariseos eran de este número, dice este santo doctor, y por esto el Salvador les propone de continuo, y ordinariamente bajo de alguna parábola, el maravilloso ejemplo de su dulzura.

Este hombre, decian, *recibe los pecadores, y come con ellos.* Esto es todo lo que aquellos hipócritas echaban en cara al Salvador. Jesucristo para confundirles les responde con una parábola fundada, á la cual no saben qué replicar: compárase á un pastor que corre tras de una oveja descarriada; á una mujer que busca con anhelo una dracma que ha perdido; y á un padre que lamenta los desórdenes de un hijo libertino. Los pecadores comparados á la oveja descarriada, detrás de la cual se corre, á la dracma perdida que se busca con tanta diligencia; todo esto justificaba admirablemente su conducta, y cubria de confusion la falsa delicadeza de los fariseos.

El raciocinio del Salvador es del todo concluyente y sin réplica. *¿Quién de vosotros*, les dice, *que tiene cien ovejas, si pierde una, no deja las noventa y nueve en la pradera, y va á buscar la que ha perdido hasta que la encuentra?* Esta oveja, dice san Agustin, se habia perdido ella misma saliéndose de la majada, y siguiendo sus caprichos; y no podia reducirse otra vez, si la misericordia del pastor no la hubiera buscado. No hay pecador que allá en el fondo de su corazon no perciba la voz del Dios de bondad que le busca, que le llama, que le invita, y le solicita para que se vuelva á él; pero cuando uno se halla bien en sus extravios, cuando deja gritar al pastor que llama,

y se complace en extraviarse cada dia mas, ¿es acaso dócil á esta voz? ¿piensa volver á su deber? ¡Qué alegría, dice el Salvador, para el pastor cuando encuentra su oveja extraviada! Guárdase bien de maltratarla, ni aun la lleva por delante hácia el ganado, quiere ahorrarle todo el trabajo de la vuelta, y contando por nada la fatiga que ha tenido para buscarla, la carga él mismo sobre sus espaldas. ¡Qué bien se pinta el Salvador en esta figura, y qué bien hace en ella su retrato! Y *luego que llega á su casa, reune á sus amigos y á sus vecinos, y les dice: Regocijaos conmigo, porque he encontrado mi oveja que habia perdido.* ¿Qué os parece? ¿es perdonable esta alegría en un pastor que ama su rebaño? El mercenario, un hombre asalariado, ama demasiado su reposo, y muy poco á sus ovejas para que corra en seguimiento de ellas cuando se extravían; solo el espíritu de Jesucristo, solo la caridad cristiana inspira un verdadero zelo, así como á solo él es dado el sentir la dulce alegría que causa la conversion del pecador.

Sabed, pues, continúa el Salvador, *que la conversion de un pecador es un motivo de alegría para toda la corte celestial. Si, la perseverancia de noventa y nueve justos en su inocencia,* por agradable que ella sea, *no causa tanto placer,* por decirlo así, *á todo el cielo, como la conversion sincera de un pecador.* La vuelta de una alma á Dios es una fiesta muy dulce para todos los espíritus celestiales; como conocen lo que vale, no pueden ver que se pierda sin lamentarse de ello. Si pensásemos que el alma del mas vil de los hombres ha sido rescatada al precio de la sangre de Jesucristo, ¿podríamos permanecer insensibles á su pérdida? ¿Y se puede conocer á Jesucristo y creer en él, sin

ver con dolor el abuso indigno que se hace de su sangre? Por estas palabras, *que no tienen necesidad de penitencia*, debe entenderse que no están en pecado mortal, y no tienen necesidad de mudar enteramente de costumbres, ni de voluntad para entrar en la amistad y en la gracia de Dios, puesto que, siendo justos, no la han perdido. No quiere esto decir que los justos estén exceptuados de toda penitencia: no debiéndose considerar ni aun las almas mas santas absolutamente exentas de todo pecado, deben pedir perdon al Señor todos los dias.

No habia cosa mas á propósito para justificar la conducta de Jesucristo con los pecadores, y para condenar las injustas murmuraciones de los fariseos, que una comparacion tan concluyente. Refiere además el Salvador otra segunda que no podia dejar de hacer impresion en los ánimos mas groseros.

Cuando de diez piezas de plata se pierde una, se consuela uno fácilmente con las nueve que le quedan; del mismo modo parece que podria muy bien dejarse perder una alma, cuando se salvan noventa y nueve: sin embargo, se piensa y se dice constantemente lo contrario: porque, si á una mujer que tiene diez dracmas, llega á perdérsele una, ¿se consuela acaso fácilmente? Nada de eso. Enciende inmediatamente una luz para buscarla, barre todos los rincones y escondrijos del aposento, todo lo remueve hasta que la encuentra. Las nueve que le quedan no le causan tanto gusto, como sentimiento le produce la pérdida de una sola. Pero ¿ha vuelto á encontrarla? ¡Qué gozo no experimenta! Lo comunica á todas sus amigas y á sus vecinas; cuéntales la pena que ha sufrido, la inquietud que tenia, la solicitud y la ansiedad con

que la ha buscado, pero que al fin ha sido tambien grande el regocijo que ha tenido cuando la ha encontrado; las invita á que la feliciten por ello, y á que tomen parte en su alegría. ¿Podia Jesucristo, dice un sabio y piadoso intérprete, podia Jesucristo manifestarnos bajo de figuras mas sensibles ni mas expresivas el empeño que tiene en volver á traer á sí al pecador, los pasos que da para ello, y la alegría que experimenta cuando ha triunfado de él por su gracia? Yo no sé, ó Dios mio, lo que es mas incomprensible, ó vuestra bondad para con los hombres, ó la insensibilidad de los hombres para con vos. Vos no teneis necesidad alguna de mí, y me buscais infatigablemente, á pesar de haberos yo despreciado, y aun cuando me he declarado enemigo vuestro. Todo mi bien, toda mi felicidad depende de estar unido á vos; y al tiempo que vos me prevenis, me buscais, me solicitais de la manera mas viva, mas dulce, mas amable, para que vuelva á vuestra amistad, yo no puedo resolverme á ello, os resisto, huyo de vos. ¿Qué ventaja encontrais, ó Dios mio, en la conversion de un pecador, para que ella sea para vos un motivo tan grande de regocijo? ¿cómo podeis ser tan sensible á la adhesion de una criatura vil, que pretendais, por decirlo así, que los ángeles y las almas bienaventuradas os feliciten por ella? Así es, y *yo os lo digo*, añade el Salvador, *que entre los ángeles de Dios habrá un regocijo grande por la conversion de un solo pecador*. ¿Podia Jesucristo darle al pecador motivos de confianza en su misericordia mas obligantes? ¿y qué pecador, por poca razon y poca religion que tenga, podrá desesperar del perdon, aun á la vista de la enormidad de sus crímenes? Aquí,

dice san Gregorio, nos asegura el Salvador que *habrá una grande alegría en el cielo por la conversion de un solo pecador que hace penitencia*; y en otra parte asegura el Señor por su Profeta, *que desde el dia que pecare el justo, no se acordará mas de su justicia.* ¿Concebimos, hermanos mios, añade el santo doctor, la conducta admirable de la bondad divina? A fin de contener á los que están en pié, les amenaza con el castigo si llegan á caer; y para estimular á los que han caido á que hagan esfuerzos para volverse á levantar, les promete, si lo hacen, su divina misericordia: amedrenta á los primeros para que su virtud no les inspire presuncion; lisonjea á los otros para que sus crímenes no les sumerjan en la desesperacion. Si somos justos, temamos la cólera de Dios para no caer; si somos pecadores, tengamos confianza en Dios para volvernos á levantar.

NOTA. La dracma era una pieza de plata que pesaba una dracma, esto es, una ochava ó una octava parte de una onza, y que podia valer cerca de diez sueldos de nuestra moneda (1). Esta suma, aunque pequeña en sí misma, es sin embargo de consideracion para una persona que por todo caudal no tiene mas que diez piezas de plata.

La oracion de la misa de este dia es como sigue.

O Dios, protector de los que en vos esperan, y sin cuyo influjo nada hay firme ni santo en ningun hombre; haced que sintamos mas y mas los efectos de vuestra misericordia, á fin de que siendo nuestro conductor y nuestra guia, pasemos de tal modo por los bienes temporales y perecederos, que no perdamos los eternos. Por nuestro Señor Jesucristo, etc.

(1) Equivale entre nosotros á poco mas de 2 reales vn.

La epistola está tomada de la primera carta del apóstol san Pedro, cap. 5.

Mis amadísimos hermanos: Humillaos bajo de la mano poderosa de Dios, á fin de que os exalte en el tiempo de su visitacion, descargando en él todo lo que puede inquietaros, porque él mismo cuida de vosotros. Sed sobrios, y velad; porque vuestro enemigo, el demonio, semejante á un leon que ruge, da vueltas por todos lados buscando á quien devorar. Resistidle afianzándoos en la fe, estando persuadidos que todos los demás hermanos esparcidos por el mundo tienen que sufrir lo mismo que vosotros. Mas Dios, autor de toda gracia, que nos ha llamado en Jesucristo á su eterna gloria, él mismo nos hará perfectos, nos confirmará, y nos hará incontrastables, despues que hubiéremos sufrido un poco. A él sea dada la gloria y el soberano poder en los siglos de los siglos. Amen.

NOTA.

Estando el príncipe de los apóstoles san Pedro en Roma, en donde habia establecido su silla como centro de la religion, escribió en cualidad de cabeza de la Iglesia esta primera carta á las iglesias del Asia, del Ponto, de Galacia y de Bitinia, que tenian mucho que sufrir de parte de los judíos obstinados y de los gentiles: anúnciales que está próximo el dia del Señor, lo cual debe entenderse de la ruina próxima de Jerusalen, que Jesucristo habia predicho tan claramente, en castigo de la ceguera y de la obstinacion de los judíos por el deicidio que habian cometido.

REFLEXIONES.

Humillaos bajo de la mano poderosa de Dios. Propiamente hablando, jamás podrá el hombre humillarse, en razon de que, por bajo que esté, está siempre en su

lugar; y no siendo por sí mismo otra cosa que nada, para humillarse como debe seria necesario que se pusiese bajo de la nada. Nuestra humildad se mide con relacion á nuestro orgullo. Queremos subir mas alto de lo que debemos; no podemos sufrir el vernos al nivel de los demás, y sin consultar ni la equidad, ni la razon, ni aun el buen sentido, aspiramos siempre á salirnos de nuestra esfera, imaginándonos que estaremos mejor en otro grado. Nos hallamos naturalmente inquietos en el que hemos nacido, mientras sabemos que hay uno superior. Hácense toda la vida esfuerzos para elevarse; caminase, trépase, fatígase para llegar adonde se ve que han llegado ya otros, sin advertir que los puestos mas elevados no son los mas tranquilos; las borrascas y las tempestades estallan por lo comun en las alturas. Si tal vez se goza en ellas de alguna calma, apenas se mira desde tan alto sin que la cabeza se desvanezca. De aquí tan frecuentes caidas y tan tristes revoluciones. Lo que en el mundo se llama grandes fortunas, son no mas que grandes palabras que significan muy poco. Una tierra que se ha comprado; algunos derechos de preeminencia que se han adquirido; títulos antiguos que se han trasladado á una nueva familia; un cargo de magistratura; un empleo en el ejército; una rica herencia que saca á uno del polvo de su condicion; un genio superior é industrioso; la amistad de los grandes; el favor del príncipe, todo esto da un nuevo lustre que lisonjea, que brilla, que deslumbra; pero en resúmen, todo ello, á lo mas, no es otra cosa que un barniz sobre un vaso de tierra. Por mas que se haya nacido grande, no por eso se deja de ser hombre, y por consiguiente flaco, enfermo,

mortal, y toda la grandeza humana viene á parar en un puñado de ceniza. Puédese nacer sobre el trono; pero no hay monarca alguno que desde el trono no descienda al sepulcro. La mas elevada superioridad, la nobleza mas esclarecida, no exceptúan de las enfermedades. Nunca son las pasiones mas fieras ni mas imperiosas que en la prosperidad y en la abundancia. La enfermedad y la muerte no respetaron jamás á los grandes. La autoridad mejor establecida, y el poder mas extenso, no estuvieron nunca al abrigo de las adversidades y de las humillaciones : todo nos humilla, hasta la misma grandeza. Nuestro propio corazon, nuestra imaginacion, nuestro espíritu, son nuestros tiranos en defecto de otros. Un avaro es pobre en medio de sus tesoros. ¿Hubo jamás algun ambicioso contento en su elevacion? La soberanía tiene sus altos y sus bajos, y la corona sus cruces y sus espinas. No hay dia sin niebla sobre la tierra; aun los mas serenos se ven con frecuencia turbados con tempestades inesperadas. La calma no es fruto natural de esta vida; por esto, en todos los sexos, en todas las edades y en todas las condiciones encontramos un fondo de inquietud, de flaqueza, de pena y de disgusto que nos humilla. Son estas las pruebas indelebles y los efectos propios de nuestra nada. Y despues de esto, ¿puede sernos penoso el humillarnos bajo de la mano poderosa de nuestro Dios? ¡Ah! que en efecto nos cuesta demasiado, y esto es lo que debe humillarnos mas. Nuestro orgullo natural es una de nuestras mas sensibles humillaciones. Ninguna cosa prueba mejor nuestra pobreza, nuestra imbecilidad y nuestra flaqueza. Ríese uno cuando ve un mono vestido de héroe; laméntase cuando se encuentra con un mori-

bundo que no cesa de decir que va bien; le causa lástima un hombre de nada, que se imagina que es un gran príncipe. Solo, pues, en la verdadera humildad es en donde se cifra propiamente toda la sabiduría.

El evangelio de la misa de este dia está tomado del de san Lucas, cap. 15.

En aquel tiempo, como los publicanos y los pecadores se acercasen á Jesus para oirle, murmuraban los fariseos y los escribas: Este hombre, decian, recibe á los pecadores, y come con ellos. Inmediatamente el Salvador les dijo esta parábola: ¿Quién hay entre vosotros, dueño de cien ovejas, que, si se le pierde una, no deja las noventa y nueve en la pradera, y va á buscar la que se le ha perdido hasta que la encuentra? Habiéndola encontrado, la carga lleno de gozo sobre sus espaldas, y apenas llega á su casa convoca á sus amigos y á sus vecinos, y les dice: Regocijaos conmigo, porque he hallado mi oveja que habia perdido. Dígoos, pues, que habrá aun mas gozo en el cielo por un solo pecador que hace penitencia, que por noventa y nueve justos que no tienen necesidad de penitencia. ¿O qué mujer hay que teniendo diez monedas, si pierde una, no enciende la antorcha, no barre la casa, y la busca con toda diligencia hasta haberla encontrado? Y cuando ya la halló, convoca á sus amigas y vecinas, y les dice: Congratulaos conmigo, porque encontré la moneda que habia perdido. De este mismo modo, yo os lo aseguro, habrá un gran regocijo entre los ángeles de Dios, por la conversion de un solo pecador que hace penitencia.

MEDITACION.

DE LA ALEGRÍA QUE CAUSA EN EL CIELO LA CONVERSION DE UN PECADOR.

PUNTO PRIMERO.

Considera que nada hay mas consolatorio para los pecadores, nada mas interesante, ni que mas deba

excitar su confianza y acelerar su conversion, que la parábola del evangelio de este dia. Habia dado ya á conocer el Salvador en muchas ocasiones su bondad singular para con los pecadores, el deseo que tenia de su salvacion, y aun el empeño con que ansiaba el verlos convertidos; sus palabras, sus obras, sus parábolas, todo demostraba las entrañas de misericordia que abrigaba este divino Salvador. Yo no he venido, decia, á llamar á los justos, sino á los pecadores; los que están sanos no tienen necesidad de médico; los remedios son para los enfermos. Si hace el retrato del pecador en los extravíos del hijo pródigo, hace tambien el suyo en el del padre de aquel hijo perdido, que le recibe con una alegría, una ansia, una fiesta que causa zelos aun á su hermano. En fin, el misterio de la encarnacion del Verbo, del nacimiento del Salvador, su vida mortal y su muerte, son pruebas muy clásicas del amor que Dios tiene á los hombres, y del deseo activo que tiene de la salvacion de los pecadores; pero la doble parábola que propone en este evangelio sobrepuja, al parecer, á todos los demás rasgos, aunque tan notables, de su tierna misericordia con los pecadores. Compárase aquí á un padre de familias que, teniendo cien ovejas, las conserva con cuidado y las ama á todas con ternura: provee á todas sus necesidades, vela continuamente sobre su querido rebaño, y nada omite para que ninguna se le descarríe; él mismo las lleva á pastar á los mejores pastos; impide que el lobo se acerque al rebaño. Pero si al fin, á pesar de toda su vigilancia y sus cuidados, llega una sola á descarriarse, ¡buen Dios! ¡qué inquietud la de este caritativo pastor! y ¿qué no hace, qué trabajo no se toma para encontrar

y volver á traer á la oveja descarriada? Diríase que la conservacion de las noventa y nueve que quedan en el redil no le da tanto contento, como sentimiento le causa la pérdida de una sola : á todas las deja para correr tras de esta sola, pero por fin la ha encontrado : ¡buen Dios, qué gozo, qué placer! Lejos de incomodarse, y de echarla delante de él para volverla, él mismo la carga sobre sus espaldas para ahorrarle aun la fatiga del camino. Cargado con tan dulce peso, entra como en triunfo en la majada; y no contento con no haberla perdido, quiere que todos sus amigos tomen parte en su alegría. Bajo de esta imágen se pinta á sí mismo este amable Salvador : ¿podemos hallar ni imaginar un tipo, unos rasgos, una expresion, una figura mas propia para inspirarnos la mas dulce confianza? Pues hé aquí aun otra que no debe inspirar menos reconocimiento y deseo de convertirse al pecador. Una madre de familias pierde una moneda, y por esto se halla inconsolable, ¡Qué fatigas no se toma para volverla á encontrar! Enciende la luz, busca, vuelve á buscar, remueve todos los muebles de la casa, no deja rincon ni escondrijo que no escudriñe; llega por último á encontrarla : ¡qué demostraciones hace de regocijó, qué gritos da de alegría! diríase que habia perdido toda su hacienda y la ha recobrado. Pues de este modo, añade el Señor, se regocijan en el cielo por la vuelta y la conversion de un pecador que, despues de haberse abandonado y perdido por el pecado, se rinde en fin á la gracia. Y despues de esto, ¿se quieren otros motivos para convertirse?

PUNTO SEGUNDO.

Considera cuan inexcusable es un pecador, que despues de unas solicitaciones tan ejecutivas, y de una bondad tan señalada de parte de Dios, no se convierte, y aun difiere el convertirse. ¿Qué es lo que puede servir de pretexto y de excusa á su obstinacion, por poca religion que tenga? ¿puede ignorar el peligro en que está de ser eternamente infeliz si vive en el pecado? y si no lo ignora, ¿qué es lo que puede retener á una persona á quien resta aun un vislumbre de buen sentido, una tintura de religion; qué es lo que puede retenerla en el precipicio, cuando se le presenta la mano que puede sacarla de él? ¿qué puede moverla á perseverar en el estado de pecado, cuando Dios le ofrece su gracia? ¿qué es lo que puede retener al pecador? ¿Es la severidad de un Dios, justamente irritado por sus desarreglos y sus desórdenes? mas despues de la parábola de nuestro evangelio, ¿puede dejar de ver anticipadamente la alegría que tendrá todo el cielo por su conversion y su vuelta? ¿Podia ofrecer el Salvador ninguna cosa mas á propósito para calmar nuestros temores, animar nuestra timidez, serenar aun nuestra confusion, é inspirarnos una dulce confianza en su misericordia, que esta parábola? Todo el cielo debe concebir mas alegría por nuestra conversion, que la que tiene por la perseverancia de los justos; el mismo Dios celebra, por decirlo así, una fiesta por nuestra vuelta á él. Tan terrible como es para el pecador cuando muere en el pecado, tan dulce, compasivo, misericordioso, amable é indulgente es cuando el pecador detesta sus pecados mientras le dura la vida. La muerte

el pecado enciende los fuegos eternos é irrita la cólera de Dios, y arma su venganza por toda la eternidad contra el pecador muerto en su desgracia; al paso que la conversion del pecador, su dolor sincero, su arrepentimiento, desarma su cólera, reanima, por decirlo así, toda su bondad para con el pecador, y le hace olvidar todos sus crímenes. Y á vista de todo esto, ¿se difiere la conversion, se vive y se muere en el pecado?

¡Ah Señor! emplead toda vuestra misericordia para impedir que me suceda semejante desgracia. Desde este mismo dia quiero, mediante vuestra gracia, regocijar al cielo con mi perfecta conversion y mi vuelta á vos.

JACULATORIAS.

He andado errante como una oveja descarriada; buscad, ó Dios mio, á vuestro siervo. *Salmo* 118.

Señor, salvad á una oveja extraviada, á un siervo que pone en vos toda su esperanza. *Salmo* 85.

PROPOSITOS.

1.° Cuanto mas bueno es el Señor para el pecador, mas criminal es el pecador si persiste en su rebelion contra un padre tan bueno: ninguna cosa demuestra mejor la justicia del castigo rigoroso con que Dios castiga una malicia tan obstinada, que la obstinacion impía del pecador en su pecado. Penetrad bien todo el sentido de una parábola tan consoladora. Vosotros habeis entristecido, por decirlo así, largo tiempo á todo el cielo con vuestra vida licenciosa; podeis, pues, hoy regocijarle con vuestra sincera conversion á Dios; no difirais ni medio dia, ni un

momento, el proporcionar á los santos ángeles un gozo que os es tan ventajoso. Si todavía no os habeis convertido, convertios en este momento haciendo un acto de contricion perfecta y una buena confesion. Si os habeis ya convertido, ratificad vuestra conversion por la renovacion de la penitencia interior, y por nuevos actos de contricion que debeis repetir muchas veces en este dia.

2.° No os contenteis con una conversion afectuosa, dad pruebas de ella por los efectos; ofrecedlas hoy mismo, ya haciendo una confesion mas amplia, ya haciendo una visita de cortesía á aquellos con quienes os habeis reconciliado, ya ejercitándoos en obras de misericordia. Haced una profesion mas declarada de piedad y de regularidad. Practicad algunas visitas al Santísimo Sacramento en las iglesias, sobre todo en aquellas adonde mas habeis concurrido en otro tiempo durante vuestros desarreglos, y estado con mas irreverencia. Dad alguna limosna extraordinaria con el fin de reparar las injusticias que hubiéreis podido cometer, y que no podeis absolutamente conocer; y pensad muchas veces, durante este dia, qué es lo que significan las dos parábolas que se refieren en el evangelio de la misa.

CUARTO DOMINGO

DESPUES DE PENTECOSTES.

Si el domingo precedente se llama con razon en los leccionarios antiguos el domingo de la misericordia y de la bondad de Dios con los pecadores, porque todo el oficio de la misa, esto es, el introito, la epístola y el evangelio no predican mas que esta gran misericordia; por la misma razon puede llamarse este cuarto domingo el domingo de la confianza en Dios; pues que todo el oficio de este dia nos ofrece grandes motivos para ello, ya en el introito de la misa, ya en la epístola y en el evangelio, en donde todo inspira esta dulce confianza.

La misa comienza por este versículo del salmo 26: El Señor me instruye en sus consejos; él vela en mi conservacion; *el Señor es mi luz*, mi guia, mi apoyo, *mi salud*; toda mi confianza la tengo puesta en él; *¿á quién*, pues, *temeré?* ¿Qué enemigo puede espantarme, ni qué peligro puede hacerme temblar? Bajo de una proteccion semejante no podré perecer. Imagina alguno que sea mas poderoso que nuestro Dios, dice san Agustin, y entonces tendrá fundamento tu temor y tu desconfianza. *El Señor es el defensor de mi vida*, y, como dice el texto hebreo, el Señor es la fortaleza de mi vida; *¿podrán estremecerme ya los mayores peligros?* Líguense contra mí todos mis enemigos, véame yo en medio de las olas, agitado por los vientos mas furiosos, y amenazado á cada mo-

mento de un triste naufragio; siendo el Señor el defensor y la fortaleza de mi vida, nada hay que pueda espantarme. Agraviaria, ciertamente, á la omnipotencia, á la sabiduría infinita y á la bondad incomprensible de mi divino protector, si yo temiese. Mi temor seria una insigne desconfianza; ¿y puedo yo ser capaz de esto despues de haber visto tantas veces que los mayores esfuerzos de mis enemigos han sido inútiles contra esta omnipotente proteccion? ¿Qué no han tentado los enemigos de mi salvacion para perderme, ó al menos para turbarme y amedrentarme? ¡cuántas veces, arrebatados del deseo de perderme, se han precipitado sobre mí como otras tantas bestias feroces, prontas para devorarme! Vanos proyectos, inútiles esfuerzos, frívolas tentativas: ellos han pasado por la confusion de ver frustrados sus perversos designios, y se han visto obligados á reconocer su debilidad. Toda esa nube fecunda en granizo y en piedras se ha desvanecido cuando estaba para aniquilarme. ¡O, qué dichoso es el que pone toda su confianza en Dios! Sí, aun cuando yo viera todas las fuerzas, todas las potestades de la tierra y del infierno reunidas delante de mí como un cuerpo de ejército, yo me mantendria intrépido: la proteccion del Señor es una muralla que no pueden forzar todas las potestades juntas. David tenia una larga experiencia de esto, y por lo mismo jamás podia tener una confianza incierta en la proteccion de Dios. Un Goliath, ufano por su monstruosa talla, y por la fuerza enorme de su brazo, vencido, aterrado, muerto por un niño, sin otras armas que una honda; un ejército formidable de filisteos, hasta entonces siempre victorioso de las tropas de Israel, batido, deshecho, di-

sipado por este ungido del Señor; toda la malignidad de la envidia de Saul eludida; en fin, David victorioso de todos sus enemigos, pacífico ya en su trono despues de tantos peligros, tantas persecuciones y contratiempos, ¿podia tener menos confianza en la bondad y en la proteccion de su Dios?

La epístola de la misa de este dia está tomada de aquel pasaje de la carta de san Pablo á los Romanos, en que el santo apóstol dice que aquellos que han recibido por el bautismo el espíritu de adopcion, que nos hace hijos de Dios y coherederos de Jesucristo de la gloria futura por la cual suspira todo fiel, cuentan por nada todo lo que hay que sufrir sobre la tierra para merecer la recompensa que nos está preparada en el cielo, adonde deben dirigirse todos nuestros deseos. Ordénase toda esta epístola á inspirarnos un gran fondo de confianza y de ánimo en las mayores adversidades.

Estoy persuadido, dice el santo apóstol, *que las aflicciones del tiempo presente no tienen proporcion alguna con la gloria futura que resplandecerá en nosotros.* Seria necesario comprender en esta vida lo que es esta gloria; seria necesario gustar sus dulzuras inefables, dulzuras castas, llenas, satisfactorias, que sobrepujan todo cuanto puede pensar ó conocer el entendimiento humano; seria necesario, en fin, estar como sumergido en el torrente de delicias con que Dios embriaga á sus elegidos, para ver la infinita desproporcion que hay entre lo que sufrimos en este lugar de destierro, y la recompensa que nos está preparada en la patria celestial. Por algunas sombras de humillacion, ¡qué honor, qué gloria, buen Dios, en el cielo, en donde el menor de los santos es objeto

de la admiracion, del respeto, de la mas profunda veneracion de los mas grandes monarcas del mundo! por algunos amagos de dolor, ¡qué torrente, qué abundancia de dulzuras las que Dios reserva para los que le sirven! En fin, por algunos momentos de dolores y aflicciones que huyen, una felicidad pura y perfecta que jamás debe acabarse. Nuestras aflicciones presentes, dice san Pablo, que no duran mas que un momento, y que son tan lijeras, nos producen un gozo eterno de gloria en un alto grado de excelencia superior á todo encarecimiento (1). Y ciertamente, la vida comparada con la eternidad no es mas que un instante indivisible é imperceptible. La misma proporcion que hay entre un punto de tiempo imperceptible y toda la eternidad incomprensible, esa misma es la que hay entre las aflicciones de esta vida y la gloria de la otra. Este es el dichoso hechizo que cambia en lágrimas de alegría las que hace derramar el dolor durante esta vida: yo peso lo que padezco con lo que espero, dice san Agustin, y encuentro el peso de mis padecimientos infinitamente mas lijero que el peso de gloria que producen. Todavía queda un momento de tribulacion; pero el reposo que sucederá á nuestras penas será eterno. Aquí abajo no se bebe mas que gota á gota el agua amarga de la tribulacion; en el cielo seremos inundados en un torrente de delicias que no se agotará jamás. Aunque la gloria de la otra vida no tenga proporcion alguna con nuestros trabajos considerados en sí mismos; sin embargo, Dios ha querido que esta gloria inmensa fuese adquirida con ellos á título de recompensa y de justicia. Pero para hacérnosla merecer nos hace entrar en la

(1) II Cor. 4.

participacion de los méritos de Jesucristo, y realza por su gracia el mérito de nuestros trabajos.

Por esto lo que mas esperan las criaturas, continúa san Pablo, es que brille esta gloria de los hijos de Dios. San Agustin cree que por las criaturas deben entenderse aquí todos los fieles que suspiran por el fin de las miserias de esta vida, y que, descubriendo á favor de las luces de la fe la felicidad que les está preparada en el cielo, y que es el objeto de su esperanza, desean con ansia, esperan con una santa impaciencia, piden con fervor el dichoso momento que debe ponerlos en posesion de esta bienaventurada herencia. Otros muchos santos padres sienten que las criaturas significan aquí todos los hombres, y singularmente los gentiles, cuya vocacion á la fe, que debe ser el principio de su libertad, comienza ya á anunciarla el Apóstol. Llámase el Mesías en la Escritura, el deseado de las naciones. Habia largo tiempo, dice el sabio intérprete que hemos citado repetidas veces, habia mucho tiempo que los gentiles sentian el peso de sus miserias; gemian, y se hallaban tanto mas oprimidos, cuanto que tenian menos auxilios que los judíos para salir de ellas. Habíalo Dios permitido así, para manifestar á su tiempo los tesoros de sus misericordias sobre ellos. Llegó por fin el dichoso momento en que debian ser reconciliados con su Dios. Las gracias que se les habian comunicado hacian sus miserias mas pesadas y mas sensibles, y les obligaban á dar en cierto modo los gritos que anunciaban su nacimiento espiritual al Evangelio: *Porque sabemos*, dice, *que hasta ahora todas las criaturas gimen y sufren los dolores del parto.*

El hombre no ha sido criado mas que para Dios:

este es nuestro fin; Dios no ha podido criarnos para otro que para sí, y cualquiera otro fin que no sea este, es incapaz de satisfacernos. No tenemos mas que consultar sobre esto á nuestro corazon. Dios solo es el centro de nuestro descanso, fuera de él está nuestro corazon en una agitacion continua. La propension natural á todo hombre, la extrema pasion que tenemos á ser dichosos, no puede satisfacerse aquí abajo. Despues de mas de seis mil años que hace que los hombres trabajan para ser felices, ninguno ha podido hallar todavía un reposo lleno y perfecto que haya fijado todos sus deseos: siempre queda un vacío infinito que no son capaces de llenar todos los objetos criados; no ha sido el hombre hecho para ellos: menester es que se eleve hasta Dios, y desde el momento que toma este partido, encuentra una paz, una dulzura que no ha encontrado en otra parte; señal evidente de que Dios es su fin, y el centro de su reposo: *Hicistenos, Señor, para ti*, dice san Agustin, *y nuestro corazon está inquieto hasta que repose en ti.* Solo, pues, en el cielo se encuentra el perfecto descanso, la felicidad plena y perfecta; por ella suspira naturalmente todo hombre, aun cuando la mayor parte no conozca en dónde está el centro de su reposo y de su felicidad. Los judíos eran los únicos que poseian este conocimiento. De los demás pueblos puede decirse que lo deseaban sin saber en dónde se hallaba. Jesucristo ha venido á mostrarle á todas las naciones de la tierra, y el cristianismo les enseña en donde está, y donde se encuentra esta felicidad inseparable del soberano bien, por la cual suspira naturalmente todo hombre, y que no es posible encontrar aquí abajo. Esta dicha, esta felicidad de la otra vida

es la que hacia gemir todavía mas á los apóstoles y á todos los primeros fieles, por el ardiente deseo que tenian de que se les llamase de este lugar de destierro para ir á gozar de aquella gloria celestial, de la cual tenian tan alta idea. Cuanto mas ilustrado está uno con las luces de la fe, con mas ardor ama á Jesucristo, y mas suspira por la mansion de la celestial Jerusalen. *Yo deseo con ardor,* decia san Pablo, *no vivir mas, ni estar mas que con Jesucristo* (1). En el mismo sentido dice aquí el santo apóstol, que no son solo los gentiles los que suspiran por su libertad : *Nosotros mismos que hemos recibido las primicias del Evangelio, nosotros que hemos sido santificados por el Espíritu Santo, esperamos tambien el entero cumplimiento de nuestra adopcion*, esto es, la gloria, que es la perfeccion y el efecto de la adopcion. Nosotros suspiramos sin cesar por la patria celestial, y nos lamentamos viéndonos todavía detenidos en este lugar de nuestro destierro.

La pesca milagrosa que Jesucristo concedió á san Pedro en el mar de Tiberiades es el asunto del evangelio de este dia.

Habiendo recorrido el Salvador la Judea, la Galilea, la comarca llamada *Decápolis*, porque comprendia diez ciudades, y el pais del otro lado del Jordan, haciendo por todas partes mucho bien, y obrando en todas un gran número de milagros, se vió muy pronto seguido de una multitud que no le dejaba descansar. Estando un dia en la orilla del lago de Genesareth, que tambien se llamaba mar de Tiberiades, viendo que la multitud que le sofocaba crecia por momentos, advirtió cerca de él dos barcas atadas

(1) Philipp. 1.

á la orilla, mientras los pescadores habian saltado en tierra para lavar sus redes. Habiendo entrado en una de las dos, que era la de Simon, pidió á este que la alejase un poco de la ribera, y sentado en ella, desde allí instruia al pueblo. No sin misterio, entre las dos barcas, eligió Jesucristo la de Simon. *Porque, ¿qué otra cosa*, dice san Gregorio, *nos indica la barca de Pedro, á la cual sube Jesucristo para instruir al pueblo, sino la Iglesia que debe ser confiada al cuidado de Pedro?* Solo, pues, en esta Iglesia confiada á Pedro y á sus sucesores, dicen los intérpretes, es en donde Jesucristo nos instruye: ella es la fuente pura en donde bebemos la verdad sin mezcla; fuera de esta barca no hay mas que peligros y naufragio; fuera de esta sola Iglesia no hay salvacion.

Despues que el Salvador hubo instruido á aquel pueblo, ansioso de la palabra de Dios, hizo un magnífico milagro, cuyas circunstancias todas son otros tantos misterios. Díjole á Pedro que se engolfase y avanzase á alta mar, y le mandó que echase las redes para pescar. No era en la Judea, significada por la orilla, en donde el Evangelio debia hacer las mayores conquistas; era sí en alta mar en donde debia hacerse la abundante y maravillosa pesca; esto es, en medio de las naciones, y hasta en el centro del paganismo era en donde Jesucristo debia triunfar por la conversion de los gentiles. *A vosotros era*, decian san Pablo y san Bernabé hablando á los judíos, *á vosotros era á quienes debia anunciarse primeramente la palabra de Dios; pero pues la rechazais, y vosotros mismos os juzgais indignos de la vida eterna, por esto nos convertimos á los gentiles.*

Señor, le respondió san Pedro, *hemos trabajado*

No bien hubo arrojado la red, cuando se llenó de pe-

ces en tan prodigiosa cantidad que la red se rompia...

toda la noche, que era el tiempo mas á propósito para la pesca, *y no hemos cogido nada;* sin embargo, aunque naturalmente no debiésemos esperar de dia suerte mas ventajosa, voy á echar la red en virtud de vuestra palabra. Echóla, en efecto, inmediatamente; su fe, aunque débil todavía y naciente, le elevó sobre su razon y su experiencia; y no dejó por tanto de ser recompensada liberalmente. No bien hubo arrojada la red, cuando se llenó de peces en tan prodigiosa cantidad, que la red se rompia, y los mismos pescadores no tenian fuerza para sacarla, de modo que fué necesario que hiciesen señas á sus compañeros, que estaban en la otra barca, para que viniesen á ayudarles. Vinieron, pues, y encontraron una pesca tan abundante, que las dos barcas se llenaron, y de tal modo las cargaron, que faltó poco para que no se fuesen á fondo. Todo es misterioso, y todo está lleno de instruccion en esta milagrosa pesca. Pedro y sus compañeros habian de su motu propio pescado toda la noche, se habian fatigado y sudado mucho, sin haber cogido nada; una vez sola echan la red por mandato de Jesucristo, y sin trabajar mucho sacan bastante cantidad de peces para llenar dos barcas. La pesca es aquí la figura del ministerio evangélico: para ejercerle con fruto es preciso ser llamado á él por Jesucristo, estar animado de su espíritu, y no trabajar en él sino por mandato. Trabájase, tómanse grandes fatigas, pero todas inútiles cuando es el hombre solo el que trabaja. Jamás se gana cosa alguna, antes se pierde todo, trabajo, estudio, sudores, cuando en el trabajo se busca uno á sí mismo. ¡Cuántos harán algun dia esta triste confesion! Intrusos en el sagrado ministerio, ¿qué de trabajos sin

frutos! animados de un espíritu de vanidad y conducidos por miras poco puras, movidos por una vivacidad enteramente natural, ¡qué de zelos infructuosos, ó al menos sin mérito! Cuando no se obra mas que por el natural, cuando no se hace mas que la propia voluntad, cuando no se sigue otra cosa que el humor y el capricho, se trabaja, se fatiga uno mucho; pero siempre se fatiga de noche y sin fruto. Hay cierta clase de personas que al parecer debian estar muy ricas en buenas obras y en méritos, *varones de riquezas*, como habla el Profeta, pero que, no habiendo trabajado mas que por la noche, no han sido ricos ni poderosos mas que como un sueño, y no habiéndose despertado hasta la muerte, se han encontrado con las manos vacías, y todos sus trabajos perdidos. San Pedro y san Andrés llaman á los de la otra barca para que vengan á participar con ellos de la pesca que habian hecho: ¡desgraciados los ministros de Jesucristo, que, llevados de unos zelos criminales, querrian mas ver perecer una parte del rebaño que partir sus solicitudes con otros, con solo el objeto de llevarse ellos solos el honor!

Asombrado Simon Pedro de este milagro se arroja á los piés de Jesus, y todo fuera de sí exclama: Alejaos de mí, Señor, porque soy un pecador indigno de ponerme en vuestra presencia. Estas palabras no significan otra cosa que un respeto profundo del santo apóstol al Salvador, y un temblor santo producido por un milagro tan insigne. En este mismo sentido hablaba el Centurion cuando no se creia digno de recibir en su casa á Jesucristo. Siempre son agradables al Señor estos humildes sentimientos. Nada hay que nos haga menos indignos de estar con Jesu-

cristo que la conviccion en que estamos, y la confesion sincera que hacemos de nuestra indignidad; esta es la disposicion que debemos tener cuando recibimos á Jesucristo en la sagrada comunion. Ninguna cosa gana tanto el corazon de Dios, como una humildad pura y sincera. Esta virtud apenas se encuentra separada de las demás, y sobre todo de la verdadera contricion. Santiago y Juan, y todos los demás que estaban con Simon Pedro, no quedaron menos pasmados de la maravilla de que habian sido testigos; su admiracion llegó hasta una especie de pavor lleno de respeto que ordinariamente causa la vista de una cosa maravillosa é inesperada; pero el Salvador les aseguró, y dirigiéndose á Pedro, le dijo: No temais, yo os he escogido para otra especie de pesca; no serán ya peces los que cogeréis, sino hombres. La pesca material y sensible que hizo aquí san Pedro fué como el símbolo del ministerio apostólico y espiritual á que el Hijo de Dios los elevaba por su eleccion, á la manera poco mas ó menos que en los sacramentos se sirve Jesucristo de los signos sensibles para significar la gracia espiritual que obran. La gracia acompañó á esta divina vocacion, y desde este momento habiendo san Pedro, san Andrés, Santiago y san Juan dejádolo todo para siempre, no dejaron ya mas á su buen Maestro. Hasta aquí, aunque los apóstoles habian abrazado ya la doctrina de Jesucristo y se habian declarado discípulos suyos, no habian aun renunciado á todo lo que poseian, conservaban todavía su casa, su barca y sus redes, y se ejercitaban en su tráfico ordinario. Esta fué la tercera y última vocacion, en la que lo abandonaron todo para adherirse únicamente á Jesucristo.

La oracion de la misa de este dia es como sigue.

Concedednos, Señor, por vuestra bondad que el curso de este mundo, que está sometido á las reglas y á las órdenes de vuestra divina Providencia, sea quieto y tranquilo, á fin de que gozando vuestra Iglesia de reposo y de sosiego, os testifique con su alegría el ardor de su piedad. Por nuestro Señor Jesucristo, etc.

La epistola que hoy se lee en la misa es del cap. 8 *de la carta del apóstol san Pablo á los Romanos.*

Hermanos mios : Estoy persuadido que las aflicciones del tiempo presente no tienen proporcion alguna con la gloria futura que resplandecerá en nosotros. Así es que lo que esperan mas las criaturas es que brille la gloria de los hijos de Dios, porque ellas están sujetas á la vanidad, no de su grado, sino por disposicion de aquel que las ha sujetado á ella, en la esperanza de que serán libres algun dia de la corrupcion á que estaban sujetas, para pasar á la libertad que hace la gloria de los hijos de Dios. Porque sabemos que hasta ahora todas las criaturas gimen y sufren los dolores del parto. Y no solamente ellas, sino tambien nosotros mismos que tenemos las primicias del espíritu. Sí, nosotros mismos gemimos dentro de nosotros, esperando la adopcion de los hijos de Dios, y la libertad de nuestro cuerpo en Jesucristo nuestro Señor.

NOTA.

La epístola de san Pablo á los Romanos pasa por la mas sublime y mas sabia de todas las que ha escrito el santo apóstol. La doctrina de la gracia, de la predestinacion, de la reprobacion, y todo lo mas elevado del dogma, está explicado en ella con una precision y una limpieza que manifiesta bien que es el Espíritu Santo el que la ha dictado.

REFLEXIONES

Estoy persuadido que las aflicciones del tiempo presente no tienen proporcion alguna con la gloria futura que resplandecerá en nosotros. Ninguna con respecto á la duracion; porque ¿qué es un corto número de dias que dura la vida mas larga, comparado con la duracion eterna que debe ser la medida de la gloria futura? Ninguna con respecto al número y á la cualidad de las aflicciones que pueden padecerse en esta vida. El Apóstol no habla simplemente de las aflicciones de un estado ó de una condicion particular: habla de las aflicciones del tiempo presente, de las aflicciones que nacen con nosotros, cuyos principios al menos traemos dentro de nosotros mismos al nacer. El cuerpo tiene sus aflicciones, dolores, alteracion en la sangre, desarreglo en los humores: ¡ah, Dios mio! ¡á qué infinito número de enfermedades no está sujeto el hombre durante su vida! enfermedades hereditarias, enfermedades crónicas, accidentales, incurables; predominacion de algun humor, flaqueza de los resortes; no hay sentido alguno que no esté sujeto á algun trastorno en sus órganos. Lo mismo que alimenta el cuerpo le consume; hasta el sueño le fatiga, muchas veces le daña el mismo descanso. El espíritu tiene sus aflicciones, y no son estas las menores: dudas sospechosas, temores, espantos, perplejidades, todo es suplicio, tanto mas insoportable, cuanto que no tiene remedio. ¡Cuánto no nos hace sufrir nuestra imaginacion! ingeniosa para atormentarnos á falta de motivos reales, ¿cuántos fantasmas no nos presenta con que nos hace padecer? ella tiene el secreto

de inquietarnos solo con sus imágenes. Puede decirse que la imaginacion es el tirano de todos los hombres; ninguno hay que no sea su esclavo, ninguno que no le deba la mayor parte de sus inquietudes y de sus disgustos. Las aflicciones, en fin, del tiempo presente son universales. El corazon siente vivamente todas las del cuerpo y del espíritu, y él tiene tambien las suyas particulares, las cuales son tanto mas amargas, cuanto que extinguen todo vislumbre de consuelo y de gozo. Siendo las aflicciones de por vida, son frutos de todas las estaciones y de todas las tierras. Los dias mas bellos suelen oscurecerlos las nieblas mas densas; ¿y qué edad, qué condicion es la que goza de una calma duradera? Los grandes viven entre el esplendor y la abundancia; pero ¿son por esto sus dias mas serenos? sujetos á las mismas enfermedades que el mas vil de sus súbditos, ¿está su corazon menos destrozado por sus pasiones? su espíritu ¿está siempre tranquilo? Las inquietudes, los temores, los disgustos y las enfermedades no respetan ni los grandes nombres, ni la púrpura, ni el trono; y si las aflicciones interiores no fuesen invisibles, lo que nos parece un objeto de envidia lo veríamos con frecuencia como un motivo de compasion. En cualquiera estado, pues, que nos encontremos, no pensemos en ponernos al abrigo de las aflicciones; tratemos sí de hacer que nos sean fructuosas. El buen uso que hiciéremos de ellas para el cielo es el único secreto para que nos sean menos amargas; sobre todo si tenemos presente la gloria que debe ser el fruto y la recompensa de este buen uso. No hay proporcion entre las humillaciones, las penas, las adversidades, las cruces de esta vida. y la eternidad

bienaventurada, la corona de gloria, la felicidad plena, satisfactoria, inalterable, que está prometida á los que sufren con corazon y espíritu cristiano. En este mundo no sentimos las aflicciones mas que gota á gota, mientras que por toda la eternidad estaremos como sumergidos, por decirlo así, y como anegados en un torrente de delicias puras. Aquí cada dia abrevia la duracion de nuestras aflicciones; en el cielo en cada momento se goza toda la eternidad de una dicha llena, que es y será siempre de un nuevo gusto, sin que pueda nunca acabarse. Aquí, en fin, endulza Dios con la uncion de su gracia las mas duras penas; en el cielo se complace Dios en embriagarnos, por decirlo así, en cada momento con su propia felicidad, segun la expresion del Profeta.

El evangelio de la misa de este dia es segun san Lucas, cap. 5.

En aquel tiempo: Agolpándose el pueblo en tropas para oir la palabra de Dios, oprimia á Jesus que estaba á la orilla del lago de Genesareth. Vió, pues, allí dos barcas paradas: habian salido de ellas los pescadores, y estaban lavando sus redes. Habiendo entrado en una de las barcas, que era la de Simon, le rogó que se alejase un poco de la ribera; y habiéndose sentado, instruia al pueblo desde dentro de la barca. Luego que hubo acabado su discurso, dijo á Simon: Llévanos á alta mar, y echa tus redes para pescar. Señor, le respondió Simon, toda la noche nos hemos fatigado, y nada hemos cogido; pero pues vos me lo mandais, echaré la red. Y habiéndolo hecho así, cogieron tan gran cantidad de peces, que se les rompia la red. Entonces hicieron señas á sus compañeros, que estaban en la otra barca, para que viniesen á ayudarles. Vinieron en efecto, y se llenaron las dos barcas de suerte que cuasi se iban á fondo. Viendo esto Simon Pedro, dijo á Jesus: Apartaos de mí, Señor, porque soy un pecador. A vista de la pesca que acababan de hacer,

tanto él como los que estaban con él se habian asombrado extraordinariamente, igualmente que Santiago y Juan, hijos del Zebedeo, que eran compañeros de Simon. Jesus entonces dijo á Simon : No temas, de hoy en adelante la pesca que harás será de hombres. Y habiendo echado las barcas á tierra, lo dejaron todo, y le siguieron.

MEDITACION.

DE LA RENUNCIA QUE DEBEMOS HACER DE TODO LO QUE MAS AMAMOS POR AMOR DE JESUCRISTO.

PUNTO PRIMERO.

Considera que el Evangelio no anuncia mas que la humildad, la mortificacion y la penitencia, ni predica en todas partes otra cosa que la renuncia á las mas dulces aficiones del mundo, hasta decirnos que si no nos aborrecemos á nosotros mismos, no seremos jamás discípulos de Jesucristo. ¿Qué nos parece? conforme á este plan, ¿tiene Jesucristo el dia de hoy muchos discípulos?

¿Qué cosa mas loable, ni mas justa, que el amar á sus prójimos? Dios hasta nos ha impuesto un precepto de ello; sin embargo, cuando se trata de los intereses de Dios, es renunciar á él el no renunciar al amor de la carne y de la sangre, el no aborrecerse á sí mismo. Si alguno viene á mí (esta expresion comprende todos los estados y todas las condiciones de las personas cristianas), si alguno viene á mí sin aborrecer á su padre, á su madre, etc., sin aborrecer á su propia persona, no puede ser mi discípulo. No hay nada mas positivo, nada mas claro. Este oráculo no tiene necesidad de explicacion; pero ¿es muy de nuestro gusto esta moral? ¿está muy en uso en el dia de hoy?

¿Ceden siempre los intereses de familia á los deberes de la religion? ¿No se escucha jámas la carne y la sangre en perjuicio de la conciencia? En los negocios, en los placeres, en los proyectos de establecimiento y de fortuna, ¿es Dios solo á quien se consulta, es él solo á quien se escucha? ¿ninguna otra cosa entra en concurrencia con él? Ciertamente que Dios merece bien poco, si no merece todo nuestro corazon. ¿Y qué impiedad no es colocar el arca con el ídolo de Dagon en el mismo templo? ¡Dios mio! ¡qué mal concuerdan nuestras costumbres con nuestra creencia! Nosotros creemos en vuestras palabras, y nada hacemos de lo que ellas significan. Nuestras obras desmienten visiblemente nuestra fe.

No permitais, Salvador mio, que esta confesion solo sirva para hacerme todavía mas criminal. Vos me asegurais que debo aborrecerme si quiero ser discípulo vuestro. Sí, quiero serlo, y quiero que mi conducta de hoy en adelante sea una prueba de mi sincera voluntad.

PUNTO SEGUNDO.

Considera cuan grosero y pernicioso seria el error de aquella persona, que, oyendo estas palabras de Jesucristo: *Si alguno viene á mi, y no aborrece á su padre y á su madre, etc., y aun á su propia persona, no puede ser mi discípulo,* se persuadiese que seria verdadero discípulo de Jesucristo, sin tener este odio evangélico, amándose únicamente á sí mismo, y no pensando mas que en su ambicion, su placer y sus propios intereses. Prescindamos por un momento de nuestras antiguas preocupaciones. No hagamos caso de la autoridad de nuestro amor propio: ¿hacemos

por ventura otra cosa? ¿Queremos acaso otra cosa que lo mismo que condenamos?

¡Ah! Estamos de tal modo llenos de nosotros mismos, tan esclavos de nosotros mismos, que somos, por decirlo así, nuestro ídolo, á quien ofrecemos sin cesar algun sacrificio, á quien hacemos votos, á quien sacrificamos nuestra propia salud, sacrificando hasta los intereses de Dios.

Comparando nuestra conducta con la de los mártires, ¿no se diria que aquellos tenian otro evangelio? Digámoslo mejor: nosotros no tenemos otro evangelio; pero ¿no es la mas ridícula de las extravagancias tener valor para lisonjearnos de ser discípulos del mismo maestro, y de seguir la misma doctrina que los mártires? Si yo paso mi vida entre la alegría y los placeres; si no busco mas que lo que halaga mis sentidos y mi codicia; si alimento y sigo mis pasiones; si no me ocupo mas que en satisfacer mi amor propio; ¿sirvo yo al mismo dueño que los mártires? ¿sigo la misma ley? ¿Qué razon tengo yo, pues, para esperar la misma recompensa? Una mujer que vive en la molicie, ¿tendrá la misma bienaventuranza que una santa Inés? Un hombre que no ansía mas que por los placeres, ¿será tan dichoso como un san Timoteo?

Vos me mandais, Señor, que me aborrezca. ¿Y tengo yo acaso un enemigo mayor de mi verdadero bien que yo mismo? ¿Qué odio, pues, mas racional? ¿No es en verdad amarnos el aborrecernos de este modo?

Concededme, Señor, este odio santo de la carne y de la sangre, este odio saludable de mí mismo, y que no olvide jamás que quien ama alguna cosa tanto como á vos, no es digno de vos.

JACULATORIAS.

Yo no puedo serviros ni amaros, Señor, si no me desposo con vuestra cruz, y si no me aborrezco para no amar mas que á vos. *Exodo* 4.

¿Deseo yo, ni apetezco otra cosa que á vos, Dios mio, en la tierra, ni en el cielo? *Salmo* 72.

PROPOSITOS.

1.° Comenzad desde este dia á amar á Dios con aquel amor de preferencia, que le asegure de tal modo el primer lugar en vuestro corazon, que para conservarle esteis en disposicion de sacrificarle bienes, placeres, amigos, parientes, la vida misma; y para esto tomad una resolucion firme de no querer, ni emprender cosa alguna, sin que antes lo consulteis con Dios, siguiendo siempre su voluntad. No os fieis de vuestras luces; el amor propio ciega. No hagais nada de consideracion, sin que primero tomeis parecer de un sabio y zeloso director.

2.° Examinad si estais demasiadamente apegados á vuestra familia, ó á vuestros intereses temporales. Tiénense algunas veces ciertas predilecciones por los hijos, las cuales introducen la disension y los zelos en las familias. Las amistades particulares no son menos odiosas, ni menos perniciosas en las comunidades; todas estas distinciones, todas estas preferencias, son efectos de nuestro amor propio. Tengamos un amor reglado á nuestros parientes y á nosotros mismos, no se esclavice nuestro corazon á la pasion, y entonces no cometeremos ya injusticias. Dios debe preceder á todo, este es su propio lugar.

Sufocad, al mismo tiempo, ciertas sensibilidades, corregid cierto refinamiento de delicadeza y de blandura, que prueban que os amais demasiado. El amor propio es un enemigo astuto y doméstico, tanto mas temible, cuanto menos se desconfía de él. Cuando nos lisonjea, entonces nos vende. Siempre de inteligencia con nuestras pasiones, turba sin cesar nuestro reposo, y pone en gran peligro nuestra salvacion. Tomad hoy la resolucion de no contemplarle mas, de combatirle sin descanso hasta vencerle. Él se desliza en todas partes; no le perdoneis en ninguna; se nutre de nuestras conveniencias y comodidades: cercenad todo lo que no es absolutamente necesario. La mortificacion sola le debilita, determinad hoy las que hubiéreis de hacer. La mortificacion de los sentidos es el suplicio del amor propio; privaos de todas las satisfacciones que no tienden mas que á hacerle mas fiero. Por mas contrario que sea á la devocion, suele avenirse con muchos de los que hacen profesion de devotos. Hacedle una perpetua guerra.

QUINTO DOMINGO

DESPUES DE PENTECOSTES.

Como la denominacion del oficio de la misa de los domingos despues de Pentecostés se les ha dado del asunto del evangelio que se lee en ella, este quinto domingo se llamaba antiguamente el domingo de la pesca, porque se leia en él la historia que el evangelio refiere de la pesca prodigiosa que hizo san

Pedro en virtud de la palabra de Jesucristo, y que hace ya muchos siglos es el asunto del evangelio del domingo cuarto. Llámasele hoy el domingo de la perfeccion de la ley de Jesucristo, sobre la ley antigua que se habia dado á los judíos por el ministerio de Moisés; porque el evangelio que la Iglesia ha fijado á este dia, declara que la mayor perfeccion de la antigua ley no basta para la salvacion de los fieles; que Dios exige de ellos una justicia mas exacta, una fe mas pura, una piedad mas espiritual, una caridad mas generosa y mas universal, una santidad, en fin, mas perfecta que la que pedia á los judíos. La epístola tiene una perfecta relacion con esta obligacion, en razon de que es un compendio muy instructivo de la perfeccion cristiana y de las mas esenciales obligaciones del cristiano.

El introito de la misa está tomado del salmo 26, que tiene por título: Salmo de David antes que fuese ungido. David recibió la uncion real hasta tres veces: la primera por mano de Samuel en Belen, en casa de su padre Jesé; la segunda en Hebron despues de la muerte de Saul; y la tercera despues de la muerte de Isboset, cuando fué reconocido por rey de todo Israel. Este salmo, en el que el santo rey reconoce una proteccion de Dios tan visible y tan marcada contra sus enemigos, no podia haber sido compuesto en su primera uncion, cuando David, todavía jóven, no tenia otros enemigos mas que las bestias feroces que perseguian á los rebaños que guardaba, y en el dia de esta uncion real fué cuando el espíritu de Dios se difundió sobre él, como dice la Escritura. No pudo, pues, este piadoso príncipe haber compuesto este salmo sino en la ceremonia de la segunda uncion, ó

tal vez en la tercera, cuando, victorioso de todos los peligros que habia corrido, tanto por parte de Saul, como por parte de los partidarios de Isboset, hijo de Saul, se vió por fin pacífico poseedor de todo el reino de Judá y de Israel, y en estado de ir á rendir á Dios en el tabernáculo humildes acciones de gracias. Como la confianza que tenia en Dios era la que le habia mantenido siempre intrépido en medio de los peligros, esta misma confianza es la que le estimula á implorar la misma proteccion y el mismo auxilio para todos los accidentes de la vida.

Oid, ó Dios mio, los clamores que dirijo hácia vos: continuad socorriéndome; sed siempre mi protector omnipotente, mi apoyo, mi refugio. ¿Podréis, Señor, rechazarme, cuando pongo en vos solo la esperanza de mi salvacion? Si Dios ha protegido de un modo tan particular á este santo rey, tambien es verdad que este santo rey ha tenido toda su vida la mas perfecta confianza en Dios. Puede asegurarse que era esta su virtud favorita, y son muy pocos los salmos que tenemos de él en que no resplandezca su confianza en Dios. *El Señor es mi luz y mi salud;* él me ilustra, me defiende, me sustrae á los lazos de mis enemigos, vela en mi conservacion; *¿á quién,* pues, *temeré?* Por estos dos versículos de este salmo comienza la misa de este dia: cuanto mas obligacion tenemos de aspirar á la perfeccion, tanto mas debemos orar con confianza, y cuanto mas difícil es el levantar el edificio de la perfeccion cristiana, tanto mas debemos contar con la gracia de Dios y sus auxilios.

La epístola de la misa está tomada de la primera de san Pedro, en la cual el santo apóstol exhorta á los fieles á que presenten entre sí una perfecta union

una bondad compasiva, una caridad universal, un afecto lleno de ternura, y una dulzura propia para ganar los corazones; á que no vuelvan mal por mal, sino que deseen todo género de bienes á aquellos mismos que los maldicen, teniendo presente que todos hemos sido llamados á esta perfeccion, á fin de recibir de Dios la bendicion que nos pone en posesion de la herencia. Exhórtales tambien á que eviten la murmuracion y la mentira; á sufrir por la justicia; á no temer los males de que puedan verse amenazados; en fin, á que por nada se turben, sino que en todo lance den gloria y testimonio á la santidad del Señor, por una vida inocente y una conducta irreprensible.

Despues de haber dado el santo apóstol saludables avisos, en particular á personas de ciertos estados, desciende aquí á las obligaciones comunes á todas las condiciones; y el pormenor tan preciso que hace de ellas, es una corta leccion que encierra toda la perfeccion cristiana. Comienza por la oracion, cuyo ejercicio recomienda á todos los fieles como un medio seguro y eficaz para obtener los socorros del cielo en todas sus necesidades: *tened todos*, dice, *un mismo espíritu*, así como todos debeis tener el mismo fin y el mismo principio: como la caridad es el vínculo de la perfeccion, profesaos unos á otros una bondad y un amor que se interese en las diferentes disposiciones de gozo ó de tristeza en que se encuentren los demás; y puesto que debeis amar á vuestro prójimo como á vosotros mismos, doleos de todas sus aflicciones como os doleis de las propias vuestras, y compadeceos de todos sus males. Tened misericordia; pero tened presente que la misericordia no consiste solamente en una ternura del alma sobre las miserias de

otro, sino que se extiende á un deseo verdadero de remediarlas: en este concepto, no os contenteis con ser sensibles, ni aun con gemir sobre los males; aliviadlos con vuestros consejos, con vuestro crédito, con vuestras limosnas; la misericordia dice algo mas que la simple compasion. Sed modestos y humildes; jamás hubo verdadera humildad sin modestia: es muy natural el dar el primer lugar á los que uno estima mas que á sí mismo. Es uno contenido, circunspecto, discreto en sus palabras, en sus juicios, en sus acciones, cuando es modesto; todo lo es cuando es humilde; la humildad y la modestia forman en parte el carácter de los verdaderos cristianos: *no volviendo mal por mal, ni maldicion por maldicion.* La ley cristiana que ordena que amemos á nuestros enemigos, y que hagamos bien á los que nos hacen mal, está muy lejos de permitir que volvamos mal por mal, y que nos venguemos. Por el contrario, añade san Pedro, bendecid á los que os maldicen, porque haciendo esto, segun la expresion de san Pablo, amontonaréis carbones ardiendo sobre su cabeza. Porque si vuestros beneficios les ganan, quedan bastante castigados de su odio por la vergüenza y la confusion que conciben; si continúan aborreciéndoos á pesar de vuestros beneficios, quedais bien vengados por la confesion que se ven precisados á hacer de vuestra virtud y de su miseria. *Tú eres mas justo que yo,* decia en semejante caso Saul á David. Y no penseis que se trate aquí solo de un deber de consejo y de perfeccion, es un precepto; *puesto que habeis sido llamados para llegar á ser herederos de la bendicion.* Esta es la vocacion de todos los cristianos, y la señal por la cual se conocen los discípulos de Jesucristo. los verda-

deros fieles. Su carácter consiste en ser humildes, modestos, caritativos, benéficos, en colmar de bienes á los que mas les injurian. Tal ha sido la vida de los primeros cristianos; tal es todavía el dia de hoy el espíritu del cristianismo.

El que desee gozar de la vida, y ver dias felices, refrene su lengua para que no diga nada malo, y sus labios para que no profieran nada falso. Estas palabras del santo apóstol están tomadas del salmo 33: *¿ Quiere el hombre,* dice David, *vivir dichoso, y ver pasar sus dias con regocijo? prohiba á su lengua la murmuracion, y no profieran nunca sus labios mas que la verdad.* Como es el mismo Espíritu Santo el que animaba á los profetas y á los apóstoles, no es extraño que tengan los mismos sentimientos, y que digan muchas veces lo mismo. El freno de la lengua, la reserva, la circunspeccion, la moderacion en hablar, la caridad, la sabiduría en las palabras, todo esto ha sido siempre recomendado como absolutamente necesario para la piedad y para la felicidad de la vida. Si hay alguno que no peque en la palabra, este, dice el apóstol Santiago, es un hombre perfecto. El freno de la lengua hace al hombre dócil; y como el timon, aunque pequeño, arregla el derrotero de los mayores navíos, á pesar de la violencia de los vientos y de las olas, así tambien, añade el apóstol, la lengua es á la verdad un miembro muy pequeño, mas ella hace cosas estrepitosas. Ved como con un poco de fuego hay bastante para abrasar un gran bosque; pues no de otro modo la lengua es tambien un fuego, es una reunion de todo género de iniquidades. No hay bestias salvajes, ni clase alguna de animales, á quienes el hombre no reduzca, y que no haya reducido; pero

la lengua ninguno puede reducirla sin la gracia. Es un mal incapaz de reposo, está llena de un veneno mortal : es el mismo apóstol el que sigue hablando. Nada turba tanto nuestro reposo, nada causa tantas divisiones y enemistades como la lengua; nada descubre tampoco mejor el interior de un hombre, por mas que disimule; la lengua tarde ó temprano quita el velo á la hipocresía, ella habla igualmente el idioma de todas las pasiones, y el de la virtud.

Evite el fiel el mal, continúa san Pedro, *y haga el bien*. No basta el no ser malo, es menester ser virtuoso. El siervo de que habla el Evangelio no habia malversado, ni habia hecho mal uso del talento que habia recibido; le habia conservado cuidadosamente; sin embargo, es reprobado por no haberle hecho producir. ¡Qué error imaginarse que con tal que no se haga mal, ya puede uno vivir seguro en conciencia! En el cristianismo es un mal el no hacer bien. *Busque la paz, y sígala.* Cuando no se goza de paz consigo mismo, apenas puede conservarse con los demás. La paz es un bien tan grande, que para conservarla con aquellos con quienes vivimos debe uno sacrificar sus propios intereses temporales, su placer y hasta sus resentimientos. *Porque el Señor*, prosigue el apóstol, *tiene puestos los ojos en los justos, y abiertos sus oidos para escuchar sus ruegos.* El Señor, que es el Dios de la paz, y enemigo de la disension, de las enemistades y del desórden, mira siempre con ojos favorables á los hombres de bien, al paso que mira con indignacion á los que obran mal. En todo este razonamiento demuestra muy bien san Pedro, que el espíritu de paz y de mansedumbre debe, por decirlo

así, caracterizar á los buenos, á los fieles verdaderos, y que los espíritus turbulentos, los corazones llenos siempre de hiel, las almas inquietas que no pueden ni vivir en paz, ni dejar vivir á los demás, son objeto de la indignacion de Dios, y deshonran la augusta y santa cualidad de fieles que les distingue.

Tened zelo por el bien, servid á Dios con fidelidad, cumplid vuestros deberes de cristianos con puntualidad, haced el bien con la mira de agradar á Dios, vivid piadosa é inocentemente, y nada temais. Toda la malicia de los hombres y de los demonios no puede dañarnos. Todos los que quieren vivir piadosamente en Jesucristo, padecerán persecucion; pero bienaventurados los que padecen por la justicia. Si hubieras obrado bien, dijo Dios á Cain, ¿no hubieras recibido la recompensa? No tenemos que temer otra cosa que el pecado, este es el único mal que puede dañarnos. No temamos ni lo que la malicia tiene de mas espantoso, ni lo que la crueldad tiene de mas terrible. Conservemos la tranquilidad, mantengamos una paz inalterable en medio de las mas violentas tempestades. Todo el que, lleno de confianza en la bondad del Altísimo, buscase en él un asilo, bajo la proteccion divina estará á cubierto de todos los males. Santifiquemos en nuestros corazones al Señor Jesucristo, esto es, vivamos con tal inocencia, procuremos que nuestro corazon sea tan puro, nuestra conducta tan edificante y tan santa, que no solo habite el Señor en nuestros corazones como en su templo santo y sagrado, sino que los mismos infieles reconozcan que el Dios de los cristianos es muy santo, puesto que sus discípulos llevan una vida tan pura, tan santa y tan perfecta; y que él es el único

Dios verdadero, puesto que la probidad, la buena fe, la inocencia y todas las virtudes no se encuentran mas que en sus siervos. Nuestras costumbres deben glorificar al Señor, y toda nuestra conducta debe hacer el elogio de nuestra religion. Santificaremos á Jesucristo en nuestros corazones, si somos santos como nuestro Padre celestial es santo; nosotros pedimos á Dios todos los dias que su nombre sea santificado, esto es, que Dios sea reconocido, adorado y glorificado en toda la tierra; nada, pues, contribuye mas para hacerle conocer, amar y servir en todas partes, que la verdadera piedad de los cristianos. *Así como*, dice el Eclesiástico, *habeis sido santificado en vuestros siervos por la virtud y la santidad, que ha brillado en ellos, á vista de todos los pueblos; así tambien admiramos la fuerza omnipotente de vuestra gracia en su conversion.*

El evangelio está tomado del capítulo 5 de san Mateo, el cual es como un compendio de toda la perfeccion del santo Evangelio.

Acababa el Salvador de pronunciar aquel admirable discurso que habia hecho á sus discípulos de las ocho bienaventuranzas, en el cual les habia dado la idea mas alta de la perfeccion cristiana y del ministerio evangélico á que les habia llamado, cuando tomándolos á parte, como si no se hubiese explicado con bastante claridad en público, les repitió lo que acababa de decirles, pero en términos todavía mas fuertes y mas expresivos. Yo os digo, pues, añadió, que si vuestra virtud no es muy superior á la de los escribas y fariseos, no entraréis en el reino de los cielos. La virtud aparente de los hipócritas tiene mucho brillo y poco fondo; toda ella consiste en exte-

rioridades, sin que haya nada en el corazon; enseñan, predican, dicen mucho, pero nada hacen.

Los escribas entre los judíos eran los doctores de la ley, cuyo oficio era escribirla, leerla y explicarla al pueblo; sus decisiones eran recibidas con el mismo respeto que la ley de Dios. Eran muy distinguidos, ocupaban un lugar superior aun á los sacrificadores, y estaban tenidos en gran veneracion entre el pueblo, que no podia imaginar que los que poseian tan bien toda la ciencia de la ley de Dios, y que la explicaban á los demás, no la guardasen, ni fuesen tan santos como parecian. Como no se habla de los *escribas* antes de Esdras, se cree que este nombre no se les dió hasta despues de la vuelta de la cautividad de Babilonia.

Los *fariseos* formaban una secta particular entre los judíos. Llamábanse así, porque estaban separados de todos los demás por su género de vida; hacian una profesion ostentosa de una observancia mas rígida de la ley, y de una santidad afectada de que hacian alarde. La palabra *fariseo* se deriva de la voz *faris*, que en lengua caldaica significa separado. Créese que esta secta comenzó hácia el tiempo de Esdras, porque entonces comenzaron los judíos á tener intérpretes de sus tradiciones. Otros creen que no se estableció hasta el tiempo de los Macabeos. Sea como quiera, el *fariseismo* es aun en el dia de hoy, como lo era en tiempo de Jesucristo, la secta dominante en la religion de los judíos, porque todo el gran número de tradiciones que están en su *Talmud*, viene de los fariseos. Los que pertenecian á esta secta ayunaban el segundo y el quinto dia de la semana, practicaban exteriormente grandes austeridades, con lo cual im-

ponian al pueblo; añadian nuevas cargas á la ley, y sostenian tenazmente la autoridad de las pretendidas tradiciones, cuya mayor parte habian forjado ellos mismos. Eran muy exactos en pagar los diezmos como les mandaba la ley, y por una afectada supererogacion daban tambien la trigésima y la quincuagésima parte de sus frutos, añadiendo muchos sacrificios voluntarios. Pero el orgullo y la hipocresía corrompian todas las acciones de los fariseos, que no pensaban mas que en hcerse dueños del espíritu de los pueblos, y ganar la estima y la benevolencia de los grandes. Por esto tenian tal crédito en la nacion, que ellos eran sus oráculos y sus maestros. Querian ocupar los primeros puestos en las asambleas y en los festines, y miraban como un crímen el que no se les saludase en las plazas públicas. Jesucristo describe el carácter y el verdadero retrato de ellos: Ellos ligan, dice, cargas pesadas y que no se pueden llevar, y las ponen á cuestas á los demás; sin embargo ellos no quieren aplicar ni un dedo para ayudar á sostenerlas. Hacen todas sus obras, añade, para ser vistos de los hombres; usan de vendas muy anchas, y llevan sus franjas muy largas. Estas vendas eran unas tiras de pergamino, sobre las cuales escribian los judíos algunas sentencias ó preceptos de la ley, á fin de conservarlos así mejor en su memoria; ataban una en la frente, y otra al pliegue del brazo izquierdo. Los fariseos afectaban llevar estas vendas muy anchas, y mayores que los demás judíos. Por las franjas que llevaban muy largas, se entienden ciertos cordones en forma de borlas ó bellotas de color violado, de los cuales se hace mencion en la ley. La vestidura de los judíos tenia cuatro faldones de cuyos cabos

pendian estos cordones, y servian para distinguir el pueblo judío de las demás naciones; como los fariseos afectaban en todas las cosas una vana singularidad, hasta en la longitud de estas franjas la procuraban. Ellos son los que han corrompido toda la ley por un monton de ridículas tradiciones imaginarias. Es verdad que ellos reconocian la inmortalidad del alma, y otra vida despues de esta; pero admitian al mismo tiempo una especie de metempsícosis, ó transmigracion de las almas, y toda su doctrina correspondia á la corrupcion de sus costumbres. Tales eran los escribas y fariseos, cuya falsa piedad y orgullosas austeridades reprueba el Salvador.

Habeis oido, prosigue Jesucristo, *que se dijo á vuestros antepasados: No matarás; y el que matare merecerá ser condenado por el tribunal del juicio.* Este tribunal, establecido en las ciudades considerables, se componia de veinte y tres jueces. Juzgaba las causas criminales, y podia condenar á muerte. La ley, pues, impuesta á vuestros padres, que prohibe el homicidio, condena la accion, dice el Salvador, sin hablar de la voluntad de ejecutarla; y vuestros doctores, los escribas y fariseos, limitan este precepto á la sola prohibicion del homicidio; *pero yo os declaro*, que el odio, las injurias, las calumnias, pueden hacer á un hombre homicida delante de Dios, y digno del último castigo. Moisés no os ha hablado materialmente mas que del homicidio efectivo; mas yo que soy vuestro soberano y primer legislador, vuestro supremo juez, os declaro que la cólera y el odio que concebis, ó que manteneis en vuestra alma, es un crimen grave, puesto que ofende á una persona á quien debeis amar como á vosotros mismos; á una per-

sona que estais obligados á querer como hermano; que tiene el mismo padre que teneis vosotros en el cielo.

Pero yo os digo que cualquiera que monta en cólera contra su hermano, merecerá ser condenado por el tribunal del juicio : el que dijere á su hermano hombre de poco juicio (raca), *merecerá ser condenado por el tribunal del consejo; y el que le llamare hombre insensato, merecerá el suplicio del fuego.*

Para penetrar bien el sentido de las palabras de Salvador, es menester saber que habia tres tribunales ó grados de jurisdiccion entre los judíos, á los cuales se llevaban todas las causas. El primero era el del juzgado inferior, compuesto de tres jueces solamente, en el cual solo se juzgaban las faltas poco considerables y se castigaban con penas lijeras. El segundo era el tribunal que se llamaba del juicio, establecido en todas las ciudades considerables, compuesto de veinte y tres jueces, el cual juzgaba de las causas criminales y podia condenar á muerte. El tercero era el tribunal del consejo, ó simplemente el gran consejo llamado Sanhedrin, establecido solamente en Jerusalen, compuesto de setenta y dos personas de las mas distinguidas de la nacion. Llamábase tambien el tribunal soberano, adonde se llevaban las causas mayores, y juzgaba en último recurso, condenando á los criminales á las penas mas rigorosas. Queriendo, pues, Jesucristo dar á entender á aquel pueblo grosero, cuán gran pecado es el odio contra el prójimo, y cuán severamente se castiga en el tribunal de la justicia divina segun sus diferentes grados de malicia, se sirve de la diferencia sensible de la jurisdiccion de estos tribunales, para dar una justa idea de la gravedad del pecado por el rigor de los diferentes

suplicios á que estos diferentes tribunales condenaban los mayores crímenes. Aunque interior, aunque mudo el odio, no es por eso menos grave delante de Dios, ni dejará de recibir el mismo castigo, á proporcion que sufriria un criminal en el tribunal del juicio en el cual se condena á muerte á los homicidas. Porque si el odio se manifiesta á lo exterior en arrebatos y palabras ofensivas é injuriosas, hasta tratar á un hombre de mentecato, fatuo, hombre de poco talento, en este caso será castigado de Dios tan severamente como lo eran los criminales acusados al tribunal del consejo, adonde se llevaban los crímenes de primer órden, y todas las causas mayores. Y si el despreciar solamente á uno y tratarle de hombre de poco juicio es tan gran pecado en el juicio de Dios, ¿qué pecado será el arrebatarse hasta llamarle loco, insensato? Merecera ciertamente á los ojos de Dios, á proporcion lo que merece delante de los hombres un crímen que hace al que le comete digno de ser condenado á que se le queme vivo. El Salvador da á entender por esta gradacion de diferentes pecados, pero todos inferiores al homicidio, cuán distantes estaban los escribas del verdadero sentido de la ley, puesto que el menor de estos pecados merecia una pena igual á la que aplicaban al homicidio, y que una injuria atroz merecia hasta el fuego del infierno : *Gehennæ ignis.*

San Jerónimo nos instruye sobre el verdadero orígen de este nombre *Gehenna*, y su significacion. Dice que habia un ídolo de Baal ó de Moloch, próximo á Jerusalen, en un valle que se llamaba Gehennon, esto es, el valle de los hijos de Ennon, en el cual iban á sacrificar y quemar los hijos en honor del

diablo. El ídolo de Moloch era un busto de bronce monstruoso cuya cabeza era de vaca, y sobre su medio cuerpo tenia siete grandes aberturas, por donde se introducian las víctimas en otros tantos hornos, en los cuales se cuidaba de mantener un gran fuego dia y noche; y de aquí es que el Infierno, ó el lugar de las llamas eternas, se ha llamado *Gehenna;* y de aquí tambien nace que esta misma palabra se ha aplicado á todo género de tormentos, fatigas y dolores. Dice san Jerónimo que Jesucristo es el primero que se ha servido de ella para expresar metafóricamente el fuego del infierno y los tormentos de los condenados, en lo que él llama gehenna de fuego. Despues de esto, ¿debe mirarse como un pecado leve una aversion, un odio en el corazon que estalla en injurias?

Inferid de aquí, continúa el Salvador, cuánto importa el sofocar desde luego que nace, toda idea de odio y todo resentimiento de venganza. Cualquiera que sea la injuria que se nos haya hecho, debemos perdonarla y reconciliarnos con nuestros enemigos. Ninguna cosa hay mas agradable á Dios que el sacrificio; pero le agrada mucho mas, que si hemos ocasionado algun disgusto á uno de nuestros hermanos, le demos prontamente una justa satisfaccion; porque nuestra reconciliacion le complace mucho mas que nuestro sacrificio. Si estando ya al pié del altar prontos á ofrecer nuestro presente al Señor, nos acordamos de alguna falta cometida contra la caridad del prójimo, ó de alguna accion, aunque sea inocente, que haya lastimado á nuestro hermano, *dejemos alli nuestra ofrenda*, y marchemos á reconciliarnos con él; despues de lo cual podremos volver

con confianza á hacer nuestra ofrenda, y Dios la recibirá con agrado. Aun cuando ofreciésemos al Señor la mitad de nuestros bienes como Zaqueo, si no le sacrificamos al mismo tiempo nuestros resentimientos contra nuestro hermano, no puede moverle nuestra ofrenda. La caridad pura y cristiana es la que valora las mejores acciones. Sin la caridad no hay virtud, ni aun acto alguno de religion que sea meritorio y que agrade. Si yo tuviese el don de profecía, decia san Pablo; si tuviese la inteligencia de los misterios y una ciencia universal; si tuviese la fe mas cabal y mas perfecta que puede darse; si distribuyese todos mis bienes en la subsistencia de los pobres; si entregase mi cuerpo hasta para ser quemado, y me faltase la caridad; todo esto no me serviria de nada, seria reprobada toda mi pretendida virtud. Hanse visto héroes cristianos cargados de palmas y de laureles, dispuestos ya para ser inmolados, y sin embargo rechazados de Dios por no haber querido reconciliarse con sus hermanos. No hay sacrificio agradable al Señor, si falta en él el fuego de la caridad. ¿Qué deben, pues, pensar esos pretendidos devotos que conservan en el corazon un desabrimiento tenaz, en medio de una brillantez falsa de buenas obras? ¿Y qué debe pensarse de aquellos ministros del Señor que se atreven á ofrecer el divino sacrificio con un corazon ulcerado?

Notemos que Jesucristo no dice, si os acordais que tenéis alguna incomodidad contra vuestro hermano; sino, si os acordais que vuestro hermano tiene algun resentimiento contra vosotros; es decir, que aunque no hayamos tenido intencion de ofender á nadie, si no obstante, sin quererlo nosotros, hemos dado

motivo á alguno para que se ofenda, consultemos mas bien á su corazon que á su entendimiento; basta que esté incomodado con nosotros, aunque sea sin razon, Dios quiere que nada omitamos para endulzarle, y para curar la llaga que le ha abierto su delicadeza por causa nuestra; ¿qué no debemos, pues, hacer con mas razon, cuando la ofensa ha sido maliciosa y voluntaria? ¡Buen Dios, á cuántos perderán la envidia, los resentimientos, el odio y la cólera!

La oracion de la misa de este dia es como sigue.

O Dios, que habeis preparado los bienes celestiales é invisibles para aquellos que os aman; derramad en nuestros corazones el movimiento y la impresion de vuestro amor, á fin de que, amándoos en todas las cosas y mas que todas las cosas, podamos gozar algun dia de la felicidad que nos habeis prometido, la cual sobrepuja todos nuestros anhelos y deseos. Por nuestro Señor Jesucristo, etc.

La epistola de la misa está tomada de la primera carta del apóstol san Pedro, cap 3.

Mis muy amados hermanos: Permaneced todos unánimes en la oracion; sed compasivos, amadores de la caridad fraterna, misericordiosos, modestos, humildes, no volviendo mal por mal, ni maldicion por maldicion, sino por el contrario bendiciendo á todos, puesto que hemos sido llamados para llegar á ser herederos de la bendicion. Porque el que desea gozar de la vida, y ver dias felices, refrene su lengua para que no diga nada malo, y sus labios para que no profieran la mentira. Evite el mal, y haga el bien; busque la paz, y sígala; porque el Señor tiene los ojos fijos sobre los justos, y los oidos abiertos á sus oraciones: mas el rostro del Señor se ostenta indignado sobre los que obran mal. ¿Y quién es el que os puede dañar, si sois zelosos del bien? pero aun cuando padeciéseis alguna cosa por la justicia, dichosos vosotros. Por lo demás, no temais la fiereza de los malos, ni os dejeis poseer de la turbacion; santificad antes bien al Señor Jesucristo en vuestros corazones.

NOTA.

Aunque san Pedro dirige su epístola á todos los judíos que habian abrazado la fe de Jesucristo, no por esto ha dejado de tener presentes tambien á los gentiles convertidos; y el fin que se ha propuesto, que es el confirmar en la fe á los fieles, consolarlos en sus aflicciones, é inclinarlos á que lleven una vida santa y perfecta, conviene á todos.

REFLEXIONES.

Evite el mal, y obre el bien. Contentarse con evitar el mal sin hacer el bien, no fue jamás una vida cristiana. ¿Qué señor se acomodaria con un siervo que se contentase con no injuriarle, ni hacer pedazos sus muebles, sin quererle prestar ningun servicio, ni serle bueno para nada? En nuestra religion no basta no ser malo, es menester ser bueno. Siempre es un gran mal el no hacer el bien que debe hacerse. El siervo haragan de quien se ha hablado en el Evangelio, no fué condenado por haber hecho mal uso de su talento, sino solo por no haberle hecho producir poniéndole en el banco; y las vírgenes necias, permaneciendo vírgenes, no fueron rechazadas por el divino Esposo de la sala del festin, sino por haberse dormido cuando debieron hacer sus provisiones. ¡Qué de cristianos tendrán la misma suerte, por no haber sido mas laboriosos, por no haber sido mas sabios! El vicio inunda, es verdad; el libertinaje cunde en todas las edades, en todos los sexos y en todos los estados; pero al fin la disolucion no es universal; hay verdaderos israelitas, aun en medio de Babilonia: pero entre los fieles, ¿es pe-

queño el número de vírgenes necias, y de siervos haraganes? Evítase el mal, tiene uno un testimonio secreto de que no ha hecho agravio á nadie. No remuerde la conciencia ni de injusticias, ni de impurezas, ni de calumnias; pero esta conciencia tan tranquila sobre el mal que no ha hecho, ¿está muy consolada sobre el bien que debia hacer? Asegúrase uno porque no es tan perverso como otros muchos; pero ¿tendrá motivo para estar seguro por el número y el mérito de las buenas obras que no se han hecho? El pecado causa remordimientos y morece castigos; pero ¿es menos pecado la falta de virtud en aquel que está obligado á cumplir todos los deberes de la justicia? Un hereje, un pagano puede evitar el mal; pero un cristiano ¿puede salvarse sin buenas obras? El siervo fiel es recompensado con la bienaventuranza eterna, porque ha llenado con puntualidad hasta las mas pequeñas obligaciones, y el título que da derecho á todos los elegidos á la herencia del Padre celestial es el haber visitado á los pobres enfermos y á los encarcelados, y haber santificado sus dias con el ejercicio de las obras de misericordia. ¡Buen Dios! ¡qué error el imaginarse que basta evitar el mal, sin obrar el bien! ¡Y cuántas personas seculares, acaso tambien eclesiásticas y religiosas, serán excluidas de la mansion de los bienaventurados, por no haber hecho el bien que Dios exigia de ellas! ¡Qué de acciones de piedad omitidas! ¡Cuántas buenas obras descuidadas! ¡cuántos actos de virtud, cuántas obligaciones del propio estado olvidadas! El padre de familias no quiere siervos desidiosos; recompensa, á la verdad, á los últimos que han llegado, tan liberalmente alguna vez como á los que han trabajado desde

la primera hora; pero todos han trabajado, todos se han hecho dignos del salario por su fervor y por su piedad. *La recompensa que yo tengo de dar,* dice el Señor, *está conmigo, para dar á cada uno segun sus obras* (1). *No se lleva la corona sino el que ha combatido segun las reglas* con que debe hacerlo (2).

El evangelio de la misa de este dia es tomado del cap. 5 de san Mateo.

En aquel tiempo, dijo Jesus á sus discípulos: Si vuestra virtud no es superior á la de los escribas y fariseos, no entraréis en el reino de los cielos. Habeis oido que se ha dicho á vuestros antepasados: No matarás; mas el que matare (á su prójimo), merecerá ser condenado en el tribunal del juicio. Yo empero os digo, que cualquiera que se encoleriza contra su hermano, merecerá ser condenado por el tribunal del juicio. El que dijere á su hermano (para injuriarle) necio, merecerá ser condenado por el tribunal del consejo; y el que le llamare insensato, merecerá el suplicio del fuego. Asi que, si presentando vuestra ofrenda al altar os acordáreis que vuestro hermano tiene algun motivo de queja contra vosotros, dejad allí vuestra ofrenda delante del altar, é id antes á reconciliaros con vuestro hermano, y entonces volved en seguida á presentar vuestra ofrenda.

MEDITACION.

DE LA CARIDAD QUE DEBE TENERSE CON EL PRÓJIMO.

PUNTO PRIMERO.

Considera que no hay cosa que Jesucristo haya recomendado tanto, despues del mandamiento de amar á Dios, como el de amar á nuestro prójimo, llegando hasta cuasi equiparar estos dos preceptos. *Amarás á tu prójimo como á ti mismo.* Sin embargo, acaso no

(1) Apoc. 22. — (2) II. Timot.

hay precepto mas mal observado que este. ¿Ámase al prójimo como se ama uno á sí mismo? Consideremos el amor que nos tenemos á nosotros mismos, y podremos fácilmente comprender cual es la caridad que tenemos con nuestro prójimo. ¡Qué atencion, buen Dios, para conservar y para aumentar nuestra hacienda! ¡Qué solicitud para procurarnos el placer, y todo cuanto gusta al amor propio! ¡Qué indulgencia para con nosotros mismos! ¡Qué delicadeza sobre el punto de honor! ¡Con qué rigor sostiene uno sus derechos y sus intereses! ¡Con qué estima miramos nuestra reputacion! Siempre alerta contra todo lo que puede dañarnos; siempre industriosos para buscar todo lo que nos puede acomodar, y para echar fuera todo lo que puede inquietarnos y darnos pena. Jamás se halla satisfecho nuestro amor propio; así es que siempre está trabajando por satisfacerse. Nuestros deseos crecen con los años, y puede decirse que nuestro amor propio no envejece nunca. Este amor, pues, tan ardiente de nosotros mismos debe ser, segun el mandamiento del Señor, la medida, y como el modelo del amor que debemos tener al prójimo: juzguemos, pues, por nuestra conducta y nuestros sentimientos del amor que tenemos á nuestros hermanos. ¿Hubo jamás una indiferencia mas comun? ¿una frialdad mas constante? ¿una insensibilidad mas dura? ¿un olvido mas universal y mas marcado? ¡Qué sensibilidad en nuestros mas pequeños males! ¿es igual la que tenemos en los males del prójimo? ¿nos conmovemos mucho á la vista de sus miserias? ¿qué parte tomamos en sus adversidades? ¿qué regocijo en su prosperidad? Digamos mas bien lo que con no poca frecuencia experimentamos; ¡qué

disgustos, qué despecho, qué envidia no nos causa! ¿y no es efecto de una secreta antipatía? lo que inspira todos estos sentimientos tan poco cristianos es la pasion, es la disposicion de un corazon maligno lo que los produce. No se ama al prójimo, si no se le ama como á sí mismo; no se le ama, digámoslo mas exactamente, se le aborrece. De aquí la indiferencia, la insensibilidad, el disgusto, la dureza que llega alguna vez á producir un gozo maligno en sus desgracias. De aquí las palabras duras, los términos ofensivos, las injurias que el Señor condena á suplicios tan crueles. ¿Qué os parece? este segundo mandamiento, semejante al primero, amarás á tu prójimo como á tí mismo, ¿se guarda como se debe? ¡Buen Dios! Si cualquiera que se encoleriza contra su hermano merece ser condenado por el tribunal del juicio, esto es, á una pena muy rigurosa; si cualquiera que dice á su hermano, necio, merece ser condenado por el tribunal del consejo, es decir, á uno de los castigos mas crueles; si el que le llamáre insensato merece el suplicio del fuego, ¿qué deben esperar los maldicientes, los calumniadores, los que desgarran la reputacion del prójimo y ennegrecen á sus hermanos? ¡Ah Señor! ¡á cuántos condenará la falta de caridad!

PUNTO SEGUNDO.

Considera lo que dice san Juan: El que no ama á su hermano, esto es, á su prójimo, está en estado de muerte. ¡Cuántos viven en el pecado! Sin duda este estado de pecado es el que ha hecho decir á Jesucristo, que si, al presentar vuestra ofrenda al altar, os acordais que vuestro hermano tiene alguna cosa

contra vosotros, esto es, que le habeis dado motivo para incomodarse, que le habeis causado algun disgusto, ó algun sinsabor, ya con vuestras palabras, ya con vuestra conducta, debeis dejar vuestra ofrenda delante del altar, ir antes á reconciliaros con vuestro hermano, y venir en seguida á presentar vuestra ofrenda: sin esto, aun cuando ofreciésois toda vuestra hacienda al Señor, seria rechazado vuestro presente, vuestra ofrenda seria reprobada. ¿Qué deben pensar, segun esto, aquellos cristianos duros, vengativos, llenos de hiel contra su prójimo, qué deben pensar de sus pretendidas buenas obras? ¿Y con qué cara, con qué impudencia se atreven á acercarse al altar ó á la sagrada mesa, teniendo un corazon helado para con sus hermanos y hasta lleno de ira contra el prójimo? ¡Qué error el creerse en buena conciencia, y que se vive con unas disposiciones cristianas, porque no se aborrece al prójimo, porque no se le hace ningun agravio, sino que solo se le mira con la mayor indiferencia! *El que no ama, está en un estado de muerte.* No basta, pues, el no querer mal á nuestros hermanos, es menester tambien quererles bien y hacerles bien. No basta el no estar irritados con ellos, es necesario tener con ellos una caridad ardiente y benéfica; es preciso, en fin, que el amor que nos tenemos á nosotros mismos, sea la medida y el modelo de la caridad que debemos tener á nuestro prójimo. ¡En qué lamentable estado se hallan, pues, todos los que conservan una frialdad habitual con el prójimo! ¡Buen Dios! ¡á cuántos condenará la falta de esta caridad cristiana!

No quiero yo, Señor, ser de este número, y yo espero, mediante el auxilio de vuestra gracia, amar de

hoy en adelante á mi prójimo como me amo á mí mismo, y mi conciencia no será ya engañada por mi propio corazon.

JACULATORIAS.

Sí, Señor, yo estoy persuadido que el que no ama á su prójimo, se halla en un estado de muerte. I. *Joan.* 3.

Si nos amamos mutuamente, yo sé, ó Dios mio, que vos habitais en nosotros. I. *Joan.* 4.

PROPOSITOS.

1.° No solo está resfriada el dia de hoy la caridad, puede tambien decirse que está extinguida; aun entre los que componen una misma familia es muy rara. ¿Vióse nunca mas indiferencia, mas antipatía, menos caridad? Si esta virtud consistiese en cumplimientos y en vanos ofrecimientos, no seria muy rara; jamás hubo siglo mas culto, mas cortesano, ni mas fecundo en ostentosas hazañerías de amistad: pero conócese hoy esta jerga; ella no es otra cosa que un comercio de ficcion y de monada, y cada cual se paga en la misma moneda. En el fondo no hay mas que disimulo, hipocresía. Mirad con horror este vicio tan general y tan contrario al espíritu del cristianismo. Acostumbraos á tener una verdadera caridad con vuestros hermanos; no exceptueis á ninguno, y en toda ocasion que se ofrezca dadles pruebas de ella. La verdadera caridad es siempre efectiva. Una caridad estéril no fué nunca verdadera caridad.

2°. Tened un corazon tierno y sensible á las miserias de otro; regocijaos en su prosperidad, tomad parte en todas sus aflicciones, y complaceos en con-

solarle en su miseria. No hableis nunca mal de nadie; imponeos una ley de excusar hasta sus mayores defectos. Un corazon verdaderamente cristiano fija poco su atencion en la diferencia de condiciones cuando se trata de hacer un servicio. ¡ Cosa extraña ! Vense gentes que van á servir á los pobres en los hospitales, y se creerian deshonradas si fuesen á visitar á un pariente pobre; desde luego que se tiene aceptacion de personas, no hay ya caridad. Tened una caridad tierna y compasiva á vuestros domésticos; son tambien hermanos vuestros. Extended este amor benéfico á todas las personas afligidas, y en particular á los parientes pobres, á los pobres vergonzantes, y á los pobres presos.

SEXTO DOMINGO

DESPUES DE PENTECOSTES.

Contiene tantos misterios el oficio de este domingo, que su historia no puede menos de ser muy interesante, y llena de saludables instrucciones. El segundo milagro de la multiplicacion de los panes, cuando con siete solamente y unos pocos peces satisfizo Jesucristo á mas de cuatro mil personas, es el asunto del evangelio de este dia, y en cuya consideracion se llama este domingo el de la multiplicacion milagrosa de los siete panes, diferente de la que refiere san Juan, cuando el Salvador con solos cinco panes y dos peces satisfizo á mas de cinco mil personas. La epístola nos enseña cuál es la virtud del bautismo, y sus

maravillosos efectos; y cuán inocente y edificante debe ser la vida de los que han sido bautizados. Esto nos dará ocasion para explicar las ceremonias del bautismo, todas á cual mas misteriosas y mas santas, y cuyo sentido ignoran un gran número entre los fieles.

Está tomado el introito de la misa del salmo 27, que es una oracion efectuosa del justo en la afliccion, el cual pone toda su confianza en Dios, bajo de cuya proteccion nada tiene que temer. Puede aplicarse este salmo á los justos perseguidos por los impíos, á Jesucristo tan maltratado por los judíos, y á la Iglesia perseguida por los paganos y por los herejes. David, inspirado por un espíritu profético, parece haber tenido presentes estos tres objetos, manifestando sus sentimientos durante la persecucion injusta que sufria de parte de Saul, ó de su hijo Absalon, ó previendo lo que sufriria su pueblo algun dia durante su cautividad en Babilonia.

El Señor es la fortaleza de su pueblo, y á su proteccion especial es á la que el pueblo y el rey deben su salud. Salvad, Señor, á vuestro pueblo: vos que le habeis elegido por vuestra heredad, derramad sobre él vuestras bendiciones; cuidad de conducirle, y haced que siempre triunfe de sus enemigos. Yo no cesaré de dirigiros, Señor, mis clamores; respondedme, Dios mio, porque si permaneceis silencioso, me consideraré como aquellos á quienes encierra el sepulcro, que ya no pueden hacerse oir, ni pedir socorro. La ingenuidad con que el Profeta representa á Dios sus necesidades, su confianza en su misericordia y en su auxilio, tan marcada en todos sus salmos, que la Iglesia elige cuasi siempre para el introito de la misa de la mayor parte

de los domingos del año; todo esto nos demuestra con qué simplicidad debemos exponer á Dios nuestras necesidades, y cuál es la confianza de que deben estar animadas nuestras oraciones.

La epístola contiene lo que san Pablo escribe á los Romanos en órden á la vida nueva de los que han sido bautizados, los cuales habiendo muerto al pecado por el bautismo, deben tener gran cuidado de no dejarle revivir jamás.

Todos cuantos, dice, *hemos sido bautizados en Jesucristo, todos hemos sido bautizados en su muerte:* como si dijera que solo por la sangre de Jesucristo, y por los méritos de su muerte, hemos sido lavados y limpios de la mancha del pecado, y que el bautismo no solo adquiere toda su eficacia de la muerte de Jesucristo, sino que él es el símbolo y la figura de ella. Por el bautismo representamos la muerte y la sepultura de Jesucristo, y por consiguiente debemos estar verdaderamente muertos al pecado, para vivir una vida enteramente nueva á ejemplo de Jesucristo resucitado. *Como por el bautismo*, continúa el santo apóstol, *hemos sido sepultados con él para morir, del mismo modo resucitemos y salgamos con él de esta especie de sepulcro, para glorificar á Dios el resto de nuestros dias por la santidad de una nueva vida.* Alude san Pablo á la inmersion en las aguas del bautismo, que es la figura de la muerte y de la sepultura del Salvador.

El bautismo que hoy se administra por la aspersion, se administraba en la primitiva Iglesia sumergiendo enteramente en el agua todo el cuerpo, de suerte que venia á quedar como sepultado en las aguas, como Jesucristo lo fué despues de su muerte

en el sepulcro. Esta inmersion de todo el cuerpo representa de un modo mas sensible la sepultura del cuerpo del Salvador. Ahora bien, así como el Salvador no salió glorioso del sepulcro sino para no vivir ya mas que una vida del todo espiritual, impasible, inmortal, gloriosa; del mismo modo, no debe el cristiano salir de este baño saludable, de esta especie de sepulcro en el que ha sido sepultado sumergiéndole en él; no debe, repito, salir de este baño, sino para llevar una vida pura, inocente, resplandeciente en virtud, una vida enteramente contraria al espíritu y á las máximos del mundo, una vida, en fin, cristiana, animada del espíritu de Jesucristo.

Otra comparacion hace todavía san Pablo, que explica aun mas el sentido de la primera. *No solamente*, dice, *hemos sido sepultados como Jesucristo; hemos sido tambien engertados en la semejanza de su muerte, y por consiguiente debemos ser tambien como engertados en la semejanza de su resurreccion.* Admiremos la fuerza, la energía y el sentido maravilloso de este término: engertados, *complantati.* Así como una pua vive dependientemente del árbol en que está engertada y de donde saca toda su savia y su jugo, así tambien estando unidos á Jesucristo por el bautismo, como miembros del mismo cuerpo, es menester que él sea por su resurreccion el principio y el modelo de nuestra resurreccion espiritual á la vida de la gracia, como ha sido por su muerte el principio y el modelo de nuestra muerte espiritual al pecado. La pua muere, por decirlo así, separada del árbol del cual habia nacido; y resucita unida al tronco del cual saca todo su alimento y su jugo. Preciso es, pues, que el bautismo produzca en nosotros lo mismo que representa

por su ceremonia; esto es, que así como la ceremonia del bautismo representa la muerte, la sepultura y la resurreccion gloriosa de Jesucristo, lo que se ve admirablemente bien en un engerto, puesto que la pua muere separada de su tronco primitivo, es sepultada ingeriéndola en el nuevo, y resucita cuando arroja hojas, flores y frutos unida al nuevo árbol, del mismo modo es menester que por el bautismo participemos de estos tres estados. Que sea por inmersion, ó por aspersion, es preciso que no solo estemos muertos á la vida del pecado que habíamos recibido de Adan, la cual ha destruido Jesucristo con su muerte en la cruz, sino que es necesario que seamos tambien sepultados como lo fué Jesucristo despues de su muerte, esto es, que seamos tan insensibles á todos los atractivos del pecado, como lo es un cuerpo en el sepulcro á todos los incentivos de los placeres de la vida: y como por la resurreccion tomó Jesucristo una vida nueva, impasible, gloriosa, inmortal, del mismo modo la nueva vida de la gracia que recibimos por el bautismo, debe estar exenta de la flaqueza de la recaida y de la muerte espiritual del alma que causa el pecado. Esto es lo que el santo apóstol prueba siempre alegóricamente en todo el resto de la epístola.

El hombre viejo, dice, ha sido crucificado con Jesucristo. El hombre viejo es el hombre tal como nace de Adan, con el pecado y los hábitos viciosos que le inclinan al pecado. Este hombre viejo ha sido crucificado con Jesucristo, esto es, que habiendo Jesucristo satisfecho plenamente á la justicia de su Padre por su muerte en la cruz, ha destruido y como dado muerte al pecado; de modo que el pecador, por la aplicacion

que se le hace en el bautismo de los méritos de la muerte del Salvador, obtiene la remision de sus pecados, y es como mudado en un hombre nuevo por la infusion de la gracia santificante, mediante la cual deja de ser esclavo del demonio y se hace hijo de Dios; de pecador se hace justo; de hijo de ira, hijo amado con derecho á la herencia, heredero de Dios, coheredero del mismo Jesucristo; y hé aquí lo que san Pablo entiende cuando dice que por el bautismo, esto es, por la aplicacion que se nos hace en este sacramento de los méritos de la muerte de Jesucristo, queda destruido el cuerpo del pecado, lo que debe entenderse principalmente del pecado de orígen, que es como el tronco y la raiz de todos los demás, y que el santo apóstol llama cuerpo del pecado. Como la muerte natural nos descarga de toda servidumbre y de todo empeño civil, porque un muerto no es mas esclavo; del mismo modo, dice san Pablo, la muerte espiritual debe librarnos de toda sujecion y de toda servidumbre con respecto al pecado. Estamos muertos al pecado por el bautismo, luego no debemos ya ser esclavos del pecado.

Continuando san Pablo la misma comparacion de nuestra muerte espiritual al pecado, con la muerte y la sepultura de Jesucristo, y de nuestra resurreccion espiritual á la vida de la gracia, con la resurreccion gloriosa del Salvador del mundo, exhorta patéticamente á todos los fieles á que no pierdan esta nueva vida. *No ignorais*, les dice, *que Jesucristo, que ha resucitado, no muere ya, y que la muerte no tendrá ya dominio sobre él.* Tal es el modelo de nuestra resurreccion y de nuestra perseverancia en la vida de la gracia; y como Jesucristo por su resurreccion

no vive ya mas que una vida divina, gloriosa, inmortal, así tambien los que han resucitado por el bautismo á la vida de la gracia no deben ya perderla; no deben vivir ya mas que para Dios, para amar y servir á Dios; su vida espiritual debe ser una vida pura, una vida cristiana; *porque*, como el mismo apóstol escribia á los Colosenses, *habeis sido muertos, y vuestra vida está escondida en Dios con Jesucristo.* Como si les dijera : vuestra vida está escondida en Dios : el mundo ve en vosotros una vida ordinaria y comun, no es esta de la que yo hablo; hablo de una vida enteramente espiritual y divina, escondida á los ojos de los hombres y únicamente conocida de Dios; esta es la vida de la fe y de la caridad que anima todas vuestras acciones y las hace agradables á Dios. En fin, Jesucristo no vive ya mas que una vida gloriosa : *así tambien vosotros consideraos en verdad muertos por el pecado, pero que vivis por Dios en Jesucristo nuestro Señor.* Muriendo al pecado por el bautismo y la penitencia, expresamos en nosotros los tormentos y la muerte de Jesucristo; perseverando constantemente en la vida de la gracia, imitamos el ejemplo de la resurreccion de Jesucristo. Hermanos mios, concluye san Pablo, resucitados por el bautismo á la vida de la gracia, guardaos bien de perder nunca esta nueva vida por el pecado.

En toda esta epístola trata san Pablo de inspirar á todos los fieles un deseo ardiente y eficaz de conservar la gracia del bautismo como el mas precioso de todos los tesoros, y de darles una idea justa de los efectos maravillosos del bautismo, cuyo mérito y precio ignoran la mayor parte de los mismos cristianos. No contribuye poco esta ignorancia, tan uni-

versal en el dia de hoy, al desarreglo de las costumbres que tanto reina en el mundo. ¡Cuántos hay que no tienen mas que una nocion vaga é imperfecta de este sacramento, base y principio de la religion cristiana! Basta solo penetrarse bien del sentido misterioso y moral de todas las santas ceremonias que le acompañan, para formar de él una alta idea: es vergonzoso que los fieles ignoren lo que les hace cristianos; y para remediar esta criminal ignorancia, he creido á propósito explicar aquí estas sagradas ceremonias, y desenvolver el misterio y el sentido de ellas.

EXPLICACION

DE LAS CEREMONIAS DEL BAUTISMO.

Llévase á la iglesia una vela apagada delante del niño que debe ser bautizado, para indicar que siendo todavía aquel niño esclavo del demonio por el pecado original en que ha sido concebido y en que ha nacido, está aun en las tinieblas. El bautismo únicamente es el que las disipa, y por esto se ha llamado el bautismo *iluminacion*, y el dia en que se bautizaban solemnemente todos los catecúmenos en la iglesia, se llamaba la fiesta de las santas luces: en el mismo sentido la fe se llama un don y una iluminacion del Espíritu Santo; y por la misma razon tambien en la mayor parte de las diócesis, la vela que precede al niño que va á ser bautizado, se lleva apagada cuando se va á la iglesia, y encendida cuando se vuelve de ella.

San Carlos en su admirable instruccion sobre el bautismo dice, que la razon porque el sacerdote de-

tiene á la puerta de la iglesia á los que se presentan para recibir el bautismo, es porque son indignos de entrar en ella á causa del pecado original, que los hace hijos y esclavos del demonio. El lugar santo no admite mas que á los fieles; la casa de Dios no está abierta mas que para sus hijos. Dáseles á los bautizados un padrino y una madrina, para que estos presenten á la Iglesia á aquel que debe ser bautizado, le impongan el nombre, y sean testigos del bautismo, para responder en su nombre á la Iglesia, dicen los padres, y ser como su caucion de que cumplirá las promesas que hacen por él; en fin para encargarse, en defecto de sus padres, de su instruccion en los puntos necesarios de la religion, y velar sobre su conducta. Por esto los concilios, y singularmente el primero de Milan, ordenan que los padrinos y las madrinas sean gentes de bien y buenos católicos, y prohiben al padre y á la madre que sean padrinos ó madrinas del que se bautiza, no solo á causa de la alianza espiritual que contraen los padrinos y las madrinas con la persona que tienen en las fuentes bautismales, y con su padre y su madre, sino tambien porque siendo el bautismo un nacimiento espiritual para la persona que es reengendrada, la Iglesia quiere que tenga, por decirlo asi, una madre y un padre espiritual á quien el niño deba el respeto y la obediencia. Es muy extraño que teniendo los padrinos y las madrinas obligaciones tan importantes, las descuiden el dia de hoy hasta el punto de ignorarlas. ¡Qué cuenta tendrán que dar á Dios de una negligencia tan irreligiosa! En Francia se designaban antiguamente dos padrinos y una madrina para un niño, y dos madrinas y un padrino para una niña;

mas en el dia el uso universal en la Iglesia es el de designar solo una madrina y un padrino.

Instruido ya el sacerdote por el padrino ó la madrina del nombre que se le quiere poner al niño que debe ser bautizado: *¿Que pides*, le dice, *á la Iglesia? La fe*, responde el padrino por el niño. No quiere Dios en su servicio gentes que le sirvan por fuerza; quiere que los que adopta por hijos suyos, le quieran de buena voluntad tener por padre; quiere, sí, que se exhorte, que se solicite, hasta que se apremie, en cierto modo; pero no quiere abrir su casa sino á aquellos que desean y piden voluntariamente entrar en ella: dirígese siempre el sacerdote en esta ceremonia al que debe ser bautizado; él mismo es el que debe responder siendo adulto, y si es niño, responden por él y en su nombre el padrino ó la madrina *¿Y para qué debe servirte la fe que pides?* continúa el sacerdote; *para merecer la vida eterna*, responde el padrino ó la madrina. *La vida eterna*, repone el sacerdote, *es esta: amarás al Señor tu Dios de todo tu corazon y de toda tu alma, y á tu prójimo como á ti mismo; este es el primero y el mayor de los mandamientos.* Como si dijera, no basta simplemente tener fe para merecer la vida eterna. En nuestra religion es necesario creer, y es necesario al mismo tiempo obrar conforme á lo que se cree. La fe de un cristiano no debe ser puramente especulativa, debe ser práctica. Para merecer la vida eterna es preciso creer sus misterios, seguir su moral, y guardar sus mandamientos. Ahora bien, toda la moral cristiana se contiene en este precepto, que es la base y el compendio de todos los demás: amarás al Señor tu Dios, no á medias y con reserva: Dios no quiere un corazon dividido, sino que quiere que le

amemos con todo nuestro corazon, esto es, sin division; que le amemos con toda nuestra alma, esto es, que le amemos solo á él con un amor de preferencia, y que no amemos á ninguna criatura como á él, ni con él; que amemos á nuestro prójimo como á nosotros mismos, pero por amor de él. El amor que nos tenemos á nosotros mismos debe ser la medida del que debemos tener á nuestro prójimo, y de la observancia de este doble mandamiento depende la observancia de todos los demás; así que, es el primero y el mas grande de todos. Y para dar á entender el valor de esta primera leccion, el sacerdote repite tres veces estas importantes palabras: *La vida eterna es esta: amarás el Señor tu Dios de todo tu corazon y de toda tu alma, y á tu prójimo como á ti mismo; este es el primero y el mayor de los mandamientos.*

En seguida el sacerdote sopla tres veces sobre el niño que debe ser bautizado, diciendo en cada una de ellas: *Sal de esta alma, espíritu inmundo, y cede el lugar al Espíritu Santo, nuestro consolador,* nuestro abogado, nuestro maestro. Esta ceremonia de soplar tres veces sobre el niño en honor de la santísima Trinidad, se hace, dice san Agustin, para arrojar al demonio por la virtud del Espíritu Santo, que se llama soplo de Dios; sopla en forma de cruz, para denotar que debe ser arrojado el demonio por los méritos de Jesucristo crucificado.

No es menos misteriosa la ceremonia que sigue á esta. Hace el sacerdote la señal de la cruz sobre la frente y sobre el pecho del niño, nombrándole por su nombre, diciendo estas palabras: *Recibe el sello de Dios Padre omnipotente, sobre la frente y sobre el corazon, á fin de que cumplas todos sus mandamientos,*

y guardes todos sus preceptos. Despues soplando tres veces sobre el rostro del niño, le dice: *Otra vez sople sobre ti, catecúmeno, en virtud del Espíritu Santo, á fin de que todo lo que hay en ti de vicioso y corrompido, por la invasion de los espíritus malignos, quede enteramente purgado por la virtud y la gracia de este divino espíritu, y por el misterio de este exorcismo.*

Dignaos, Señor, por vuestra bondad, continúa el sacerdote, *oir benignamente nuestras oraciones, y tomar bajo de vuestra proteccion al que habeis elegido por uno de vuestros hijos; conservadle por la virtud de la cruz del Señor cuya señal acabamos de imprimirle, para que al paso que crezca en edad, conservando siempre cuidadosamente estas primeras prendas que le dais de vuestra gloria, merezca llegar á la gloria de la espiritual regeneracion por la exacta observancia de vuestros mandamientos. Por Jesucristo nuestro Señor.*

Déjase ver fácilmente que la cruz que se hace en la frente del que debe ser bautizado significa que un cristiano lejos de avergonzarse de la cruz de Jesucristo, debe por el contrario preciarse de ella, poner su gloria en las humillaciones y en los sufrimientos, para asemejarse mas á este divino modelo; avergonzarse de la cruz, es avergonzarse de ser cristiano. Hácese tambien la señal de la cruz sobre el corazon para dar á entender que un cristiano debe amar la cruz, que debe poner toda su confianza en Jesucristo crucificado, y que no le basta llevar la cruz en la frente, sino que es menester que ella sirva de freno á todas sus pasiones, que sazone tambien sus placeres, y que el amor de la cruz sea el contraveneno del amor propio. Todas las demás señales de la cruz que el sacerdote hace sobre la persona del que se

quiere bautizar, significan que el bautismo adquiere toda su virtud y toda su fuerza de la cruz de Jesucristo, y de los méritos de su pasion. Se le da el nombre de un santo, el cual por este hecho se le constituye su protector particular despues de Jesucristo, y que al mismo tiempo debe ser su modelo. Hácense sobre los que deben ser bautizados muchos exorcismos para arrojar al demonio, bajo de cuya potestad se hallan por el pecado original, dicen san Cipriano, san Agustin y san Gregorio de Nazianzo; y si se hacen estos mismos exorcismos sobre aquellos á los cuales no hay mas que suplir las ceremonias del bautismo, no obstante que ya no están bajo la potestad del demonio, puesto que han sido bautizados, es para impedir que se acerque á ellos y les dañe; lo cual hace ver de cuanta consecuencia son estas santas ceremonias.

Como en los primeros siglos de la Iglesia cuasi no se bautizaban mas que adultos, se tenia gran cuidado de preparar para el bautismo, por medio de repetidas instrucciones, las personas racionales que pedian este sacramento. Llamábaseles los catequizados ó catecúmenos á causa de estas instrucciones: la palabra catecúmeno es una voz griega que significa una persona que se instruye y se catequiza. Habia probablemente dos especies de catecúmenos, á saber, los que eran solamente *oyentes*, que era el nombre que se les daba; y los que estaban ya suficientemente instruidos, á los cuales se les llamaba *competentes*. No solamente se distinguian los catecúmenos por el nombre, sino tambien por el lugar: colocábanse con los penitentes en el pórtico que estaba al extremo opuesto del coro ó del santuario. No se les permitia

tampoco asistir á la celebracion de la Eucaristía. Despues de las oraciones y el sermon, les intimaba un diácono que se retirasen, diciéndoles: *Idos, catecúmenos, concluyóse para vosotros.* No se queria que fuesen testigos de los sagrados misterios, porque no estando bautizados, ni habiendo recibido el Espíritu Santo, no eran capaces de comprenderlos, y porque se les queria conducir á esta comprension por grados. Dábase parte del pan bendito á los catecúmenos, para que así tuviesen una especie de comunion con los fieles. La Iglesia en el dia dirige esta palabra á los niños que son presentados al bautismo, lo mismo que á los adultos que le piden: á excepcion de la instruccion, de que los niños son incapaces, las mismas ceremonias se practican con los adultos que con los niños. Volvamos, pues, á las ceremonias del bautismo.

Despues de los exorcismos sobre el que debe ser bautizado, le pone el sacerdote sal en la boca, diciendo estas palabras: *N.* (aquí el nombre del que se bautiza) *recibe la sal de la sabiduría, que te sirva para llegar á la vida eterna. Amen.* Jesucristo ha querido que todos los sacramentos fuesen signos sensibles de la gracia interior é invisible que producen en el alma del que los recibe; y la Iglesia, animada del espíritu de Jesucristo, ha cuidado de que todas las sagradas ceremonias que acompañan á los sacramentos fuesen tambien símbolos sensibles. Es el símbolo un signo y una especie de emblema ó representacion de alguna cosa moral, indicada por las imágenes ó propiedades de las cosas naturales. La propiedad principal de la sal es que no teme corrupcion alguna, y aun preserva de ella las viandas que con ella se sazonan; y sirve

maravillosamente para darles gusto, por lo cual es el símbolo de la sabiduría. Pone, pues, el sacerdote sal en la boca del que va á bautizar, para significar la verdadera sabiduría, que es la ciencia de la salud, el gusto de las cosas del cielo, la incorruptibilidad de las costumbres que la Iglesia pide por ellos, y que deben ser inseparables de la vida cristiana; y por esto, dice san Agustin, emplea la Iglesia la sal en esta ceremonia.

Dios de nuestros padres, Dios autor y origen de toda verdad, os suplicamos humildemente, dice el sacerdote, *que os digneis mirar con ojos favorables á vuestro siervo, á fin de que, habiendo gustado por la primera vez este misterioso alimento de sal, no permitais que sufra largo tiempo la hambre del alimento celestial. Haced, Señor, que toda su vida sea su espíritu fervoroso, que se alegre con la esperanza, y que jamás se desmienta á sí mismo en vuestro servicio; y dispensadle la gracia de que llegue á las sagradas fuentes de la regeneracion, á fin de que, con todo el resto de los fieles, merezca recibir la eterna recompensa que nos habeis prometido. Por Jesucristo nuestro Señor. Amen.*

Habiendo en seguida recitado el sacerdote aquel pasaje del evangelio segun san Mateo, en donde se dice que, habiendo sido presentados al Salvador unos niños para que sobre ellos impusiese sus manos y orase, les echaban fuera los discípulos; pero Jesus les dijo: Dejad esos niños, y no les impidais que vengan á mí, porque el reino de los cielos pertenece á los que se parecen á ellos; y despues de haber puesto las manos sobre ellos, se salió de aquel lugar. Habiendo, pues, recitado el sacerdote este pasaje del evangelio, introduce al catecúmeno ó al niño en la

iglésia, diciendo : (aquí el nombre del que se bautiza) *entra en la casa del Señor ; su ministro es el que te lleva á su presencia, para que tengas la vida eterna. Amen.*

Dice luego el sacerdote la oracion Dominical, y recita el Símbolo, que rezan con él el padrino y la madrina en nombre del niño : el Símbolo, porque la Iglesia no recibe al bautismo sino aquellos que hacen profesion de creer en Jesucristo, y de vivir en la fe de la Iglesia; la oracion Dominical, porque la Iglesia quiere asegurarse de que aquellos que recibe en el número de sus hijos, se serviran toda su vida de esta fórmula de oracion que Jesucristo mismo nos ha enseñado. Adviértase que al tiempo mismo que se introduce al catecúmeno en la iglesia es cuando se va rezando el Símbolo, para denotar que solo la profesion de la verdadera fe es la que puede merecernos la entrada en la Iglesia, la gracia del bautismo, y por fin la eternidad bienaventurada. Aquí el sacerdote, tomando con el dedo pulgar un poco de saliva, toca con ella las orejas y las narices del niño, diciendo aquella palabra siriaca ó caldaica, de que se sirvió Jesucristo para curar á un hombre sordo y mudo : *Ephpheta : sean abiertas tus orejas* á la doctrina de Jesucristo, y *tus narices para que sientas el buen olor.* La Iglesia, dice san Carlos, pide que aquel que va á ser bautizado oiga la voz de Dios y sus mandamientos, *á fin de que esta divina doctrina que el Señor nos ha enseñado, entrando por sus oidos, pase á su corazon, y sienta en él su dulzura.* Pide tambien *que sepa discernir el buen olor del malo*, esto es, *la sana doctrina de la que está corrompida :* la una y la otra entra por los oidos, y es muy interesante tener este discerni-

miento. Para significar esta doble gracia, se hace esta santa ceremonia sobre el órgano del oido y el del olfato.

Como por la gracia del bautismo nos admite Dios en su servicio, nos adopta por hijos suyos, y nos da derecho á su herencia, no quiere dispensar esta gracia tan singular sino con ciertas condiciones, las cuales son : el renunciar á Satanás, á su espíritu, á sus pompas y á sus obras; creer el misterio adorable de la Trinidad, el de la Encarnacion, de la Pasion de Jesucristo, de su Resurreccion y de la Eucaristía; en una palabra, todo lo que cree la Iglesia católica, apostólica, romana. El bautismo, dicen los padres, es un empeño recíproco en que se obligan Dios y el hombre. *¿Renuncias á Satanás?* dice el sacerdote al niño, nombrándole por su nombre; y él responde, *renuncio*, esto es, yo declaro que desde ahora y para siempre abandono el partido del demonio, y no quiero ya nunca pertenecer á su servicio. *¿Renuncias á sus obras*, es decir, á todos los pecados? *Renuncio. ¿Renuncias á las pompas del demonio*, esto es, á las vanidades, al espíritu y á las máximas del mundo? Sí, *renuncio* de todo mi corazon, y este empeño solemne, estas promesas las hago á la faz de la Iglesia; como si dijera : Pongo por testigo al cielo y á la tierra de que no quiero servir toda mi vida mas que á Jesucristo. Quiero guardar sus mandamientos; no trato de seguir mas que sus máximas; prometo que su Evangelio será la regla de mi conducta; miraré con horror, mientras me dure la vida, el espíritu y las máximas del mundo; me someto á creer todos los misterios que Jesucristo ha revelado; quiero seguir sus máximas y sus ejemplos; me coloco en el número de

sus discípulos, á él es á quien tomo por maestro, y no quiero en adelante amar ni servir mas que á el. Esto es lo que todos los cristianos han prometido y jurado solemnemente á la faz de los altares y de toda la Iglesia, y sobre esto serán juzgados. Todos los cristianos están ligados á una promesa tan solemne. ¡Y cuántos mueren sin haber pensado en ello, y sin haberlo jamás ratificado! sin embargo, esta obligacion y estas promesas deben decidir de nuestra suerte eterna.

Hechas todas estas promesas, unge el sacerdote con el óleo sagrado de los catecúmenos el pecho y las espaldas del que va á bautizar, diciendo: *Yo te unjo con el óleo de salud en Jesucristo nuestro Señor, para que tengas la vida eterna.* Esta uncion se hace en forma de cruz, y significa la gracia que fortifica al cristiano en los trabajos y los combates de la vida espiritual, y que le endulzan, dice san Cirilo, el yugo de Jesucristo á que se somete. Esta uncion sagrada, dice san Ambrosio, indica que por el bautismo empezamos á ser como atletas de Cristo. Ungíanse los atletas con aceite para combatir en los juegos públicos, y esta uncion les servia para la victoria. Por esto, dice san Carlos, nos enseña la Iglesia que no obtenemos la gracia del bautismo por nuestros méritos, sino por un puro beneficio de la misericordia de Jesucristo. Son bien sabidas las propiedades del aceite; sirve de remedio para las llagas, suaviza é ilumina; todo esto nos da á entender el misterio de esta uncion. En fin, despues de haber preguntado al que va á ser bautizado si cree en Dios Padre todopoderoso, criador del cielo y de la tierra; en Jesucristo su único Hijo nuestro Señor, que ha nacido y pade-

cido por nuestra salud; en el Espíritu Santo, en la santa Iglesia católica, la comunion de los santos, la remision de los pecados, la resurreccion de la carne y la vida eterna; y despues de haber respondido á todos estos artículos, *Creo*, se le pregunta si quiere ser bautizado, pues que la Iglesia no concede el bautismo sino á los que le desean y le piden. Habiendo respondido el catecúmeno, ó el padrino ó la madrina en nombre del niño, *quiero*, el sacerdote le bautiza en la forma ordinaria, diciendo: *Yo te bautizo en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo.* Despues haciendo la uncion del santo crisma en forma de cruz con el dedo pulgar sobre la cabeza del que acaba de ser bautizado, hace esta oracion: *Dignese el Dios omnipotente, padre de nuestro Señor Jesucristo, que te ha reengendrado por el agua y el Espíritu Santo, y que te ha perdonado y remitido todos tus pecados, concederte la uncion del santo crisma y del óleo de salud para que consigas la vida eterna. Amen.* Hácese esta uncion en la cabeza del nuevo bautizado, para significar que el bautismo le hace en alguna manera, segun la expresion del Apóstol, miembro de una nacion escogida, de un pueblo santo, y del real sacerdocio; como si le dijese: Tienes derecho para ofrecer á Dios hostias puras y santas; tus votos, tus oraciones, tus obras de misericordia y de penitencia son otros tantos sacrificios de alabanza y de acciones de gracias que ofreces al Señor, segun la expresion del Profeta. Tú eres de una estirpe real, puesto que, en cualidad de cristiano, participas del reinado de Jesucristo, y debes reinar con él en su reino en la mansion de la gloria. San Carlos alega tambien otra razon de esta uncion que se hace en la cabeza del

nuevo bautizado, a fin, dice, que sepa que desde aquel dia ha sido unido por el bautismo á Jesucristo su cabeza, en cualidad de miembro de su cuerpo místico; y que así como la palabra Cristo significa el ungido del Señor, que procede tambien de la palabra crisma, del mismo modo la palabra cristiano se deriva de la de Cristo.

La antigüedad de estas unciones aparece por toda la tradicion. Todo lo que la Iglesia consagra á Dios de un modo particular, lo consagra por la uncion de los santos óleos y del santo crisma. Los cristianos, pues, están enteramente consagrados á Dios, dicen los padres, por estas unciones. Son templos de Dios, y por consiguiente deben corresponder por la santidad de su vida á la santidad de esta consagracion. Pónese un lienzo blanco sobre la cabeza del nuevo bautizado, diciendo: *Recibe este vestido blanco, esta ropa santa y sin mancha, para que la lleves delante de nuestro Señor Jesucristo, á fin de que, conservando hasta el fin la inocencia de que ella es el símbolo, obtengas la vida eterna. Amen.*

Dábanse en otro tiempo vestiduras blancas á los nuevos bautizados, lo cual se hace todavía hoy cuando se bautizan adultos, para denotar la inocencia que se habia recibido en el bautismo; y las llevaban por espacio de siete dias, para significar que un cristiano debe conservar esta inocencia toda su vida, y no perderla jamás por el pecado. El lienzo blanco que en el dia se pone sobre la cabeza del niño que se ha bautizado, dice san Ambrosio, equivale á aquellas vestiduras. En fin, dásele un cirio encendido al nuevo bautizado, para enseñarle que habiendo recibido la luz de la fe, debe cuidar mucho que no se extinga,

que él mismo debe ser, por decirlo así, una luz que arda y que luzca por el resplandor de sus virtudes, y por el ardor de su caridad. *En otro tiempo érais las tinieblas mismas,* decia san Pablo á los fieles de Éfeso; *ahora sois la luz en nuestro Señor. Caminad como hijos de la luz.*

Puede venirse en conocimiento de la antigüedad de las ceremonias que preceden, que acompañan y que siguen al bautismo, por la autoridad de Tertuliano, de san Basilio, de san Ambrosio, de san Agustin y de todos los padres de la primera edad de la Iglesia, que las refieren todas como un ejemplo de las cosas que hemos recibido por tradicion de los mismos apóstoles. ¿Será, pues, excusable la ignorancia de los fieles sobre unos puntos tan interesantes, que pueden llamarse los rudimentos de nuestra religion? Las personas verdaderamente cristianas no dejan de celebrar todos los años el aniversario del dia de su bautismo, y de renovar con nueva devocion los votos y las promesas que hicieron en él.

Como el evangelio de la misa de este dia refiere el segundo milagro de la multiplicacion de siete panes y unos pocos peces, semejante poco mas ó menos al primero de la multiplicacion de cinco panes de cebada, referido en el cuarto domingo de Cuaresma, nos remitimos á la explicacion del evangelio de aquel dia, para no hacer demasiado larga la historia de este.

La oracion de la misa de este dia es como sigue.

Dios de las virtudes, de quien únicamente depende todo verdadero bien; imprimid en nuestras almas el amor de vuestro santo nombre, y haced que crezca en nosotros el

amor y el zelo de la religion, para que cultivando vos mismo las semillas de la virtud que habeis plantado en nosotros, las conserveis despues de haberlas cultivado, inspirándonos el estudio y el amor de la piedad. Por nuestro Señor Jesucristo, etc.

La epistola de este dia está tomada de la del apóstol san Pablo á los Romanos, cap. 6.

Hermanos mios: Todos y cualquiera de los que hemos sido bautizados en Cristo Jesus, hemos sido bautizados en su muerte. En efecto, por el bautismo hemos sido sepultados con él para morir, á fin de que como Cristo ha resucitado por la gloria del Padre, del mismo modo tambien caminemos todos en una vida nueva. Porque si hemos sido ingeridos en la semejanza de su muerte, lo seremos igualmente en la de su resurreccion: sabiendo que nuestro hombre viejo ha sido crucificado con él, á fin de que sea destruido el cuerpo del pecado, y que nosotros de hoy mas no seamos ya esclavos del pecado; puesto que el que ha muerto, está libre de pecado. Y si nosotros estamos muertos con Jesucristo, tambien creemos que viviremos con él; sabiendo que Jesucristo que ha resucitado, no muere ya, y que la muerte no tendrá ya mas poder sobre él. Porque aunque ha muerto por el pecado, ha muerto solo una vez; mas cuando vive ya, no vive sino para Dios. Así tambien vosotros haced cuenta que estais muertos para el pecado, pero que vivis para Dios en Jesucristo nuestro Señor.

NOTA.

San Pablo en este capítulo comprende en pocas palabras una leccion interesante sobre el bautismo, la cual es un compendio instructivo de toda la moral cristiana. Esta sola epistola de la misa de este dia, bien meditada, puede servir de asunto de meditacion para todos los dias del año.

REFLEXIONES.

Porque aunque ha muerto por el pecado, ha muerto solo una vez; mas cuando vive ya, no vive sino para Dios. Jesucristo es el divino modelo que todos debemos copiar. Las copias pueden ser á la verdad mas ó menos perfectas, pero todas deben ser semejantes: la salvacion, la predestinacion gira sobre esta semejanza: *los ha predestinado tambien, para que sean conformes á la imágen de su Hijo* (1). Esto es, para que expresen en sí mismos la imágen de Jesucristo por su paciencia en las aflicciones, por la perseverancia en la inocencia, y por la práctica de todas las demás virtudes de que el Salvador les ha dado el modelo, á fin de que Jesucristo, que es el hijo único por naturaleza, tenga muchos hermanos por adopcion, á los cuales comunique el derecho de entrar en la herencia de los hijos. Ahora bien, uno de los rasgos mas marcados de este divino modelo es que, habiendo muerto una sola vez por nuestros pecados, vive por siempre para Dios. Nosotros hemos muerto al pecado por el bautismo, el cual no se reitera; no debemos, pues, morir ya por el pecado: hemos resucitado á la vida de la gracia por la virtud de este sacramento; no debemos ya perderla por la recaida en el pecado. La pérdida de la inocencia bautismal borra toda esta semejanza preciosa con el divino modelo. ¡Buen Dios! ¡qué pocos retratos se encuentran el dia de hoy entre los cristianos que se os parezcan! Hay muchas copias, pero pocas que sean semejantes; el pecado borra los principales trazos. ¿Se hallan en el dia muchos que conserven hasta la muerte su inocencia bautismal?

(1) Rom. 8.

¿Está nuestra resurreccion tan asegurada contra la muerte, como la de Jesucristo? Parece, por el contrario, que en estos tiempos el pecado previene en los niños al uso de la razon. Deben, sin duda, esta prematura malicia á los malos ejemplos que les dan los domésticos y los padres. En otros tiempos habia al parecer una edad privilegiada; mas hoy puede decirse que el pecado es de todas las edades. No se espera á que la razon se desenvuelva; previénenla las pasiones, las cuales restablecen muy pronto al demonio en todos sus antiguos derechos: tal es el fruto de una mala educacion y de los malos ejemplos. Pero en esta corrupcion general de las costumbres, en este triste naufragio de la primera inocencia, ¿qué remedio queda, que recurso hay? El único recurso es la penitencia: así es; pero, segun san Ambrosio, ¿no es en la actualidad la verdadera penitencia tan rara como la inocencia bautismal? La penitencia sola puede reparar los rasgos borrados por el pecado. Pero ¿de qué edad es fruto la penitencia? Muérese á la gracia todos los dias; con frecuencia aun muchas veces al dia, por un monton de recaidas, y la resurreccion espiritual del alma se difiere hasta la muerte. ¿Y es esto á lo que nos exhorta el santo apóstol? ¿En cuántos se encuentra lleno de vida en la hora de la muerte el hombre viejo destruido en el bautismo? ¿Vívese hoy en el mundo para Dios? ¿Hállanse muchos fieles que no vivan mas que para Dios? Y despues de esto, ¿se extraña que sea tan pequeño el número de los elegidos?

El evangelio de la misa de este dia está tomado del de san Marcos, cap. 8.

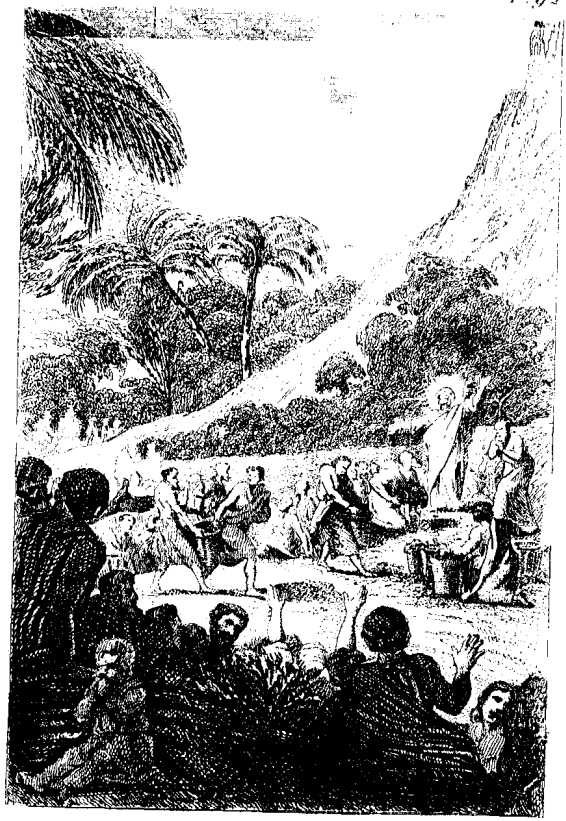
En aquel tiempo : Como se hallase con Jesus una gran muchedumbre que no tenia nada que comer, llamó á sus discípulos y les dijo : Me compadezco de esa multitud, porque hace tres dias que no me dejan, y nada tienen que comer; y si les despido á sus casas en ayunas, les faltarán las fuerzas en el camino, porque algunos han venido de lejos. Respondiéronle sus discípulos : En un lugar desierto como es este, ¿de dónde podremos hacer pan para satisfacerlos? Y en seguida les preguntó : ¿Cuántos panes teneis? Siete, le dijeron. Oido esto, ordenó que aquella multitud se sentase en tierra. Inmediatamente tomó los siete panes, y dando gracias, los partió y los dió á sus discípulos para que los sirviesen á la multitud, y así lo hicieron. Tenian tambien unos pocos peces, los cuales bendijo, y mandó que se les sirviesen. Toda la multitud comió y quedó satisfecha, y de los pedazos que quedaron se llenaron siete espuertas. Y el número de los que habian comido, era de cerca de cuatro mil personas; y los despidió.

MEDITACION.

DEL CUIDADO QUE DIOS TIENE CON LOS QUE SE DEDICAN Á SU SERVICIO Y LE SIGUEN.

PUNTO PRIMERO.

Considera que no puede uno ser dichoso en la tierra, sino en el sirvicio de Dios. ¿Qué tenemos que temer con un Señor semejante? Él ama tiernamente á todos sus siervos ; ¿qué puede faltar bajo la proteccion de un Señor omnipotente, á quien todo obedece, todo cede? Dichosos los que se han consagrado á vos, Señor, exclama el Profeta; vos les servis de asilo contra todos los accidentes de la vida, y bajo la proteccion divina están á cubierto de todos los males.



Toda la multitud comió y quedó satisfecha, y de los pedazos que quedaron se llenaron siete espuertas.

El Señor se digna tomarme bajo su tutela, yo no careceré jamás de nada en los excelentes pastos adonde me ha conducido. Seamos fieles en servirle y en seguirle. El que mantiene á los pájaros del cielo, ¿dejará morir de hambre á los que están en su servicio? aunque fuera necesario obrar los mayores milagros, no dejará que jamás falte nada á sus siervos. Basta para prueba reflexionar con atencion sobre lo que refiere nuestro evangelio. Una multitud de cerca de cuatro mil personas siguen al Salvador al desierto, y ocupados únicamente con el placer de verle y de oirle, se olvidan hasta de su alimento y no piensan en buscar que comer; mas este amable Salvador no los olvida. Él solo piensa en su subsistencia. Me compadezco de esta muchedumbre, dice á sus discípulos, porque hace tres dias que no me dejan, y no tienen nada que comer; si los despido á sus casas sin tomar alimento, les faltarán las fuerzas en el camino, porque algunos han venido de lejos. Pensemos, meditemos, consideremos todas estas palabras: no hay una que no indique el fondo de bondad inagotable de que está lleno su corazon en favor de los que no le dejan. Ninguno de los apóstoles piensa en las necesidades de aquellas gentes, solo piensan en sí mismos; pero Jesucristo las ama con mucho extremo para que deje de pensar en ellas. Siéntese movido de compasion de todo aquel pueblo, ve sus necesidades, no oye que nadie se las represente, y él por sí las previene. Fija su consideracion en lo largo del camino y en la fatiga para andarlo, piensa en los accidentes que podrian sucederles, y medita al mismo tiempo en los medios de prevenirlos. Y en vista de esto, ¿podromos dejar de tener confianza en su bondad,

teniendo la dicha de estar en su servicio? Su conocimiento no es un conocimiento seco y estéril; conoce sus necesidades y provee á ellas. ¿Es necesario hacer un milagro para satisfacer su ternura? nada le cuesta el hacerlo. Con siete pequeños panes y unos pececillos satisface á aquella muchedumbre hambrienta. ¡Buen Dios! ¡qué cuidado teneis de los que os sirven, y qué liberal sois para con vuestros siervos!

PUNTO SEGUNDO.

Considera que todas las maravillas mas patentes que Jesucristo ha obrado durante su vida moral, son pruebas y símbolos de los milagros, por decirlo así, espirituales é invisibles que hace todos los dias en favor de sus siervos desde que ha subido al cielo. Su ternura para con nosotros no se ha debilitado por su triunfo. Además de que está continuamente con nosotros, vela desde el cielo sobre todas nuestras necesidades, las conoce perfectamente, y provee á ellas con el mismo cuidado, la misma bondad y la misma benevolencia. Amadísimos hermanos mios, decia san Pedro, poned toda vuestra confianza en Dios, servidle con buen ánimo, con ternura, con fidelidad, y no temais que os olvide en vuestras necesidades, ni que permita que os falte todo lo que necesitáreis; *descargad en él todo lo que puede inquietaros, porque él tiene cuidado de vosotros* (1). Ahora bien, si el Señor tiene cuidado de nosotros, si quiere que confiemos en él, ¿temeremos ó que carezca de poder, ó que falte á su palabra? Y si tal vez no experimentamos los dulces efectos de su providencia tan benéfica,

(1) I. Petr. 5.

culpémonos á nosotros mismos, á nuestra poca fe, á nuestras continuas desconfianzas, á nuestras infidelidades, á nuestra flojedad en el servicio de Dios, á nuestro poco fervor y devocion, á nuestra poca confianza. Nosotros le damos muy poco al Señor; aun cuando no nos pide sino lo mas fácil y lo mas justo, se lo negamos cuasi todo; y lo poco que le damos se lo damos con tanto disgusto, que no parece dárselo sino por fuerza y de mala gana. Esto es lo que debilita, lo que apaga nuestra confianza. Aquel pueblo corre en pos de Jesucristo; el deseo de oirle, y el placer de seguirle, hace que se olvide hasta de las necesidades de la vida. Lejos de quejarse ni de murmurar, en lugar de desanimarse por lo largo del camino, ó por la falta de todas las cosas en el desierto, no piensa ni en la fatiga ni en su debilidad, no piensa ni aun en volverse; pero tambien experimenta inmediatamente los dulces efectos de la divina Providencia. Bella leccion; pero censura muda y muy elocuente para tantos cristianos que no siguen á Jesucristo mas que de lejos, poco tiempo, y quejándose eternamente del trabajo que su imaginacion les abulta, y que su poco amor á Jesucristo les hace demasiado duro. Sirvamos á Dios con fidelidad, y le serviremos con confianza; sirvámosle con confianza, y él sabrá proveernos en todas nuestras necesidades. Esta es, Señor, la doble gracia que os pido: el que os ame sin division, que os sirva sin relajacion, y que os siga sin interrupcion; y yo espero en vos que me dispensaréis el favor de velar sobre mi salvacion.

JACULATORIAS.

El Señor se digna cuidar de mí, y nada me faltará. *Salmo* 22.

Ninguno de cuantos han puesto su confianza en Dios ha sido confundido. *Eccles.* 2.

PROPOSITOS.

1.° ¿Podia Dios exigir de nosotros una condicion mas fácil ni mas suave para colmarnos de sus bienes, que el que pongamos en él toda nuestra confianza? Sin embargo, muchos no la llenan. No seamos nosotros de este número. Determinémonos á seguir á Jesucristo con confianza, y estemos persuadidos que nada nos faltará; pero sigámosle con el mismo zelo, con el mismo conato y la misma generosidad que el pueblo del evangelio, y contemos seguramente con su proteccion. No nos desanimemos por dificultades pequeñas, ni por lo largo del camino; el amor de Jesucristo sostiene con facilidad y da fuerzas; consagrémonos á Jesucristo sin reserva, y él proveerá á todas nuestras necesidades.

2.° Un medio para que Jesucristo provea á todas nuestras necesidades espirituales y corporales, es que nosotros mismos proveamos á las de los pobres. Seamos generosos en dar limosnas; nada obliga tanto al Salvador á que nos dispense grandes bienes como la caridad. Visitemos los pobres en los hospitales y en las cárceles, y hagamos cuantos servicios estén en nuestra mano á aquellos á quienes podamos ser útiles. Permanezcamos lo mas que pudiéremos con Jesucristo en el Santísimo Sacramento, y tendremos parte en sus liberalidades.

SÉPTIMO DOMINGO

DESPUES DE PENTECOSTES.

Pueblos esparcidos por el universo, dad palmadas, expresad con repetidas voces de alegria la parte que tomais en la gloria de vuestro Dios; porque él es el Señor, él es el Altisimo, rey grande y terrible, cuyo imperio se extiende sobre toda la tierra. Estas son las palabras de entusiasmo, los clamores de alegría, las aclamaciones que la Iglesia ha elegido para el introito de la misa de este dia, y que son tan propias de un dia de triunfo. Este salmo, que se cree haber sido hecho por la vuelta del Arca despues de alguna célebre victoria, es una profecía clara del triunfo de Jesucristo sobre todo el infierno, y de la Iglesia sobre los gentiles y sobre las herejías todas. La Arca llevada en triunfo sobre la montaña santa, es una figura muy expresiva de Jesucristo subiendo al cielo; y los pueblos vencidos entonces por los judíos, nos representan perfectamente á los gentiles y á todas las naciones del mundo sometidas á la Iglesia. En efecto, ¿qué triunfo mas brillante, qué victoria mas completa que la de la fe? Subyugar pueblos enteros por la fuerza de las armas no es una gran maravilla: un torrente impetuoso inunda fácilmente todo un páis. Lo que sujeta les pueblos enteros es la multitud y la valentía de los soldados; no siempre son los conquistadores los que tienen la mayor parte en la victoria.

Despues de todo, las cadenas no sujetan mas que á los cuerpos : ¿qué victorioso, qué conquistador ha podido sujetar jamás el corazon y el espíritu de sus esclavos? Así es que tampoco hay victoria de los héroes que sea entera y completa. La parte mas noble del hombre, que es el alma, queda siempre rebelada despues que el general de un ejército lo ha subyugado y lo ha vencido todo; en medio de los hierros ella es libre y siempre enemiga. Solo Jesucristo, solo Dios es el que ha podido subyugar todos los pueblos, someterlos á su imperio, reducir, por decirlo así, á servidumbre el espíritu y el corazon, y hacer publicar y recibir por todas partes sus divinas leyes, sin el auxilio de la multitud ni de las armas. Por severas que hayan sido estas leyes, por incomprensibles que hayan sido los dogmas de la religion, por opuesto que haya sido el Evangelio al corazon humano, todo se ha sometido; Griegos y Romanos, Escitas y Gaulas, pueblos bárbaros, pueblos civilizados y cultos, todo ha cedido, todo se ha humillado, todo se ha sometivo voluntariamente al imperio de Jesucristo, y el corazon y el espíritu han sido su gloriosa conquista. Esta es la que debe llamarse victoria insigne, victoria completa, triunfo milagroso, el único que demuestra visiblemente la divinidad del conquistador, la santidad omnipotente de la ley, la verdad incontestable de nuestra religion, la autenticidad del Evangelio de Jesucristo, y la suprema autoridad de la Iglesia. Y el profeta que tenia presente esta maravilla, ¿no tenia motivo para exclamar : Palmotead, pueblos de la tierra, por vuestra dichosa suerte? saltad de alegría acordándoos de vuestra felicidad, y con vuestras aclamaciones celebrad una victoria tan admirable.

Este parece que es el intento de la Iglesia en el curso del año, despertando de tiempo en tiempo nuestra fe con estos rasgos escogidos de los libros santos, y recordando al espíritu, en el oficio de los domingos, estos milagros permanentes.

La epístola de este dia está tomada de la instruccion que san Pablo da á los fieles de Roma, para que en la vida nueva de la gracia observen una conducta diferente de la que llevaban cuando estaban en la servidumbre del pecado. Despues de haber hecho el santo apóstol un resúmen compendiado, pero patético, de las grandes ventajas de la ley de gracia sobre la ley antigua; despues de haber explicado á los nuevos fieles sus deberes y sus obligaciones, y haberles hecho conocer la diferencia del estado funesto del pecado, en que habian vivido, al estado dichoso de la gracia en que habian entrado por el bautismo, significándoles esto en la comparacion del estado de servidumbre con el de la mas dulce libertad; los exhorta á que nada omitan para llevar una vida pura, fervorosa, ejemplar, que corresponda á la santidad del Evangelio, de que hacen profesion, y á que sean tanto mas santos, cuanto que tienen mas medios de llegar á serlo. Para obligarles á la práctica de las buenas obras, san Pablo les representa que en la ley de gracia encontrarán una abundancia de auxilios, que la ley de Moisés por sí misma no proporcionaba, y que no pueden hallarse mas que en la ley de Jesucristo. Por lo demás, añade, la libertad que este divino Salvador ha venido á procuraros, no consiste en vivir en la independencia, sino solo en cambiar de señor. Como habeis hecho obras de muerte y de condenacion, mientras que habeis estado bajo de la

esclavitud del demonio y del pecado, hoy que estais bajo de la ley de gracia debeis hacer obras de justicia; y puesto que os habeis sometido al yugo del Evangelio, por este mismo hecho estais obligados á hacer todo lo que él prescribe.

Hablo como hombre, dice, *á causa de la flaqueza de vuestra carne*; como si dijera: conociendo vuestra flaqueza, no os pido nada sublime, ni que pueda pareceros demasiado difícil; os pido solamente que hagais para agradar á Dios lo que tantas veces habeis hecho para agradar al mundo, para satisfacer á vuestras pasiones, para llegar al cabo de vuestros frívolos y quiméricos designios. Renovad en vuestro ánimo la memoria de todo lo que habeis tenido que sufrir en el servicio del mundo: ¡qué sujecion á sus duras y extravagantes leyes! ¡qué violencia, qué incomodidad mas universal! Hállanse en él tantos señores como concurrentes, á quienes es menester contemplar, y á quienes es preciso no desagradar. ¿Qué mas dura servidumbre que la del pecado? ¿Qué tiranía mas cruel que la de las pasiones? Cuesta mucho el satisfacerlas. No hay estado alguno que nos constituya en mayor esclavitud que el estado de pecado; ninguno en que haya mas que sufrir, y mas violencia que hacerse; y de todos estos trabajos, de todas estas sujeciones, de todas estas penas, ¿qué frutos, qué ventajas se reportan? turbaciones, temores, inquietudes en el espíritu, amargura, disgustos mortales, tristeza en el corazon, suplicios eternos despues de esta vida. Dios nos promete una eternidad bienaventurada, una vida llena de dulzuras espirituales, una libertad aun en su servicio, acompañada de una dulce paz; y esto que no exige de nosotros

todos los trabajos, toda la incomodidad, todos los sinsabores amargos que se hallan en el servicio del mundo: y despues de todo esto, ¿rehusaremos servir á Dios, guardar sus mandamientos, vivir segun las máximas del Evangelio? *Hablo como hombre.* Me avergüenzo de proponeros estos motivos naturales é interesados: ¿debe ser Dios amado y servido por otro motivo que por el honor y el placer de agradarle? ¿El mismo Dios no es un motivo suficiente para obligarnos á amarle? pero yo me acomodo á vuestra flaqueza, y las consideraciones caritativas y de compasion que guardo con vosotros, deben inclinaros á obrar por motivos mucho mas perfectos; *porque asi como habeis hecho servir los miembros de vuestro cuerpo á la impureza y á la injusticia para cometer el crímen, asi tambien hacedlos servir ahora á la justicia para llegar á ser santos.* Dios os ha perdonado vuestros pecados; pero no os ha dispensado de la obligacion de hacer penitencia. Vosotros por el bautismo habeis llegado á ser templos de Dios, menester es purificar este templo que habia sido manchado con tantas abominaciones é inmundicias: la gracia del bautismo le ha blanqueado, preciso es que la penitencia le adorne. La impureza, el orgullo, la intemperancia, y todos los demás vicios, habian hecho de él un objeto de horror á los ojos de Dios; es necesario que por la hamildad, la pureza, el ayuno, y por la práctica de todas las virtudes cristianas, llegueis á ser un objeto de complacencia á sus ojos. Háceles entrar luego el santo apóstol en una reflexion muy á propósito para desengañar á todo hombre de buen sentido, en órden á los placeres y vanos honores de esta vida: Vosotros os habeis entregado á todos los deseos criminales de

vuestro corazon; os habeis constituido víctimas de vuestras pasiones : ¿qué no habeis hecho y sufrido para agradar á un mundo, á un tirano de quien voluntariamente os habeis hecho esclavos? *¿y qué ventaja habeis encontrado en estas cosas de que ahora os avergonzais? Porque en lo que ellas vienen á parar es la muerte.* El desarreglo de las costumbres, los placeres criminales cuestan mucho, y no dejan mas que arrepentimientos y disgustos. ¿Qué ventajas sacan los pecadores mas afortunados de sus pecados? El placer que ha sido como la flor de ellos, ha pasado en un instante; los remordimientos, la confusion, la vergüenza, frutos amargos de la iniquidad, permanecen. ¿Qué les queda á todas estas víctimas desgraciadas del infierno de todas sus injusticias, de su licencia desenfrenada, de todos sus pecados? Una desesperacion eterna, mas sensible que las mismas llamas que las devoran : hé aquí los frutos de sus crímenes. Y aun cuando el pecado hiciese al hombre feliz sobre la tierra, ¿qué puede ganar uno en esto, cuando se pierde por toda una eternidad?

Por lo que hace al presente, estando como estais libres del pecado, y sujetos á Dios, la ventaja que en ello teneis os conduce á vuestra santificacion, y termina en la vida eterna. Esto es lo que se gana en el servicio de Dios : una paz del corazon inalterable, una conciencia tranquila, una alegría interior sin mezcla, una vida llena de las satisfacciones mas puras; ¡y qué consuelo en la muerte y por toda la eternidad! una felicidad sin medida, sin intervalo, sin límite. *Porque el estipendio del pecado*, continúa el santo apostól, *es la muerte : mas la gracia que se recibe de Dios, es la vida eterna en Jesucristo nuestro Señor.*

¡Qué dueño tan magnífico y liberal es el Señor, exclama un sabio y devoto intérprete! Recompensa con la vida eterna una fidelidad de pocos años, y alguna vez de pocos dias; y aun esta fidelidad es siempre debida á la gracia. Son sus propios dones, dice san Agustin, lo que recompensa cuando recompensa nuestra fidelidad. Justa idea, continúa, la que san Pablo nos da aquí del pecado: es un tirano que tiene á su sueldo míseros esclavos; les promete las mayores ventajas, y despues de haberles arrebatado la libertad, y hecho experimentar mil penas, el estipendio con que les paga es la muerte.

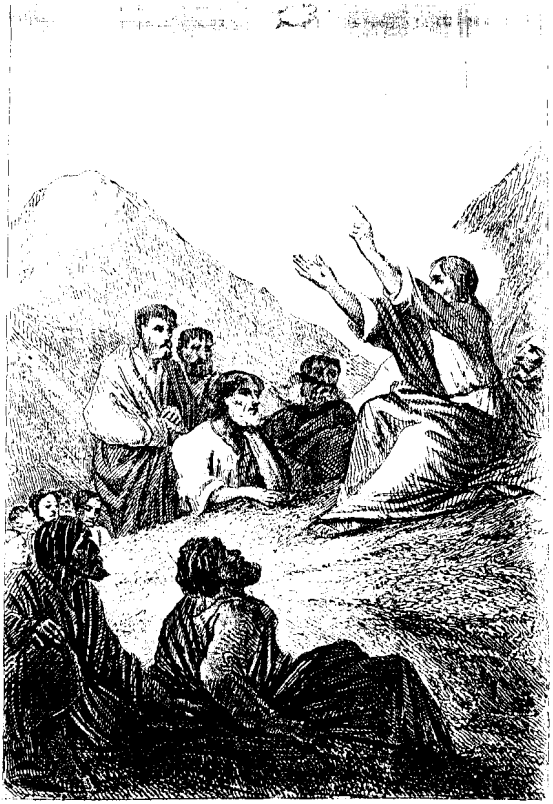
El evangelio de la misa de este dia nos enseña á conocer los falsos profetas, y nos exhorta á que estemos alerta contra sus seductores artificios. La voz profeta entre los Hebreos no solo significa unos hombres inspirados de Dios para predecir lo futuro, sino tambien unos doctores esclarecidos é inspirados de Dios para enseñar al pueblo; y en este sentido deben tomarse los de que habla el evangelio de este dia.

Jesucristo, despues de aquel admirable discurso que hizo á sus discípulos y á una muchedumbre que habia concurrido con él á un valle, situado al pié de una montaña, en donde habia pasado toda la noche en oracion; despues de haberles enseñado las bienaventuranzas, esto es, las fuentes de la verdadera felicidad, y de haberles impuesto muchos preceptos y muchas máximas espirituales que comprenden cuasi toda la moral cristiana, quiso prevenirles contra los lazos y los artificios de los herejes, y de todos aquellos de quienes se serviria el demonio para perderlos, por medio de sus exterioridades hipócritas

é imponentes. No hay en verdad cosa mas fácil que el imponer á las almas sencillas con un exterior devoto, estudiado y edificante. Como la caridad forma siempre una parte del carácter de las almas buenas, no pueden creer que los que no manifiestan mas que bondad sean malos. Un aire modesto y mortificado, una afectacion devota y austera, deslumbran; y como no se desconfía de ello, fácilmente es uno engañado. Conociendo el Salvador cuan peligroso era este artificio, y previendo los grandes males que hacian en todos tiempos estos hipócritas artificiosos, quiso prevenir á sus discípulos, y enseñarles á conocer los lobos disfrazados bajo de la piel de ovejas. Esto nos demuestra cuánto importa el no dejarse engañar de ellos, y qué desgracia es para una alma el caer en semejante lazo.

Guardaos, dice el Salvador, de los falsos profetas que vienen á vosotros disfrazados en ovejas, mas en lo interior son lobos rapaces. No hay cosa que mas seduzca que el artificio de que se sirven; un exterior que nada presenta que no sea laudable, engaña. Un aire de piedad, de mortificacion, de dulzura y de modestia, no es algunas veces otra cosa que una exterioridad de oveja de que se vale un falso doctor, para engañar con mas seguridad bajo de esta máscara.

Ya desde el tiempo de Jesucristo eran en gran número estos falsos doctores, y causaban un mal infinito en el pueblo, imitando, en todo lo que imponia, á los verdaderos profetas. Los antiguos y verdaderos profetas vestian muy sencillamente, y hacian una vida muy austera: llevaban vestidos de pieles, ayunaban rigorosamente, y se cubrian con sacos y cili-



Guardaos, dice el Salvador, de los falsos profetas que vienen á vosotros disfrazados en ovejas, mas en lo interior son lobos rapaces.

cios. Tales eran Jeremías, Isaías y Juan Bautista. Los falsos profetas se vestian del mismo modo, presentábanse á la vista del pueblo grandes ayunadores, predicaban con énfasis la penitencia; nada habia mas fácil que el ser engañado por ellos. El Salvador, pues, nos enseña aquí á conocerlos y á desenmascararlos.

Los conoceréis, dice, *por sus frutos*. Jamás fué equivoca esta prueba. ¿Cógense racimos de las espinas, ni higos de los cardos? Júzgase de la naturaleza del árbol por los frutos que produce; como es el fruto, así es el árbol, y tal como es el árbol, tal es tambien el fruto; la prueba es recíproca: y como no es posible que un buen fruto venga de un árbol malo, tampoco es posible que un árbol bueno produzca un fruto malo. No os fieis de exterioridades deslumbradoras, dice san Gregorio, porque los lobos pueden cubrirse con la piel de las ovejas. Verdad es que por poco que se les observe de cerca, se descubre muy pronto la artimaña. Una piel sobrepuesta no da ni la voz, ni las inclinaciones del animal á que pertenece por naturaleza. Una humildad sincera, una caridad universal, una piedad sin artificio, una dulzura sin añagaza, una austeridad de vida sin ostentacion, un zelo que nada tiene de excesivo, nada de amargo, distinguen al verdadero pastor á quien se debe seguir, del lobo de quien se debe huir. Desconfiemos de un zelo que no pierde nunca de vista sus propios intereses; de un zelo que impone cargas pesadas, á que no querria él aplicar un dedo; de una piedad sin caridad, de una caridad acompañada de aceptacion de personas. Los cardos no pueden llevar higos, ni los espinos racimos. Pero ¿qué se hace de un árbol que

no da buen fruto, dice el Salvador? *Se corta y se arroja al fuego.* No habla aquí el Salvador de un árbol estéril; habla de un árbol que lleva frutos, pero malos frutos. Terrible leccion para aquellas personas que hacen muchas obras buenas en la apariencia, pero que no producen mas que frutos ásperos, de mal gusto, frutos podridos por la falta de pureza de intencion, por sus malos motivos. Gentes ricas en apariencia, pero que nada encuentran en sus manos en la hora de la muerte. Personas zelosas que pueden decir: *Señor, Señor, ¿no hemos profetizado en vuestro nombre? ¿no hemos hecho muchos milagros en vuestra virtud?* Y á quienes se responderá: Retiraos de mí, *porque jamás os he conocido.* Vuestras pretendidas buenas obras han sido frutos de un corazon dañado por las pasiones y por vuestro amor propio. Un árbol malo lleva frutos; pero no puede llevarlos buenos.

No todos los que me dicen, Señor, Señor, entrarán en el reino de los cielos: quiere decir, que los que hacen profesion de cristianos y creen en Jesucristo no se salvarán, si no añaden á su creencia la observancia de los mandamientos: no basta creer el Evangelio, es preciso seguir sus máximas; y hablar de Dios con uncion, hablar á Dios con confianza, sin hacer lo que manda, es un error que condena á muchas gentes. Vosotros decis á Dios: Señor, Señor, dice el nuevo autor de las Reflexiones morales; pero si vosotros le reconoceis por vuestro dueño, y no le obedeceis, es lo mismo que pronunciar vosotros mismos el decreto de vuestra condenacion. ¡Cuántos hay que creen haber hecho todo lo que deben para su santificacion, porque han estado mucho tiempo al pié de los altares, ó dentro de su oratorio! Menester es el

orar; necesario es el orar mucho; preciso aun, en cuanto sea posible, el orar siempre; pero la oracion que no nos hace mas fieles á nuestros deberes, mas sumisos á la voluntad de Dios, mas dulces, mas caritativos, mas humildes, mas mortificados, mas ejemplares, seria una pura ilusion, y no nos abriria el cielo. *El que hace la voluntad de mi Padre celestial*, dice el Salvador, *ese es el que entrará en el reino de los cielos*. Esto es lo que caracteriza el valor y el mérito de las mejores acciones. Lo que parece mas laudable á los ojos de los hombres, suele ser algunas veces reprobado por el Señor. El justo vive de la fe; pero la fe sin la caridad es muerta, sin las buenas obras es inútil para la eternidad. Es menester que el corazon y la conducta correspondan á la fe y á las palabras. Las manos, y no la voz de Jacob, son las que atraen la bendicion.

La oracion de la misa de este dia es como sigue.

O Dios, cuya providencia no se engaña en su conducta; humildemente os suplicamos que aparteis de nosotros todo lo que puede dañar á nuestras almas, y nos concedais todo lo que puede servirles para la eternidad. Por nuestro Señor Jesucristo.

La epistola está tomada del cap. 6 de la del apóstol san Pablo á los Romanos.

Hermanos mios: Hablo como hombre á causa de la flaqueza de vuestra carne. Porque así como habeis hecho servir los miembros de vuestro cuerpo á la impureza y á la injusticia para cometer el crímen, así tambien ahora hacedlos servir á la justicia para que llegueis á ser santos. En efecto, cuando érais esclavos del pecado, habiais sacudido el yugo de la justicia. ¿Y qué ventajas habeis encontrado entonces en las cosas de que ahora os avergonzais? porque todas ellas

no van á parar sino á la muerte. Ahora pues, ya libres del pecado y sujetos á Dios, reportais de ello el fruto de vuestra santificacion, que lleva por fin á la vida eterna: porque el estipendio del pecado es la muerte; mas la gracia que se recibe de Dios, da la vida eterna en Jesucristo nuestro Señor.

NOTA.

Esta epístola es continuacion de la del domingo precedente. Libres por la gracia del bautismo de la servidumbre del pecado, exhorta el santo apóstol á los fieles á que lleven una vida cristiana, propia del estado de gracia en que han entrado.

REFLEXIONES.

¿Y qué ventajas habeis encontrado entonces en las cosas de que ahora os avergonzais? La vergüenza, el pesar y el arrepentimiento son los únicos frutos del pecado; no se debe esperar de él otra cosa. Es una serpiente, dice el Sabio, que lisonjea, pero que pica; es un veneno preparado que se traga con placer, pero que tarde ó temprano causa crueles dolores; si se previesen bien todas las consecuencias funestas del pecado, habria pocos pecadores. ¿Qué ventajas se sacan de vivir enemigo de Dios, esclavo del demonio, víctima de mil remordimientos, destinado á las llamas eternas? El estipendio del pecado es la muerte; solicitándonos el demonio al pecado, no nos promete otra recompensa. Satisfácese uno cuando peca; pero ¡qué cara cuesta esta criminal satisfaccion! Impureza, injusticia, venganza, ¿de qué sinsabores no vais seguidas; y de qué vergüenza, de qué amargo pesar, de qué espantosa desesperacion, de qué rabia por toda la eternidad? El pecado es una injuria insigne hecha

á Dios, y al mismo tiempo el tirano mas cruel del hombre pecador. Puede decirse que el pecado mismo es la pena y el castigo del pecador. Embruteciendo el entendimiento, atormenta horriblemente el corazon; arma, por decirlo así, todas las furias contra el hombre pecador. Adormécese, atúrdese con el tumulto y el desarreglo; mas esto no es otra cosa que una pócima que suspende por algunas horas, por algunos dias, no el sentimiento, sino la razon y el buen sentido: no se raciocina ya cuando se peca; pero al fin el adormecimiento no dura siempre; vuélvese de él, despiértase, ¿y qué vergüenza, qué indignacion, qué despecho no se concibe contra su propia tontería? ¡Buen Dios! ¡qué terribles tormentos causa la sola memoria de una vida pasada en el desarreglo y en el vicio! No hay crímen que no lleve consigo su suplicio. Salud arruinada, bienes disipados, familia atrasada, reputacion mancillada, nombre desacreditado, vosotros no sois el único gaje, por decirlo así, el único estipendio del pecado. ¡Qué confusion mas horrorosa, qué sentimiento mas amargo, cuando se ve, cuando se siente la pérdida que se ha hecho de un Dios, fuente de todos los bienes; cuando se compara la duracion eterna de la pena con la brevedad del placer; la sabiduría de los hombres de bien con la extravagancia de los libertinos; la felicidad incomprensible de los santos con la desgracia infinita de una alma condenada! No hay pecador alguno que tarde ó temprano no se avergüence de su pecado; no hay réprobo que por toda la eternidad no se llene de rabia al acordarse de su vida criminal. ¿Qué se han hecho al presente todos aquellos insignes pecadores, aquellos mundanos altaneros aquellos libertinos inso-

lentes que hacian alarde de sus desórdenes? ¿De qué les ha servido aquella licencia desenfrenada, aquel libertinaje triunfante, aquel desprecio orgulloso de las leyes mas santas, aquella ostentacion de sus propios crímenes? ¡Con qué arrogancia se mofaban de las mas terribles amenazas de un Dios omnipotente! ¡Con qué impiedad hacian burla de las mas espantosas verdades de la religion! ¡Con qué irreligion se vanagloriaban de sus delitos! Estos arrebatos de impiedad se han calmado en el lecho de la muerte; estos excesos violentos de un libertinaje desmedido se han extinguido en el sepulcro; los fuegos del infierno han hecho recordar á la razon, han restablecido el buen sentido, han hecho, por decirlo así, revivir aquella fe cuasi extinguida por el libertinaje; y entonces, ¿de qué nos ha servido, exclaman con el Sabio, *de qué nos ha servido aquel orgullo*, aquella jactancia impía, que nos ha conducido á despreciar los buenos ejemplos, los avisos saludables, los remordimientos importunos de una conciencia justamente alarmada? ¿Qué fruto hemos sacado de aquellos tristes placeres, de aquella rebelion criminal de las pasiones, de aquellas satisfacciones odiosas? El placer ha pasado, la vergüenza y el arrepentimiento estéril no pasarán. ¡Buen Dios! ¡Qué amargo es un arrepentimiento; qué cruel cuando no debe acabarse jamás, y cuando siempre es sin fruto y sin remedio!

El evangelio es de san Mateo, cap. 7.

En aquel tiempo, dijo Jesus á sus discípulos: Guardaos de los falsos profetas que vienen á vosotros disfrazados con las exterioridades de ovejas, mas en su interior son lobos rapaces. Por sus frutos los conoceréis: ¿Cógense por ven-

tura racimos de los espinos, ni tampoco higos de los cardos? Así es que todo árbol bueno da buenos frutos, y todo árbol malo los da malos; un árbol bueno no puede dar malos frutos, ni uno malo llevarlos buenos. Todo árbol que no da buenos frutos, será cortado, y arrojado al fuego; por los frutos, pues, los habeis de conocer. No todos los que me dicen, Señor, Señor, entrarán en el reino de los cielos, sino aquel que hace la voluntad de mi Padre celestial; este es el que entrará en el reino de los cielos.

MEDITACION.

DE LA VERDADERA DEVOCION.

PUNTO PRIMERO.

Considera que el desencadenarse tanto el dia de hoy contra la verdadera devocion, consiste en que no se la conoce, y se la confunde con cierta hipocresía exterior que agravia sobre manera á la verdadera piedad. Hay falsos devotos que se cubren con la máscara de la verdadera devocion; pero esta máscara no engaña mucho tiempo: por poco que se les considere de cerca, luego se descubre su falsedad. Los lobos cubiertos con la piel de oveja no tienen mas que la piel, y al través de esta piel dejan siempre entrever su humor feroz y carnicero. Su voz, su alimento, su marcha, todo los descubre. Los cardos no llevarán nunca higos, el fruto no desmiente jamás la naturaleza del árbol; los espinos no dejan nunca sus puntas, y por mas verdes que sean sus hojas, la aspereza de su fruto es insoportable. Por mas que la falsa devocion contrahaga la verdadera, sus frutos son muy contrarios para que pueda uno engañarse luego que de cerca observe su color, y haga la prueba por el gusto. No hay cosa mas amable, mas dulce, mas res-

petable que la verdadera piedad : su aire no es ni austero, ni desagradable; no consiste en excesos de un zelo desmedido; aborrece la ostentacion y el fausto; es humilde, modesta, benigna, decorosa, sencilla, sin afectacion, sin gazmoñería, sin doblez. Enemiga de todo disfraz, gana el ánimo por su rectitud, y el corazon por su dulzura. Majestuosa en su simplicidad, cuanto mas humilde es, es tanto mas respetable : su mérito no depende del capricho ó de las ideas extravagantes de los hombres; su principio es la virtud sólida; la gracia es el alma; y Dios solo el objeto, el motivo y el fin. Sin razon se piensa que la rusticidad es natural á la devocion, porque alguna vez se encuentra en los que hacen profesion de devotos. La descortesía es un defecto que condena la verdadera piedad. La devocion no afecta, es verdad, un aire de excesiva cortesía, pero no olvida las menores atenciones, ni el mas pequeño de los deberes. Animada del espíritu de Jesucristo, mira con horror el espíritu del mundo; hace una guerra irreconciliable al amor propio, y su ejercicio ordinario es la mortificacion de los sentidos y de las pasiones. La voluntad de Dios es el gran móvil que la hace obrar; Jesucristo en la cruz el gran modelo que se propone; el Evangelio su ley; la vida de los santos su escuela; y su aplicacion y estudio consiste en la práctica de las virtudes cristianas. El pensamiento de la muerte la consuela, el de la eternidad la ocupa, y el único objeto de sus votos es el cielo. Una piedad estudiada y artificial apenas va mas que por caminos extraviados y extravagantes. La verdadera piedad no sale nunca de su estado. La humildad, la modestia, la mansedumbre, una mortificacion continua, una caridad sin

límites, un deseo puro de agradar á Dios, la mayor puntualidad en cumplir con sus obligaciones, una fe generosa y universal, una confianza en Dios sin reserva, una perseverancia inalterable y superior á todos los acontecimientos, tales son los rasgos mas señalados de la verdadera devocion : consideremos si es este el carácter de la nuestra.

PUNTO SEGUNDO.

Considera que para agradar á Dios es necesario querer las cosas en el mismo órden que Dios las quiere ; porque su voluntad debe ser regla de la nuestra, como que ella es el principio de todo bien. De aquí es que el hombre justo no medirá jamás su condicion por su devocion, sino que siempre reglará su devocion por la condicion á que Dios le llama, y la hará consistir sobre todo en cumplir perfectamente todas las obligaciones de su estado. No tanta ostentacion de piedad, no tanta reforma exterior, no tantos lamentos por la relajacion de los demás; sino mas caridad, mas desinterés, mas buena fe, mas mortificacion, mas sentimientos bajos de sí mismo, menos vivacidad sobre el punto de honor, menos dureza sobre las miserias de otro, menos delicadeza para su persona, estos son los puntos capitales y como el fundamento de la verdadera devocion. ¡Qué error el buscar uno su perfeccion fuera de su estado! Las condiciones son diferentes ; pero la obligacion de cumplir en ellas todos sus deberes es la misma : no toda devocion es á propósito para todo género de condiciones. Lo que serviria para la santidad de los unos, seria un obstáculo para la salud de los otros.

Son las diferentes condiciones, segun el evangelio, como otros tantos árboles que deben todos llevar fruto, pero cada uno el fruto de su especie; y esto es puntualmente lo que hace nuestra cobardía y nuestras infidelidades mas inexcusables. Si fuese necesario adquirir la perfeccion propia de un estado diferente de aquel á que Dios nos ha llamado, costaria esto mucho, y la virtud seria penosa; pero ¿qué excusa le queda á ninguno sabiendo que la verdadera devocion consiste en el cumplimiento de las obligaciones de su estado? Una persona religiosa no está obligada, para santificarse, mas que á observar exactamente sus votos; desempeñar con puntualidad todos sus deberes, y guardar sus reglas; su perfeccion, por decirlo con precision, consiste en la perfecta observancia de todas sus reglas. Un padre, una madre de familia halla, por decirlo así, reducida su perfeccion á la práctica de las obligaciones de su casa; omitirlas para ejercitarse en otras buenas obras, aunque sean de mayor perfeccion, es una ilusion. Correr á las iglesias y á los hospitales, mientras que el cuidado de la educacion de los hijos queda abandonado á discrecion de los domésticos, es una ilusion lamentable. Omitir los deberes de su estado, no guardar las reglas en el estado religioso que se ha abrazado, para hacer otras buenas obras, es, sí, trabajar mucho, pero todo en balde. Por mas santo que sea el zelo, deja de ser meritorio luego que es incompatible con los deberes que prescribe nuestro estado. Dios quiere ser servido conforme á su voluntad, y no conforme á nuestra inclinacion y capricho; solamente ejecutando con puntualidad las órdenes de su señor, es como agrada el siervo.

De este modo y con esta condicion quiero yo tambien, Señor, agradaros. Las obligacionés de mi estado serán de hoy mas las primeras que, mediante vuestra santa gracia, me propongo cumplir, y mi mayor devocion consistirá en hacer vuestra voluntad.

JACULATORIAS.

Enseñadme, Señor, á que en todo haga vuestra voluntad, puesto que vos sois mi Dios. *Salmo* 142.

Renovad en mí, Señor, la pureza del corazon y la rectitud del espíritu, sin las que es imposible que y os agrade. *Salmo* 50.

PROPOSITOS.

1.º Una persona sólidamente virtuosa, es una persona sin amor propio, sin doblez, sin ambicion. Es una persona severa siempre consigo misma, y que no se perdona cosa alguna, al mismo tiempo que es indulgente con los demás, en cuyo favor todo lo escusa; atenta sin afectacion, complaciente sin bajeza, oficiosa sin interés, exacta observadora de la ley sin escrúpulo, unida á Dios sin violencia. Un hombre verdaderamente devoto, es un hombre que siente bajamente de sí mismo, que estima á todos los demás, porque no ve en ellos mas que las virtudes que tienen, y no considera en sí mas que los defectos á que está sujeto. Como no se gobierna sino por las máximas sobrenaturales, nunca cree que los que le desprecian le hacen agravio, porque no cree se le deba el honor que le rehusan. Instruido en la escuela de los santos, prefiere las mas pequeñas obligaciones de su estado,

á las acciones mas brillantes por su eleccion y por su gusto. En fin, es un hombre que nutre su inocencia con los ejercicios de la penitencia. Siempre contento, siempre afable, siempre en paz, siempre con una igualdad de humor inalterable, á quien no engríen los mas faustos sucesos, ni abaten los accidentes mas funestos; porque sabe que los bienes y los males de esta vida vienen siempre de una misma mano, y como la única regla de su conducta es la voluntad de Dios, hace siempre todo lo que Dios quiere, y quiere siempre todo lo que Dios hace. Tengamos continuamente este retrato y este espejo á la vista, y consideremos de tiempo en tiempo si nuestra devocion se parece á este modelo.

2.° Confrontemos frecuentemente nuestra devocion con este retrato, y corrijamos los defectos que notáremos en nuestra conducta. Apreciemos como se debe las obligaciones mas pequeñas de nuestro estado, y consideremos qué reglas de nuestro instituto son las que guardamos con flojedad. No hay cosa pequeña en el servicio de Dios; sirvámosle con fervor; no sea nuestra devocion ni enfadosa, ni floja, ni variable. Nada hay que agravie tanto á la verdadera devocion como el mal humor, y los defectos groseros de los que pasan por devotos.

OCTAVO DOMINGO

DESPUES DE PENTECOSTES.

Como la Iglesia nuestra buena madre en nada tiene tanto empeño como en la salvacion de sus hijos, reune todos los domingos á los fieles para darles lecciones importantes de salud, para reanimar mas su fe, renovar su fervor, prevenirles contra los peligros, animarles contra los esfuerzos y las astucias del tentador, consolarles en sus males, y sostenerles en todos los accidentes molestos de la vida. Ella les alimenta con el pan de la palabra de Dios, les fortifica con el uso de los sacramentos, y recordándoles cada domingo la memoria de las grandes verdades de la religion, procura siempre, por medio de aquellos rasgos mas señalados de la bondad y de la misericordia de Dios con nosotros, excitar nuestro amor y nuestro reconocimiento hácia él, é inclinarnos á que pongamos en él toda nuestra confianza. A esto precisamente se dirige todo el oficio de la misa de este dia. El introito nos trae á la memoria los mas señalados beneficios del Señor : la epístola en pocas palabras nos presenta el retrato de un hombre espiritual, tal como debe serlo todo verdadero fiel : el evangelio nos enseña el buen uso que debemos hacer para el cielo de los bienes terrenos; y en el ejemplo de un recaudador infiel, pero ingenioso y previsor, quiere el

Salvador darnos á entender la industria piadosa por medio de la cual debemos hacer servir á nuestra salvacion los falsos bienes de este mundo, de los que no tenemos, por decirlo así, mas que la administracion, y con los que, sin embargo, podemos ganarnos amigos y poderosos protectores en la otra vida. Esta industriosa sabiduría, este buen espíritu, junto con un corazon acomodado á él, es lo que pedimos á Dios en la oracion de la misa de este dia, la cual debe ser una oracion diaria para todos los fieles.

Nosotros, Señor, nos acordamos de todos los beneficios de que habeis colmado á vuestros siervos; *hemos recibido vuestra misericordia en medio de vuestro santo templo;* en medio de vuestro pueblo, como traducen los Setenta, san Crisóstomo, Teodoreto y san Agustin. ¡Qué de maravillas, ó Dios mio, no habeis obrado á favor nuestro! ¡qué solicitud, qué bondad, qué providencia paternal! ¿Podríamos, ó Dios, olvidar nunca á un Señor tan benéfico, ó dejar de confiar en un Salvador, en un Padre semejante? Vuestra gloria ha penetrado, ó Dios mio, hasta las extremidades de la tierra; en todas partes se os alaba de un modo proporcionado á la grandeza de vuestro nombre; exáltese, sobre todo, ese brazo justiciero que se ha armado para nuestra defensa. Es bien patente que el salmo 47, que en el sentido literal puede entenderse de la proteccion de Dios sobre Jerusalen y sobre el pueblo judío, no debe entenderse en el sentido figurado sino de la proteccion singular de Dios sobre la Iglesia. Solo en el cristianismo es donde puede decirse que la gloria de Dios ha penetrado hasta los confines de la tierra, y que el Señor es alabado en todos los pueblos de un modo proporcionado á la grandeza

de su santo nombre. Antes de Jesucristo no era Dios conocido mas que en la Judea, y solo despues de la venida de este divino Salvador ha sido llevado y predicado á todas las naciones del mundo el conocimiento del verdadero Dios, y los predicadores evangélicos han anunciado á Jesucristo por todo el universo. La memoria de esta maravilla, de esta gran misericordia es lo que nos recuerda el introito de la misa de este domingo, para despertar nuestra fe y nuestro amor á Dios, y obligarnos á ocuparnos en continuas acciones de gracias.

La epístola está tomada del capítulo octavo de la de san Pablo á los Romanos. Habiendo hecho ver el Apóstol cuan diferente debe ser la vida de un cristiano de la de un hombre carnal, nos advierte que aunque la concupiscencia y las pasiones no queden enteramente extinguidas por la gracia del bautismo, quedan no obstante muy debilitadas, y no tienen mas imperio sobre nuestro corazon que el que nosotros les damos voluntariamente. Cita en seguida las razones que tenemos para tenerlas sujetas, y demuestra que debiendo ser un fiel un hombre enteramente espiritual, no debe vivir segun las inclinaciones de la carne.

No somos deudores á la carne, dice, *para que vivamos segun la carne.* No debemos nuestra vida á la carne. Nacemos hijos de ira, puesto que nacemos esclavos del pecado; solo á Jesucristo debemos nuestra libertad; somos reengendrados por el bautismo; debemos, pues, vivir para Jesucristo, segun su espíritu y sus máximas. En virtud de este nuevo nacimiento del agua y del espíritu, no estamos ya sujetos á la carne, al pecado, á la concupiscencia;

no tiene ya esta imperio alguno sobre nosotros, y únicamente Jesucristo es el que debe reinar en nuestros corazones. Desgraciados de nosotros, si, renunciando á la dichosa libertad de hijos de Dios, nos sometemos de nuevo al imperio del pecado. Jesucristo por los méritos de su sangre y de su muerte ha hecho pedazos nuestras cadenas, y ha destruido el imperio del demonio. Este enemigo mantiene, á la verdad, todavía alguna inteligencia en la plaza; nuestro amor propio, nuestros sentidos, nuestro mismo corazon pueden hacernos traicion, y nosotros debemos continuamente desconfiar de ellos; pero á menos que nosotros queramos introducirle en el fuerte, serán inútiles todos sus esfuerzos: es un perro rabioso, dice san Agustin, que está encadenado; puede ladrar, puede chillar, pero no puede morder sino á los que se le acercan demasiado. *El que ha nacido de la carne*, decia el Salvador á Nicodemus, *es carne; pero el que ha nacido del espíritu, es espíritu.* A este oráculo alude aqui el santo apóstol. Solo en el cristianismo es en donde Dios tiene adoradores que le adoren en espíritu y en verdad; solo en la religion cristiana es en donde se hallan hombres espirituales. Por esto el pueblo judío, aunque pueblo escogido y privilegiado, no obstante que él solo fué el que tuvo el conocimiento del verdadero Dios, y al que Dios eligió por su pueblo, era todavía un pueblo enteramente carnal. Esta maravillosa mutacion del hombre en hombre espiritual, debia ser la obra del Salvador; era necesario un Redentor que fuese hombre y Dios á un mismo tiempo, para obrar esta insigne maravilla; la ha obrado, en efecto, y el hombre cristiano es la obra maestra de este hombre Dios.

Porque si vivis, continúa el Apóstol, *segun la carne, moriréis:* esto es, si seguis los deseos de la carne y los movimientos de la concupiscencia, si haceis las obras de la carne, que significan todo pecado grave, perderéis la vida de la gracia; moriréis con una muerte espiritual desde esta vida, que será seguida en la otra de la muerte eterna, de la eterna condenacion. Por el contrario, si mortificais las obras de la carne, esto es, si os mortificais, si reprimis las malas inclinaciones de vuestro corazon, si las haceis morir en vosotros, y no cometeis el pecado á que os solicita la concupiscencia, si domais vuestras pasiones, en una palabra, si mortificais por el espíritu las obras de la carne, viviréis una vida enteramente espiritual, vida sobrenatural, vida cristiana sobre la tierra, la cual será seguida de la bienaventuranza en el cielo. Vívese segun la carne, cuando se hacen las obras de ella, cuando se vive segun el espíritu y las máximas del mundo; y esta vida no tiene otro término que el infierno. Vívese segun el espíritu de Jesucristo, cuando se vive conforme al espíritu y las máximas del Evangelio. La vida del espíritu es la vida de la gracia; y ayudados de esta gracia nos mortificamos, domamos las pasiones, reprimimos las malignas impresiones de la concupiscencia, y dejamos de obrar las obras de la carne.

Porque todos los que obran por el espíritu de Dios, son hijos de Dios; y puede añadirse que no hay propiamente otros hijos de Dios que los que están animados del espíritu de Dios, que obran por la dulce impresion de este divino espíritu, que siguen sus luces y sus movimientos. Si nuestras obras, por mas laudables que sean, por mas buenas que parezcan,

tienen otro motivo, nacen de otro principio, son obras vacías, obras defectuosas, obras muertas, por las cuales nos dice Dios: *No os conozco.* No así las de aquellos á quienes el espíritu de Dios hace obrar, dice san Agustin, no por fuerza ni con violencia, sino exhortando por medio de sus dulces inspiraciones, ilustrando con sus vivas luces, ayudando con los auxilios de su gracia. *Sabemos*, continúa el Apóstol, *que todas las cosas concurren al bien de los que aman á Dios.* Si no obráseis nada, *si nada hiciéseis*, añade el santo doctor (1), *no podria decirse que cooperabais con el Espíritu Santo.* El hombre coopera á su conversion con el Espíritu Santo; mas no coopera sino con el auxilio de la gracia.

Por lo demás, *vosotros no habeis recibido el espíritu de servidumbre de modo que vivais de nuevo en el temor.* No, no es ya un espíritu de temor el que debe haceros obrar como si continuáseis esclavos; el motivo que debe conduciros, y debe ser como el alma de todas vuestras obras, despues que habeis llegado á ser hijos adoptivos del Padre celestial, es el espíritu de amor. El espíritu de la ley de Moisés era un espíritu de temor; el espíritu del Evangelio de Jesucristo es un espíritu de amor. La antigua ley habia sido promulgada entre truenos y relámpagos que siempre inspiran terror; la ley nueva nació sobre el Calvario, sufriendo el Salvador la muerte por efecto de su grande amor: era raro en el antiguo Testamento el que se sirviese á Dios por puro amor; el temor de los castigos era el principal motivo que animaba á aquel pueblo carnal, á aquellos siervos medio esclavos: en el nuevo quiere Dios ser servido por amor. El espíritu

(1) Serm. 13 de verbis Apostoli.

propio de la ley de Moisés era un espíritu de terror y de amenaza, y bajo de esta idea es como la representa el Apóstol. La ley nueva, por el contrario, siendo una ley de gracia, que nos comunica por sí misma el Espíritu Santo, y nos eleva á la dignidad de hijos de Dios, nos hace encontrar en la caridad un motivo mas eficaz y mas noble para obedecer. No es esto decir que no sea el mismo Espíritu Santo el autor del temor saludable, y del amor puro y sobrenatural; así lo ha definido la Iglesia, enseñándonos que en la ley nueva, que es una ley de amor, no debe excluirse el temor de las penas y de la justicia divina, con tal que comprenda las disposiciones señaladas por el santo concilio de Trento. El temor saludable es un don de Dios, lo mismo que el amor; mas estos dones no son iguales, aunque vengan de la misma mano. El temor, dice san Agustin, comienza, por decirlo así, la conversion, y la caridad la acaba. Muchos profetas y patriarcas de la antigua ley han servido á Dios por amor: habíaseles ya desde entonces comunicado por anticipacion el espíritu del Evangelio, mirando á los méritos de Jesucristo; mas hoy debe reinar universalmente este espíritu en todos los fieles, puesto que en virtud de la gracia de adopcion que hemos adquirido por Jesucristo, no solo debemos llamar á Dios nuestro Señor, sino Padre nuestro. *Habeis recibido*, dice el Apóstol, *el espíritu de adopcion de los hijos de Dios en virtud del que clamamos: Abba, padre.* Como si dijese el Apóstol: Nosotros hebreos llamamos al Señor en nuestra lengua siriaca *abba*, que en vuestra lengua significa *padre*. Porque este mismo espíritu, añade, da testimonio al nuestro de que somos hijos de Dios; esto es, el mismo Espíritu Santo es el que

nos autoriza para esta confianza de llamar á Dios nuestro padre; él es el que nos da interiormente testimonio de que somos hijos de Dios, sobre todo despues que ha derramado en nuestros corazones su santo espíritu. La nueva alianza que Dios ha hecho con nosotros por medio de Jesucristo, es lo que nos da este derecho. No es esto decir que el dulce testimonio de una buena conciencia deba darnos una entera y absoluta certidumbre de nuestra justicia, dice el sabio intérprete que hemos citado repetidas veces, como falsamente piensan los herejes: lo que únicamente quiere decir el Apóstol, es que la confianza que los verdaderos fieles tienen de ser del número de los hijos de Dios no es ni vana ni presuntuosa, puesto que está fundada en la inspiracion y en el testimonio del Espíritu Santo. Todos aquellos á quienes el Espíritu Santo da interiormente este testimonio, son verdaderamente hijos de Dios; pero nadie sabe con una entera certeza si efectivamente el Espíritu Santo le da este testimonio. *No sabe el hombre*, dice el Sabio (1), *si es digno de amor o de odio*: y tiene mucha razon, por tanto, el Apóstol para exhortar á los fieles á que trabajen en su salvacion con temor y con temblor (2). *Y si somos hijos*, concluye san Pablo, *somos tambien herederos; herederos, digo, de Dios, y coherederos de Jesucristo*. Esta augusta cualidad de hijos de Dios es la que nos da derecho á la herencia de nuestro Padre. Pero es menester que seamos hijos sumisos y respetuosos, si queremos conservar este derecho. Un padre tiene derecho para desheredar á los hijos rebeldes. Nosotros no seremos reconocidos por verdaderos hijos de Dios, sino en tanto que

(1) Eccl. 9. — (2) Philip. 2.

fuéremos conformes á la imágen de Jesucristo paciente.

El evangelio de la misa de este dia contiene la parábola del administrador, infiel en verdad, pero ingenioso para procurarse amigos que puedan servirle de escudo en su desgracia. El fin de esta parábola es inclirarnos á hacer amigos para el cielo por medio de las limosnas.

Habia un mayordomo de la casa de un hombre de cualidad, decia un dia el Salvador á sus discípulos, el cual habiendo disipado el caudal de su Señor, fué acusado de malversacion en su encargo. Informado el señor de ello, le hizo presentar, y le dijo: ¿Qué es lo que oigo decir de tí? asegúraseme que has disipado mi caudal, que has hecho mal uso del dinero que te he confiado, y que no tienes cuidado alguno de mis negocios; no puedo por tanto servirme de un hombre de quien todos se quejan. Prepárate, pues, para darme cuenta de tu adminitracion; porque no puedo continuarte ya la confianza de cuidar mis bienes. Fácil es comprender el sentido moral de esta parábola. ¿Quién no sabe que todos somos responsables al Señor, que todos somos sus arrendadores y sus mayordomos? Todos los bienes que poseemos son de él, nosotros mismos somos suyos, y debemos un dia darle cuenta, no solo de los bienes exteriores que tenemos á nuestra disposicion, ricas herencias, terrenos dilatados, cuantiosas rentas, sino tambien de nuestro tiempo, de nuestra salud, de nuestros talentos, de las facultades de nuestro cuerpo y de nuestra alma; en fin de todo lo que tenemos, y de todo lo que somos: todo esto son bienes, son fondos que debemos beneficiar, y de que hemos de darle cuenta.

Administradores infieles, apenas hay uno de nosotros que no sea acusado delante de él de haber disipado los bienes que nos habia confiado, y de haber hecho mal uso de ellos; y nuestro acusador es nuestra propia conciencia. *Dame cuenta de tu administracion.* En la hora de la muerte, en el momento de nuestro juicio particular es cuando cada uno de nosotros recibirá esta órden. ¡Gentes mundanas, dad cuenta del uso que habeis hecho de vuestra salud, de vuestro tiempo, de vuestros talentos! ¡Grandes del mundo, dad cuenta de esos grandes bienes, de esos empleos brillantes, de esa autoridad, de esa magnificencia! ¡Ministros de la Iglesia, dad cuenta de esas pingües rentas, patrimonio de los pobres, de que no érais mas que unos administradores, de esos talentos que debísteis hacer fructificar! ¡Personas religiosas, dad cuenta de todas las ventajas temporales y espirituales que habeis recibido de mi bondad en vuestro estado! Todos hemos recibido; todos, pues, debemos un dia dar cuenta de nuestra administracion. ¡Buen Dios, y cuántos desgraciados!

Viéndose perdido y sin recurso el recaudador de nuestra parábola, ¿que haré yo ahora, dice, porque mi señor me va á quitar el manejo de su hacienda? ¿qué partido tomaré? ¿Ponerme á cavador? no tengo fuerzas para azadonar la tierra; ¿pedir limosna? debo serme muy vergonzoso; mi edad no me permite tampoco aprender un oficio. En tal extremo le ocurre un expediente, ingenioso á la verdad, aunque injusto: resuelve ganarse amigos á expensas del mismo caudal de su amo, á fin de encontrar por lo menos una acogida en su casa cuando hubiere perdido su empleo. Habiendo, pues, hecho venir uno á uno á

los deudores de su señor, les preguntó en particular á cada uno cuánto era lo que debian : uno respondió que debia cien barriles de aceite ; y el otro cien medidas de trigo. Volvióles al uno y al otro sus obligaciones, haciéndoles formar otras nuevas, en las cuales redujo los cien barriles de aceite del primer deudor á cincuenta, y las cien medidas de trigo del segundo á ochenta. Por este medio, aunque injusto, se aseguró un recurso en caso de necesidad en casa de aquellos á quienes acababa de agraciar; lo cual sabido por el señor, no pudo menos de admirar la agudeza de su mayordomo que tan bien habia sabido proveer á su seguridad á costa de su amo, y hasta le alabó por haberse conducido con tanta habilidad y obrado con tanta advertencia en órden á su interés particular. Todo esto, concluye el Salvador hablando á sus discípulos, y en su persona á nosotros, todo esto os demuestra que las gentes del mundo, los hijos del siglo corrompido son mas hábiles, mas industriosos, mas vigilantes, mas ardientes, mas atentos para llegar al cabo de sus designios, para enriquecerse, para elevarse, para prevenir una desgracia, que los hijos de la luz para asegurar una felicidad eterna. ¡Qué vergüenza el vernos obligados á servirnos de esta comparacion, de este contraste de conducta para excitar nuestro zelo, y precisados á decirnos á nosotros mismos : hagamos por los bienes eternos, lo que hacen los mundanos por los bienes perecederos; y lo que ellos hacen todos los dias para perderse, hagámoslo al menos para salvarnos : *Y yo os digo*, concluye el Salvador, *tratad de ganaros amigos en el cielo por el buen uso de vuestras riquezas, las cuales no son otra cosa que bienes falsos, y muchas*

veces frutos de vuestras injusticias: emplead en buenas obras los bienes que Dios os ha confiado, y de que debeis darle cuenta. El administrador no pudo sin faltar á la justicia emplear, como aquel lo hizo, los bienes de su señor en procurarse amigos para el tiempo de su desgracia; pero Dios nos permite, nos manda aun que empleemos los bienes cuyo uso nos ha concedido, en procurarnos amigos en el cielo. Dios, dice san Agustin, no autoriza aquí la injusticia; no aconseja que se empleen en buenas obras los bienes mal adquiridos. Jamás fué permitido hacer limosnas con el caudal de otro. Lo que se posee injustamente no debe darse á los pobres, sino que debe volverse á aquel á quien se ha quitado: lo que el Salvador quiere darnos á entender en este pasaje, es que en lugar de emplear las riquezas en procurarnos la falsa amistad de los grandes, en tener muebles preciosos, una mesa delicada y espléndida y equipajes suntuosos; en lugar de emplear los bienes en gastos desatinados, en el juego, en el lujo y en diversiones que tarde ó temprano obligan al soberano Señor á arrojarnos de su servicio, y á reprobarnos como administradores infieles, pongamos en manos de los pobres los bienes que no pasan en la otra vida sino por el comercio de la caridad. Por medio de este cambio aseguramos su justo valor en el cielo; sin él todos los bienes terrenos perecen entre nuestras manos. Son de ningun valor para el cielo los bienes de la tierra, y solo por el comercio de la limosna logramos que nos sean útiles en la otra vida. Esto es lo que el Salvador ha querido enseñarnos en esta parábola. Es esta una leccion importante para todos; pero leccion, sin embargo, de que muy pocos quieren aprovecharse. *Mamnona* es una

palabra siriaca que significa riquezas, tesoros. La palabra *iniquidad*, que se añade aquí á la de riquezas, no solo significa los bienes mal adquiridos, sino principalmente los bienes falsos, las riquezas engañosas, fuente ordinaria de todo género de iniquidad. El sabio Maldonado cree que para hacer una aplicacion justa de esta parábola es menester que estas palabras, *cuando llegáreis á faltar*, *cum defeceritis*, se entiendan no de la muerte, sino del estado del hombre pecador sobre la tierra, cuando, desprovisto de mérito y privado de la gracia, se halla como sin funciones y degradado de sus antiguos privilegios. Entonces la limosna y las oraciones de los pobres son el medio mas eficaz para que obtenga la gracia, y vuelva á entrar en el camino de la salvacion.

La oracion de la misa de este dia es como sigue.

Haced, Señor, por vuestra misericordia, que vuestro espíritu nos inspire siempre santos pensamientos, y nos haga obrar constantemente acciones santas, á fin de que los que no podemos nada sin vuestra gracia, vivamos siempre conforme á vuestro espíritu. Por nuestro Señor Jesucristo.

La epístola es de la que escribió el apóstol san Pablo á los Romanos, cap. 8.

Hermanos mios: No somos deudores á la carne, para que vivamos segun la carne. Porque si viviéreis segun la carne, moriréis; mas si conducidos por el espíritu mortificáreis las obras de la carne, viviréis: puesto que todos los que obran conforme al espíritu de Dios, son hijos de Dios. No habeis tampoco recibido el espíritu de servidumbre de modo que deba ocuparos de nuevo el temor, sino que habeis recibido el espíritu de adopcion de los hijos, en virtud del que clamamos *abba*, padre; porque este mismo espíritu

da testimonio á nuestro espíritu de que somos hijos de Dios. Y si somos hijos, luego somos tambien herederos; herederos digo de Dios, y coherederos de Jesucristo.

NOTA.

Esta epistola es todavía continuacion de la del domingo precedente. Declara san Pablo á los fieles que habiendo sido reengendrados por el bautismo, por esta regeneracion han nacido á la vida de la gracia, hijos adoptivos de Dios : y por consiguiente, como hijos de Dios, tienen derecho á su herencia ; bien entendido que deben vivir no segun la carne, sino conforme al espíritu de Dios, del cual deben estar animados.

REFLEXIONES.

Si viviéreis segun la carne, moriréis. Vivir segun la carne, propiamente hablando, es vivir segun el espíritu del mundo, seguir sus máximas, ser partidario de todos sus caprichos, obedecer á todas sus extravagantes leyes. Vivir segun la carne, es ser uno esclavo de sus pasiones, prestarse, abandonarse aun á las inclinaciones de la concupiscencia, dar toda la libertad á sus sentidos. Vivir segun la carne, es seguir los deseos de la carne. La vida de la carne es la vida del pecado, y esta vida es la muerte espiritual del alma. Vivir segun la carne, es emplearse uno en las obras de ella, y las obras de la carne son el pecado. ¡Cuántos, buen Dios, viven hoy segun la carne! acaso no reinó nunca mas despóticamente el espíritu del mundo. Sus leyes prevalecen sobre las de la religion, y sus máximas sobre las del Evangelio. Apenas la razon se ha desenvuelto en un niño, cuando el espíritu del mundo se apodera de él; cuasi no se le

dan otras lecciones; al lado de sus padres no encuentra acaso sino una perniciosa escuela de ambicion, de lujo y de vanidad: sus discursos enteramente mundanos, sus ejemplos muchas veces pésimos, son los modelos que se le presentan. Y despues de esto, ¿extrañaremos que sea tan universal la corrupcion de las costumbres, y que se extinga el espíritu de la religion? *Mi espíritu no permanecerá en el hombre*, decia Dios poco antes del diluvio, al tiempo que su indignacion justamente irritada iba á estallar de la manera mas terrible sobre todo el universo: mi espíritu no permanecerá mas en el hombre; porque el hombre no es mas que carne, ni vive sino conforme á la carne. ¿Tiene el dia de hoy menos motivo el Señor para hacernos esta terrible amenaza? ¿y en qué siglo con mas razon que en este ha podido Dios decir que la malicia de los hombres era grande sobre la tierra, y que todos los pensamientos de su corazon se ordenaban á toda hora hácia el mal? ¿En qué siglo ha podido decirse con mas verdad, que toda carne habia corrompido sus caminos sobre la tierra, esto es, que el espíritu de la carne, esparcido en casi todos los hombres, ha inundado la tierra con todo género de pecados? ¿Qué edad, qué condicion, qué estado hay en que no dominen el amor de los placeres, la codicia, la ambicion, el lujo y el desórden? Cuasi en todas partes no reina mas que el espíritu del mundo; por do quiera triunfa la iniquidad. Mas bien nos avergonzamos en el mundo de parecer cristianos, que de ser pecadores en sus reuniones. Un libertino, una mujer mundana reputan como un mérito el ser poco recatados, tener poca religion, dudar de las verdades mas esenciales, no tener ni remordimientos ni escrú-

pulos. El vicio parece que ha franqueado todas las barreras; diríase que es un torrente que ha forzado, trasbordado todos los diques de la religion, de la educacion, y hasta del buen sentido. La soledad, el desierto, hasta el lugar santo, este asilo sagrado de la piedad cristiana, se resienten de la inundacion. ¿Qué es lo que en el dia sirve de antemural, de abrigo á la rectitud, á la buena fe, á la modestia? Una sola familia se halló exenta de aquella universal iniquidad; así es que solo aquella familia dichosa fué la que se salvó en el tiempo del diluvio. ¿No es esta una figura bien marcada de la corrupcion tan general de nuestro siglo, y del pequeño número de los elegidos? ¿Y lo es menos visible de la justa indignacion del Señor y de los terribles azotes de su justa cólera?

El evangelio de la misa de este dia está tomado del de san Lucas, cap. 16.

En aquel tiempo, dijo Jesus á sus discípulos esta parábola: Un hombre rico tenia un recaudador, el cual fué acusado delante de él como disipador de sus bienes. Hízole comparecer, y le dijo: ¿Qué es lo que oigo decir de tí? Dame cuenta de tu recaudacion, porque ya no es posible que sigas recaudando. Al oir esto el recaudador, dijo dentro de sí: ¿Qué haré yo, pues que mi amo me quita la recaudacion? Cavar la tierra no puedo; pedir limosna me es bochornoso. Mas ya sé lo que haré, para que cuando estuviere privado del empleo, tenga quienes me reciban en sus casas. Habiendo, pues, hecho venir uno á uno á los deudores de su señor, dijo al primero: ¿Cuánto debes tú á mi amo? Cien barriles de aceite, le respondió. Díjole el recaudador: Toma tu obligacion, rómpela inmediatamente, y ha una de cincuenta. En seguida dijo á otro: ¿Y tú qué es lo que debes? el cual respondió que cien medidas de trigo. Toma, pues, tu póliza, le dijo el recaudador, y haz otra de ochenta. Alabó, pues, el señor á este recaudador inicuo,

porque habia obrado con destreza, porque los hijos del siglo son mas precavidos en sus negocios que los hijos de la luz. Y yo os digo tambien: Emplead en procuraros amigos las riquezas que hacen injustos, á fin de que cuando llegáreis á faltar os reciban en las moradas eternas.

MEDITACION.

DE LA LIMOSNA.

PUNTO PRIMERO

Considera que la limosna en nuestra religion no es un simple consejo, sino un precepto. ¡Qué grosero error es el creer que la caridad cristiana sea una obra de supererogacion!

Jesucristo nos ha impuesto un precepto expreso de hacer limosna, y es tan rigoroso este mandamiento, que bastará no haberle cumplido para ser reprobado de Dios, y oir este formidable decreto: Id, malditos, lejos de mí, al fuego eterno. Y ¿porqué? Porque tuve hambre, dirá el Señor, y no me habeis dado de comer; porque no tenia vestido, y no me le habeis proporcionado. Un Dios tan bueno y tan justo no reprobará jamás á los hombres por haber omitido simples consejos, sino por haber violado sus preceptos. Despues de esto, ¿se dirá que la limosna no es mas que un acto de devocion? En verdad os digo, dice el Salvador del mundo, cuantas veces hicisteis estas cosas con uno de los mas pequeños de mis hermanos, lo habeis hecho conmigo mismo. ¿No hay motivo para extrañar que haya todavía en la Iglesia gentes que carezcan de todo entre los cristianos persuadidos de este artículo, uno de los mas importantes y mejor fundados de nuestra creencia, á saber, que todo el

bien que se hace á los demás, se hace á la persona misma del Salvador?

¿Podia Jesucristo hacer un partido mas ventajoso á los pobres, que ponerse en su lugar? ¿Podia la Providencia asignarles un fondo mas abundante para su subsistencia; y si hubiese fe entre nosotros, habria gentes mas felices que ellos? No es ya á un pobre al que se le niega el socorro, es al mismo Jesucristo: no es á un hombre vil y abyecto al que yo despido con dureza, es al Señor del universo, es al Redentor y Juez soberano de todos los hombres al que yo desprecio; y no pensemos que el pobre nos pide una pura gracia cuando nos pide la limosna, es un derecho lo que exige, y nosotros debemos pagársele.

Todos nuestros bienes son de Dios por derecho de soberanía; debémosle, pues, el tributo y el homenaje. Dios hipoteca este tributo y estos frutos para la subsistencia de los pobres. Dios sustituye los pobres para exigir en su nombre este tributo. Y despues de esto, ¿se considera por nada el no asistir á los desgraciados? ¿se mira como indiferente el negar la limosna?

¡Ah! ¡Ya comprendo, Dios mio, por qué no echaréis otra cosa en cara á los réprobos que el haber negado la limosna, puesto que esta denegacion es una injusticia, una injuria que se hace á vuestra persona; es una impiedad escandalosa de que acaso me hallo demasiadamente culpable!

PUNTO SEGUNDO.

Considera que la limosna es una de las señales mas ciertas de la predestinacion, así como la dureza con los pobres es un signo visible de una reprobacion poco dudosa.

La misericordia de Dios es el fundamento mas sólido de nuestra salvacion; ¿y quién nos asegura mas este fundamento que la misericordia con los pobres? Bienaventurados los que ejercitan la misericordia, dice el Salvador (1), porque ellos alcanzarán misericordia. De la misma medida, dice tambien, de que os hubiéreis servido, se servirá él para vosotros. Dad, y se os dará (2); se derramará en vuestro seno una medida llena, bien repleta, y que despues de agitarla todavía rebosará.

La limosna, decia Tobías, purifica nuestras almas de sus pecados alcanzándonos un verdadero dolor (3). Despues de todo, haced limosna, decia el Salvador (4), y seréis purificados de todos vuestros crímenes por la gracia de la conversion que ella os obtendrá. Redime tus pecados con tus limosnas, decia Daniel al rey (5). Y á la verdad, la única ventaja que las riquezas proporcionan á los ricos para su salvacion, entre los muchos obstáculos que á ella les oponen, es la de poder pagar lo que deben á la justicia de Dios, poniendo estas riquezas en manos de los pobres. ¡Cuántos protectores poderosos y amigos sinceros no pueden ganar por ellas para con Dios!

Dichoso aquel, dice el Profeta (6), á quien la compasion hace atento á las necesidades del pobre; porque no solamente le guardará el Señor en todos los peligros de la vida, no solo le hará feliz en la tierra, sino que en el último dia de su vida, en el momento crítico y decisivo de la eternidad, le asistirá Dios de un modo particular, y le librará de los lazos y de las asechanzas del enemigo. ¿Y qué, Señor, despues de

(1) Matth. 5. — (2) Luc. 6. — (3) Tob. 12. — (4) Luc. 11. — (5) Dan. 4. — (6) Salm. 40.

todas estas seguridades de vuestra liberalidad, todavía se niega la limosna?

Se cree empobrecerse aliviando á los pobres. ¡Ah! La limosna únicamente es la que fija las fortunas, la que nutre la abundancia en las familias; ella es la que perpetúa las prosperidades. Menester es tener muy poca religion, preciso es que nuestro corazon sea muy malo, para ser poco caritativos.

¡Dios mio! ¡Cuánto sentimiento tengo por haber conocido hasta aquí tan poco la virtud de un medio tan eficaz! Si yo no estoy en estado de dar mucho, espero que tendréis consideracion á los sentimientos de mi coaazon, y al deseo que tengo de serviros y de honraros en la persona de los pobres. ¿Y qué, Señor, puedo yo haciéndoles bien hacéroslo á vos, y dudaré aun si os lo he de hacer?

JACULATORIAS.

Dichoso aquel á quien la compasion hace atento á las necesidades del pobre. *Salmo* 40.

No, mi Dios, jamás nos empobrecerá el daros á vos. *Prov.* 28.

PROPOSITOS.

1.° ¿Quereis dejar bienes á vuestros hijos, pasar vuestra vida en la abundancia, trasmitir aun los frutos de vuestros sudores y de vuestra industria, las prosperidades mismas, hasta una larga y dichosa posteridad? Haced limosna, dad liberalmente á los pobres, abrid vuestra bolsa á los infelices. Pocos preceptos hay mas positivos, pocas recompensas mas seguras. No solamente no empobreció jamás á nadie la limosna, sino que puede decirse que hay pocas

fortunas bien cimentadas, pocas prosperidades largas, que no sean la recompensa de la caridad de los hijos, ó de la de sus padres. Tomemos hoy la resolucion de no dejar pasar dia alguno sin santificarlo con alguna obra de caridad. Si teneis bienes, pagad el diezmo á vuestro Dios, y mirad los pobres como los recaudadores de lo que á él le pertenece. ¿Estais imposibilitados de hacer limosna? Honrad al menos á los pobres, y hacedles todo género de servicios; procuradles todos los socorros que pudiéreis segun vuestro estado. Si tuviésemos una verdadera fe, una fe viva y activa, pocas personas habria que nos pareciesen mas respetables que los pobres, porque veríamos siempre en su persona á Jesucristo.

2.° Arreglad vuestras limosnas con proporcion á vuestros bienes y á vuestras rentas. ¿Qué quedará las mas veces para dar á los pobres, si las limosnas se arreglan con relacion á lo superfluo? Hay pocos que crean que tienen nada superfluo. Los que mas expenden en el juego, en muebles, en equipaje, en banquetes, son, por lo comun, los que menos limosnas hacen; y despues de esto, ¿se extrañan las revoluciones de fortuna que sepultan en el polvo á los que rehusan á su Dios el tributo de sus bienes? Estableced lo que debeis dar todos los años, todos los meses, todos los dias, á aquel de quien todo lo esperais, y á quien debeis vuestros bienes y vuestra vida. No sirvan los reveses de los tiempos sino para haceros mas caritativos, este es el medio de que os sean poco sensibles sus efectos. El número de vuestros hijos, y otras mil razones domésticas, deben ciertamente hacer que reformeis vuestros gastos en el lujo, en las diversiones, en el juego; pero jamás en las limosnas.

Teneis ocho hijos : en verdad que no abandonaríais el noveno si Dios os lo hubiese dado; poned, pues, en lugar suyo á Jesucristo, y el gasto que os haria el noveno dadlo á los pobres. No jugueis, y lo que creyéreis que hubiérais perdido aquel dia en el juego, distribuidlo en obras de caridad. Os viene gana de comprar un mueble sin el cual podeis pasar, dar por gusto una comida, hacer algun gasto de pura vanidad, ó de capricho; privaos de esta vana satisfaccion, y aquella suma dadla en los pobres á aquel que quiere daros por ella el céntuplo. Pocas comunidades, y aun familias, hay que no puedan socorrer á algun pobre con lo que en ellas se desperdicia por negligencia ó por olvido. En fin, tened siempre en vuestra casa el tesoro de los pobres, esto es, una bolsa, en la cual depositeis alguna cosa siempre que cobráreis vuestras rentas, ó hiciéreis alguna ganancia en el comercio. Este fondo debe ser independiente de vuestras limosnas ordinarias, y lo llamaréis el tesoro de los pobres, porque de él sacaréis con que asistirlos extraordinariamente en sus necesidades.

NONO DOMINGO

DESPUES DE PENTECOSTES.

Parece que la Iglesia en este noveno domingo despues de Pentecostés se propone persuadir á los fieles que todas las desgracias ruidosas que suceden en el mundo, las estrepitosas revoluciones que hacen á tantos llorar, los azotes terribles de la cólera del Altí-

simo, las desolaciones, las aflicciones públicas, son todas estas cosas castigos visibles de la corrupcion de las costumbres, del desprecio que se hace de la ley, y de la irreligion de los pueblos. La epístola nos trae a la memoria las rigorosas penas con que Dios ha castigado la insigne ingratitud y la porfiada indocilidad de un pueblo privilegiado, colmado de bienes, criado en medio de los mayores milagros; pero al que el número de tantos beneficios habia hecho todavía mas ingrato y mas irreligioso, y que con sus crímenes enormes habia obligado á Dios á descargar sobre él todo el rigor de su indignacion: y por este pormenor abreviado, pero vivo, nos advierte el santo apóstol que esto no era mas que una figura instructiva de lo que debe suceder á los cristianos que imitaren los desórdenes de los judíos; y que cuanto mas favorecidos han sido del Señor, tanto mas deben esperar el ser castigados con mayor severidad, aun desde esta vida, si, abandonándose á sus deseos depravados, abusan de las misericordias infinitas del Señor, é irritan su justicia con su vida licenciosa. El evangelio de la misa tiende al mismo fin, y confirma la misma verdad. Hácenos el Salvador en él un retrato vivo é interesante de las desgracias espantosas de Jerusalen y de toda la nacion judía, y esto en castigo de su impía tenacidad en no querer reconocer al Mesías. Las lágrimas del Salvador á la vista de aquella ciudad desventurada son una prueba muy sensible de su ternura, y deben convencernos de que nuestros crímenes y nuestra infidelidad son los que nos atraen todas nuestras desgracias. El introito de la misa tiene mucha relacion con la epístola y el evangelio, y al mismo tiempo tiende á inspirarnos mucha confianza en la mi-

sericordia de Dios, aun á vista de nuestra ingratitud. Cuasi todos los domingos del año se ve á la Iglesia muy solícita de inspirarnos esta virtud.

Hé aquí el Dios lleno de bondad que acude á mi socorro, y que toma visiblemente mi defensa contra mis enemigos. Apartad, Señor, y haced que recaiga sobre mis enemigos el mal que ellos me preparan; haced que perezcan, y que de este modo se convenzan de vuestra fidelidad en proteger al inocente. Dios mio, por la gloria de vuestro nombre, salvadme del peligro en que me encuentro, y desplegando vuestro poder en favor mio, dad á conocer el juicio que haceis de mi inocencia. Vendido David por los Zifeos, y cercado por el ejército de Saul que habia resuelto perderle, compuso este salmo, en el cual implora el auxilio del cielo para librarse de un peligro tan inminente; y en efecto fué oido, y como por milagro quedó libre de las manos de Saul. La cosa pasó del modo siguiente.

Habiendo deshecho David el ejército de los Filisteos que sitiaban la ciudad de Ceila, y que arrasaban toda la campiña, entró en la ciudad que acababa de librar; pero habiendo sabido que Saul venia con todo su ejército para sorprenderle en la ciudad, se retiró al desierto de Zif con los pocos que le acompañaban. Mas habiendo advertido los Zifeos á Saul que David se hallaba en su país, y que no tenia mas que ir allá con sus tropas, porque sin duda se apoderaria de él; viéndose David vendido y perseguido por todas partes, se retiró al pié de la roca del desierto de Maon. Entró Saul en el desierto con todo su ejército; y habiendo cogido todas las avenidas, cercó á David, é iba ya á cogerle, cuando llegó un expreso á decir á Saul, que aprovechándose los Filisteos de su ausencia, ha-

bian hecho una irrupcion en el país, y causaban en él un destrozo horrible. Esta triste nueva le obligó á abandonar á David para ir á oponerse á los Filisteos; y David, reconociendo una proteccion singular de la divina Providencia en este recurso tan inesperado, compuso este salmo en accion de gracias por un beneficio tan grande.

La epístola de la misa de este dia refiere lo que san Pablo dice á los Corintios, esto es, que todo lo que sucedia á los judíos eran figuras de las verdades evangélicas que miran á nosotros.

En este décimo capítulo hace san Pablo un compendio de las maravillas que Dios habia obrado en favor de su pueblo, y al mismo tiempo refiere las terribles penas con que el Señor castigó tan rigorosamente el abuso impío que los judíos habian hecho de tan señalados beneficios.

El designio del Apóstol es advertir á los Corintios para que no abusasen de las gracias que Dios les habia hecho; y para esto les propone el ejemplo de los israelitas, los cuales, no habiendo hecho el uso que debian de los favores de que Dios les habia colmado en el desierto, perecieron todos en él, y no tuvieron la dicha de entrar en la tierra prometida. A fin de que no presumais de vosotros mismos, les dice el Apóstol, y contando demasiado con las ventajas que os da sobre aquellos la ley de gracia, no temais como se debe el desagradar á Dios, no quiero que ignoreis que nuestros padres han pasado todos el mar Rojo á pié enjuto; que han tenido una nube que durante el dia los ponia á cubierto de los ardores del sol, y durante la noche los iluminaba y les servia de guia; que queriendo Dios proveer á su subsistencia en aquel vasto

desierto, hacia que les lloviese todos los dias un maná de un gusto delicioso, que con razon debia hacerles olvidar los puerros de Egipto. ¿Y qué fuente de agua viva no sacó de una roca para refrigerarles en su sed? ¿y qué otras maravillas no obró el Señor en favor de este pueblo? Todos estos asombrosos beneficios no eran mas que la figura de los que Dios os ha hecho en la ley nueva. Era aquel el pueblo escogido, el pueblo privilegiado, el pueblo muy amado: vosotros lo sois mucho mas que él; pero no conteis tanto sobre esta bondad de Dios para con vosotros, que descuideis el agradarle; y guardaos bien de que así como los beneficios de que Dios les habia colmado eran la figura de los que vosotros habeis recibido en la ley de gracia, su infidelidad y sus crímenes sean tambien la figura de los vuestros, y de que los males con que Dios en este caso os castigaria hubiesen estado figurados en los suyos. Para evitar esta desgracia, no nos inclinemos como ellos al mal. Tenemos en nosotros mismos la concupiscencia funesta, fuente emponzoñada de nuestras miserias y de nuestros pecados. Ella hace al hombre desgraciado por sus propios deseos, y mas desgraciado aun por el goce de los bienes que ella le estimula á procurar; pero ella no le hace culpable sino por su consentimiento en el mal; y si este enemigo doméstico es poderoso, la gracia de Jesucristo, que jamás nos falta, es todavía mas poderosa para hacernos alcanzar la victoria. *No os hagais idólatras, como lo hicieron algunos de ellos, segun lo que está escrito: Sentóse el pueblo para comer y beber, y se levantó en seguida para jugar.* La libertad que os concede el Evangelio para asistir á los convites de los paganos, lejos de haceros mas disolutos, debe por el

contrario haceros mas reservados. Guardaos de que el comercio que se os permite con gentes sujetas á mil vicios no os sea ocasion de pecado. Sírvaos de instruccion el ejemplo de la disolucion y de las impías extravagancias de los hijos de Israel : es muy raro que las comidas muy frecuentes con gentes corrompidas no degeneren en desórdenes ; jamás la glotonería mantuvo la inocencia y la virtud.

Guardémonos tambien, continúa el Apóstol, *de ser fornicadores, como lo fueron algunos de ellos, de los que en unsolo dia perecieron en número de veinte y tres mil.* No hay pasion mas tiránica que la de la impureza, no hay vicio al que siga mas de cerca el castigo, no hay cosa que sea castigada tan rigorosa ni tan prontamente como este pecado infame. Habla aquí san Pablo de los crímenes que cometieron los israelitas con las hijas de Moab. Viendo Balac, rey de los Moabitas, acampado el ejército de los israelitas en una gran llanura cerca del Jordan, envió á buscar á Balaam, famoso mago, para que maldijese todo aquel ejército. Persuadido Balaam que los Hebreos serian invencibles mientras que guardasen la ley del Señor, aconsejó á los Moabitas que enviasen á sus hijas al campo para que indujesen al crímen á los soldados y oficiales, y les ordenasen que cuando viesen á los Hebreos poseidos de un amor impuro, les obligasen á ofrecer sacrificios á sus ídolos. Este consejo, inspirado por el demonio, fué exactamente ejecutado. Los israelitas pasaron fácilmente de la impureza á la idolatría; dedicáronse, dice la Escritura, al culto de Beelfegor. San Agustin cree que los jefes del pueblo y los oficiales del ejército autorizaron con sus ejemplos tan infames desórdenes, y que por esto

mandó Dios á Moisés que les hiciese morir en los patíbulos. Veinte y tres mil hombres perecieron en aquel dia, y solo el zelo de Finées pudo impedir que Dios no exterminase enteramente todo aquel pueblo manchado con la impureza y la idolatría. La impureza, en efecto, cuasi extingue la fe y la razon, y conduce á todos los vicios y á todos los excesos.

Guardémonos tambien de tentar á Jesucristo, como le tentaron algunos de aquellos á quienes hicieron perecer las serpientes. El crímen de los judíos en esta ocasion fué que, habiéndose enojado el pueblo por lo dilatado y fatigoso del camino, habló contra Dios de un modo que daba bien á entender que dudaba de su poder y de su providencia; y tambien contra Moisés, diciendo: *¿Porqué nos has sacado de Egipto, para que muramos en el desierto por falta de pan y de agua, pues que no tenemos mas que el maná, alimento insipido y lijero?* Segun Moisés, los judíos murmuraron contra Dios; segun san Pablo, fué contra Jesucristo: prueba bien positiva de la divinidad de Jesucristo, puesto que, en el sentir del santo apóstol, Jesucristo es el Dios, contra el cual hablaron tan indignamente los Hebreos, y al que tentaron con sus quejas. Tentar á Jesucristo es quejarse y desconfiar de su providencia; es hablar abiertamente contra Dios, insultándole como si nada tuviésemos que temer; es provocarle á que nos castigue. Así es que Dios justamente irritado les convenció bien pronto de su poder, haciendo que en el momento apareciese un número prodigioso de serpientes que los hicieron perecer; y no permitiendo que ninguno de ellos, á excepcion de dos, entrase en la tierra prometida á sus padres. *Estos hombres ingratos que me han tentado ya diez veces*, dice Dios.

Por aquí se ve que tentar á Dios, y murmurar contra Dios, segun el modo de hablar de la Escritura, es una misma cosa.

Guardaos en fin de murmurar, como murmuraron algunos de los que el exterminador hizo perecer, continúa el Apóstol. No murmureis contra los que el Señor ha establecido para gobernaros, y que para esto están en lugar suyo, porque esto es murmurar contra el mismo Dios. Eran muy frecuentes estas murmuraciones entre los judíos, y por tanto Dios les castigó con mucho rigor y de una manera ruidosa, unas veces encendiendo milagrosamente fuego que les consumiese, como cuando se quejaron contra el Señor por la fatiga del camino, en cuya ocasion un fuego enviado por Dios consumió cerca de quince mil hombres (1); otras veces por medio de la peste, como cuando se rebelaron contra Moisés y Aaron; otras haciendo que se abriese la tierra para tragarlos, como á Coré, Dathan y Abiron, en castigo de su rebelion. San Pablo asegura que estos castigos fueron ejecutados por el ángel exterminador, del cual se ha hablado en el libro de Judith y en el de la Sabiduría.

Todas estas cosas que les sucedian eran figuras, continúa san Pablo; *pero se han escrito para instruirnos á nosotros que hemos venido en estos últimos tiempos:* como si dijera, que todas las cosas acaecidas á los judíos son otras tantas lecciones para los cristianos, á fin de que nos sirvamos de ellas para arreglar nuestra conducta.

Guárdese, pues, de caer aquel que cree mantenerse firme. El temor y la desconfianza de sí mismo, junto

(1) Num. 11.

con una gran confianza en Dios, son los dos guardianes de la virtud; sírvenle de antemurales y de apoyo, en vez de que la presuncion la socava por sus fundamentos y la arruina. Creerse firme, es no pocas veces hallarse en vísperas de alguna caida. Este aviso saludable lo dirigia san Pablo principalmente á aquellos que pasaban por mas ilustrados entre los Corintios, ó á lo menos que se creian tales. Si los directores, los que sirven de guias á los otros, no son muy humildes, devotos y mortificados, están en mas peligro que aquellos á quienes conducen por los caminos de Dios.

No se apodere de vosotros ninguna tentacion que no esté al alcance del hombre. Queriendo siempre san Pablo confirmar mas á los Corintios en los piadosos y necesarios sentimientos de humildad y de desconfianza de sí mismos, les dice que no debian contar demasiado con su virtud; que aun no habian pasado por pruebas muy crudas, que son las que dan á conocer al hombre el fondo de su flaqueza, y lo ridículo de su presuncion. En muchos ejemplares de la Vulgata se lee *apprehendit*, en lugar de *apprehendat*. Desea tambien que Dios les libre de aquellas tentaciones violentas y extraordinarias, que exponen la virtud á pruebas extrañas y á terribles peligros: es verdad que al mismo tiempo les inclina á que tengan una confianza en Dios todavía mas grande, asegurándoles que Dios no permitirá que sean nunca tentados mas allá de sus fuerzas: Dios, lleno siempre de bondad, proporciona sus auxilios en razon á los esfuerzos de nuestros enemigos. Jamás lo que nos hace caer es una fuerza superior; por flojedad, y no por pura flaqueza, es por lo que somos siempre vencidos. La

gracia no falta jamás á nadie, siempre es proporcionada á la fuerza del enemigo: ninguno es vencido sino por su culpa, y el Dios siempre fiel á sus promesas, y que jamás podria mandar á nadie ninguna cosa imposible, os proveerá tambien en la tentacion de medios en abundancia para poderla sostener; y con tal que vosotros mismos no os expongais á ella, ni arrostreis el peligro por vuestro gusto, Dios hará que saqueis provecho de vuestras tentaciones, y llegaréis á ser fuertes para resistir á ellas en lo sucesivo; porque cuanto mas violentas son las tentaciones, son tambien mas poderosos los auxilios de la gracia.

El evangelio de la misa de este dia nos demuestra todavía mejor que la epístola, que todas las desgracias que nos suceden debemos siempre atribuirlas á nuestros pecados, y que la mayor parte de ellas son penas con que Dios nos castiga.

Dirigiéndose Jesucristo á Jerusalen para consumar allí su gran sacrificio, y el gran misterio de nuestra redencion, no bien hubo apercibido la ciudad, cuando, movido de un nuevo sentimiento de ternura por la triste suerte de sus habitantes, y por el deicidio que iba á poner el colmo á su reprobacion, no pudo detener sus lágrimas. Estas lágrimas de Jesucristo en medio de su triunfo, y la prediccion que hace de su muerte al tiempo que todo el mundo le colmaba de bendiciones, y le acompañaba con cánticos de alegría, son una prueba incontestable de que conocia el porvenir, y que debia morir por eleccion suya. Estas lágrimas no indicaban en él ninguna flaqueza indigna de su majestad; eran del todo voluntarias, y pruebas sensibles de la ternura de su corazon y de su compasion por nuestras desgracias. En todo el curso de su

pasion no vertió Jesucristo ni una sola lagrima. El evangelio que no se olvida de decirnos que sudó sangre y agua, al representársele todo lo que debia sufrir, no nos dice que haya llorado; no, el Salvador no da sus lágrimas sino á nuestros males. La muerte de Lázaro, la ruina de Jerusalen, la reprobacion de los judíos, hé aquí el motivo de sus lágrimas.

¡O si en este dia, que es para ti de bendicion, *conocieses* al menos *las cosas que eran capaces de darte la paz!* Como si dijera el Salvador: Ciudad desafortunada, si, despues de tantas infidelidades pasadas, pudieses al menos comprender que en este dia se cumple la profecia que se te habia anunciado por el profeta Malaquías: *Decid á la hija de Sion: hé aquí tu rey que viene á ti en espíritu de mansedumbre.* O segun algunos intérpretes: Ciudad desventurada, ¿porqué tanto tiempo hace has cerrado los ojos á la luz? ¡Oh si al menos los abrieses hoy, que es para ti un dia de gracia y de paz; en este dia en que la voz del pueblo te convida á reconocer y á recibir á tu Salvador; tú podrias por tu penitencia prevenir las desgracias que te amenazan, y que serán la consecuencia de tu endurecimiento! Pero eres ciega, y quieres serlo. Sabe, pues, ciudad desgraciada, que puesto que recibes tan mal la visita del que únicamente puede hacer tu felicidad, Dios te visitará bien pronto en todo el furor de su ira: el tiempo de tu ruina no está muy lejos. Tú verás dentro de pocos años que te sitiarán tus enemigos, circunvalarán tus murallas, te encerrarán, te acosarán, te estrecharán por todas partes, y habiéndote forzado á rendirte, pasarán tus habitantes á cuchillo, arrasarán tus muros y arrancarán por los cimientos tus soberbios edificios: tu magnífico templo

será destruido, sin que dejen de él piedra sobre piedra; y todo esto por no haber querido conocer el tiempo de la visita de tu Salvador, este tiempo de bendiciones predicho por todos los profetas, y tan ardientemente deseado por todos los buenos.

No se ha hecho prediccion alguna mas precisa ni mas especificada, ni ha habido alguna que se haya cumplido mas á la letra en todas sus circunstancias en el último sitio de Jerusalen, cerca de cuarenta años despues, cuando Tito, hijo del emperador Vespasiano, á la cabeza de mas de cien mil hombres, impelido mas bien por un poder superior, como él mismo lo dijo, que por un motivo de venganza ni otra razon ninguna, vino á sitiar aquella capital en el tiempo de la solemnidad de la Pascua, que habia reunido en ella infinidad de pueblos de todas partes. Viendo aquel general la dificultad de envolver toda la ciudad con su ejército á causa de la desigualdad del terreno y la vasta extension de su recinto, y no pudiendo por otra parte levantar terraplenes contra los muros y los fuertes á causa de la escasez de maderas, tomó la resolucion de cercar toda la ciudad de una gruesa muralla, defendida de espacio en espacio con altas torres y reductos, á fin de que viéndose los judíos sin medio, ni de salvarse, ni de recibir socorros por fuera, se viesen obligados, ó á rendirse voluntariamente, ó á perecer de hambre dentro de la ciudad. Su ejército trabajó allí con tanto ardor, que en pocos dias quedó acabada una muralla tan vasta con todos sus fuertes. Mientras que los sitiadores mataban á todo el que se presentaba de los sitiados, una hambre, la mas horrible que jamás se ha conocido, desolaba toda la ciudad. Viéronse madres alimentarse con la

carne de sus propios hijos, á quienes ellas mismas habian degollado, y hombres que por espacio de algunos dias se alimentaron tambien de carne humana. En fin, despues de cinco á seis meses de sitio aquella soberbia ciudad, la maravilla del universo, fué tomada por los Romanos un sábado, ocho de setiembre; el templo tan famoso fué enteramente destruido, y toda la ciudad robada, saqueada é incendiada cuarenta años despues de la prediccion del Salvador. Josefo que ha hecho la enumeracion de los que perecieron durante el sitio de Jerusalen, dice que fueron un millon y cien mil personas, y noventa y siete mil fueron hechos prisioneros. Apenas quedaron rastros de aquella opulenta ciudad que habia sido la reina del Oriente y la silla de la religion de los judíos, por espacio de mas de mil y cien años, desde que David la habia hecho capital de la Judea. El mismo Tito confesó que una virtud superior, una mano invisible le empujaba para que arruinase enteramente aquella asesina de los profetas, cumpliéndose á la letra lo que habia sido predicho por el Hijo de Dios, esto es: *Que no quedaria en ella piedra sobre piedra.* Tal ha sido la funesta suerte de aquella infeliz ciudad por no haber querido reconocer al Salvador, y hace ya mas de mil y setecientos años que permanece sepultada entre sus ruinas. ¡Oh si en este dia dichoso para tí, en el que el Salvador venia á visitarte como rey lleno de dulzura, y como padre lleno de ternura, hubieses sabido conocer al que venia á traerte la paz, esto es, todo género de felicidad! tus enemigos no hubieran circulado tus murallas, no te hubiesen encerrado y estrechado por todos lados, no te hubiesen arruinado á tí y á tus habitantes, hasta no

dejar piedra sobre piedra en el recinto de tus murallas. *Todo esto sucederá, porque no has sabido aprovecharte del tiempo en que has sido visitada.* Jesucristo predice aquí dos cosas: la ruina absoluta de la ciudad y del pueblo judío, y la causa de esta ruina. Y puesto que el suceso ha verificado la primera hasta en la menor de sus circunstancias, ¿quién es capaz de dudar de la verdad de la segunda? Tanta verdad es que todas las desgracias de los judíos son el castigo de su obstinacion en no haber querido reconocer al Mesías, como era cierto que su ciudad seria enteramente destruida, segun se lo predecia Jesucristo. Tal fué la suerte funesta de una ciudad, de una nacion por tanto tiempo tan amada de Dios y tan colmada de sus favores, tan enriquecida con sus beneficios, tan distinguida entre los demás pueblos, por no haber sabido conocer ni aprovecharse del tiempo de la visita del Salvador. Símbolo espantoso, cuadro horrible, pero natural, de las desgracias que amenazan á todos los pueblos que abandonan la fe; tristes presagios de los terribles castigos con que tarde ó temprano aflige Dios las almas infieles á la gracia, que no quieren conocer la visita del Salvador, ó que abusan de ella.

La oracion de la misa de este dia es como sigue.

Estén, Señor, abiertos los oidos de vuestra misericordia á los ruegos de los que la imploran; y á fin de que les concedais lo que os piden, haced que no os pidan sino lo que os agrada. Por nuestro Señor Jesucristo.

La epistola está tomada de la primera carta del apóstol san Pablo á los Corintios, cap. 10.

Hermanos mios: No nos dejemos arrastrar del mal, como lo hicieron los israelitas. No os hagais idólatras, como algu-

nos de ellos lo hicieron, segun lo que está escrito : Sentóse el pueblo para comer y beber, y despues se levantó para divertirse. Guardémonos tambien de ser fornicarios, como lo fueron algunos de ellos, de los que perecieron en un solo dia veinte y tres mil. No tentemos tampoco á Jesucristo, como lo tentaron algunos de ellos, los cuales perecieron por las serpientes. Cuidemos, en fin, de no murmurar, como lo hicieron algunos de ellos, y á quienes el exterminador hizo perecer. Todas estas cosas que les sucedian eran solo figuras: pero han sido escritas para instruirnos á nosotros los que hemos venido en el fin de los siglos. Así que, el que se cree estar firme, mire no caiga. No os seduzca tentacion alguna, que no esté al alcance del hombre. Dios, que es fiel, no permitirá que seais tentados mas de lo que alcanzan vuestras fuerzas, sino que en la tentacion os proveerá de medios en abundancia para poderla sobrepujar.

NOTA.

Como la libertad que la nueva ley daba á los cristianos de conversar y aun de comer con los paganos podia ponerlos en peligro de seguir sus malos ejemplos, y aun de caer en la idolatría, les advierte san Pablo que estén muy sobre sí, y no cuenten tanto con su conversion á la fe, que no teman de continuo el pervertirse; y por esto les cita el ejemplo de los israelitas, y los castigos terribles con que Dios les afligió por sus pecados.

REFLEXIONES.

El que se cree estar firme, mire no caiga. La presuncion, inseparable del orgullo y de una devocion aparente, es el orígen ó al menos la ocasion de muchas caidas. En materia de moral, nunca está uno mas próximo á caer que cuando no teme la caida. Una alma santa es siempre timorata. Cuando uno es ver-

daderamente devoto es humilde, y cuando es humilde siempre desconfía de su propia virtud. Solo las almas llenas de la idea de sí mismas, y de su pretendido mérito, son presuntuosas, y las caidas mas funestas son el efecto ordinario de la presuncion. Pocos siglos hay que no hayan ofrecido tristes ejemplos de nuestra flaqueza. Hanse visto columnas de la Iglesia bambolear en medio de la calma; navíos ricamente cargados, que, despues de una larga y feliz navegacion, despues de haber resistido á las tempestades mas furiosas, y á las olas embravecidas que parecian deberlos absorber, despues de haber saltado los bancos de arena, y los sitios mas peligrosos del mar, naufragaron tristemente en medio del puerto, ó en alta mar, hallándose este en la mayor bonanza. David mismo, aquel hombre segun el corazon de Dios, que habia escapado de tantos peligros, tan fiel en las mas grandes pruebas, da una caida funesta en medio de la abundancia y de la paz. Salomon, aquel rey tan sabio, tan ilustrado, tan religioso, cuya sabiduría y piedad le hacian la admiracion de su siglo; Salomon, el oráculo de su tiempo, cuyos escritos son la obra del Espíritu Santo, y á quien Dios habia dado la sabiduría como patrimonio; Salomon, en fin, de quien Dios, por decirlo así, habia hecho el elogio; Salomon, despues de haber como envejecido en la práctica de la virtud, cae en los excesos mas vergonzosos, y despues de haber edificado un templo tan magnífico al verdadero Dios, consiente que á sus propias expensas se levanten templos á los falsos dioses, y él mismo se hace idólatra. Judas, llamado por el mismo Jesucristo al apostolado, criado en la escuela del divino Salvador, colmado de sus favores y de sus beneficios, educado

á su vista, y hasta dotado con el don de los milagros; Judas viene á parar en medio de los apóstoles en un hombre apóstata, y entrega á su buen Maestro. Orígenes, conocido en todo el mundo cristiano por sus sabios escritos; Orígenes, abrasado en el deseo del martirio en sus primeros años, por su orgullo viene á dar en los errores mas groseros, y se le mira hoy como uno de los heresiarcas mas odiosos. Tertuliano, en fin, aquel grande hombre, oráculo de su siglo, tan célebre por su apología de los cristianos y por otros sabios escritos, muere montanista. Despues de estos ejemplos tan notables, ¿quién es el que puede vivir tranquilo y en una larga seguridad? ¿Qué virtud hay á prueba de todos los peligros? ¿qué inocencia, qué retiro, qué soledad hay que esté al abrigo de la tentacion? ¿Qué devocion exenta de riesgo? ¿Y qué fervor, qué zelo, qué edad tampoco puede contarse segura contra todo género de caidas? Pocos hay que no hayan sido testigos de la caducidad de nuestra virtud, y que no hayan visto ejemplos de nuestra flaqueza. Tiene, pues, mucha razon el santo apóstol para decir: Guárdese no caiga aquel que cree mantenerse firme.

El evangelio de la misa de este dia está tomado del de san Lucas, cap. 19.

En aquel tiempo: Como Jesus se acercase á la ciudad de Jerusalen, fijando en ella la vista, lloró sobre ella, y exclamó: ¡Oh si al menos en este dia que se te ha concedido conocieses las cosas que podian traerte la paz! Pero por ahora están escondidas á tus ojos. Porque vendrá un tiempo desgraciado para tí, y tus enemigos circunvalarán tus murallas; te encerrarán, y te estrecharán por todas partes. Te arruinarán á tí y á tus habitantes, y no dejarán piedra sobre

piedra en el recinto de tus muros, porque no has sabido aprovecharte del tiempo en que has sido visitada. Y habiendo entrado inmediatamente en el templo, comenzó á echar á los que vendian y compraban en él, diciéndoles: Está escrito: mi casa es casa de oracion, y vosotros habeis hecho de ella una cueva de ladrones. Y todos los dias enseñaba en el templo.

MEDITACION.

QUÉ DESDICHA ES EL NO CORRESPONDER Á LA GRACIA.

PUNTO PRIMERO.

Considera que hay tiempos y circunstancias críticas y delicadas, de las que importa muchísimo aprovecharse para la salvacion. Aunque todos los dias y todas las edades sean propias para trabajar en el grande é importante negocio de nuestra salvacion, es cierto sin embargo que la divina Providencia nos proporciona ciertas gracias en ciertas circunstancias, de las que depende toda nuestra felicidad, ó toda nuestra desventura eterna. ¡Dichoso el que sabe aprovecharse de estos auxilios particulares; desgraciado el que abusa de ellos! Toda la economía de la salvacion depende de nuestra correspondencia á ciertas gracias que en ocasiones son mas importantes. Resistir en ciertos tiempos á ciertas gracias es arriesgarlo todo, y aun muchas veces es perderlo todo. Si la Samaritana no se hubiera aprovechado del encuentro del Salvador, si se hubiese contentado con verle, con oirle, y, haciendo poco caso de los avisos saludables que le daba, hubiese sofocado los llamamientos interiores de aquella gracia preveniente, solicitante, convincente; aquella pecadora endurecida hubiera muerto en su pecado, y hubiera sido reprobada eternamente. Si Zaqueo

se hubiese dado por satisfecho con ver pasar al Salvador, ó habiendo tenido la fortuna de recibir á Jesucristo en su casa, no se hubiese aprovechado de tan ventajosa circunstancia para convertirse, y para volver sin detenerse la hacienda mal adquirida, ¿de qué le hubiera servido la visita del Salvador? ¿y cuál hubiera sido su suerte? En fin, si los apóstoles, aquellos pobres pescadores, hubiesen sido sordos á la voz del Hijo de Dios cuando los llamó; si no hubiesen dejado en el momento lo poco que poseian; si hubieran permanecido en su barca con sus redes, ¿qué serian hoy los apóstoles? En fin, sin salir de nuestro evangelio, ¿qué terribles desgracias no vinieron sobre el pueblo judío por no haber querido reconocer el tiempo de la visita del Salvador, el tiempo de la venida del Mesías? ¿A qué excesos no les ha conducido aquella ceguera voluntaria, aquel obstinado endurecimiento? El pueblo tan amado de Dios, la nacion privilegiada, única que conocia y adoraba al verdadero Dios, á la que todos los profetas habian predicho que este Dios vendria y apareceria visiblemente entre ellos para hacerlos dichosos y sacarlos de la servidumbre, este pueblo, repito, ha sido reprobado; Dios se ha hecho efectivamente hombre, ha nacido y ha vivido entre ellos; los milagros que ha hecho han sido demasiado ruidosos para no convencerles de que él era el Mesías prometido y esperado. Ellos no han querido aprovecharse de un tiempo tan precioso, han resistido á sus solicitaciones, á sus instrucciones y á sus milagros. Pero ¿hasta qué punto ha llegado su impiedad? Han hecho morir en una cruz á este Dios Salvador; ¿y qué desolacion tan terrible no se ha seguido á este deicidio? La ciudad de Jerusalen des-

truida hasta sus fundamentos; el templo abrasado, demolido, sepultado para siempre entre sus propias ruinas; los pueblos degollados; la nacion dispersa por todo el universo, y por todas partes hecha el horror y la execracion de todos los hombres : hé aquí lo que ha producido el desprecio impío de las bondades del Señor; hé aquí el triste efecto de una obstinada resistencia á la gracia. Comprendamos bien cual es la desdicha á que conduce el abusar de la misericordia del Salvador.

PUNTO SEGUNDO.

Considera que lo que ha sucedido á aquellos grandes hombres que deben servir de ejemplo de la justa cólera de Dios contra los que abusan de su bondad, las tragedias y los horrores que han afligido á la nacion judía, como consecuencias de su desgracia por no haber sabido reconocer la visita que el Salvador le hacia para colmarla de bienes, y haber despreciado tan tercamente la gracia de esta visita; todo esto, repito, sucede todos los dias en compendio á cada particular. Hay tiempos, y circunstancias de tiempo, de las cuales puede depender toda la economía de la salvacion de cada uno de nosotros en particular. El no saber conocer estas visitas de benevolencia, de misericordia y de favor, es arriesgarlo todo, es exponerse á la última desgracia, es perderlo todo. Penetrémonos de cuánta consecuencia es el aprovechar estas ocasiones favorables, estas circunstancias del tiempo, estas ilustraciones, estas piadosas emociones de la gracia. El sermon que se acaba de oir, la lectura de un libro de piedad, aquel acci-

dente funesto que ha sucedido, aquella inspiracion que se ha tenido, son muchas veces circunstancias muy criticas para la salvacion, son medios saludables de predestinacion, vienen á ser como la visita del Salvador que tanto importa conocer. ¡A cuántos se les presentaba en ella abierto el camino que los debia conducir á la salud! ¡Cuántos tambien se han extraviado por haber cerrado los ojos á esta divina luz! ¡Cuántos se han perdido desgraciadamente por no haber querido aprovecharse de esta gracia! Podráseles decir á la mayor parte de los que, habiéndose condenado, serán por toda la eternidad víctimas desdichadas de la indignacion divina: ¡O si hubiéseis sabido conocer las cosas que eran capaces de daros la paz, de colmaros de todo género de bienes, de procuraros una felicidad eterna! ¡Si hubiéseis sabido aprovecharos de aquella fuerte inspiracion, de aquella luz interior tan viva, de aquellas advertencias que Dios os daba en tantos lances! ¡Si hubiéseis sabido aprovecharos de aquella enfermedad, de aquella desgracia, de aquella ocasion favorable tan á propósito para convertiros, y por tanto tan eficaz para daros la paz! Vosotros estaríais ahora en la mansion de los bienaventurados, colmados de alegría, y á cubierto de todos los temores: al paso que despues de haber llevado una vida tan criminal, y por lo mismo una vida triste, tumultuosa, amarga, gemis entre los fuegos inextinguibles del infierno, presa de todos los suplicios mas rigorosos, víctimas eternas de la cólera terrible de un Dios irritado, y esto porque no habeis sabido conocer el tiempo en que fuísteis visitados amorosamente por el Señor, y en que os ofrecia su gracia.

¡Ah, Señor! ¿No es este el tiempo precioso de vuestra visita, el momento feliz en que me convidais para que me convierta? La meditacion que acabo yo de hacer, ¿no es uno de aquellos puntos críticos, uno de aquellos medios importantes de donde pende tal vez mi salvacion? Haced, Señor, por vuestra gracia que por lo menos no sea inútil para mí, y que todas estas reflexiones no me ofrezcan jamás un motivo de sentimiento.

JACULATORIAS.

No quiero ya, Señor, diferir el convertirme; yo conozco que la voluntad que tengo de ser ya de hoy en adelante todo vuestro, es un efecto de la gracia. *Salmo* 76.

Si oyéreis hoy la voz del Señor, obedecedle fielmente, y no endurezcais vuestro corazon, resistiendo á la gracia. *Salmo* 94.

PROPOSITOS.

1.° Puesto que todos los acontecimientos de la vida pueden ser medios de salvacion, cuidemos de no inutilizar ninguno. Sobre todo, atendamos á la voz del Señor; Dios habla de muchas maneras. Habla por medio de sentimientos vivos é interesantes; habla por boca de los superiores y de los directores; habla por los predicadores y los libros de piedad; por acontecimientos aun imprevistos, y tambien por los movimientos interiores de la gracia. No se trata aquí sino de la conversion y de la perfeccion en materia de moral; por lo que mira al dogma y la fe, Dios no habla sino por la Iglesia, y de ninguna manera por el espíritu particular. Rindámonos á sus amorosas

solicitaciones, tengamos cuidado de conocer siempre sus visitas, y de sacar provecho de todo lo que él nos enseña.

2.° No nos contentemos con conocer su voz y su visita, es menester poner en práctica sus lecciones. La humildad, la caridad cristiana, la mortificacion, la puntualidad exacta en cumplir todas las obligaciones de nuestro estado, la piedad, el zelo por la salvacion de nuestros hermanos, en una palabra, la victoria sobre nuestras pasiones y sobre nuestro espíritu, y las máximas del mundo, son el asunto ordinario de todas las que nos da. Veamos cual es el punto de moral que mas nos toca, y de que mas necesidad tenemos, y apliquémonos la instruccion que nos corresponde. Tenemos á Jesucristo en la adorable Eucaristía, en donde son muchos los que le desconocen: hagamos ver por nuestro deseo de comulgar, por nuestras frecuentes visitas, cada vez mas devotas y mas respetuosas, que le reconocemos allí realmente presente.

DECIMO DOMINGO

DESPUES DE PENTECOSTES.

Llámase el domingo décimo despues de Pentecostés el domingo de la humildad, ó sea el domingo del fariseo y del publicano, á causa del evangelio que se lee en la misa, en el cual hace Jesucristo el paralelo entre el orgulloso fariseo y el humilde publicano, por medio de una parábola que propuso á los que, erigiéndose en jueces, ponian su confianza en sí

mismos, despreciando á los demás como imperfectos y pecadores en comparacion de ellos. Déjase conocer bastante que el designio del Salvador es enseñarnos, por medio de esta parábola, que sin la humildad no hay justicia ni virtud cristiana; y que la inocencia debe tener por base la humildad, la cual le sirve tambien de apoyo y de defensa. La epístola es como el preludio razonado de esta parábola, y confirma la necesidad que tenemos de esta importante virtud, sin la cual todas las demás son defectuosas. San Pablo en esta epístola trae á la memoria á los fieles de Corinto el lastimoso estado en que estaban antes de su conversion á la fe. Ninguna cosa humilla tanto al hombre como la vista de su propia miseria; nuestro amor propio que produce nuestro orgullo, lleva tambien en sí el contraveneno. Háceles notar el Apóstol, que todos los dones espirituales, todas las diferentes operaciones del Espíritu Santo son puros dones, y por consiguiente que seríamos muy injustos en ensoberbecernos. Cuanto mas nos enriquece el Salvador con sus favores, tanto mas humildes debemos ser; los tesoros de la gracia no se conservan mas que por la humildad. No tiene menos relacion con esta virtud el introito de la misa, inspirándonos siempre una humilde confianza en la bondad de Dios, que es á un tiempo nuestro Criador, nuestro Salvador y nuestro Padre. Como el evangelio nos representa dos hombres que oran de un modo muy diferente en el templo, la Iglesia en el introito de la misa nos representa un modelo de oracion muy conforme al que nos ofrece el humilde publicano.

Cuando he clamado al Señor, ha oido mi voz, esto es, mi oracion. *y me ha librado de los que no se acercan á*

mi sino para dañarme : él que es antes de todos los siglos, y será por toda la eternidad, les ha humillado. Poneos enteramente en las manos de Dios, y él os alimentará. Oid, Dios mio, mi oracion, y no desecheis mis ruegos; dignaos considerar el estado en que estoy, y no me negueis la asistencia que imploro. Estas palabras están tomadas del salmo 54. David, obligado por la rebelion de su hijo Absalon á salir de Jerusalen, representa á Dios el triste é infeliz estado en que se halla, y en este estado humilde le pide su socorro. Este salmo en el sentido figurado conviene perfectamente á Jesucristo. David, destronado y arrojado de Jerusalen, representa al Salvador rechazado y condenado á muerte por los judíos: Absalon, á la cabeza de los revoltosos, representa á los sacerdotes sublevando al pueblo contra el Salvador; en fin la traicion de Aquitofel, segun los intérpretes, representa la de Judas. Nótase que David en una y otra fortuna no ha estado nunca sin cruz y sin tribulacion, no obstante que en todo tiempo haya sido un hombre segun el corazon de Dios, y siempre fiel en el cumplimiento de sus deberes. ¿Qué no ha tenido que sufrir contra toda justicia de parte de Saul? Elevado sobre el trono, victorioso de todos sus enemigos, ¿qué no ha tenido que tolerar hasta de su propio hijo? Allá desterrado de la corte, perseguido, errante por los desiertos; aquí obligado á salir de su capital, y huir á pié para no verse entregado á los insultos y á la inhumanidad de un hijo rebelde. De este modo templa Dios las dulzuras de esta vida en sus elegidos. Los mantiene en las humillaciones, á fin de que una sucesion no interrumpida de prosperidades no corrompa su corazon, [illegible] orgullo no les haga indignos de sus

gracias. Las adversidades en esta vida son necesarias para purificar el alma en el fuego de las tribulaciones, y para preservarla del contagio por medio de una humildad perseverante.

La epístola de la misa de este dia está tomada de la primera de san Pablo á los Corintios, en la que el santo apóstol declara quiénes son los que tienen el espíritu de Dios, y quiénes los que no le tienen. Hé aquí lo que dió ocasion á san Pablo para escribirles lo que les dice en esta epístola. En los primeros dias de la Iglesia, el Espíritu Santo derramaba sus dones liberalmente y de un modo sensible sobre la mayor parte de los que eran bautizados : el don de lenguas era muy comun en los nuevos convertidos; el de los milagros no era menos conocido entre ellos. Veíanse un gran número de fieles que hablaban todo género de lenguas, y otros á quienes el Espíritu Santo daba una ciencia infusa y la gracia de las curaciones. Pero como el hombre abusa frecuentemente de los mayores dones de Dios, muchos no siempre hacian el buen uso que debian de estos dones espirituales, y abusaban de sus ministerios. La mayor parte, en verdad, hacian de ellos un excelente uso para la conversion de los gentiles, y para la edificacion é instruccion de los fieles; mas otros abusaban de ellos para alimentar su vanidad : hacian alarde y no se servian de ellos sino para tomar de aquí motivo para su ostentacion. Los que hablaban diversas lenguas, se interrumpian á cada paso unos á otros en las reuniones, y hablaban algunas veces tres ó cuatro á un tiempo; otras veces hablaban todos diferentes lenguas, sin que nadie interpretase lo que decian, y esta confusion era siempre un motivo de murmuracion

y de escándalo: los que habian recibido dones mas excelentes, llevaban su presuncion algunas veces al mas alto grado, y parecia que despreciaban á los demás; aquellos, por el contrario, que los habian recibido menores, se encelaban muchas veces de los que los habian recibido mas brillantes. Es muy natural al hombre el abusar de los mas preciosos dones de la gracia, luego que deja de estar alerta sobre su propio corazon. Los Corintios mas sabios y mejor intencionados escribieron en esta ocasion á san Pablo, para preguntarle el uso que debia hacerse de los dones espirituales, por qué señales podia conocerse el espíritu de Dios, y de qué medio podian valerse para corregir estos abusos tan contrarios al verdadero espíritu del Evangelio.

Vosotros sabeis, les responde el santo apóstol, *que mientras estuvisteis envueltos en las tinieblas del paganismo, os dejásteis conducir* como ciegos *por los que os llevaban á adorar los ídolos*, á estas estatuas mudas é incapaces de haceros ningun bien. Yo os aseguro, pues, que entonces no teniais el espíritu de Dios, ni estabais animados sino del espíritu del demonio, que se gozaba de vuestra imbecilidad y de vuestra tontería. Los que dicen anatema á Jesucristo, esto es, niegan su divinidad, rehusan reconocerle por el dueño del universo, único Dios verdadero, Salvador y Redentor del género humano, y verdadero Mesías, como hacen los idólatras y los judíos, y como lo hicísteis vosotros mismos en otro tiempo, no tienen este divino espíritu. Aquellos, por el contrario, que reconocen al Señor Jesus, que confiesan su nombre, que le adoran como su Dios, que le aman como su Redentor y su Salvador, que le sirven como su sobe-

rano Señor, como no pueden hacer todo esto sin ser inspirados de Dios, todos estos tienen el espíritu de Dios, porque nadie puede reconocer á Jesucristo por el Mesías, por el Señor del universo, por el verdadero hijo de Dios y Salvador de los hombres, adorarle y servirle en esta cualidad, sin que sea inspirado por el Espíritu Santo. La fe es un don de Dios, y solo el Espíritu Santo es el que nos hace creer las verdades cristianas, así como el espíritu de tinieblas únicamente es el que nos hace dudar de las verdades de la religion, y nos induce al error.

Por diferentes que sean los dones espirituales, todos se derivan del mismo principio. El Espíritu Santo es el que los comunica como quiere y á quien quiere. Todos estos dones son igualmente preciosos, aunque los ministerios son diferentes; no hay empleo en la Iglesia que no sea honorífico, y que no deba referirse á la utilidad comun de los fieles y á la gloria del Señor. Da san Pablo aquí esta leccion á los Corintios, porque los que tenian empleos superiores despreciaban algunas veces á los que estaban en un rango subalterno. Los ministerios son diferentes; los unos son elevados al obispado, los otros al sacerdocio: estos sirven en un grado inferior, aquellos en funciones menos brillantes aun: sin embargo todos son ministros de un mismo Señor, todos concurren al mismo fin, todos pertenecen al mismo Señor, y aunque los empleos sean diferentes, y los talentos desiguales, las funciones son igualmente santas por la santidad del ministerio. Tócale al ministro corresponder á la santidad de su ministerio y á la dignidad de su empleo, por la dignidad, por la regularidad, por la santidad de sus costumbres y de su vida.

Las operaciones son diferentes; pero es el mismo Dios el que obra todas estas cosas en todos. Aquí parece que distingue el Apóstol los dones espirituales en gracias, en ministerios y en operaciones. Las gracias se atribuyen á la bondad del Espíritu Santo, dice un sabio intérprete; los diferentes ministerios para el gobierno de la Iglesia, á la sabiduría del Hijo; los milagros y las operaciones naturales, al poder del Padre. Mas en estas tres adorables personas, así como es la misma la divinidad, es la misma bondad, la misma sabiduría, el mismo poder. Como los ministerios son diversos, las gracias para cumplirlos son diferentes; pero Dios exige de todos los que las reciben el mismo reconocimiento y la misma fidelidad. *El don visible del Espíritu Santo se concede á cada uno de por sí para bien.* Es un talento que es menester no enterrarlo; es un don espiritual para utilidad pública; ¡qué abuso tan criminal seria el apropiárselo y no hacerlo servir mas que para la ostentacion y la codicia!

Desciende san Pablo en seguida á la relacion individual de las gracias particulares. El Espíritu Santo, dice, concede al uno el hablar el lenguaje de la sabiduría, este es propiamente el don de consejo; á otro el lenguaje de la ciencia, este es el don de inteligencia; á otro este mismo Espíritu Santo da la fe, esto es, aquella viva, aquella firme confianza en Dios, que nos asegura que no nos negará en la necesidad su asistencia para obrar las cosas mas maravillosas, y este es propiamente el don de los milagros; á otro la gracia de las curaciones, y aun el don de resucitar los muertos; á este el don de profecía, de pronosticar lo venidero, y de interpretar las divinas Escrituras; á algunos el discernimiento de los espíritus, tan no-

cesario en el gobierno y en la direccion de las almas; á otros el don de las lenguas, y el de entenderlas, aunque no se supiesen hablar. *Todas estas cosas las obra el mismo Espíritu Santo, dividiéndolas á cada uno segun le agrada.* El Espíritu Santo reparte sus dones, dice el mismo intérprete, á fin de que la necesidad mutua una mas estrechamente á los fieles, y los haga mas humildes. Si hubiéremos recibido unos dones tan brillantes, temamos el abuso que pudiéramos hacer, y la cuenta que tendríamos que dar de ellos. Si no los hemos recibido, pensemos que hubieran podido habernos hinchado de orgullo, y que la humildad es mas preciosa que todos estos talentos, los cuales son en provecho de los demás. Estos dones son gracias puramente gratuitas, diferentes de la gracia justificante que nos hace santos y justos delante de Dios. Llámase gracia puramente gratuita la que no santifica al que la recibe, aunque se le confiera como remuneracion por Dios. Puede sin embargo serle útil al que se le confiere para su salud, pero principalmente mira á la santificacion del prójimo: tales son la gracia de los milagros, el don de la sabiduría, el del discernimiento de espíritus, el de ciencia, el don de lenguas; se pueden poseer estos dones, y no ser santo por el mal uso que se hace de ellos. Con todo es raro que el don de lenguas, el de profecía, el de los milagros, no estén acompañados de una santidad eminente. La Iglesia los mira como pruebas de santidad en la canonizacion de los santos, mas esto es despues de haber tenido pruebas ciertas de la heroicidad de sus virtudes. Estos dones visibles del Espíritu Santo eran muy ordinarios en los primeros siglos de la Iglesia; eran entonces necesarios

milagros brillantes para convertir á los judíos y á los paganos. No es esto decir, dice el venerable Beda, que estos dones hayan cesado enteramente en lo sucesivo. No hay siglo alguno de la Iglesia en que no haya habido Taumaturgos, sobre todo cuando á Dios le ha agradado enviar hombres apostólicos para convertir á los gentiles. San Francisco Javier, de la Compañía de Jesus, es en los últimos tiempos una prueba muy solemne de esta verdad, y la Francia ha visto en el siglo pasado, y ve todavía en el actual (téngase presente que esto se escribia en el siglo XVIII) un beato Juan Francisco Regis, de la misma Compañía de Jesus, célebre por un número prodigioso de milagros que Dios obra aun todos los dias por su intercesion.

El evangelio de la misa de este dia es del capítulo 18 de san Lucas, en el que refiere el Salvador una parábola de las mas instructivas, la cual en el contraste del fariseo orgulloso y del humilde publicano nos presenta un verdadero retrato de la humildad cristiana y del vicio contrario, y nos demuestra cuáles son los efectos respectivos.

Instruyendo el Hijo de Dios al pueblo que se habia reunido en rededor de él, vió algunos de los mas principales, que se lisonjeaban de llevar una vida mas regular, y que le escuchaban con bastante atencion; á estos principalmente dirigió esta parábola, en donde se ve el precio y la eficacia de la humildad. *Cierto dia*, les dijo, *subieron al templo juntamente dos hombres para orar; el uno era fariseo, y el otro era publicano.* Hase dicho ya en otra parte que los fariseos eran una secta célebre que se levantó en Judea hácia el tiempo de los Macabeos, y á cuyos individuos se

les dió el nombre de fariseos, que significa gentes separadas de todos los demás por un género de vida que engañaba al pueblo, y de la que hacian alarde sus vanos y orgullosos sectarios: afectaban delante de las gentes una modestia estudiada, una regularidad exterior que imponia, y todo no era mas que como unos sepulcros blanqueados, llenos de basura y podredumbre. El orgullo era el alma y el gran móvil de todas sus acciones. El publicano era entre los Romanos un arrendador de los impuestos y de las rentas públicas. Este nombre era muy odioso entre los judíos; con él designaban un gran pecador, un hombre de mala vida, un usurero de profesion; era, en fin, un género de vida propio de gentes muy desacreditadas, por la corrupcion de sus costumbres y por sus violencias. Esto era lo que se entendia por un fariseo y por un publicano. Volvamos, pues, á nuestro evangelio.

Dos hombres, decia el Señor, subieron juntamente al templo para orar; el uno era fariseo, y el otro publicano. El fariseo, en lugar de orar y de humillarse delante de Dios, se puso á ponderarle la justicia de sus obras, porque manteniéndose en pié: Yo os doy gracias, Señor, decia dentro de sí mismo, de que no soy yo como el resto de los hombres, y particularmente como este publicano que está aquí. Él y los otros son ladrones, malvados, adúlteros; por lo que hace á mí, tengo religion, ayuno dos veces en la semana, además de los ayunos prescritos por la ley. Créese que estos dos dias de que habla el fariseo eran el lunes y el jueves, y por esto, y por no parecer que se conformaban con este uso de los fariseos, los antiguos cristianos ayunaban el miércoles y el

viernes, lo que practican aun hoy muchas comunidades religiosas, y muchas personas piadosas en el mundo, añadiendo á la abstinencia de carne del viernes y del sábado, la del miércoles. Yo pago el diezmo de todos mis bienes, continuaba, no solo de los frutos mayores de la tierra, como está ordenado por la ley, sino que tambien pago por supererogacion el diezmo de la yerba buena, del hinojo, del comino y de las legumbres menores; en fin, yo me distingo del resto de los hombres por mi exacta probidad. ¿Qué es lo que encontramos en esta odiosa ostentacion, dice san Agustin, que tenga ni aun una sombra de oracion? Viene para rogar, y se alaba; y esto mismo es lo que hacen todos los herejes: vanas ostentaciones de regularidad, y de pretendida reforma; orgullosas declamaciones contra los abusos; eternas lamentaciones por la relajacion; censores implacables del género humano; proclamadores desvergonzados de su pretendida justicia y de su secta. No hay cosa que mas se parezca á un fariseo que un hereje; el mismo orgullo, el mismo odio contra Jesucristo y sus verdaderos discípulos, el mismo espíritu de error, la misma impudencia, la misma inhumanidad.

El publicano del evangelio es de un carácter muy distinto. Manteníase á la entrada del atrio de los judíos, sin atreverse ni aun á levantar los ojos al cielo, dándose golpes de pecho; con el corazon contrito y humillado, no cesaba de repetir estas palabras: Señor, sed propicio para con un pecador como yo. Este signo del dolor de los pecados, y esta indicacion de la penitencia golpeándose el pecho, no solo es comun y ordinario en la Iglesia, sino que se usaba ya en la misma sinagoga. Es un signo exterior de una con-

tricion interior, y de un vivo arrepentimiento. Hé aquí dos oraciones bien diferentes; así lo fueron tambien en su efecto. El publicano, dice el Salvador, se fué justificado á su casa: Dios, que oye la súplica de los humildes con tanto mas placer, cuanto es mayor el horror que tiene á los soberbios, tuvo misericordia del humilde publicano; aceptó su arrepentimiento, escuchó sus votos, oyó su oracion y le perdonó en el acto sus pecados, al paso que reprobó al orgulloso fariseo, el cual con aquella imprudente vanidad, puso el colmo, por decirlo así, á su iniquidad y á su malicia. Así que al entrar en el templo el publicano era acaso mayor pecador que el fariseo; pero al salir del templo, el publicano se halló justificado, y el fariseo salió mas criminal. Así sucede, concluye el Salvador del mundo, así sucede que cualquiera que se ensalza será humillado, y cualquiera que se humilla será ensalzado. Así el pecado que sirve para humillar al hombre, sirve tambien para sacarle de la humillacion por la confusion saludable que le inspira. Nada debe humillar tanto al hombre como su orgullo, y solo descendiendo á su nada es como encuentra el fundamento de una verdadera grandeza, y el secreto de ensalzar su bajeza. Por poco que se eleve, se le trastorna la cabeza. La opinion excesivamente ventajosa que tiene de sí mismo, de su pretendido mérito, de su propia excelencia, en lo que consiste el orgullo, es una prueba de pequeñez de espíritu y de locura. Dios se complace tambien en confundir á las almas vanas, y elevar á los que hacen un estudio en abatirse.

La oracion de la misa de este dia es como sigue.

O Dios, que señalais de un modo especial vuestro poder infinito en los efectos admirables de vuestra bondad; derramad mas y mas sobre nosotros las riquezas de vuestra misericordia, á fin de que habiendo suspirado sin cesar sobre la tierra por los bienes celestiales que nos habeis prometido, nos concedais la gracia de que gocemos de ellos en la gloria por toda la eternidad. Por nuestro Señor Jesucristo.

La epistola es de la primera que el apóstol san Pablo escribió á los Corintios, cap. 12.

Hermanos mios: Vosotros sabeis que cuando érais gentiles, os llevaban á que adoráseis los ídolos mudos. Por tanto os hago saber que ninguno que habla inspirado del espíritu de Dios, dice anatema á Jesus; y ninguno puede tampoco decir: Jesus es el Señor, sin que esté inspirado del Espíritu Santo. Con, sí, diversas las gracias, mas el espíritu es el mismo. Los ministerios son diferentes, mas el Señor es el mismo; las operaciones son distintas, pero es el mismo Dios el que obra en todas las cosas. El don visible del Espíritu Santo no se da á cada uno sino con utilidad. Concédese el espíritu á unos para que hablen el lenguaje de la sabiduría; y el mismo espíritu se concede á otros para que hablen el lenguaje de la ciencia. A otros el mismo espíritu les da fe, y á otros este propio espíritu da la gracia de las curaciones; á otros el poder de obrar milagros; á otros el don de profecía; á estos el discernimiento de los espíritus; á esotros el don de lenguas; á otros el don de interpretar la divina palabra. Todas estas cosas las obra el mismo espíritu, repartiéndolas á cada uno segun le agrada.

NOTA.

Habiendo sabido san Pablo que una de las causas de las divisiones que turbaban la Iglesia de Corinto procedia de que se preferian los unos á los otros, en razon de los diferentes dones que habian recibido del Espíritu Santo y que comunmente se llaman gracias

gratuitas, las cuales se conceden en favor del prójimo; les manifiesta el santo apóstol que estos dones, aunque diferentes entre sí, todos nacen de un mismo principio, que es el Espíritu Santo, y por consiguiente que todos deben estimarse igualmente.

REFLEXIONES.

Las gracias son diversas, mas el espíritu es el mismo. No debe haber zelos entre los diferentes ministerios, ni tampoco negligencia ó dejadez en el ejercicio de las sagradas funciones. En el supuesto de que los diferentes dones, gracias, talentos y empleos vienen todos de la misma mano, y que es el mismo espíritu el que los distribuye, todos deben tener el mismo fin, todos merecen nuestra estima. Por esto puede decirse con verdad que nada hay pequeño en el servicio de Dios. ¡Qué error el no estimar los empleos en la Iglesia, sino con relacion al esplendor ó á la preeminencia del lugar en que se ejercen. Su dignidad procede de su principio y de su fin. Los coros de los ángeles en el cielo son diferentes en dignidad, segun la excelencia y la dignidad de su ministerio; pero todos son respetables, como que todos son ministros del Altísimo. Los dones del Espíritu Santo son puras gracias: don de consejo, don de sabiduría, don de lenguas, don de ciencia, hasta el don de los milagros, todo se ha dado por utilidad del prójimo, y de ningun modo para la gloria particular y en provecho solo del sugeto á quien el Espíritu Santo ha enriquecido con estas gracias puramente gratuitas. ¡Cuál, pues, debe ser su reconocimiento! pero ¿de qué crímen no se hace reo el que entierra estos talentos, ó si solo

una vana reputacion es todo el fruto que saca de un tesoro de que no es mas que administrador? *La ciencia hincha,* dice el Apóstol; pero toda hinchazon está llena ó de podredumbre ó de viento. No hay cosa mas vana que la gloria que se busca, y de que uno se llena por unos bienes que solo se han recibido en depósito. *¿Qué tienes que no hayas recibido? Y si lo has recibido; ¿porqué te glorias de ello, como si no lo hubieses recibido?* Pocos hay de aquellos que tanto se han distinguido por su raro saber, por su alta sabiduría, que tarde ó temprano, si viven mucho tiempo, no vengan á parar en otros tantos objetos de lástima, despues de haberlo sido de envidia, por las flaquezas, y muchas veces por las imbecilidades de una vejez prematura. ¡Cuántos de estos grandes hombres se han visto portarse como niños, aun antes de ser decrépitos, complaciéndose Dios en convencernos, por medio de estos ejemplos tan frecuentes, lo mal que hacemos en ensoberbecernos por una ciencia que se extingue, se desvanece con el trastorno de una fibra! Pues hé aquí, no obstante, lo que hace tan altaneros á esos grandes genios que jamás aciertan á conocer lo pequeños que son. La emulacion de los talentos es la mas delicada, la mas ciega, y acaso la mas difícil de curar; nada ensoberbece tanto, sin embargo de que nada deberia humillarnos tanto como esta enfermedad cuasi incurable. ¡Ridícula vanidad del hombre! no se humilla, aunque nada es mas que polvo y ceniza, y habiendo sido formado no mas que de un poco de lodo; este lodo, que todo lo debe á la mano omnipotente que le ha formado, se gloría de las ventajas que ha recibido de ella, y no pocas veces pretende arrebatarle toda la gloria. Lo que nos da repu-

tacion, lo que nos distingue de los demás son dones de Dios, y el resplandor de estos dones debe servirnos para descubrir mas nuestras sombras. Es verdad que el orgullo es siempre la señal de un genio pequeño: las almas grandes, los sugetos de un mérito mas distinguido, son ordinariamente mas humildes; solo unos entendimientos superficiales y limitados son los que están llenos de una falsa estima de sí mismos. El orgullo humilla á cualquiera que tiene suficientes luces para conocer su presuncion y su vanidad.

El evangelio de la misa está tomado del capítulo 18 de san Lucas.

En aquel tiempo, dirigió Jesus esta parábola á ciertas gentes que presumian de sí mismas como si fuesen santos, y despreciaban á los demás. Subieron dos hombres al templo para orar; el uno era fariseo, y el otro publicano. El fariseo, manteniéndose de pié, hacia para sí esta oracion: Dios mio, yo os doy gracias porque no soy como el resto de los hombres, los cuales son ladrones, injustos, adúlteros; ni tampoco tal como este publicano. Yo ayuno dos veces en la semana, y pago el diezmo de todos mis bienes. El publicano por su parte, retirado á lo lejos, ni aun se atrevia á levantar los ojos al cielo, é hiriéndose el pecho, decia; Dios mio, sed propicio á un pecador como yo. Este, pues, os aseguro, se volvió á su casa justificado; y al contrario el otro: porque cualquiera que se exalta será humillado, así como el que se humilla será exaltado.

MEDITACION.

DE LA HUMILDAD CRISTIANA.

PUNTO PRIMERO.

Considera que la humildad cristiana es la virtud de las almas grandes de los genios sublimes, ilustrados

con las luces mas vivas de la fe. ¡Qué error, el confundir esta noble virtud con la pusilanimidad de las almas tímidas! La humildad cristiana no es aquella oscura y floja ociosidad de un corazon fastidioso y de un espíritu medio apagado; es un conocimiento vivo, es una persuasion práctica de su propia indigencia y de su nada, que le inspiran á uno sentimientos conformes á sus luces, y le hacen concebir un verdadero desprecio de sí mismo, inspirándole una confianza en Dios tierna y respetuosa.

No hay cosa mas racional ni mas noble que estos sentimientos bajos que uno tiene de sí mismo, porque son verdaderos. Es menester tener talento para conocer que tenemos muchos defectos y poco mérito. Un genio superficial y limitado no admira ni aprecia mas que lo que él cree considerable, como aquellas gentes groseras que jamás salen de su aldea; pero cuando la gracia perfecciona el espíritu y el corazon, cuando á favor de unas luces sobrenaturales vemos lo que somos y lo que podemos ser, cuando vemos la multitud de defectos, el fondo de debilidades, la inclinacion natural al mal, la flaqueza para el bien, la indigencia de que estamos cercados, ¿podemos menos de despreciarnos? ¿podemos, sin llenarnos de rubor, sufrir que se nos alabe? ¿No es una imbecilidad de espíritu, no es una especie de locura el llenarnos de satisfaccion cuando se nos tiene por lo que no somos, é incomodarnos cuando se nos reconoce por lo que somos? Tal es el carácter del orgullo. La humildad se complace mucho en que nadie se engañe en el concepto que forma de nosotros; ¿qué cosa mas conforme á la sana razon? Queremos ser estimados, y este mismo deseo tan frívolo prueba cuán poco

estimables somos. ¿Qué injusticia mas visible que exigir del público un tributo que no se nos debe?

¿Qué tienes, dice el Apóstol, *que no hayas recibido?* (1) *y si lo has recibido, ¿porqué te glorías de ello, como si no lo hubieses recibido?* ¿Es necesario acaso atormentar mucho nuestro entendimiento para encontrar en nosotros de que humillarnos? Error en el entendimiento, pasiones en el corazon, enfermedades en el cuerpo, flaqueza en la imaginacion: todo es pobreza, todo es humillacion en el hombre; hasta sus cualidades mas brillantes dejan entrever las sombras. No es menester mas que bajar á los sepulcros para convencernos que el mayor monarca, como el mas pequeño de sus vasallos, no son mas que polvo y ceniza. *¿Porqué*, pues, *se ensoberbecen la tierra y la ceniza* (2)? Ciertamente no hay nada que tanto deba humillarnos como nuestro propio orgullo; ¿y con todos estos motivos de humildad, Señor, me cuesta todavía trabajo el ser humilde, y serlo teniendo delante de los ojos un Dios humillado para curar mi orgullo?

PUNTO SEGUNDO.

Considera que además de los motivos que tenemos para humillarnos, las ventajas que son inseparables de esta importante virtud deben con mucha razon inclinarnos á ser humildes.

No hay virtud alguna sin humildad; pero ¿qué virtud hay que sea difícil á una alma humilde? La gracia, dice el apóstol Santiago (3), se le ha dado con profusion. Témese á Dios, dice el Sabio (4), cuando

(1) I. Cor. 4. — (2) Eccles. 10. — (3) Jacob. 4. — (4) Prov. 22.

uno es humilde : créese para mérito y para gloria, y el edificio de la perfeccion cristiana sube muy alto, cuando tiene por fundamento una profunda humildad : la humildad cristiana es siempre una prenda de salud (1). ¿Sobre quién fijaré yo mis miradas favorables, dice Dios por su Profeta (2); en favor de quién abriré los tesoros de mis misericordias, sino en favor de un corazon humilde, y de un espíritu humillado?

Puede decirse que la humildad es la que desarma la ira de Dios, la que gana el corazon de Dios, la que obliga, por decirlo así, á Dios á que haga las mayores maravillas. La santísima Vírgen no atribuye ni á su virginidad, ni á su devocion, ni á tantas otras virtudes que poseia en el mas alto grado, la gracia de haber sido elevada á la dignidad sublime de Madre de Dios, sino á su humildad ; *porque atendió á mi humildad.* Seamos humildes, no salgamos nunca de nuestra nada, y aquel Dios que de nada ha hecho todo este vasto universo, se servirá de nosotros para hacer maravillas.

Miremos á los apóstoles, atendamos á los mayores santos, y veremos que todos han sido los mas humildes. ¡Qué de maravillas no ha hecho un san Francisco de Paula en los pueblos y en las casas de los grandes! él ha sido el prodigio de su siglo ; ¿ y hubo jamás un hombre mas humilde ? ¡ Cuándo curarán nuestro orgullo, y nos inspirarán gusto á la humildad, tan grandes ejemplos, motivos tan poderosos, razones todas á cual mas interesantes!

¡Ah, Señor! ¿Puedo yo veros humillado hasta morir en una cruz, y puedo yo verme hinchado de

(1) Salmo 33. — (2) Isai. 66.

orgullo y no ser humilde? ¡Ah! demasiado que puedo, y mis sentimientos y mi conducta prueban bastante lo que yo soy; pero todo lo espero de vuestra misericordia. Vos quereis que aprenda de vos á ser humilde de corazon, haced que llegue á serlo; yo os lo pido, y lo deseo con todo mi corazon.

JACULATORIAS.

¿Me atreveré á hablar á mi Señor y mi Dios, yo que no soy mas que polvo y ceniza? *Génes.* 18.

Yo estoy humillado, y paso mis dias en la tristeza. Por esto, Dios mio, tendréis compasion de mí, y me salvaréis. *Salmo* 68.

PROPOSITOS.

1.° La humildad sin la humillacion no es por lo comun otra cosa que el conocimiento y la estima que tenemos del mérito y de la importancia de esta virtud; pero no siempre es la virtud misma. No somos humildes porque conozcamos las razones que tenemos para serlo. Las virtudes morales son prácticas. La prueba mas segura y menos equívoca de la virtud de la humildad, es la alegría en la humillacion. Si esta importante virtud no consistiese mas que en humillarse de palabra, las expresiones menos sinceras probarian que muchos que se alimentan de orgullo son humildes. ¡Cosa extraña! tenemos defectos crasso que saltan a los ojos, y no podemos sufrir que se nos adviertan: ¡qué despecho si se repara en ellos! Mira uno con de precio sus propios defectos y los de los otros, y cada uno quiere que de los suyos no se hable. Corregid hoy un vicio tan comun. ¿No teneis

tanta virtud, que ameis la humillacion? sed al menos bastante cristianos para recibirla con mansedumbre, con paciencia; no os justifiqueis en aquellas ocasiones de poca importancia, en las que el amor propio es maltratado, y vuestra vanidad se ve ajada. Os alegraréis de haber callado; no perdais por un aire desabrido, por una palabra violenta, por una indignacion demasiado manifiesta, el mérito de una pequeña humillacion, que es un remedio soberano contra la exaltacion del ánimo.

2.° No siempre es el natural ó el mal humor el que hace á los señores tan delicados y poco pacientes; con mas frecuencia el orígen de estos fogosos arrebatos es un orgullo secreto. La humildad del corazon es inseparable de la penitencia y de la mansedumbre. No podemos sufrir una palabra poco respetuosa; nos incomodamos por la poca exactitud de un doméstico; nos choca la cachaza de nuestros dependientes; su poca deferencia á nuestras órdenes nos pone de mal humor. Llamad como quisiéreis esas impaciencias, esas asperezas, coloradlas con el pretexto que os dé la gana, vosotros seríais mas pacientes si fuéseis menos orgullosos; comenzad desde este momento á poner en práctica las reglas siguientes. 1.ª Excusad con caridad los defectos de otro, y no consintais jamás que los que dependen de vosotros traben conversacion sobre tales defectos. 2.° Cuando se os hubiere faltado en alguna cosa tocante á vuestra persona, á ciertos deberes, á no sé qué atenciones; cuando se hubieren olvidado de haceros ciertos servicios de poco momento, no perdais el mérito de estas pequeñas humillaciones: la falta de memoria ó de disposicion de un doméstico, la impolítica de cierta

especie de gentes, el mal corazon de tantos amigos falsos os ofrecerán todos los dias muchas ocasiones para ejercitaros en estos pequeños sacrificios; alarmaráse el amor propio, padecerá el orgullo; pero ¡qué tesoro de méritos si sabeis aprovecharos de estas frecuentes, pero preciosas humillaciones. 3.ª Decíos á menudo á vosotros mismos con san Bernardo: Yo adoro un Dios humillado por mi amor hasta la muerte de la cruz, ¿y no soy humilde?

UNDECIMO DOMINGO

DESPUES DE PENTECOSTES.

Llámase comunmente en la Iglesia Romana este domingo el domingo del *Sordo-Mudo* curado por Jesucristo, porque el evangelio de este dia refiere la historia de este milagro. Como todas las maravillas de la vida del Salvador eran pruebas visibles de su omnipotencia y de su divinidad, y al mismo tiempo pruebas evidentes de la santidad de la religion que venia á establecer en el mundo; la Iglesia ha escogido para la epístola de la misa de este dia aquel pasaje de la carta que san Pablo escribió á los Corintios, en donde, despues de haberles dado cuenta del modo con que les habia anunciado el Evangelio, les declara que no les ha enseñado y como dado en depósito mas que lo que él mismo habia recibido de Jesucristo; y por el compendio que les hace de los principales misterios de nuestra religion, les da una

idea justa de la excelencia del Redentor, de su divinidad, y de la bondad infinita que ha tenido con los hombres. El evangelio no es una prueba menor de esto, no pudiendo ser el milagro asombroso que refiere sino el efecto de esta omnipotencia que no puede convenir mas que á Dios solo. El introito de la misa expresa perfectamente los sentimientos de un corazon animado de una fe viva en este divino Salvador, y lleno de una santa confianza en su bondad y en su omnipotencia.

Yo veo al Señor en la nueva Sion; allí ha remitido á los hombres, y los une por unos mismos sentimientos y por unas mismas leyes: el Dios de Israel inspira valor y fortaleza á su pueblo, y le hace formidable á sus enemigos. Preséntese, nada mas, este Dios, levántese y dispérse sus enemigos; muéstrese este Dios omnipotente, y huyan de su presencia los que sacuden el yugo de sus leyes. Todo este salmo, uno de los mas magníficos y mas admirables que David ha compuesto en un estilo sublime y elevado, y que es una alegoría continua, todo este salmo, repito, debe entenderse de la venida de Jesucristo, de sus milagros, de sus victorias, de los misterios realizados en su persona, y del establecimiento de la Iglesia por los apóstoles. El profeta hace en él la relacion de diversos prodigios del antiguo Testamento, que fueron figura de lo que debia suceder en el nuevo, y en particular de todas las maravillas que debia obrar el Salvador. El milagro cuya historia refiere el evangelio de este dia, ha determinado á la Iglesia para hacer la eleccion de este salmo, que es propiamente uno de los mas bellos cánticos que tenemos en honor de las maravillas y de los misterios de Jesucristo. Todos los santos pa-

dres griegos y latinos, que lo explican segun la alegoría y el sentido místico, lo aplican á la venida, á la resurreccion y á la ascension del Salvador, á todos los milagros que ha obrado, á la predicacion de los apóstoles, á la conversion milagrosa de los gentiles y á la destruccion victoriosa del paganismo. Si el profeta habla en él de la salida de Egipto y de la publicacion de la ley, no es sino por alegoría á la libertad del cautiverio del pecado, que ha sido el fruto principal de la venida del Salvador y de la publicacion del Evangelio, cuyos hechos estaban allí figurados. Esto es lo que movió á comenzar este cántico por unos términos entusiasmados y con expresiones enfáticas. *Levántese Dios y disperse sus enemigos : huyan de su presencia todos sus adversarios.* Desaparezcan los impíos delante del Señor, como el humo se desvanece en el aire, ó como la cera que en un momento se derrite al fuego; *mas los justos, por el contrario, alégrense y regocijense* viendo á su Dios y su libertador. *Pueblos fieles, celebrad su gloria, cantad salmos en su honor.* Todo este salmo es un cántico de regocijo, un cántico de alegría continua para celebrar las maravillas del Salvador y la pompa de su triunfo.

La epístola de la misa de este dia puede mirarse como un compendio de las pruebas mas brillantes de nuestra religion, y de las verdades fundamentales del cristianismo. Como la verdad de la resurreccion de Jesucristo es el fundamento sólido y la base de nuestra creencia, no es de extrañar que los apóstoles se aplicasen con tanto ahinco á demostrar esta importante verdad, que tanto interés tenia el infierno en debilitar, pero cuya evidencia no habia podido os-

curecer todo el infierno: así es que no hay dogma alguno mejor establecido, ninguna verdad mas á menudo ni mas útilmente sostenida. Habia entre los cristianos de Corinto ciertos espíritus dañados, que no abrigaban sentimientos muy ortodoxos en órden á la resurreccion. Como este artículo era, por decirlo así, el fundamento de todo el cristianismo, san Pablo se aplica á establecer esta verdad en el capítulo quince de su carta con todo género de razones, y al mismo tiempo prueba la resurreccion futura de los muertos por la resurreccion de Jesucristo, la cual confirma con muchos testimonios.

Voy á poneros á la vista uno de los puntos capitales y mas importantes del Evangelio que os he predicado, que habeis recibido por una gracia especial de Jesucristo, y en el cual os manteneis con tanta fidelidad á pesar de los artificios seductivos de los falsos doctores, que os deslumbran con sus sofismas. Vosotros sabeis que solo creyendo las verdades que os he anunciado os salvaréis; no hay que esperar salud fuera de esta creencia; porque á menos que hayais creido en vano, debeis acordaros de qué manera os he predicado. *Mis predicaciones*, dice en otra parte, *nada tenian parecido á los mañosos discursos de la sabiduría humana*, antes bien, *el Espíritu Santo y su virtud eran visibles en ellas;* y esto á fin de que *la sabiduría humana no fuese el fundamento de vuestra fe, sino la virtud divina.* A esto alude san Pablo cuando dice aquí á los fieles de Corinto que se acuerden de qué manera les ha predicado, de las maravillas que han acompañado á su predicacion, y que si han creido las grandes verdades que les ha anunciado, no ha sido lijeramente como gentes que

se dejan llevar de la novedad sin exámen, y que son tan fáciles para abandonar la fe, como lo han sido para abrazarla. Por mas incomprensibles que sean nuestros misterios, por mas sublimes que sean las verdades de nuestra religion, por mas austera que sea su moral, nunca me he servido para persuadiros todo esto de términos escogidos, ni de maneras de hablar seductivas y estudiadas; no he empleado para ello los artificios de una elocuencia alucinadora. Yo os he enseñado con toda sencillez lo que á mí mismo se me ha enseñado por el Señor, que, siendo la verdad por esencia, no puede ser engañado, ni engañarnos. Os he dicho desde luego que Jesucristo nuestro Salvador ha muerto por nuestros pecados, conforme á las Escrituras, esto es, como lo habia predicho por los profetas, y singularmente por Daniel, que con tanta precision marca el tiempo de su muerte; *y pasadas setenta y dos semanas de años, será Jesucristo condenado á muerte* (1): lo cual sucedió precisamente en el tiempo señalado, segun los cálculos de la mas exacta cronología; por Isaías, que predijo el fin de su muerte, esto es, por los pecados de los hombres (2); y las circunstancias de su muerte: *será llevado á la muerte como una oveja sin quejarse, y será cubierto de llagas sin decir palabra.*

Os he enseñado, continúa el santo apóstol, que habiendo muerto este divino Señor, fué sepultado; que ha resucitado al tercero dia, conforme á las Escrituras, como un testimonio de los mas persuasivos y de los mas concluyentes. No hay cosa que persuada mejor al entendimiento en órden á las verdades incomprensibles, que el ver que han sido predichas;

(1) D. v. c. 9. — (2) Cap. 53.

porque solo Dios es el que puede conocer y pronosticar lo venidero : la prediccion es un motivo muy poderoso para creer una verdad, aunque no se la pueda comprender. La resurreccion de Jesucristo era una verdad demasiadamente esencial en nuestra religion, para que no hubiera sido predicha y figurada en muchos pasajes de la Escritura. David, Isaías, Oseas, y en particular el profeta Jonás, nos la han anunciado en mas de un pasaje. No se contenta san Pablo con esta prueba, sacada de la prediccion; trae tambien el testimonio de los que han sido testigos de ella, y este testimonio no tiene réplica. Os he dicho, añade, que el Salvador resucitado ha aparecido á Cefas, y despues á los once. El santo apóstol no refiere aquí en particular todas las apariciones de Jesucristo, sino solo aquellas que juzga mas á propósito para hacer impresion en el ánimo de los fieles de Corinto. Despues de haber referido san Lucas la aparicion del Salvador á los dos discípulos que iban al castillo de Emaus y la vuelta de estos á Jerusalen, dice que habiendo encontrado estos dos discípulos á los once apóstoles, y á los que estaban con ellos, todos juntos, y habiéndoles contado lo que acababa de sucederles, supieron de ellos que el Señor habia resucitado verdaderamente, y que habia aparecido á Simon (1). Os he dicho tambien, continúa aun el santo apóstol, que despues apareció á mas de quinientos hermanos al mismo tiempo, de los cuales algunos han muerto, pero todavía están muchos en el mundo. Habla aquí san Pablo de la aparicion que hizo el Salvador á todos los discípulos que se congregaron en la montaña de los Olivos, cuando el Sal-

(1) Luc. 24.

vador subió al cielo. ¡Qué nube de testigos y de pruebas para establecer el solo milagro de la resurreccion de Jesucristo! Con todo, dice aquí un sabio intérprete, no era necesario menos para convencer al mundo de una verdad, que por una consecuencia necesaria le obligaba á creer todos los misterios, y á practicar todas las máximas del cristianismo. San Pablo añade que muchos de los que se habian hallado en esta aparicion vivian aun, á fin de que pudiesen, si querian, asegurarse por sí mismos de un hecho tan importante.

Despues de esto, continúa san Pablo, *apareció á Santiago; despues á todos los apóstoles.* El evangelio no habla de esta aparicion; pero los padres, siguiendo la antigua tradicion, nos refieren que Santiago, dicho el Menor, hijo de Cleofas y de María, primo del Salvador, y por tanto llamado hermano del Señor, segun el uso de los judíos; los padres, repito, nos refieren que este apóstol, que fué el primer obispo de Jerusalen, y que era tambien apellidado el Justo, habia resuelto despues de la muerte de su divino Maestro no tomar alimento alguno hasta haberle visto resucitado, y que el Salvador por una bondad singular hácia este fervoroso apóstol se le apareció inmediatamente despues de su resurreccion, y habiéndole colmado de alegría con su presencia, le dió por sí mismo pan que habia bendecido, diciéndole que tomase de aquel alimento, pues que ya veia á su Salvador resucitado.

Por fin, y en último lugar, prosigue el santo apóstol, *tambien me ha aparecido á mí que no soy mas que un aborto.* Siempre fué la humildad el carácter comun de todos los santos. Los mayores entre ellos han sido

siempre los mas humildes. Cuanto mas los ha distinguido el Señor con los favores mas sublimes, tanto mas bajamente han sentido de sí mismos; las gracias mas brillantes descubren siempre la profundidad de nuestra nada. San Pablo se llama á sí mismo un aborto, para significar por esta expresion que no habia nacido al cristianismo ni sido llamado al apostolado sino despues de todos los demás, cuando todavía se hallaba informe, como de ordinario están los niños que vienen al mundo trabajosamente, ó antes del término, esto es, antes de haber podido recibir el aumento y la forma conveniente. Los demás apóstoles habian sido alimentados mucho tiempo por el Salvador con sus divinas instrucciones; san Pablo habia sido llamado al apostolado estando todavía por limar, por decirlo así, desfigurado por su tenaz apego al judaismo. A la verdad, el Señor habia suplido en él lo que le faltaba con su gracia y con sus revelaciones, que en menos de nada le formaron el doctor de las naciones, y una de las lumbreras mas brillantes de la Iglesia; pero san Pablo, como todos los grandes santos, no mira en sí mismo sino lo que tiene de su propia cosecha, y lo que en sí descubria mas defectuoso, reconociendo humildemente que toda la ciencia y la inteligencia que poseia, y cuanto bueno podia adornarle, era un puro don de Dios. Poseido de los sentimientos mas bajos de sí mismo, en medio de todas las maravillas que obraba, este gran santo no pierde nunca de vista lo que ha sido, reconociendo siempre que todo lo que es, lo debe á la gracia. *Porque,* dice, *yo soy el menor de los apóstoles, que no merezco este nombre, habiendo perseguido la Iglesia de Dios.* Tal ha sido

siempre el carácter de los mayores santos; no consideran en sí mismos mas que el mal que han hecho, ó que han podido hacer; las maravillas mas grandes que Dios obra por su ministerio, las miran desde el fondo de su nada. La humildad fué siempre la virtud favorita de todos los santos. Cuando el perseguidor de Jesucristo, convertido en apóstol suyo, anuncia á los hombres su resurreccion, ¿qué podia oponer la incredulidad para enervar su testimonio? Su conducta, sus trabajos, la persecucion misma que él habia suscitado contra la Iglesia, son otras tantas pruebas de la sinceridad y de la verdad de su predicacion, dice un sabio intérprete. No se le puede acusar de haber creido con lijereza lo que predica, y se ve bien claro que ha sido necesario un milagro muy marcado para hacer un apóstol del que era el mas violento y el mas pertinaz de los perseguidores de Jesucristo. Reconoced, pues, pueblos incrédulos, la fuerza victoriosa de la gracia del Redentor; porque *lo que yo soy, lo soy por la gracia de Dios*, que se complace muchas veces en elegir lo mas flaco para con el mundo, para confundir lo mas fuerte, á fin de que ninguno tenga de que gloriarse delante de él. Siendo, pues, tan indigno del apostolado, como acabo de decir, solo por un favor enteramente gratuito, y por una bondad del todo particular de Dios, soy yo apóstol. En mi vocacion, no ha sido ciertamente á mis méritos á lo que ha tenido el Señor consideracion, sino solo á su pura misericordia; lo poco que soy, y todo el bien que hago, lo debo á la gracia, sin la que nada soy, ni puedo nada. Por la gracia de Dios soy todo lo que soy, y de mí mismo no puedo gloriarme mas que de mis humillaciones y de mi nada.

¿Qué somos, en efecto, en el órden sobrenatural sin la gracia? Flaqueza, ignorancia, pecado; y todavia entre tantas miserias se desliza el orgullo, para poner el colmo á todas ellas: ninguna cosa, en efecto, prueba tanto nuestra imbecilidad y nuestra nada como nuestro orgullo. Pero ¿qué no somos, y qué no podemos con la gracia? ¡Qué luz, qué sabiduría, qué ánimo, qué fortaleza! Todo lo puedo, dice en otra parte el mismo apóstol, en aquel que me da la fortaleza; y ciertamente, la gracia que me ha dado no ha quedado sin efecto. ¿Qué no ha hecho en mí? ¡qué mutacion tan portentosa! De un perseguidor obstinado de Jesucristo y de sus siervos, ha hecho un apóstol; el amor tierno á este divino Salvador ha sucedido al furor con que le aborrecia; la fe mas animosa, á la incredulidad mas terca; y el zelo mas ardiente por extender la fe de Jesucristo, á la pasion mas violenta que jamás hubo y que yo tenia por extinguirla. Dios ha querido hacer ver en la persona de san Pablo lo que puede la gracia de Dios en un corazon que no pone obstáculo á ella, y que dice como este apóstol: Señor, ¿qué quereis que haga? Rindámonos con docilidad á las dulces impresiones de la gracia, y tendremos el consuelo de poder decir muy pronto como él: *la gracia que Dios me ha concedido no ha quedado sin efecto*; pero para esto, es menester tambien decir sinceramente como él: *Señor, ¿qué quereis que haga?*

El evangelio de la misa de este dia refiere la curacion milagrosa de un hombre sordo y mudo: todo es misterioso en esta historia.

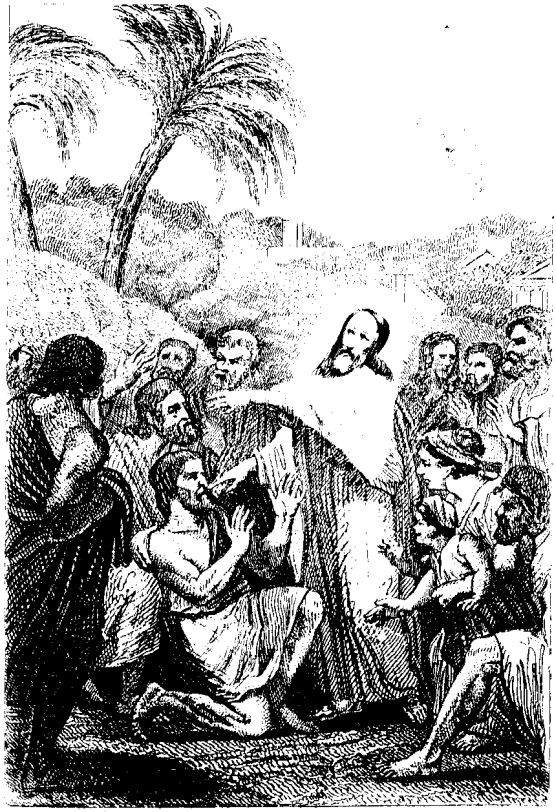
Habiendo dejado el Salvador por un poco tiempo la Judea, de la cual no estaba muy contento, vino

hácia los confines del país de Tiro y de Sidon, sin ruido, y al parecer como queriendo ocultar su llegada á aquellos extranjeros; pero una luz tan resplandeciente no podia estar escondida mucho tiempo. Los pueblos de aquellos contornos eran cananeos, descendientes de Canaan, y por consiguiente gentiles, y confinaban con la Judea; habia entre ellos algunos que se llamaban siro-fenicios, á causa de que ocupaban la region de la Fenicia que constituia entonces una parte de la verdadera Siria. Allí fué en donde una mujer siro-fenicia, llamada comunmente la Cananea, mereció por su perseverancia que el Salvador hiciese el elogio de su fe, y que librase á su hija de un demonio de que estaba poseida. El Hijo de Dios no se detuvo allí mucho tiempo; solamente queria dar á entender que habia venido principalmente para convertir á los judíos, segun se les habia pometido; pero que igualmente habia venido tambien para los gentiles, aun cuando no debiesen ser llamados á la fe, sino despues que los judíos se hubiesen hecho indignos del Evangelio.

Volviéndose, pues, Jesus del país de Tiro, se fué por Sidon, esto es, pasó solamente por el territorio de los Sidonios; y encaminándose hácia el mar de Galilea, atravesó una parte del país de la Decápolis. Llamábase así una comarca de la Galilea en Judea. Extendíase desde el monte Líbano hasta cerca del mar de Galilea, y tomaba su nombre de diez ciudades principales que contenia, las cuales eran: Dan ó Cesarea de Filipo, Cades, Neftali, Asor, Sefer, Cafarnaum, Corozaim, Bethsaida, Jotapate, Tiberiades y Bethsan ó Scitopolis. Habiendo llegado el pueblo á entender que Jesus habia llegado al país, le salió al

encuentro. Lleváronle un hombre que era sordo y mudo. Este pobre daba grandes gritos, con algunas palabras confusas y poco articuladas, como hacen por lo comun los mudos, arrojando impetuosamente la voz, sin poderse dar á entender. Pidiéronle al Salvador que le tocase con su mano y le curase. Hizo, en efecto, lo que deseaban; pero con ciertas ceremonias de que no acostumbraba servirse cuando hacia otros milagros. Queria mostrarnos el Salvador en esto que sus menores acciones eran misterios que debemos reverenciar, instrucciones mudas de que nos debemos aprovechar, y ejemplos que debemos seguir. Queria al mismo tiempo con estas ceremonias hacernos comprender que no hay demonio mas peligroso que el que nos cierra la boca, y nos impide descubrir las llagas del alma. No hay tampoco pecador más difícil de convertir que el que está sordo á la voz de Dios. Estas dos enfermedades del alma son cuasi incurables; es menester un gran milagro para curar esta sordera espiritual; no hay una señal mas visible de reprobacion que cuando un pecador rehusa oir la voz de Dios que le llama y le ofrece su misericordia; ninguno está en mayor peligro que el que no quiere descubrir las llagas de su alma al médico caritativo que las puede curar.

La primera cosa que hizo el Salvador fué sacar á aquel hombre de entre la multitud. Esta especie de pecadores apenas se convierten, mientras permanecen en medio del tumulto del mundo; necesitan del retiro; él solo puede poner al pecador en estado de oir la voz del Señor. En la soledad es en donde Dios habla al corazon del pecador. Habiendo, pues, el Hijo de Dios tomado á parte á este hombre



Llevolo pues el Hijo de Dios tomado á parte á este
ciego sordo y mudo le mete sus dedos en los oidos
y con la saliva despues tocando
los ojos al cielo suspira y habiendo pronunciado
estas palabras Ephpheta que significa abrete el o

sordo y mudo, le mete sus dedos en los oidos, le toca la lengua con su saliva; despues, levantando los ojos al cielo, suspira por él y por todos los pecadores, figurados en este enfermo, y habiendo pronunciado esta palabra siriaca, que era la lengua del país, *Ephpheta*, que significa ábrete, el enfermo se halló curado: sus oidos se abren, su lengua se desata; el sordo oye la voz de su médico; el mudo habla con una facilidad que asombra y llena de regocijo á todos los que estaban presentes ¡Qué de misterios, á cual mas instructivos, en un solo milagro! Notemos aquí que el Salvador se contenta con decir á los oidos *Ephpheta*, ábrete; y que no dice á la lengua desátate, porque basta que el pecador oiga la palabra de Dios: inmediatamente habla; desátase la lengua luego que el corazon es movido. Es muy difícil convertir á un pecador cuando no quiere oir hablar de su estado, ni explicarse él mismo con aquellos que podrian sacarle de él. El Salvador gime, levanta sus ojos al cielo, lo que hacia ordinariamente antes de obrar los mayores milagros. Todo esto muestra la dificultad de aquella curacion. El Hijo de Dios no tenia necesidad de hacer todas estas ceremonias para volver la palabra y el oido al sordomudo, no era menester mas que el que quisiera que hablase y que oyese; pero queria el Salvador instruirnos, y enseñarnos al mismo tiempo que es necesario levantar los ojos al cielo, que es preciso gemir, esto es, que es menester orar y hacer penitencia por esta especie de pecadores. Queria tambien el Salvador enseñar á sus discípulos por estas ceremonias las que ellos debian observar en la administracion del sacramento del bautismo, y en efecto comprendiéronlo perfectamente los apóstoles despues

de la venida del Espíritu Santo, y así lo enseñaron luego á la Iglesia. En la explicacion que se ha dado en la historia del sexto domingo despues de Pentecostés, ha podido verse lo que significan estas misteriosas ceremonias. Todo lo que el Salvador ha hecho y dicho durante su vida pública en la tierra ha sido para nuestra instruccion.

No es menos saludable la órden que dió el Salvador á todo el pueblo de que no hablasen de la maravilla de que habian sido testigos. La humildad ha sido siempre el rasgo mas brillante y mas señalado de Jesucristo y de todos sus verdaderos discípulos. Sabia bien que se publicaria; pero queria enseñarnos que en el ejercicio de las buenas obras, sobre todo en los actos de esplendor que acompañan algunas veces las funciones del divino misterio, no se ha de buscar la gloria delante de los hombres, ni hemos de tener otra mira que la gloria de Dios; esto es todo lo que debemos proponernos en los servicios que hacemos al prójimo.

San Juan Crisóstomo, san Jerónimo y los demás santos padres creen que nuestro Señor no pretendia imponerles una obligacion estrecha de que no hablasen de los milagros, cuando les prohibia publicarlos: era mas bien una leccion de humildad y de modestia que les daba, que un precepto rigoroso que les imponia; ni tampoco ellos tomaron la prohibicion que les habia hecho, mas que como la expresion de un simple deseo, tan ordinario en las almas humildes, de evitar el esplendor y la alabanza. Todos los que estaban presentes no podian imaginarse que aquel fuese un mandamiento absoluto que les obligase á callar: por otra parte, su admiracion era demasiado

grande y demasiado general para que pudiese contenerse, ni dejar de publicarse; por mas que el Salvador tratase de huir del honor que le reportaba, era imposible que les cerrase la boca. *Cuanto mas se lo prohibia, mas altamente hablaban y mas se maravillaban*: honor, gloria, alabanza, exclamaban en un santo transporte de admiracion; bendicion, salud á este hombre extraordinario que *todo lo hace con perfeccion*: él ha dado oidos á los sordos, lengua á los mudos, vista á los ciegos. Nuestras acciones son las que deben hacer nuestro elogio. Cualquiera otro título de alabanza es vano.

La oracion de la misa de este dia es como sigue.

O Dios omnipotente y eterno, que por un exceso de bondad sobrepujas los méritos y los deseos de los que te piden, derrama sobre nosotros los efectos de tu misericordia; y dígnate perdonarnos lo que nuestra conciencia nos hace temer, y concedernos lo que por nuestras oraciones no nos atreveríamos á prometernos. Por nuestro Señor Jesucristo, etc.

La epistola está tomada del cap. 15 de la primera carta del apóstol san Pablo á los Corintios.

Hermanos mios: Voy á poneros á la vista el Evangelio que os he predicado, que vosotros habeis recibido, en cuya creencia permaneceis, y por el cual os habeis de salvar: voy á deciros, si os acordais, y si no creísteis en vano, de qué manera os he predicado. Antes de todo, os he hecho saber lo que á mí mismo se me ha enseñado, esto es, que Jesucristo ha muerto por nuestros pecados, segun estaba anunciado en las Escrituras; que ha sido sepultado; que ha resucitado al tercero dia, conforme á las Escrituras; que ha aparecido en seguida á Cefas, y despues de él á los once: luego ha aparecido á mas de quinientos hermanos á un tiempo, de los cuales viven todavía muchos, y algunos

han muerto; despues de esto ha aparecido á Santiago, y luego á todos los apóstoles; por fin, y en último lugar, ha aparecido tambien á mí que no soy mas que un aborto. Porque yo soy el mas pequeño de todos los apóstoles, que no merezco el nombre de apóstol, habiendo perseguido la Iglesia de Dios. Así que, lo que yo soy, lo soy por la gracia de Dios, y la gracia que me ha sido dada no ha quedado en mí sin efecto.

NOTA.

Uno de los puntos capitales del Evangelio ha sido siempre la verdad de la resurreccion. Entre los cristianos de Corinto habia algunos que no abrigaban sentimientos muy ortodoxos en órden á la resurreccion. Siendo, pues, este artículo como el fundamento de toda la religion, se aplica san Pablo á establecer la verdad de él en este capítulo, con pruebas á las cuales nada habia que replicar.

REFLEXIONES.

Voy á poneros á la vista el Evangelio que os he predicado, que vosotros habeis recibido, en cuya creencia permaneceis, y por el cual os habeis de salvar. Este Evangelio puesto á la vista ¿será un objeto muy consolante para todos los cristianos? ¿les asegurará contra los espantos de la muerte? y próximos ya á ir á dar cuenta á Dios, ¿hallarán todos en este libro de salud con que justificar su conducta? ¡Ah! poner ante los ojos de un mundano que muere, de un religioso tibio, imperfecto que ha recibido los últimos sacramentos; poner á la vista de un libertino que espira este Evangelio, regla suprema de las costumbres; conforme al que debemos ser juzgados; en cuyos preceptos y máximas se halla todo lo que se

necesita para instruir nuestro proceso, del cual depende en algun modo nuestro destino eterno; ¿no es anunciarle su triste suerte, ponerle á la vista el decreto de su condenacion, lanzarle en la desesperacion, adelantar su suplicio? Apártanse los ojos de este Evangelio durante la vida, porque no se quieren obedecer sus mandamientos, ni seguir sus consejos, ni arreglar á sus máximas las costumbres; apenas se mira ya el Evangelio en el mundo mas que como unos antiguos derechos de la religion, títulos añejos que ha derogado la costumbre, que no tienen ya fuerza de ley sino entre un pequeño número de elegidos, que apenas tienen vigor mas que en el claustro. El espíritu del mundo ha sustituido en su lugar máximas del todo contrarias, leyes absolutamente opuestas, costumbres perniciosas que tienen lugar de leyes. Diríase en el dia de hoy que la irreligion ha prescrito hasta este punto el desenfreno; y la corrupcion de las costumbres ha prevalecido sobre la santidad del Evangelio. Cuasi ya no se tiene vergüenza del vicio, aun en medio del cristianismo: la indevocion, la mala fe, la venganza, la impureza, la ambicion, pasan hoy, por decirlo así, por costumbres del siglo. El vicio lo ha inundado todo; ¿y extrañamos que aguas tan corrompidas infecten el aire, y causen tantas enfermedades contagiosas? Trátase mas bien de entretenernos y adormecernos que de curarnos. De aquí los juegos, los espectáculos profanos, los bailes, las comedias, las diversiones enteramente paganas, que parece han ocupado ya el lugar de los ejercicios de religion. El tiempo que la codicia no absorbe, se destina á los placeres. ¿Qué pruebas de religion dan hoy tantos jóvenes libertinos, tantos

cristianos ociosos, tantas mujeres mundanas? La unodestia, el pudor, la devocion habian formado siempre el carácter y el adorno de un sexo piadoso; ahora parecen de moda el lujo, la licencia, la indevocion. Compongamos estas máximas tan humildes, tan puras, tan perfectas del Evangelio: abnegacion de sí mismo, humildad de corazon y de espíritu, mortificacion rígida de los sentidos, victoria continua de las pasiones, piedad perseverante sin artificio, vida inocente sin apariencia, amor de las cruces, ejercicios amados de penitencia, horror de las menores faltas, caridad ardiente, fe generosa é inalterable: compongamos este cuadro con el que cada dia trazan nuestras costumbres y nuestra conducta á los ojos de Dios y aun á los de los hombres; ¡qué oposicion, buen Dios! ¡qué desproporcion, qué contraste! Véase el Evangelio de Jesucristo que hemos recibido, de que hacemos profesion, por el cual nos hemos de salvar; veamos nuestro retrato formado no mas que con los colores de nuestros propios vicios. Santidad del Evangelio; corrupcion de nuestras costumbres; reglas de perfeccion; irregularidad, impiedad aun de nuestra conducta: ¡qué oposicion mas monstruosa ni mas atroz! y con todo esto se vive en una perfecta seguridad. Recordemos muchas veces la memoria del Evangelio que hemos recibido, para comparar los deberes que nos impone con nuestra conducta, y los bienes que nos promete con las penas á que nos obliga. No somos tan impíos ni tan ciegos, que no las creamos: ¿seremos tan insensatos, que creamos en vano, esto es, que no arreglemos nuestras costumbres á nuestra creencia?

El evangelio de este dia es del cap. 7 de san Marcos.

En aquel tiempo : Volviendo Jesus del país de Tiro, fué por Sidon hácia el mar de Galilea, atravesando por los confines de la Decápolis Presentáronle un hombre sordo y mudo, suplicándole que le impusiese las manos : Jesus, sacándole de entre la multitud, y tomándole á parte, le metió sus dedos en los oidos, y habiendo escupido, con su saliva le tocó la lengua; despues, levantando los ojos al cielo, dió un suspiro, y le dijo : *Ephpheta*, que quiere decir, ábrete; é inmediatamente se abrieron sus oidos, se desató su lengua, y habló libremente. Prohibióles Jesus que esto lo dijesen á nadie; pero cuanto mas les mandaba (que callasen), tanto mas lo predicaban, y tanto mas se maravillaban. Todo, decian, lo ha hecho bien; ha hecho oir á los sordos, y hablar á los mudos.

MEDITACION.

DE LA VERDADERA PIEDAD PROPIA DE CADA ESTADO.

PUNTO PRIMERO.

Considera que cada uno mira la santidad con respecto al estado en que no está, y pocos se aplican á adquirir la virtud propia del estado en que se hallan. El pobre piensa en los grandes medios que tienen los ricos para santificarse; los ricos creen que no es fácil hacerse santo sino en la pobreza; la vejez parece á los jóvenes el único tiempo á propósito para hacer por su salud ; llégase á la vejez, y se cree que la estacion de la santidad ha pasado ya con la juventud. Las gentes del mundo creen que su estado es poco á propósito para la santidad; las mismas personas religiosas apenas consideran la santidad mas que en lo sublime y lo maravilloso; nada les parece santo si no es extraordinario, si no es milagro. Así es que la santidad,

que es un fruto, por decirlo así, que nace en todos los terrenos, no se da ya, si se cree á nuestro amor propio y á nuestra imaginacion, mas que en los lugares inaccesibles.

Pero, ó Dios mio, ¿qué significa ese precepto tan preciso que nos habeis impuesto de que seamos perfectos como nuestro Padre celestial? ¿Qué edad, Señor, ó que estado habeis dispensado de esta ley? Y si hay un solo cristiano que no pueda ser santo, ¿porqué proponer universalmente á todos un modelo semejante?

Es cierto que Dios quiere verdaderamente que cada uno sea santo; pero no es menos verdad que nadie llegará jamás á ser santo sino llenando perfectamente los deberes particulares del estado en que Dios le ha puesto. Toda idea de santidad que no es de este carácter, es falsa. Las prácticas de piedad poco proporcionadas y poco convenientes á nuestro estado son puras ilusiones de nuestro orgullo ó del amor propio. El enemigo de la salvacion se burla con estos relumbrones de la credulidad de una alma simple: toda devocion que nos saca de nuestro lugar es un extravío.

¡Dios mio! ¡Qué error mas grosero! Pero ¡y qué error mas universal! Quiérese representar cualquiera otro personaje que el que nos conviene; quiérese servir á Dios de todos modos, menos como él lo manda. Un doméstico que no sirviese mas que por su capricho, no serviria mucho tiempo. La observancia de los preceptos, la inocencia, la mortificacion y todas las virtudes cristianas convienen á todo género de gentes; pero no todas las prácticas de piedad convienen á todo el mundo. La aplicacion

continua á la oracion, la abstraccion de los negocios seculares, el olvido de sus parientes son virtudes propias de personas religiosas; pero un artesano, un magistrado, un padre de familias serian reprensibles si descuidasen los deberes de su condicion. Precisamente en la puntualidad en cumplir estos deberes, en la fidelidad en hacer lo que Dios manda es en lo que consiste, por decirlo así, la perfeccion cristiana; ¡qué error el no colocarla jamás sino en la soledad y en los desiertos, ó sobre la cima de las mas altas montañas! Puede decirse que la santidad está al alcance de todo el mundo; la virtud cristiana nace en todos los terrenos del padre de familias; el que no lleven todas las tierras este fruto, es falta únicamente de los obreros.

¡Qué consolador es el saber que puede uno hacerse santo en todos los estados; que la santidad propia de cada estado es fácil! pero ¡qué aflictivo es y qué triste el no haberse hecho santo!

PUNTO SEGUNDO.

Considera cuan bueno es Dios por haber ligado la santidad de cada uno á los deberes de su estado respectivo; ¿podia, en efecto, haberla acercado mas á cada condicion, podia tampoco hacerla mas fácil, y á nosotros mas inexcusables?

¿Está uno en el estado religioso? la mas alta santidad consiste en la perfecta observancia de su instituto. Está uno elevado á los primeros empleos; ¿qué mérito mejor que cumplir todos los deberes, y qué virtud mas brillante que la que está unida á sus buenos ejemplos? La oscuridad del nacimiento, lo

bajo de la condicion, la pobreza, la enfermedad, las desgracias son los medios mas eficaces para llegar á una eminente santidad; ni la prosperidad fué jamás un obstáculo para ella. ¿Es menester ser humilde, manso, paciente, caritativo? Se puede ser tal en todos los estados. ¿Son necesarias las cruces para entrar en el cielo? Dios por una providencia sapientísima las ha esparcido abundantemente en todas las condiciones: no hay mas que hacer un santo uso de ellas. ¿Se necesitan buenas obras? ¿Cuántas no puede uno hacer sin salir de su casa? Las atenciones de la familia son los principales deberes de la virtud.

Por mas laudables, por mas preciosas que sean todas las prácticas de devocion, jamás estaremos seguros de que hacemos las que Dios quiere de nosotros, sino cuando nos empleamos en las que son propias de nuestro estado. Estas solas son las que nos corresponden. No les toca á los siervos el elegir sus ocupaciones, tócale al Señor el determinar el servicio. Los trabajos mas penosos, las solicitudes menos interesadas se estiman poco si ellos no las han elegido. ¿De qué sirve el hacer mucho, si con ello se desagrada?

Qué ilusion la de aquellas personas que descuidan los deberes ordinarios de su estado por satisfacer á su pretendida devocion, la cual no es propiamente entonces mas que un refinamiento de amor propio disfrazado. Aun cuando hubiésemos omitido todas las obras de supererogacion, visitas de enfermos, ejercicios de caridad, mortificaciones penosas, habremos cumplido todos los deberes cuando hubiéremos desempeñado perfectamente los de nuestro estado. *Ha hecho bien todas las cosas.* Este es el elogio

que se hacia de Jesucristo, y este es el que debe hacerse de todos los verdaderos cristianos, de todos los santos: ha llenado perfectamente todos los deberes de su estado, ha cumplido con puntualidad y con fervor hasta los mas pequeños, los menores preceptos. Esta es la prueba mas segura de una verdadera virtud. Cualquiera otra idea de devocion es falsa; aun cuando uno hubiese hecho todas las obras de piedad, aun cuando hubiese puesto en ejercicio el zelo mas ardiente, aun cuando hubiese gastado su vida en la práctica de las obras de misericordia, no es uno un siervo bueno y fiel, si no se han cumplido las obligaciones de su estado. Busquemos en todas las condiciones, ningun santo hallaremos que no haya marchado por este camino; cualquiera otro extravía. Qué consuelo el hallar cada uno en su condicion, en su estado, en su edad, esta abundancia de gracias, esta multiplicidad de auxilios, esta multitud de medios y de ejemplos; pero ¡qué sentimiento, buen Dios, qué desesperacion el no haberlas conocido, ó el no haberse querido servir de ellas!

Yo, Señor, me lo echo ya en cara, y conozco todo el mal que me he hecho por haberme forjado una imaginaria imposibilidad de llegar, sin salir de mi estado, á una virtud eminente. Yo encuentro en mis obligaciones ordinarias con que hacerme santo, mediante el auxilio de vuestra gracia; haced que de hoy mas ella me sirva para que saque provecho de todo.

JACULATORIAS.

Sí, Dios mio, yo estoy seguro de hacer siempre lo que os agrada, cumpliendo fielmente todas las obligaciones de mi estado. *Joan.* 8.

¡Qué bondad la del Dios de Israel para con aquellos que le sirven con un corazon recto! *Salmo* 72.

PROPOSITOS.

1°. Es un artificio ordinario del enemigo de la salud, para darnos la idea de la santidad, el presentarla como un fruto de paises extraños, y que solo crece en la cima de las montañas mas altas. A favor de estas falsas preocupaciones jamás vemos la santidad al alcance de nuestras fuerzas: nuestra imaginacion nunca nos la pinta sino allá como en una lontananza y con colores poco comunes. Estamos en el mundo; no se considera posible la santidad sino atrincherada en el claustro, al abrigo de las maceraciones y austeridades del estado religioso. Tenemos la dicha de haber abrazado la vida religiosa; piérdese el ánimo en el camino de la perfeccion, porque se nos representa la santidad ceñida solo á las acciones brillantes, á los milagros de penitencia, á los dones de contemplacion sublime que se admiran en la vida de los mayores santos. Corrijamos hoy esta falsa idea, y depongamos nuestro error; descubramos este tesoro dentro de nosotros mismos. Vivamos persuadidos de que nuestra perfeccion está ligada á las obligaciones de nuestro estado. El Espíritu Santo alaba á la mujer fuerte por haber hilado, porque ha velado de continuo sobre sus criados, ha sido cuidadosa para proveer á las necesidades de su familia, y ha tenido una religiosa sumision á la voluntad de su esposo. Tal debe ser el elogio de una señora cristiana. Dios no aprueba nuestras largas estaciones en la iglesia ó en los hospitales, si nuestra familia padece algun detrimento por nuestra ausencia. No hay virtud sin el órden; nosotros le trastornamos desde que descuidamos

las obligaciones de nuestro estado. Hay tiempo para todo; pero hagamos todas las cosas en su tiempo. Seamos zelosos de la salvacion de los demás; pero no desatendamos la nuestra. No tomemos sino del tiempo que tenemos libre el que empleemos en las obras de supererogacion. Hagamos limosnas, pero despues de satisfechos los trabajadores, y pagadas nuestras deudas. Esta leccion es de las mas importantes. No hay devocion si se abandonan las obligaciones de su estado.

2º. Sea siempre este artículo el primero de nuestro exámen de conciencia; tengan siempre el primer lugar en todas nuestras confesiones las faltas contra las obligaciones de nuestro estado, y no contemos por nada las buenas obras, aun las que mas honran, si faltamos á nuestros primeros deberes, que muchas veces son de ningun esplendor, pero siempre de un gran precio. ¿Somos religiosos? Estudiemos nuestras obligaciones, y seamos exactos observadores hasta de las menores reglas. Un gran zelo es muy loable; los rigores de la penitencia sirven mucho para la perfeccion; pero si haciendo bien las cosas á que no estamos obligados nos dispensamos de las que Dios nos pide; si á vuelta de un zelo tan ardiente, tan vivo y tan laborioso violamos habitualmente las observancias religiosas; si exhortando á los demás con tanta elocuencia á que sean fervorosos, puntuales, mortificados, somos nosotros poco sumisos, poco exactos, poco humildes; ¿no habrá nada que echarnos en cara? Es demasiado interesante este consejo para que no lo pongamos en práctica. Informémonos de un sabio y zeloso director lo que tenemos que reformar en este punto.

DUODECIMO DOMINGO

DESPUES DE PENTECOSTES.

Llámase el domingo duodécimo, despues de Pentecostés, el domingo del caritativo Samaritano, ó en otros términos, el domingo del projimo, á causa de la parábola que constituye el asunto del evangelio de este dia. La Iglesia que distribuye á sus hijos todo el año el alimento espiritual por medio de sus instrucciones particulares, por la celebracion de nuestros sagrados misterios, y por los ejemplos de los santos, que cada dia nos pone á la vista como otros tantos modelos de perfeccion, cuida de darnos cada domingo lecciones mas escogidas y mas importantes para todos los fieles á quienes reune particularmente en este dia, y este es el motivo que ha tenido en la eleccion meditada que ha hecho de los evangelios para cada domingo. La caridad con el prójimo era una virtud muy esencial al cristianismo para haberla olvidado. Habiendo impuesto Jesucristo un precepto de ella, que puede llamarse su precepto favorito, y queriendo que sea tan ordinaria y tan familiar á sus discípulos, que se la intima como un mandamiento de distincion que los caracterice; la Iglesia, conducida siempre por el espíritu de Jesucristo, renueva hoy esta importante leccion, y nos enseña en el oficio de la misa de este dia quién es nuestro prójimo, y cuál debe ser con respecto á él la caridad compasiva,

operante y afectiva de todos los fieles. El evangelio de la misa contiene esta instruccion; la epístola es como el exordio, en el cual san Pablo, realzando la santidad de su ministerio por Jesucristo que da á sus ministros los talentos propios para sus funciones, designa bien la caridad infinita que este divino Salvador tiene con todos los hombres, en cuya salud vela continuamente; comparándose él mismo al caritativo Samaritano, que no quiere que el enfermo carezca de nada de cuanto pueda necesitar, y encarga de ello al posadero á quien le confía, como el Salvador confía la salud de nuestras almas á sus ministros. No tiene menos relacion con esto el introito de la misa. Es una oracion afectuosa y llena de confianza que David hace á Dios, en medio de las desgracias á que se ve reducido, y por la que implora su caridad y su misericordia.

Aplicaos, Dios mio, dice, á socorrerme, daos prisa, Señor, á asisterme: cubrid de confusion y de vergüenza á mis enemigos, que me buscan para quitarme la vida. Los santos padres explican este salmo de Jesucristo, de quien David en muchas cosas es la figura. Viéndose este profeta perseguido y ostigado sin cesar por sus enemigos, que habian jurado perderle, pone toda su confianza en Dios, implora su auxilio, pide su asistencia, y le suplica que confunda á los que le persiguen tan injustamente. San Atanasio, san Ambrosio, san Jerónimo y san Agustin no le explican solamente de Jesucristo, perseguido cruelmente por los judíos, sino tambien de todos sus siervos, cuya pérdida ha jurado el enemigo de la salvacion. Asaltados de mil tentaciones, expuestos á mil peligros, continuamente agitados por las olas en un mar borrascoso lleno de

escollos, expuestos en todo momento á un triste naufragio; ha querido el Espíritu Santo enseñarles la fórmula de una corta, pero eficaz oracion, muy á propósito para atraerles el auxilio celestial, del que tan grande necesidad tienen en medio de tan grandes peligros. La Iglesia, gobernada por el mismo Espíritu, pone tambien la propia oracion al principio de todas sus horas. Instruida de la necesidad que todos tenemos de la asistencia del Señor para obrar el bien, y para merecer su benevolencia, comienza todas sus oraciones por esta: *Dios mio, venid en mi auxilio; apresuraos, Señor, á socorrerme.* Esta es tambien la oracion que todos los fieles deben hacer al principio de todas sus empresas.

La epístola de la misa del dia está tomada de la segunda carta de san Pablo á los de Corinto. Habiendo sabido el Apóstol que algunos falsos apóstoles, herejes malignos, aprovechándose de su ausencia, dogmatizaban impunemente, y que para introducir mejor sus errores no cesaban en todas las juntas de hablar mal de él, de desacreditarle, y hasta de condenar su doctrina; se vió obligado á hacer su apología refiriendo el modo milagroso con que habia sido convertido y llamado al apostolado, los favores extraordinarios de que le habia colmado el Señor, y cuál era la excelencia de su ministerio, cuyo valor ensalza por la comparacion que hace de la ley antigua con la ley nueva, y por el testimonio brillante de las conversiones milagrosas que ha hecho, y de que los mismos Corintios eran una prueba por su fe y su piedad. Pero, añade, ¿qué hemos de volver ahora á comenzar nuestro elogio? ¿ó tenemos necesidad, como algunos, de cartas de recomendacion para vos-

otros, ó de vuestra parte? Tan lejos estoy de tener que mendigar sufragios extraños para justificar mi apostolado, que con solo mostraros á vosotros mismos tengo hecha mi apología y mi elogio. Vosotros sois para mí una carta de recomendacion; pero una carta viva, que yo llevo grabada en mi corazon, y que da fe á todo el mundo de mis trabajos, y de los resultados de mi mision. Basta para gloria mia ver el estado floreciente de esa Iglesia, ser testigo de vuestro fervor, y saber que soy yo el que ha sido vuestro apóstol.

Ahora bien, si yo cuénto con vuestra perseverancia, no es vana mi confianza, pues que estoy asegurado de todo lo que digo *por la confianza que tengo en Dios por Jesucristo.* Porque, á la verdad, yo reconozco que soy indigno del ministerio que ejerzo, y que los efectos de vuestra fe y de mi predicacion, igualmente que la propagacion del Evangelio y el progreso que habeis hecho, son muy superiores á mis fuerzas, por tanto yo refiero toda la gloria á Dios, y reconozco que si vosotros sois como el sello de mi predicacion, mi corona y mi gloria, es todo un puro efecto de la bondad de Jesucristo, y de Dios su Padre. *No porque por nosotros mismos seamos capaces de concebir cosa alguna como de nosotros mismos; sino que si somos capaces de alguna cosa, esto viene de Dios.* Lo que dice aquí el Apóstol debe entenderse de aquellas cosas que miran á la salud eterna, y que son meritorias, como dice el concilio de Orange; y en este sentido es de fe, no solo que no podemos ejecutar bien alguno, pero que ni aun somos capaces de formar el designio de hacerle sin la divina gracia: *Sin mi, nada podeis hacer,* dice Jesucristo; sin la

gracia del Salvador, sin la fe, sin el auxilio sobrenatural de Dios, somos, con respecto al bien meritorio, lo que es el sarmiento separado de la cepa, esto es, para nada bueno. Pero si nosotros nada podemos de nosotros mismos para el cielo, lo podemos todo, dice el santo concilio de Trento, con el auxilio de la gracia. Pero así como es verdad que nada podemos hacer bueno y meritorio con respecto á la salvacion sin la gracia de Jesucristo, así tambien es falso que no obremos verdaderamente por nuestra libre cooperacion á la gracia; y seria un error no menos criminal y grosero querer inferir de estas palabras que todas las acciones de los infieles son pecados. Cuando se dice aquí que nosotros no podemos de nosotros mismos formar pensamiento alguno bueno, dice un sabio intérprete, es menester que esto se entienda de los pensamientos santos y meritorios que nos conducen á la fe, á la conversion, á la salvacion, y de ningun modo de los pensamientos laudables y de un órden natural, cuyo fin no es otro que un bien y una bondad del mismo órden y de la misma naturaleza. Tales han sido, segun san Agustin, los buenos pensamientos de los antiguos filósofos, y los de los pueblos que no reconocian á Jesucristo, ni la verdadera religion; como cuando piensan que deben amar y honrar á sus padres, y hacer bien á los miserables. Pero sin los auxilios de la gracia no podemos hacer nada que nos conduzca á la salud eterna.

Tambien por el auxilio de su gracia nos ha hecho el Señor á propósito para el ministerio de la nueva alianza, continúa el santo apóstol; *no por la letra*, esto es, por la ley de Moisés escrita sobre la piedra y en los libros de la antigua ley, *sino por el espíritu* de

la ley nueva, que nos da el Espíritu Santo, y la gracia para hacer lo que ella manda. La ley de Moisés mandaba el bien, y prohibia el mal; pero no daba la fortaleza para practicar el uno, y evitar el otro. La ley de Jesucristo enseña con mucha mas perfeccion lo que se debe evitar y lo que se debe hacer, y al mismo tiempo da la gracia y la fortaleza para obrar como es debido: *porque la letra mata, y el espíritu vivifica;* es decir, la ley de Moisés causaba la muerte, ya porque era una ley de rigor que castigaba de muerte las transgresiones mas lijeras, ya porque siendo extraordinariamente pesado el yugo que imponia, daba por lo mismo ocasion á una infinidad de pecados que causaban la muerte del alma, sin dar socorros poderosos para evitarlos. *El espíritu*, al contrario, *vivifica*, esto es, que la ley de Jesucristo es una ley de amor y de dulzura, que tiene la fuerza de comunicar por sí misma la gracia del Espíritu Santo en la cual consiste la vida del alma. *La letra mata*, es decir, que la ley escrita no era la causa ciertamente del pecado; no inducia á pecar; solamente daba ocasion para que se hiciesen muchos pecados, por el gran número de ceremonias legales, todas santas á la verdad, á que sujetaba á los judíos, y las cuales hubieran podido omitir impunemente si la ley no se las hubiese prescrito: esto es lo que hacia decir á san Pablo que donde no hay ley, no hay transgresion. El espíritu vivifica; pero la ley escrita, cargada de tantos preceptos, todos impuestos bajo de penas tan graves, dando las luces para conocer el mal, no da por sí misma las gracias para evitarlo. El espíritu, por el contrario, vivifica, esto es, la ley nueva, la ley de gracia no sujeta á todas estas ceremonias legales,

prescribe lo que se debe evitar y lo que se debe hacer, y da al mismo tiempo, por los méritos de la sangre de Jesucristo, los auxilios necesarios para ejecutarlo.

Por todo esto, ensalza infinitamente san Pablo á los ministros de la nueva ley, sobre el ministerio de la ley antigua; *porque si lo que estaba escrito en la piedra*, dice, *siendo un ministerio de muerte, ha sido no obstante tan colmado de gloria*, que los hijos de Israel no podian fijar sus ojos en el rostro de Moisés á causa del resplandor que despedia de él, y sin embargo de que debia pasar aquella ley, ¿cómo no estará mucho mas colmado de gloria el ministerio del espíritu? En efecto, si un ministerio que condena es en algun modo glorioso, con mas razon debe estar lleno de gloria el ministerio que justifica. Escribia san Pablo á unos hombres nuevamente convertidos, á quienes unos falsos hermanos, encaprichados en el judaismo, querian sujetar á todas las ceremonias legales; por cuya razon ensalzaban infinitamente el ministerio de Moisés, de quien Dios se habia servido para dar la antigua ley, al paso que envilecian el ministerio del santo apóstol como muy inferior al de aquel primer legislador; y de este modo inspirando el desprecio del ministerio de la nueva ley, lo inspiraban de la ley misma. El santo apóstol prueba por la excelencia de la ley la dignidad del ministerio, é inspira por la comparacion que hace de la ley nueva con la antigua, la estima, el respeto y la justa idea que debe formarse de los ministros de las dos. Si, pues, la ley de Jesucristo es superior en santidad, en dignidad, en excelencia á la ley antigua, ¿cuánto mas respetables son los ministros de Jesucristo, que los

ministros del antiguo Testamento? Porque un ministerio que confiere el Espíritu Santo con la verdadera justicia, y que no debe concluir jamás, tal como el de Jesucristo, es sin duda mucho mas glorioso que un ministerio de servidumbre, de condenacion y de muerte, y cuya duracion era tan limitada como ha sido la de la antigua alianza. Si, no obstante esto, la gloria de este ha sido tan brillante, que ha llegado hasta deslumbrar los ojos de los que miraban á Moisés, luego que se presentó en el campo, ¿cuál debe ser á los ojos de los fieles el esplendor del ministerio enteramente divino de la ley nueva?

El evangelio de la misa de este dia está tomado del capítulo décimo de san Lucas, en el que el Salvador da lecciones importantísimas á todo el pueblo, y en particular á sus discípulos. *Dichosos los ojos que ven lo que vosotros veis*, les decia; creedme, muchos profetas, muchos reyes han deseado con ardor el verme como vosotros me veis, conversar conmigo y oirme como vosotros, y no se les ha concedido esta gracia. ¡Qué desgracia para los que no se aprovecharen de la ventaja que tienen de poseerme! En esto, un doctor de la ley, muy satisfecho de la estima que gozaba y de su suficiencia, se levantó, y creyendo embarazarle: *Maestro*, le dijo, *¿qué debe hacerse para merecer la vida eterna?* Su pregunta era capciosa; porque decia él entre sí: Si dice que es preciso observar la ley y las ceremonias legales, es inútil que nos venga á anunciar el reino de Dios como una cosa nueva. Si responde que no debe observarse la ley, se le debe convencer de prevaricacion, y mirársele como un falso profeta. Pero el Salvador, á quién nada estaba escondido, confundió con su respuesta la ma-

licia del pretendido doctor, haciéndole ver que no carecia de conocimiento para saber lo que debia hacerse, sino de buena voluntad para hacer lo que debia. ¿Ignoras lo que está escrito en la ley? le responde el Salvador: *¿Qué lees?* Amarás al Señor tu Dios, repuso el doctor, con todo tu corazon, con toda tu alma, con todas tus fuerzas y con todo tu espíritu; y á tu prójimo como á tí mismo. *Has respondido bien*, le dijo el Salvador. *Haz lo que acabas de decir, y vivirás.* Guarda bien estos dos principales mandamientos. Ama á tu Dios sin miramiento, sin reserva; ama á tu prójimo como te amas á tí mismo, y alcanzarás la vida bienaventurada que no tendrá fin.

Lleno el doctor de una opinion ventajosa de sí mismo, y temiendo que se conjeturase el maligno motivo que le habia inducido á preguntar al Señor sobre una cosa que, segun aparecia de su propia respuesta, no ignoraba, quiso desvanecer toda sospecha que hubiera podido concebirse de su mala fe, haciendo ver que aun cuando no ignorase lo que estaba escrito en la ley, tenia con todo una dificultad que era la que le habia obligado á hacer su pregunta. Maestro, replicó pues el doctor, ¿quién es mi prójimo?

Este doctor, que era del número de aquellos escribas soberbios poco versados en la ley, y que sin embargo pretendian entenderla mejor que nadie, jamás habia comprendido la obligacion del precepto de la caridad con el prójimo. Encaprichado como todos los demás en sus supersticiosas y falsas tradiciones, estaba tan lleno del espíritu del judaismo y tan supersticiosamente apegado á la idea de su nacion, que no reconocia como prójimo á ninguno que no fuese judío, y abrigaba una absoluta aversion

á todos los demás pueblos, sobre todo á los pueblos de Samaria. El odio era recíproco entre estas dos naciones; y lo que prueba bien hasta donde llegaba la ceguedad de estos pretendidos doctores, es que cubrian con el pretexto de la ley el aborrecimiento que los judíos tenian á todos los demás pueblos, como si Dios, que es el Padre comun de todos los hombres, les hubiese prohibido el ejercitar con los extranjeros los oficios de la caridad y el amarlos á todos como hermanos. Este era el error de un pueblo infatuado con sus falsas tradiciones; lo era principalmente el de este orgulloso doctor, que, no habiéndose dirigido al principio á Jesucristo para aprender de él la verdad, sino para tantearle y hallar en que censurar su doctrina, viéndose confundido, no continuó tampoco en hacerle nuevas preguntas, contentándose con preguntarle quién era el prójimo á quien debia amar como á sí mismo. Aprovechóse de esta coyuntura el Salvador para darnos una idea justa de la palabra prójimo, por medio de una parábola que instruyó á aquel ignorante doctor y le cerró la boca. Hizo entrar en ella de propósito á un samaritano para enseñar á los judíos que bajo el nombre de prójimo debian comprender á todos los extranjeros y aun á sus enemigos, sin exceptuar á los samaritanos, á quienes aborrecian de muerte, y con los que hacia mucho tiempo no tenian comercio alguno.

Cierto hombre, le dice, que iba de Jerusalen á Jericó, cayó en manos de unos ladrones, que, no contentos con robarle su dinero, le despojaron y dieron tantos golpes, que le dejaron por muerto en el sitio. Sucedió por casualidad, que pasando por allí un sa-

cerdote, vió á aquel pobre magullado á golpes, todo ensangrentado; pero no hizo caso, y pasó adelante: poco despues vino un levita, el cual reparó en aquel hombre que moria y pedia socorro; pero lejos de enternecerse, continuó su camino sin prestarle auxilio alguno. Por fin, poco despues pasó un samaritano, que, mas caritativo que el sacerdote y el levita, no pudo mirar sin compasion el lastimoso estado en que se hallaba aquel judío, y á pesar de ser extranjero, y como samaritano enemigo del herido, se movió á piedad, se acercó á él, y vendó sus llagas despues de haberlas lavado con aceite y vino; no contento con haber hecho con él este oficio de caridad, le puso sobre su caballo, le llevó á la posada mas inmediata y pasó allí todo el dia cuidando de él. Al siguiente sacó de su bolsa dos piezas de plata, las dió al hospedero, le recomendó el enfermo, rogóle que cuidase de él, y le prometió que á su vuelta le pagaria todos los gastos que hubiese hecho para su curacion, y le abonaria lo que le pidiese por su trabajo.

Nada podia decirse mas á propósito para instruir á nuestro doctor. La parábola era sencilla é ingenua; tratábase de hacer la aplicacion de ella, y el Salvador quiso que fuese el mismo doctor el que la hiciese. Preguntóle, pues, lo que pensaba de aquellas tres clases de personas cuyo retrato acababa de hacer, y cuyas disposiciones y conducta le habia pintado: ¿Cuál de ellos te parece á ti, le dijo, es el prójimo de aquel judío tan maltrado por los ladrones? ¿es el sacerdote que le ha visto sin decirle una palabra? ¿es el levita que ha pasado sin compadecerse de él? ¿ó es el samaritano que movido de compasion y lleno de caridad ha hecho en favor suyo servicios tan importantes? Lo

Por fin, poco despues pasó un samaritano ... se movió á piedad, se acercó á él, y vendó sus llagas despues de haberlas lavado con aceite y vino.

es ciertamente, repuso el doctor, el que le ha tratado con tanta caridad; los otros dos han obrado como verdaderos bárbaros. Pues hé aquí, concluxó el Salvador, el modelo que debes tú seguir. Reconoce que ni la parentela, ni la alianza, ni el país ó la condicion constituyen el prójimo; por grande que sea la antipatía entre los dos pueblos, encuentras, no obstante en el samaritano la cualidad de prójimo con respecto al judío enfermo; no hagas, pues, ya diferencia entre el compatriota y el extranjero; Dios es el Padre comun, y es preciso que todos se amen mutuamente como hermanos. Sabe que el amor del prójimo debe extenderse indiferentemente á todo género de personas. No olvides jamás una leccion tan importante; ponla en práctica, y vivirás.

El venerable Beda y muchos intérpretes creen que Jesucristo refiere aquí mas bien una historia, que una simple parábola. El camino de Jerusalen á Jericó estaba muy desacreditado por los robos y los asesinatos que en él se cometian. Estaba situado en el tránsito el valle de Adomnin, dice san Jerónimo, llamado de los Sanguinarios á causa de la sangre que allí se derramaba, lo cual hacia aquel camino muy peligroso y cuasi intransitable. Los levitas propiamente son los descendientes de Leví, y en este sentido los mismos sacerdotes, como pertenecientes todos á esta tribu, podian llamarse levitas; pero como en esta tribu el sacerdocio estaba vinculado á la sola familia de Aaron, quedó el nombre de levitas á los que componian las demás familias, y estos estaban destinados á servir y ayudar á los sacerdotes en sus funciones.

Es evidente que el Salvador en esta narracion ha querido darnos á entender que todo aquel que nece-

sita nuestro auxilio es nuestro prójimo; y que la ley, dice san Agustin, que obliga á amar al prójimo como á sí mismo, es general, y á nadie excluye de los deberes de la caridad.

La oracion de la misa de este dia es como sigue:

Dios omnipotente y soberanamente misericordioso, sin cuya gracia no podrian vuestros fieles siervos haceros servicio alguno agradable y digno de vos; dignaos sostenernos de tal manera, que sin caer por nuestra flaqueza, corramos sin cesar en busca de los bienes que nos habeis prometido. Por nuestro Señor Jesucristo, etc.

La epístola está tomada de la segunda carta del apóstol san Pablo á los Corintios, cap. 3.

Hermanos mios: Por Jesucristo es por quien tenemos tan gran confianza en Dios: no porque de nosotros mismos seamos capaces de concebir cosa alguna como de nosotros mismos; sino que si somos capaces de algo, esto viene de Dios que nos ha hecho á propósito para el ministerio de la nueva alianza, no por la letra, sino por el espíritu; porque la letra mata, y el espíritu vivifica. Porque si lo que estaba escrito en la piedra, tiendo un ministerio de muerte, fué tan lleno de gloria, que los hijos de Israel no podian fijar su vista en el rostro de Moisés á causa del resplandor que de él despedia, cuya gloria sin embargo debia pasar, ¿cuánto mas lleno de gloria estará el ministerio del espíritu? En efecto, si un ministerio que condena es glorioso, con mas razon debe abundar en gloria el ministerio que justifica.

NOTA.

Habiendo sabido san Pablo que algunos falsos apóstoles, y entre ellos tambien algunos judíos, sembraban en Corinto falsas doctrinas, y pretendian judaizar el cristianismo, escribió esta segunda carta á los fieles de aquella Iglesia hácia el año 57 de Jesucristo.

REFLEXIONES.

La letra mata, y el espíritu vivifica. No hay heresiarca, no hay hereje á quien la letra, por decirlo así, no haya muerto por el abuso que han hecho de la Escritura santa. Entregados por un secreto orgullo á su propio espíritu han seguido los errores, y han sido los juguetes de todas las flaquezas. Como Dios en las divinas Escrituras ha hablado á los hombres, les ha hablado, por decirlo así, en el lenguaje de los hombres; pero los términos, las expresiones, el idioma con que les hablaba, encerraba el sentido de Dios. La letra no es mas que la corteza bajo de la cual está oculto un sentido místico y enteramente divino. Ahora bien, solo el Espíritu divino es el que bajo de la letra humana puede descubrir el sentido espiritual, el cual por lo comun es el solo verdadero; el entendimiento del hombre no puede pasar de la corteza sin desbarrar, y no viendo mas que lo que la letra presenta naturalmente á su entendimiento, no concibe sino lo que está á su alcance; si va mas lejos, se extravía; solo, pues, el espíritu de Dios es el que entiende, el que penetra el verdadero sentido de la habla divina. En esto consiste que antes de la venida del Salvador el pueblo judío nunca tuvo mas que una inteligencia baja, material y grosera de la Escritura; nada concebia que no fuese terreno y natural. Los patriarcas, los profetas y algunos otros santos del antiguo Testamento fueron únicamente los que penetraron el sentido espiritual de los libros santos; pero esto fué por una revelacion especial de Dios. Así es que solo Jesucristo es el que

ha podido darnos la inteligencia, y dejando su espíritu á su Iglesia, le ha dejado con el depósito de la fe la inteligencia de las santas Escrituras; ella sola tiene el derecho inenajenable de conocer el verdadero sentido de ellas, y descubrirle á los fieles; á ella sola pertenece el derecho de interpretar y de enseñar; ella sola no puede errar, puesto que el Espíritu Santo es quien la anima, quien la conduce, quien la ilumina; fuera de su escuela no hay mas que ignorancia, ilusion, falsedad, extravagancia; fuera de la Iglesia no hay mas que tinieblas; y si aparece alguna luz, solo pueden ser sombríos vislumbres que producen las malignas exhalaciones, falsos brillos, fuegos fatuos que llevan todos al precipicio, y que no pueden hacer otra cosa que extraviar. Recordemos todos los herejes desde el nacimiento de la Iglesia, no hay uno que no haya seguido su propio espíritu y sus propias luces en perjuicio de la verdad. Obstinados en no querer escuchar á la Iglesia, ¿en qué espantosas extravagancias, en qué lamentables errores no han caido, no siguiendo mas que las débiles luces de su propio espíritu? No hay siglo alguno que no produzca tristes ejemplos de ello. ¡Qué de absurdos en sus sistemas! ¡qué de libertinaje en su moral! ¡qué de variaciones en sus dogmas! ¡qué de irreligion en sus sectas! ¡qué de corrupcion en sus costumbres! En las colonias de la rebelion y del error, la policía civil ha reglado toda la religion, si se puede llamar religion un monton de errores, de contradicciones y de reglamentos arbitrarios; sectas donde no se sabe lo que se cree, y en donde ordinariamente no se cree. Tales han sido hasta hoy, y tales serán hasta el fin de los siglos, todas las herejías: sin embargo, ninguna hay que no

se lisonjee de poseer la Escritura; pero concebida, interpretada segun el espíritu particular de cada uno. Una simple mujer, pobre de talento, de cortos alcances, imbécil, imagina que está inspirada, y pretende entender la Escritura santa tan bien como un concilio; ella interpreta, enseña, profetiza, y se la escucha: ¿no es esto lo que se ha visto en nuestros dias entre los herejes fanáticos? Á la verdad, el fanatismo es inseparable de todas las sectas heréticas; no hay ningun ignorante que no se crea doctor. Tanta verdad es que la letra sin el espíritu de Jesucristo mata: solo el espíritu vivifica; pero solo el espíritu de Jesucristo y de la Iglesia, y de ningun modo el espíritu particular.

El evangelio de la misa es lo que sigue del capítulo 10 del evangelio segun san Lucas.

En aquel tiempo, dijo Jesus á sus discípulos: Dichosos los ojos que ven lo que vosotros veis; porque yo os aseguro que muchos profetas y reyes desearon ver lo que vosotros veis, y no lo han visto, y oir lo que vosotros ois, y no lo han oido. En esto un doctor de la ley se levantó con ánimo de sondearle: Maestro, le dijo, ¿qué haré yo para poseer la vida eterna? Respondióle Jesus: ¿Qué es lo que está escrito en la ley? ¿Cómo lees? Contestó él entonces: Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazon, con toda tu alma, con todas tus fuerzas, con todo tu entendimiento, y á tu prójimo como á tí mismo. Has respondido bien, le dijo Jesus: haz esto, y vivirás. Mas queriéndose justificar, dijo á Jesus: ¿Y quién es mi prójimo? Sobre lo cual tomando Jesus la palabra, dijo: Cierto hombre que iba de Jerusalen á Jericó cayó en manos de unos ladrones que le despojaron, y despues de haberle llenado de heridas le dejaron medio muerto. Sucedió que por acaso un sacerdote llevaba el mismo camino, y visto aquel hombre, pasó adelante: lo mismo hizo un levita, que estando cerca de aquel sitio, y habiéndole visto, pasó tambien. Mas un samaritano que viajaba, se

llegó á él, y viéndole (como estaba), le movió á compasion: acercóse á él, y vendó sus llagas despues de haber derramado sobre ellas aceite y vino. Púsole en seguida sobre su caballo, llevóle á una posada, y cuidó de él. Al dia siguiente sacó de su bolsa dos denarios de plata, los cuales dió al posadero, diciéndole: Cuida de este hombre, y todo lo que adelantares de mas, yo te lo pagaré á mi vuelta. ¿Cuál de estos tres te parece que ha sido el prójimo de aquel hombre que cayó en manos de los ladrones? Aquel, respondió el doctor, que le ha tratado con caridad; á lo cual repuso Jesus al doctor: Vé, y haz tú lo mismo.

MEDITACION.

DE LAS OBRAS DE MISERICORDIA.

PUNTO PRIMERO.

Considera que la misericordia es un enternecimiento del alma á vista de las miserias de otro, y un deseo vivo y ardiente de remediarlas. El enternecerse únicamente á vista de lo que padecen los demás, sin el deseo de aliviarles, no es una virtud cristiana; es solo un movimiento natural, señal de una alma buena, el cual en la mayor parte de los hombres no está mas que en los sentidos, los cuales se conmueven por los objetos, y no pueden negar este homenaje á la naturaleza. Por obras de misericordia se entienden los efectos de esta virtud moral que, segun Jesucristo, debe caracterizar á todos los cristianos, y que consiste en amar á su prójimo como se ama uno á sí mismo, y en socorrerle con sus bienes, con sus consejos y con su ayuda en todas sus necesidades; estos son los frutos de una caridad pura, compasiva, eficaz, que no encuentra mayor placer que el de hacer bien á todos los que se hallan en la indigencia,

y sobre todo en consolar á las personas afligidas y aliviarlas en sus necesidades. No hay virtud mas ordinaria en todos los santos : ella es como natural á una alma verdaderamente cristiana. Cuando hay una piedad sólida, cuando se ama verdaderamente á Dios, se encuentra un placer tan exquisito en derramar liberalmente las limosnas en el seno de los pobres, en consolar á los desgraciados, en visitar á las personas afligidas, en aliviar á los que padecen, que se diria que las buenas obras llevan consigo su recompensa, y hacen gustar tantas dulzuras interiores á las personas caritativas, como ellas hacen sentir á los que favorecen. Pero ¡ y qué consoladoras son las dulzuras que causan las obras de misericordia en la hora de la muerte á las personas caritativas ! Puede asegurarse que no hay cosa que así consuele y asegure á un moribundo, como la memoria dulce de las obras de misericordia que ha practicado. Disípanse los espantos de la muerte á la sola imágen de las grandes limosnas que se han hecho durante la vida. ¿Qué cosa de mas consuelo entonces que el acordarse de aquellos pobres á quienes se ha visitado en los hospitales, de aquellos pobres vergonzantes á quienes se ha consolado, á quienes se ha prolongado la vida con las limosnas, de aquellos presos de quienes se ha cuidado, y de los cuales los bienhechores se han constituido, por decirlo así, los abogados, los patronos, y como los padres ; en fin, de todos aquellos infelices de quienes pueden considerarse como salvadores ? Los actos de religion, por mas santos que sean, son á la verdad de un grande auxilio en la hora de la muerte : uso de los sacramentos, ejercicios de piedad, oraciones, todo esto consuela ; pero todo esto no

asegura. Si alguna cosa puede asegurar entonces, puede decirse que son las obras de misericordia hechas por motivos puros y sobrenaturales. ¡Dios mio, qué poco se conoce el dia de hoy el precio y el mérito de este género de obras buenas!

PUNTO SEGUNDO.

Considera cuán agradables son á Dios, y cuán necesarias á todos los fieles las obras de misericordia, puesto que solo sobre ellas se funda, por decirlo así, el derecho que tienen los elegidos para entrar en posesion de la herencia celestial despues de su muerte. *Venid, benditos de mi Padre, poseed el reino que teneis preparado desde la creacion del mundo.* Quiere el Señor que se sepa á qué título reciben una recompensa tan grande: porque tuve hambre, dice, y me habeis dado de comer; tuve sed, y me dísteis de beber; no tenia donde alojarme, y me habeis recibido en vuestra casa; me faltaba el vestido, y me lo habeis dado; estuve enfermo, y me visitásteis; estuve en prisiones, y me habeis ido á ver. Los justos, añade el Salvador, le responderán entonces: Señor, ¿y cuándo os hemos visto con hambre, y os hemos dado de comer, ó que teniais sed, y os hemos dado de beber? ¿Cuándo hemos visto que no sabiais en donde alojaros, y os hemos recibido en nuestra casa, ó que careciais de vestido, y os lo hemos dado? ¿cuándo os hemos visto enfermo, ó en prision, y os hemos ido á ver? Sabed, responderá el Señor, y os lo digo en verdad (continúa hablando Jesucristo), sí, os lo digo en verdad, que cuantas veces habeis hecho estas cosas con uno de los mas pequeños de mis hermanos que están aquí, lo habeis hecho conmigo

mismo. El decreto de condenacion por el que el soberano Juez precipita á los réprobos al fuego eterno, no se funda en otro motivo que en su insensibilidad por los males y las necesidades del prójimo. ¿Y podemos creer esta gran verdad, y permanecer duros en órden á las miserias de otro? ¿y pasar un dia sin santificarle con algunas obras de misericordia? El Señor en aquel dia tan terrible en que el Juez soberano dará á cada uno segun sus obras, en aquel dia decisivo de nuestra suerte eterna, el Señor no hace mencion alguna de las maceraciones del cuerpo, de las prácticas de devocion, de las oraciones; no porque no haga caso de ellas, no porque no le sean muy agradables, y que no sean medios de salud, igualmente que actos de virtud dignos de recompensa, sino que el Salvador ha querido que comprendamos cuál es la necesidad de las obras de misericordia, cuál su mérito, y que sin esta caridad cristiana Dios hace poco caso de todas las demás virtudes. En medio de todo esto, esta caridad se ve el dia de hoy muy debilitada entre los cristianos; míranse las obras de misericordia como unos actos heróicos propios solo de un pequeño número de gentes devotas; pero ¿podrán considerarse como simples consejos, puesto que ellas constituyen los motivos de una sentencia decisiva? No hay cosa mas abandonada que las obras de misericordia; porque la caridad que debe caracterizar á los cristianos está cuasi extinguida. ¡Cuántos hay que jamás han puesto los piés en un hospital! Esas personas tan opulentas, tan adornadas, tan magníficas en muebles, en vajillas, en caballos, ¿alivian, visitan á los pobres presos, á los vergonzantes, que quedarian ricos con solo lo superfluo de

tantos ricos? ¡Ah Señor, si la caridad cristiana es tan rara en el dia de hoy, si está cuasi extinguida, ¿cuál es nuestra fe?

Comprendo bien, Señor, cuanta razon habeis tenido para decir que es pequeño el número de los elegidos. Pero ¡ó Dios mio! aun cuando fuese mas pequeño de lo que es, yo quiero ser de este número pequeño; os pido vuestra gracia, y con su auxilio espero que la resolucion que hago de pasar el resto de mis dias en el ejercicio de las buenas obras será eficaz, y me hará menos dudosa mi salvacion.

JACULATORIAS.

Bienaventurados los que hacen obras de misericordia, porque ellos alcanzarán misericordia. *Mat.* 5.

Dichoso aquel que movido de compasion atiende á las necesidades del pobre y del afligido; porque si él se halla en afliccion, acudirá el Señor á su auxilio. *Salmo* 40.

PROPOSITOS.

1.° No se entienden aquí por buenas obras sino ciertas acciones particulares que miran á la caridad, como aliviar á los desgraciados, consolar á los afligidos, socorrer á los pobres. En este concepto toda buena obra es una accion buena, mas no toda accion buena es una buena obra. Hay siete obras de misericordia espirituales, y otras tantas corporales, por medio de las cuales se socorre al prójimo en sus necesidades del espíritu y del cuerpo. Las corporales son visitar los encarcelados, y á los pobres enfermos en los hospitales, dar de beber á los que tienen sed, dar

de comer á los que tienen hambre, rescatar los cautivos, vestir á los desnudos, hospedar á los pobres, sepultar los muertos. Las espirituales son dar buen consejo á los que lo han menester, corregir á los que yerran, instruir á los ignorantes, consolar á los afligidos, olvidar las injurias, perdonar las ofensas, rogar por los vivos y por los muertos, y por los que nos persiguen. No hay nadie que no pueda cumplir con alguna de estas obras de misericordia, muchos aun con todas. Determina las que puedes hacer, y cuya omision te hará desesperar en la hora de la muerte, y en adelante sé fiel en ejercitarte cada dia en alguna, si es posible.

2.º Si tienes parientes pobres ó afligidos, no dejes de verlos y asistirlos con preferencia; son tus parientes, y deben ser preferidos en tus buenas obras. ¡Cosa extraña! se ven alguna vez gentes que se avergüenzan de ir á ver á sus parientes pobres, como si su visita debiera deshonrarlos; nada hay mas opuesto al espíritu de Jesucristo, y á la caridad cristiana, que esta mal entendida vergüenza. Iráse mas pronto á visitar á los pobres en el hospital, que á un pariente pobre á su casa; la verdadera causa de esta preferencia no es mas que una secreta vanidad. La visita de los pobres en el hospital hace siempre algun honor; mas un pobre que es pariente nuestro humilla á una alma orgullosa. Guardaos bien de dar oidos á una vanidad tan necia; informaos si teneis algun pariente que padezca, y no paseis el dia sin visitarle y asistirle. Si alguno de los que os han ofendido se halla afligido ó miserable, visitadle, socorredle, preferid esta obra de caridad á todas las demás; este es el espíritu del Evangelio y del cristianismo. En fin, imponeos una

ley de no pasar dia alguno, ó á lo menos ninguna semana, sin practicar alguna obra de misericordia; semejante práctica es acaso la señal mas segura de predestinacion y de salvacion.

DECIMOTERCIO DOMINGO

DESPUES DE PENTECOSTES.

Como el evangelio de la misa del dia es siempre el que sirve de título y da el nombre á los domingos despues de Pentecostés, se ha llamado por tanto comunmente á este el de la curacion de los diez leprosos: los Griegos y los Latinos convienen en esta denominacion del décimotercio domingo. Podria tambien llamarse el domingo de la ingratitud, puesto que de los diez leprosos que fueron milagrosamente curados por el Salvador, no hubo mas que uno solo que viniese á dar gracias á su bienhechor, sin que los otros nueve hubiesen parecido mas. *Solo este extranjero es*, dice el Salvador, *el que ha vuelto y ha dado gloria á Dios*. La atencion que el Salvador hace aquí sobre el reconocimiento de este extranjero, que fué el único de los diez que volvió á darle gracias, es una instruccion misteriosa. Hase dicho ya que la Iglesia reune á los fieles todos los domingos, no solo para orar y asistir al divino sacrificio, sino tambien para alimentarlos con el pan de la divina palabra, é instruirlos en las grandes verdades de la religion; les da cada domingo una leccion particular

sobre algun punto de la moral y del dogma. La leccion de moral se contiene ordinariamente en el evangelio del dia, y la del dogma se halla en la epístola. El introito de la misa es por lo comun una oracion que puede servir de modelo para enseñarnos á orar bien.

El introito de la misa de este dia está tomado del salmo 73. Previendo el Profeta las desgracias que debian suceder á todo el pueblo, dirige á Dios una piadosa demanda, llena de amor y de confianza; quéjase á Dios en nombre del pueblo de la desolacion de Jerusalen y de toda la nacion, é implora el auxilio del cielo. Este salmo conviene perfectamente á la Iglesia perseguida no solo por los paganos, sino mucho mas tiempo todavía por los herejes, que no cesan aun de perseguirla. Vense en él rasgos vivos y elocuentes, expresiones fuertes, grandes y patéticas que convienen admirablemente al asunto, y que traen á la memoria los excesos y los sacrilegios de los herejes; hé aquí algunos de ellos: *Levantad cuanto antes, Señor, la mano sobre nuestros enemigos, para que su orgullo quede abatido para siempre: ¡ah! ¡cuántas impiedades han cometido en el lugar santo!* ¡en vuestro templo! ¡Con qué insolencia han profanado el lugar santo, en el cual celebrábamos nosotros fiestas en vuestro honor! Ellos han enarbolado sus estandartes en el lugar mas alto del templo, igualmente que en las encrucijadas, sin hacer diferencia entre lo sagrado y lo profano. Hanse animado los unos á los otros para echar las puertas á bajo á golpes de hachas, como hubieran derribado los árboles en una floresta; han volcado las puertas á hachazos y á golpes. Esta nacion impía, y todas sus

sectas, aunque diferentes entre sí en dogmas, en errores, en intereses, han convenido siempre en este artículo; todos han dicho unánimemente: *Abolamos en la tierra todas las fiestas del Señor.* ¿Quién no ve en esta muestra el verdadero retrato de los herejes de los últimos siglos? Tal es el salmo del cual ha tomado la Iglesia las palabras que componen el introito de la misa de este dia: *Acordaos, Señor, de la alianza que hicisteis en otro tiempo con nuestros padres, y no olvideis para siempre á vuestro pobre pueblo.* Acordaos, Señor, de todas las maravillas que obrásteis en nuestro favor; acordaos que sois nuestro Criador, nuestro Protector, nuestro Libertador; no olvideis que sois nuestro Dios, y que nosotros somos vuestro pueblo; vuestro honor está en cierto modo interesado en socorrernos, puesto que nuestros enemigos son los vuestros. Levantaos, Señor; vuestra causa igualmente que la nuestra es la que os pedimos encarecidamente que defendais, y que no desecheis las súplicas humildes de los que os buscan con todo su corazon. ¿Porqué, ó Dios mio, nos habeis abandonado, como si nada tuviésemos que esperar de vos? ¿porqué estais tan irritado contra las ovejas de vuestro rebaño? ¿Está por ventura ¡ó Dios mio! encendida para siempre contra nosotros vuestra ira? ¿no acabarán jamás estos males? ¿habeis arrojado para siempre este pueblo, en otro tiempo tan querido, tan privilegiado, que vos mismo habeis conducido por el desierto, y como buen Pastor alimentado con el pan de los ángeles? En todo este salmo se ve un modelo perfecto de una oracion afectuosa y llena de confianza, muy á propósito para todas las calamidades públicas, y para pedir al Señor que se digne hacer

que cesen los azotes bajo de los cuales gime el pueblo.

La epístola de la misa de este dia está tomada de la instruccion que san Pablo da á los Gálatas para enseñarles que la ley no justifica, y que no puede ninguno justificarse sino por la fe, la cual es como la vida del justo. Para comprender toda esta epístola, y entrar en el verdadero sentido del apóstol, conviene saber que habiendo predicado san Pablo la fe de Jesucristo en Galacia, que era una provincia del Asia menor, entre la Capadocia y la Frigia, convirtió allí tan gran número de gentiles, que en poco tiempo formó una Iglesia considerable. La primera vez que fué allá fué recibido como un ángel de Dios, y como lo hubiera sido Jesucristo mismo, segun él mismo lo dice: *Sin que mis humillaciones*, añade, *ni mis flaquezas os hayan disgustado.* Pero turbóse muy pronto la tranquilidad y el fervor de aquella Iglesia naciente, por el falso zelo y la envidia de los judíos que san Pedro habia convertido allí á la fe, antes que san Pablo hubiese ido á predicar á los gentiles. Estos falsos hermanos, mas bien judíos que cristianos, encaprichados en su antigua ley, no podian sufrir que san Pablo, habiendo convertido á los gentiles á la fe de Jesucristo, no les hubiese obligado á guardar las ceremonias legales. Comenzaron á desacreditar al santo apóstol para desacreditar mejor su doctrina; trataron de hacerle pasar por un intruso en el ministerio del apostolado; y no hallando nada reprensible en su conducta, ni en sus costumbres, se agarraron á lo que parecia defectuoso é irregular en su aire, en su voz, y en toda su persona. Despues de haber procurado hacerle á él despreciable, comenzaron á predicar la

obligacion de observar en el cristianismo la ley de Moises. Los Gálatas, pueblo simple y grosero, se dejaron persuadir de los halagüeños discursos de aquellos falsos doctores; sin embargo, muchos se opusieron á estas novedades, de lo que resultó muy pronto un cisma en aquella Iglesia. Habiéndolo advertido san Pablo, y queriendo cortar el curso á un mal tan grave, escribió a los Gálatas con toda la fuerza y la vehemencia que exigia semejante abuso. Comienza por establecer invenciblemente su apostolado, como que ha sido llamado á él por el mismo Jesucristo. Refiere su conversion milagrosa, y prueba la autenticidad de su mision. Desciende luego al origen del mal, y á lo que habia dado lugar á aquellas contestaciones y al cisma. Demuestra por un raciocinio, al cual nada hay que replicar, y por diversos pasajes de la Escritura, que ni la circuncision ni la ley de Moisés sirven ya para nada; que las bendiciones prometidas á Abrahan son para los fieles que han creido en Jesucristo; que, propiamente hablando, solo el Salvador divino y sus discípulos son los verdaderos hijos de Abrahan, y los herederos de las bendiciones y de las promesas; que en la Escritura es preciso distinguir el sentido histórico y carnal, y el sentido alegórico y espiritual, que es al que principalmente ha atendido el Espíritu Santo; que los judíos carnales, esto es, segun la carne, están figurados en Agar é Ismael; y al contrario los cristianos en Sara é Isaac, que por la fe hemos entrado en la dichosa libertad de hijos de Dios, y herederos de las bendiciones y las promesas; que los Hebreos bajo de la ley no han sido mas que esclavos; que, segun la Escritura, el esclavo debe ser arrojado son su hijo, porque el hijo de la que

es esclava no será heredero con el hijo de la que es libre. Por lo que hace á nosotros, añade, no somos hijos de la esclava para que estemos sujetos á los preceptos serviles de la antigua ley, sino de la que es libre, esto es, de la ley de gracia, y esta dichosa libertad es la que Jesucristo nos ha dado, y la que vuestros falsos doctores quisieran destruir, ó al menos inutilizar, si pudiesen. Sus perversos designios y sus persecuciones han sido figuradas en la Escritura, y su cumplimiento lo veis bien claro en el dia; porque así como entonces el que habia nacido segun la carne, esto es, Ismael, perseguia al que lo era segun el espíritu, esto es, Isaac, así sucede ahora. Sabed, pues, continúa el santo apóstol, que la ley no se ha dado á vuestros padres sino para detener sus transgresiones; igualmente los que vivian bajo de la ley estaban sometidos á la maldicion fulminada tantas veces contra los que no observaban las ceremonias legales. Jesucristo solo es el que nos ha librado de esta maldicion por la muerte que ha querido sufrir en la cruz: Jesucristo, les dice, nos ha eximido de la maldicion de la ley, habiéndose hecho por nuestro amor un objeto de maldicion, segun lo que estaba escrito: Maldito el hombre que está clavado en una cruz. En fin, les hace recordar que por la fe, y no por la ley, han recibido los dones sobrenaturales del Espíritu Santo, lo cual con respecto á ellos era una prueba evidente de que la ley no era de modo alguno necesaria para recibir la gracia de la justificacion. Habla de la ley de Moisés, en cuyo lugar ha sustituido la ley de Jesucristo, que es la única que ahora debemos seguir. Hé aquí lo que desenvuelve el verdadero sentido de la epístola.

Las promesas se han hecho á Abrahan, y al que de él nacerá. No se ha dicho, advierte san Pablo, y á los que nacerán de él, como si fuesen muchos, sino como si solo se tratase de uno, y al que nacerá de él, esto es, á Cristo. Habia Dios hecho dos especies de promesas á Abrahan: las unas miraban á su propia persona; las otras á su linaje y á su posteridad. Dios cumplió lo que habia prometido á la persona de Abrahan, colmándole de bienes temporales, y concediéndole con una numerosa posteridad una vida tan dichosa como larga; pero su justicia, su obediencia y su fe no debia recompensársele sino en el cielo. Por lo que hace á su posteridad, se la puede considerar, dicen los intérpretes, segun la carne y segun el espíritu: Isaac es el hijo de Abrahan, segun la carne, y Jesucristo en cuanto hombre es su hijo segun el espíritu, y á Jesucristo propiamente es á quien se dirigen las promesas hechas á Abrahan y á su estirpe, y solo en Jesucristo es en quien se ha cumplido esta promesa: *Todas las naciones de la tierra serán benditas en el que saldrá de ti.* Es evidente que esta promesa no se ha cumplido en Isaac, puesto que los Hebreos no tenian comercio alguno con las naciones extranjeras, á las cuales miraban con horror. Estas bendiciones universales y sobreabundantes no se han cumplido sino en Jesucristo, verdadero Isaac inmolado en la cruz por todas las naciones, por todos los hombres, y del que el primer Isaac no era mas que la figura; en Jesucristo únicamente es en quien han sido benditas todas las naciones. No era tampoco la raza de los judíos la que debia multiplicarse como las estrellas del cielo, y como la arena que está en la orilla del mar; nada fué mas limitado

que la Judea; debe, pues, entenderse esta promesa de la generacion espiritual de Jesucristo, que son los cristianos, y se ha cumplido en la Iglesia, y de ningun modo en la sinagoga.

No entra aquí san Pablo en el pormenor del cumplimiento de las promesas hechas á la estirpe carnal de Abrahan; limítase á la estirpe espiritual, que es Jesucristo, dice san Agustin, en cuanto que ella es la que forma toda la Iglesia de los fieles de todos los siglos, de cualquiera nacion y de cualquiera país que sean. Si los patriarcas, los profetas, los santos del antiguo Testamento han tenido parte en las bendiciones de la generacion espiritual, no es en cualidad de hijos de Abrahan segun la carne, sino solo como imitadores de su fe, y como pertenecientes ya á la generacion espiritual de Jesucristo y á la nueva alianza; puesto que ninguno, ni en una ni en otra alianza, ha podido salvarse sino en contemplacion y por los méritos de Jesucristo. Esto es lo que hace decir aquí á san Pablo que la Escritura no dice que las promesas hayan sido hechas á Abrahan y á los que nacerán de él, sino á Abrahan y al que debia nacer de él, que es Jesucristo. La promesa, dice santo Tomás es histórica y figurativa: histórica y literal en Isaac y su posteridad segun la carne; figurativa y espiritual en Jesucristo y los fieles. San Pablo tenia toda la autoridad necesaria, dice este gran doctor, para dar al texto figurativo un sentido determinado y cierto, y capaz de fijar nuestra fe.

Hé aquí, pues, lo que yo digo: habiendo hecho Dios como un contrato y una alianza con Abrahan, por la cual promete á su generacion espiritual, esto es, al que debia nacer de él, que es Jesucristo, todo género

de bendiciones; la ley que no se ha dado hasta cuatrocientos treinta años despues, no ha podido anular ni desvanecer la promesa hecha á Abrahan. Ahora bien, si por la fe, independientemente de la ley, hemos llegado à ser herederos de los bienes celestiales, luego no será ya por la promesa, la cual queda vana y nula por la ley. Sin embargo, á Abrahan y á su linaje es á quien se han prometido las bendiciones independientemente de la ley; no es, pues, la ley la que justifica y la que da la herencia, sino la fe. *¿De qué sirve*, luego, *la ley*, si sin ella puede uno justificarse y llegar á ser heredero de las bendiciones prometidas? *La ley*, responde san Pablo, *se ha establecido á causa de los crímenes que se cometian.* Aquel pueblo, enteramente carnal y grosero, cometia mil faltas graves todos los dias sin temor y sin remordimiento. Para darles, pues, á conocer estas faltas, é instruirles de ellas, se les ha dado la ley, á fin de que reconociesen, violándola, los crímenes de que se hacían culpables, y se contuviesen por lo menos por el temor del castigo ordenado por la ley. No se habia dado en efecto la ley para merecer las bendiciones y la herencia prometidas en virtud de la alianza contratada, sino para que sirviese como de luz para reconocer las faltas, y como de freno para evitarlas. Esta ley no se habia dado mas que hasta la venida del que debia nacer, esto es, hasta la venida de Jesucristo, que mediante su espíritu y su gracia nos da bastante á conocer hasta las faltas mas lijeras, y al mismo tiempo nos da la fortaleza para evitarlas; así que, habiendo venido Jesucristo, la ley antigua que los ángeles habian intimado por el ministerio de un mediador que es Moisés, no es ya necesaria para la

salvacion en cuanto á sus preceptos y ceremonias legales.

Pero me diréis, continúa san Pablo, ¿luego la ley es contra las promesas de Dios? De ningun modo. Las promesas se han hecho independientemente de la ley, y la misma ley es como un efecto de las promesas, puesto que ella es una señal de la proteccion de Dios sobre los Hebreos, á quienes se ha dado para que les sirviese de luz, de freno y de guia: mas esta ley no tenia la virtud de justificarlos por sí misma; recordábales las promesas, y les hacia entender que no debian ver los efectos y el cumplimiento de ellas segun su verdadero sentido, sino por la fe de Jesucristo. *Mas la Escritura*, añade san Pablo, *lo ha sujetado todo al pecado, á fin de que por la fe en Jesucristo se cumpliese la promesa con respecto á los que creyesen.* La ley, dice san Crisóstomo, ha convencido á los que han vivido antes de la fe, que vivian en el error acerca de un gran número de puntos de moral. Ella ha hecho ver á los judíos que vivian bajo de la ley que eran prevaricadores; en fin, ella les ha hecho esperar, pero no les ha dado el remedio eficaz á sus males. Este no le han podido obtener sino por la fe en Jesucristo. La antigua ley no se ha promulgado, concluye el santo apóstol, para justificar á los hombres, sino para hacerles conocer su flaqueza, y que se penetrasen mejor de la necesidad que tenian de la fe de Jesucristo, su Redentor y Mesías, y que no habia otro medio que esta fe para adquirir la herencia.

El evangelio de la misa de este dia contiene la curacion milagrosa de diez leprosos, cuya historia es como sigue:

El Salvador, que por donde quiera que pasaba iba haciendo bien, y que obraba maravillas por todas partes, yendo á Jerusalen para la fiesta de la dedicacion, pasó por medio de la Samaria y de la Galilea. Al tiempo de entrar en un pueblecillo vió venir hácia él diez leprosos, los que, deteniéndose lejos, porque la ley les prohibia comunicar con nadie, inmediatamente que le vieron desde donde estaban, gritaron diciendo: Jesus, Maestro nuestro, compadeceos de nosotros. Luego que el Salvador hizo alto en ellos: Id, les dijo, mostraos á los sacerdotes. La ley establecia jueces de esta enfermedad á los sacerdotes, á los cuales tocaba el declarar si los que se les presentaban estaban atacados de ella, ó si estaban bien curados. Aquellos cuya curacion estaba reconocida ofrecian desde luego dos gorriones, y ocho dias despues ofrecian dos corderos y una oveja; y si eran pobres, un cordero y dos tórtolas. Enviando Jesucristo los leprosos á los sacerdotes, les daba á entender que quedarian curados en el camino, puesto que no debian ir á presentarse á los sacerdotes sino á fin de que estos pronunciasen sobre su curacion, y que no pudiesen dudar de su mision con un testimonio tan seguro como el del milagro.

Cumplieron con gusto los leprosos lo que el Salvador les mandaba; no dudaron un momento en tomar el camino de Jerusalen, como si ya hubiesen quedado enteramente limpios de su lepra. Su fe recibió al instante su recompensa, y apenas se pusieron en camino cuando todos se hallaron perfectamente sanos. El regocijo que les causó su curacion, hizo que se olvidasen de aquel á quien se la debian; de los diez que eran, no hubo mas que uno á quien ocurriese el

Luego que llegó adonde estaba Jesucristo, se postró á sus piés, pegado su rostro con la tierra, y le rindió mil acciones de gracias por su curacion.

pensamiento de volver á dar gracias á su insigne bienhechor, y aun este era samaritano, y por consiguiente mirado como gentil y extranjero; los otros nueve, que eran judíos, no fueron tan reconocidos. El samaritano, pues, volvió al mismo sitio, sin dejar de alabar en alta voz la bondad del Salvador, y exaltar su omnipotencia. Luego que llegó adonde estaba Jesucristo, se postró á sus piés, pegado su rostro con la tierra, y le rindió mil acciones de gracias por su curacion.

Recibióle Jesus con su acostumbrada dulzura; pero significó bien cuánto le llamaba la atencion el paso que acababa de dar, y la ingratitud de los otros, que no estaban menos obligados que él á hacer lo mismo. Por esto dijo en alta voz: Qué, ¿no han sido diez los curados? ¿dónde están, pues, los otros nueve? ¿Precisamente no hay otro que este extranjero que haya sido agradecido, y que haya dado gloria y gracias á Dios por el beneficio recibido? La sorpresa que demuestra aquí el Salvador, no es efecto de una extrañeza verdadera, ó de una especie de ignorancia: Jesus no podia admirarse de nada, conociendo todo lo que debia suceder aun antes que sucediese; queria solo abrirnos los ojos, para que viésemos nuestra ingratitud para con Dios. Dichoso aquel, dice san Agustin, que, á ejemplo de este samaritano, considerándose como extranjero con respecto á Dios, le da muestras del mayor reconocimiento por los beneficios mas pequeños, persuadido que nada es tan gratuito como lo que se hace por un extranjero y un desconocido. Tenia tambien el Salvador la idea de indicar por estas palabras cuán diferente seria con respecto á él la conducta de los gentiles de la del pueblo judío,

el cual no debia pagar los favores tan insignes de que habia sido colmado sino con la mas insigne y la mas negra de las ingratitudes. *Levántate*, le dice, *vé, tu fe te ha salvado.* Seguramente los otros habian tenido fe, puesto que sin replicar habian obedecido y habian sido curados; pero el reconocimiento de este le atrajo otras nuevas gracias, y es verosímil que el Salvador promete aquí alguna cosa particular á este samaritano, con respecto al bien de su alma y á su conversion. Figura instructiva de lo que sucede todos los dias en el cristianismo. Muchos hay que reciben de la misericordia del Señor curaciones milagrosas, y muchos pecadores convertidos beneficios singulares, gracias particulares; pero pocos se portan con un verdadero reconocimiento, y por esta negra ingratitud se hacen indignos de nuevos favores.

La oracion de la misa de este dia es como sigue.

Dios omnipotente y eterno, aumentad en nosotros siempre mas y mas la fe, la esperanza y la caridad; y á fin de que podamos adquirir lo que nos prometeis, haced que amemos lo que nos mandais. Por nuestro Señor Jesucristo, etc.

La epístola es del cap. 3 de la carta del apóstol san Pablo á los Gálatas.

Hermanos mios: Las promesas se han hecho á Abrahan, y al que nacerá de él. No ha dicho á los que nacerán, como si hubiesen de ser muchos, sino cual si no se tratase mas que de uno, y al que nacerá de tí, el cual es Cristo. Hé aquí, pues, lo que yo digo. La alianza que el mismo Dios ha ratificado, no la anula la ley que se ha promulgado cuatrocientos y treinta años despues, de suerte que sea vana su promesa; porque si el derecho de heredar está fundado en la ley, ya no lo está en la promesa. Ahora bien, á Abrahan se lo ha dado Dios por la promesa; ¿para qué sirve, pues,

entonces la ley? Esta se ha establecido á causa de los crímenes hasta la venida del que debia nacer, y en favor de quien se habia hecho la promesa; y los ángeles la han intimado por el ministerio de un mediador. Ahora bien, el mediador no lo es de uno solo, y sin embargo Dios no es mas que uno. ¿Luego la ley es contra las promesas de Dios? Nada menos. Porque si la ley se hubiese dado de modo que pudiese justificar, la justicia vendria efectivamente de la ley. Pero la Escritura lo ha sujetado todo al pecado, á fin de que por la fe en Jesucristo se cumpliese la promesa en los que creyeren.

NOTA.

Queriendo san Pablo que los Gálatas convertidos comprendiesen bien que la ley dada á los Hebreos por ministerio de Moisés no los podia justificar, les propone el ejemplo de Abrahan, que no pudo haber sido justificado por la ley, la cual no se dió hasta cuatrocientos y treinta años despues; y que así, aquel santo patriarca no fué justificado sino por la fe en Jesucristo: ABRAHAN CREYÓ Á DIOS, Y ESTO LE FUÉ IMPUTADO Á JUSTICIA (1).

REFLEXIONES.

A fin de que por la fe de Jesucristo se cumpliese la promesa en los que creyeren. Toda nuestra salud se apoya en la fe en Jesucristo: la fe en Jesucristo es la base de nuestra salvacion; de la fe vive el justo, y por ella hizo todas las obras de la ley: aun cuando hubiese tenido probidad, buena fe, rectitud, aun cuando hubiese sido irreprensible en sus costumbres, aun cuando hubiese tenido caridad con los pobres, sin la fe en Jesucristo hubieran sido virtudes aparentes, bellas cualidades puramente naturales, frutos

(1) Ad Rom. 4.

agrestes y nunca maduros de un árbol silvestre. La promesa de la herencia ha sido hecha á aquel que debia nacer de Abrahan, esto es, á Jesucristo; es menester ser miembro de su Iglesia para ser del número de sus hijos. Todo miembro separado del cuerpo se pudre. Puede muy bien embalsamársele, esto es, conservarse artificiosamente su color y su consistencia: la carne se conserva; pero el miembro está muerto desde que no pertenece á la cabeza, y no pertenece á la cabeza desde que está separado del cuerpo. Terrible y espantosa verdad para todos los herejes, para todos los cismáticos, esto es, para todos aquellos á quienes la Iglesia de Jesucristo separa de su cuerpo. Por mas que se lisonjeen de que pertenecen al cuerpo, si el cuerpo no les reconoce por miembros suyos, y si no son ya miembros, ¿cómo pertenecerán á la cabeza? Los apóstoles lamentaban la suerte desgraciada de aquellos que, habiendo sido reengendrados por las aguas saludables del bautismo, instruidos por el espíritu de verdad en la escuela de Jesucristo, habian cerrado los ojos á la luz para no caminar mas que en las tinieblas, y abandonándose á su propio espíritu, no tenian ya por guia mas que al espíritu del error: Estaban entre nosotros, decian, sin pertenecer á nosotros; llevaban el nombre de cristianos, sin tener el espíritu de cristianos. Todo género de bendiciones, dice el Apóstol, gozo, confianza, inmortalidad bienaventurada para los verdaderos fieles, para aquellos que, incontrastables en la fe, no se dejan llevar acá y allá á todo viento en materia de doctrina, ni seducir por la malicia de los hombres, ni por las astucias de que se sirven para empeñarlos en el error, sino que poniendo la verdad

en práctica, crecen de todos modos en aquel que es la cabeza y el Cristo. Pero para los que quieren contradecir, que se aferran en no rendirse á la verdad, que permanecen obstinadamente en el error y en el extravío, no hay mas que ira, indignacion y desventura eterna. Carácter de los herejes, que no rehusan el rendirse á la verdad sino por un espíritu de indocilidad y de contradiccion. Ahora bien, si este espíritu de division, de rebelion, de obstinacion, subleva tan justamente contra ellos á las potestades de la tierra, ¿qué deben esperar de la indignacion de Jesucristo cuando vendrá á juzgarlos? Entonces sabrá muy bien humillar á estos corazones rebeldes, á estos espíritus indóciles, y vengar á la Iglesia su esposa del desprecio que habrán hecho de sus juicios: no hay nieblas que oscurezcan la fe, que no nazcan de la corrupcion del corazon, y que no condense el orgullo. De aquí nace la ceguera que, impidiendo ver el extravío, causa la tenacidad en el error. Quitad la corrupcion del corazon y el orgullo del espíritu, dicen los padres, y ya no habrá herejes. Jamás se arraigó el error en un espíritu humilde, ni en un corazon puro.

El evangelio de la misa de este dia está tomado del de san Lucas, cap. 17.

En aquel tiempo: Yendo Jesus á Jerusalen, por medio de la Samaria y de la Galilea, al entrar en un pueblecillo divisó diez leprosos, que, manteniéndose á lo lejos, exclamaron diciendo: Jesus, Maestro nuestro, compadeceos de nosotros. Luego que los percibió: Id, les dijo, mostraos á los sacerdotes; y cuando iban, quedaron curados. Uno de ellos, inmediatamente que se vió curado, volvió al mismo sitio, alabando á Dios en alta voz, y se arrojó á los piés de

Jesus, pegado su rostro contra el suelo, dándole repetidas gracias : era este un samaritano. Dijo entonces Jesus : ¿No eran diez los curados? ¿dónde están los otros nueve? ¿Solo este extranjero es el que ha venido á dar gloria á Dios? Despues le dijo á él : Levántate, vé, tu fe te ha salvado.

MEDITACION.

QUE NO HAY OTRO MAL VERDADERO EN LA TIERRA MAS QUE EL PECADO.

PUNTO PRIMERO.

Considera que la lepra se ha mirado siempre, en el sentido moral, como la figura y la imágen del pecado. La analogía es bastante clara : la lepra es una efusion de sangre alterada y corrompida, que corrompe todo lo exterior del cuerpo ; es una especie de cáncer universal, que apenas se cura sino por milagro, y que pone deforme y horrible todo el cuerpo. La lepra hace la voz enronquecida y cascada; el pulso del enfermo es pequeño y pesado, lento y retraido. El rostro del leproso se parece á un carbon medio apagado, grasiento, lustroso é hinchado, sembrado de barros muy duros, y causa horror; sus ojos están encarnados é inflamados; su lengua está seca, negra y ulcerada; toda su piel está cubierta de úlceras ó escamas como el pez; todo su cuerpo exhala una hediondez horrible, y llega á tal grado de insensibilidad, que puede atravesársele un brazo y las partes mas sensibles sin que experimente dolor alguno; en fin, todo su cuerpo se pudre y muere, por decirlo así, antes que muera el enfermo, el cual siente un calor maligno tan grande, que arde en medio del mayor frio. No es posible hacer un retrato mas semejante

del pecador que el del leproso, ni se necesita hacer la aplicacion; no hay nada que se eche de ver tanto como esta semejanza; por tanto puede llamarse el pecado la lepra del alma. Comprendamos, pues, de aquí, qué mal es el pecado; no hay verdadero mal sobre la tierra mas que aquel que jamás puede mirarse como un bien, que es el único que nos priva del verdadero bien, y hasta de la fuente de todos los bienes, y tal es el pecado.

De cualquier modo que se mire el pecado, siempre es pecado. Juzguemos de él como juzga Dios: el pecado será eternamente el objeto de su odio y de su indignacion; lo será tambien eternamente de nuestro arrepentimiento, ¿y cómo puede serlo hoy de nuestra solicitud y de nuestra complacencia?

Todo lo que llamamos males en la tierra, no lo son sino en tanto que son consecuencias del pecado. El pecado es el que ha inundado la tierra de tantas desdichas; él es el que ha encendido el fuego del infierno; solo el pecado es el que hace desgraciados; la alegría y la tranquilidad se encuentran donde quiera que reina la inocencia. Siendo Dios un bien infinito, constituyendo él mismo todo bien, nunca podria comunicar otra cosa. Solo el pecado produce todo mal privándonos de este bien. Esta es la verdadera idea del pecado. Pero ¿es menor mal el pecado, es menos pecado porque tengamos de él otra idea?

Las reuniones divertidas de las que está siempre desterrada la inocencia; los regocijos del carnaval, siempre tan criminales; los espectáculos, los placeres profanos, orígen fatal de tantos desórdenes; ¿prueba todo esto que se mira el pecado con horror? y las mismas personas que viven encenagadas en tales des-

arreglos, ¿viven siempre con mayor inocencia? familiarízanse con el pecado; pero ¿se acostumbrarán tambien á la pena que debe seguirle?

¡Ah Señor, qué mal he conocido hasta aquí el pecado! pero ya le detesto: aumentad mi dolor, y perdonadme mis pecados.

PUNTO SEGUNDO.

Considera que nos engañamos llamando males á lo que puede contribuir á nuestra felicidad. Todo, menos el pecado, puede ser útil á una alma fervorosa.

Las desgracias, las persecuciones, las enfermedades, la pobreza, la muerte misma, todo puede servir para hacernos felices, puesto que todo esto puede servirnos para hacernos santos.

Pocos santos hay que no deban, por decirlo así, á las persecuciones, á la adversidad, á los padecimientos, algun grado, por lo menos, de su elevacion en el cielo. ¿Qué no deben los mártires á los suplicios? Vuestros parientes, vuestros amigos os perseguirán, dice el Salvador; pero no por esto seréis desgraciados: toda la malicia, toda la rabia de los mas crueles tiranos no es capaz de arrancaros un solo cabello de vuestra cabeza. Cuando es uno agradable á Dios, cuando Dios le quiere, ¿qué es lo que tiene que temer? ¡Qué error el mirar el aborrecimiento de parte del mundo como un mal! cuando si el mundo nos aborrece es porque amamos á Dios, porque le servimos. ¡Qué favores, qué ventajas no ofreció él mundo á san Vicente para pervertirle! y cuando rechazó todas sus seductoras promesas, ¡con qué suplicios tan crueles no le amenazó! Pero ¡con

qué ánimo despreció aquel santo las caricias y los tormentos del tirano; el tormento mas crudo lo encuentra en sus caricias : pierde la vida antes que perder la amistad de su Dios; ¿cuándo pensaremos nosotros así? ¿Cuándo raciocinaremos conforme á estos principios? ¿Pasa el dia de hoy el pecado por el mayor de todos los males? ¿se le mira como un mal por aquellos que se complacen, que tal vez tienen como un honor el cometerle? Llámase un mal la pérdida de la hacienda, una afliccion, una persecucion, una desgracia, que son sin duda unas fuentes de bendiciones segun los designios de la Providencia; pero ¿se mira el pecado como un gran mal, cuando se le considera como un medio de hacer fortuna?

¡En qué ceguedad he vivido hasta aquí, Dios mio! perdonadme mis iniquidades, dignaos escuchar mis votos. Haced, Señor, que antes sufra todos los tormentos; sujetadme á todos los males de esta vida, antes que yo cometa jamás un solo pecado.

JACULATORIAS.

¡Desgraciados de vosotros, hombres impíos, que habeis abandonado la ley de vuestro Dios! *Eccles.* 41.

¡Qué horrible es caer en las manos del Dios vivo, y llegar á ser el objeto de su ira! *Hebr.* 10.

PROPOSITOS.

1.° Concibe tan grande horror al pecado, que estés pronto á perder los bienes, la salud, la vida misma antes que perder la gracia. Seriamos muy dignos de lástima si estuviésemos en otra disposicion. Pero porque de nada sirven los mejores sentimientos si no

se reducen á la práctica, siempre que nos sucediere alguna cosa sensible, ó que aconteciere á los demás alguna desgracia, tomemos la santa costumbre de decirnos á nosotros mismos : no hay mal sino el pecado; consolémonos; esta pérdida de la hacienda ó de la salud puede sernos ventajosa : preservadnos, Señor, de todo pecado; ningun otro mal tememos.

2.° Sirvámonos de todos los accidentes molestos que suceden en la vida para decir á nuestros hijos, á nuestros amigos, á nuestros domésticos, que no hay propiamente mas que un solo mal que temer sobre la tierra, y que este es el pecado. Sea este nuestro proverbio favorito. Repitámoslo sin cesar á nuestros hijos, digámonoslo á nosotros mismos cien veces al dia, y no nos pasemos ni aun las mas pequeñas mentiras oficiosas, ni las restricciones mentales, que son verdaderas mentiras disfrazadas, ni las menores impaciencias. Todo lo que pueda alterar, por poco que sea, la caridad, debe sernos entredicho. La demasiada indulgencia con nosotros mismos, al tiempo que tenemos tan poca con los demás, es por lo comun el origen de muchas faltas. Todo lo que puede hacer algun agravio al prójimo, por lijero que sea, y cuanto tenga la sombra solamente de pecado, debe causarnos horror. La imágen sola de un monstruo horrendo espanta. Repitamos muchas veces estas hermosas palabras : *Quiero mejor morir, que manchar jamás mi alma.* No nos contentemos con tener horror al pecado, tengámosle tambien á las ocasiones del pecado; huyamos de ellas tanto como del pecado mismo. No se detesta el pecado, cuando no se tiene horror á la ocasion.

DECIMOQUARTO DOMINGO

DESPUES DE PENTECOSTES.

El domingo décimocuarto despues de Pentecostés se ha llamado comunmente en la Iglesia latina el domingo de los dos Amos ó de la Providencia, á causa del evangelio que se lee en la misa de este dia, y que se leia ya en tiempo de san Gregorio. Está tomado del capítulo 6 de san Mateo, en el que el Salvador declara la imposibilidad de servir al mismo tiempo á dos señores, como son Dios y el mundo; que no es posible agradar al uno sin desagradar al otro, y que es una quimera el querer contentar á los dos. Jesucristo exhorta en seguida á sus discípulos á que no se afanen tanto por las necesidades de la vida; les dice que teniendo Dios como tiene tanto cuidado de las criaturas inanimadas, no es posible que las racionales queden olvidadas; que conoce todas nuestras necesidades, y que no permitirá que carezcamos de nada de lo preciso, con tal que nosotros pongamos en él toda nuestra confianza, y que esta religiosa confianza debe particularmente distinguir á los fieles de los gentiles. No es menos interesante la instruccion que contiene la epístola: está tomada de aquel pasaje de san Pablo á los Gálatas en que el Apóstol les instruye y les previene en órden á los deseos, á las obras y á los frutos de la carne, la cual combate de continuo contra el espíritu; y sobre la necesidad de

crucificar su carne, y no dejarse conducir sino por el espíritu. El introito de la misa tiene una perfecta relacion con los dos asuntos: es una corta oracion a Dios nuestro protector omnipotente, en virtud de los méritos de Jesucristo, la cual concluye por la sincera confesion que hacemos de que no hay honor, gloria, ventaja, ni verdadera dicha sino en el servicio de Dios, que es el mejor de todos los padres.

O Dios, protector nuestro, miradnos; fijad vuestra vista sobre el que habeis ungido rey de vuestro pueblo, y acordaos de él en vuestra morada: uno solo de los dias que yo pasaré en este santo lugar, me será infinitamente mas dulce que otros mil que estuviere en cualquiera otra parte.

Arrojado David de Jerusalen por Absalon, expone en este salmo el deseo ardiente que tiene de volver a ver el *tabernáculo*, esto es, el lugar santo en que Dios queria que le pidiesen antes de haber edificado Salomon el famoso templo de Jerusalen. Filon describe este *tabernáculo* del modo siguiente: Era un edificio compuesto de cuarenta y ocho tableros de cedro revestidos de oro macizo, bajo de cada uno de los cuales habia un basamento de plata, y encima un chapitel de oro. Estaba rodeado con diez piezas de tapicería de diferentes colores preciosos de jacinto, de púrpura y de escarlata; cada una tenia veinte codos de largo, y cuatro de ancho: la longitud del tabernáculo era de treinta codos, y tenia diez de ancho; circundábale un pavimento de cien codos de largo y cincuenta de ancho, cerrado con sesenta pilaritos de cedro revestidos de plata. La arca estaba colocada en medio del tabernáculo en el secreto oratorio, y estaba dorada por dentro y por fuera, sobre

la cual habia una como cubierta que se llamaba *propiciatorio,* porque aplacaba la cólera de Dios: rodeábanla muchos velos, colocados con broches y argollas de oro. Llamábase este tabernáculo en la Escritura el *tabernáculo del Señor*, ó el *tabernáculo* por excelencia. David suspira por este lugar santo adonde él iba para dilatar allí su corazon en la presencia de Dios: de este modo nosotros, durante nuestro destierro en esta vida, debemos suspirar por los tabernáculos eternos, esto es, por la mansion de los bienaventurados en el cielo, nuestra amada patria. Busquemos cuanto quisiéremos nuestro reposo, nuestra felicidad durante esta vida; no la encontraremos en ninguna parte. La tierra, maldita por el Señor, no puede producir otra cosa que abrojos. El trono mismo, por mas brillante, por mas rico, por mas elevado que sea, no puede hacer á un hombre feliz. La fortuna más floreciente, la mas larga prosperidad, la gloria mas brillante pueden deslumbrar; pero no pueden satisfacernos plenamente. Despues de mas de seis mil años que hace que los hombres trabajan por ser felices, ninguno ha podido hallar todavía un reposo lleno y perfecto, que haya fijado todos sus deseos; queda siempre un vacío infinito que no pueden llenar todos los objetos criados; no ha sido hecho el hombre para ellos. Es menester que se eleve hasta Dios; y desde el momento en que toma este partido, halla una paz, una dulzura que no ha encontrado en otra parte, señal evidente de que Dios es el fin y el centro de su reposo. Aun cuando uno fuese el mayor favorito del mas grande monarca del mundo, y hallase todas las dulzuras y todas las ventajas en su servicio, todo esto seria una felicidad quimérica,

una dicha imaginaria : un solo dia en el pavimento del tabernáculo, un solo dia pasado en el servicio de Dios proporciona mas dulzuras verdaderas, causa mas bienes, y procura una tranquilidad, una felicidad mas real que cien años pasados en el servicio del príncipe mas poderoso del universo.

La epístola que se leia ya en la misa aun antes del siglo de Carlo Magno es una regla admirable de conducta, no solo para los Gálatas á quienes escribe san Pablo, sino para todos los fieles. Exhórtales el santo apóstol á que vivan como hombres espirituales, segun las luces y la direccion del Espíritu Santo, y de ningun modo segun los deseos de la carne, los que jamás se satisfacen sin dar la muerte al alma.

¿Quereis no realizar los deseos de la carne? les dice : caminad conforme al espíritu, esto es, seguid las impresiones y los piadosos movimientos de la gracia. La concupiscencia es aquel apetito desreglado que ha quedado en el hombre despues, y como consecuencia del pecado. Nacemos con este enemigo doméstico. Podemos debilitarle con el auxilio de la gracia, pero no podemos destruirle; es menester que incesantemente tengamos las armas en la mano para combatirle; es menester estar continuamente alerta contra sus artificios; es menester velar dia y noche para no ser víctimas de sus sorpresas; es un peso que arrastra tras de sí; es una sirena que encanta; es una raiz de pecado. El medio de contener esta inclinacion, de resistir á sus encantos y de impedir que brote esta raiz emponzoñada, dice el Apóstol, es caminar segun el espíritu de Jesucristo, es vivir conforme á las máximas del Evangelio, es mortificar á las las pasiones, las cuales pueden considerarse

como hijas de la concupiscencia; porque la carne pelea contra el espíritu, así como el espíritu pelea contra los deseos de la carne. Hácense la guerra el uno al otro, y no hay paz ni aun tregua entre estos dos enemigos. La carne y el espíritu indican aquí los dos principios de todas nuestras acciones morales. La carne ó la concupiscencia, dice Teodoreto, es el principio de las acciones malas; el espíritu ó el movimiento de la gracia es el principio de nuestras buenas obras; son demasiadamente contrarios estos dos principios para que jamás estén de acuerdo. De aquí aquella natural inclinacion al mal que la conciencia condena: de aquí aquella inspiracion, aquel deseo de hacer el bien, que la concupiscencia contraría: de aquí aquella ley en nuestros sentidos y en nuestros miembros, de que habla el Apóstol, que se opone sin cesar á la ley del espíritu. La gracia ilumina, solicita, y aun estrecha para que se haga el bien; la concupiscencia clama todavía mas alto que la voz de la gracia, y emplea los sentidos, las pasiones, el amor propio, y todo lo pone por obra para extinguir esta luz, y para hacer ineficaz é inútil la voluntad de hacer el bien. A la verdad, nuestra libertad queda siempre entera á pesar de las poderosas solicitaciones de la gracia y de la rebelion de la concupiscencia; pero ¿hacemos siempre buen uso de esta libertad? En esta guerra continua entre el espíritu y la carne, ¿queda siempre la victoria de parte del espíritu? ¿y no estamos nunca de inteligencia con el enemigo de nuestra salud, sofocando nosotros mismos los piadosos movimientos de la gracia? La carne tiene deseos contrarios al espíritu, dice el Apóstol; demasiado que lo experimentamos: y el espíritu los tiene contrarios á

la carne; nuestra conciencia nos lo da bastante á conocer. Hácense la guerra el uno al otro, añade el Apóstol, de suerte que nosotros no hacemos todo lo que quisiéramos hacer; es decir, que la inclinacion al mal, junta á la rebelion de las pasiones, nos conduce con frecuencia á resistir á las luces de la razon y á los movimientos de la gracia, por manera que conociendo el bien, queriendo aun el bien, si bien con una voluntad débil, cedemos á la inclinacion natural que tenemos al mal; pero siempre libremente, y por consecuencia por culpa nuestra. *Yo hago el mal que no quiero*, dice san Pablo escribiendo á los Romanos. San Agustin entiende por el mal que el hombre hace, á pesar suyo, la rebelion de la concupiscencia y los malos deseos involuntarios; y por el bien que querria hacer y que no hace, aquella prontitud y aquella perfeccion en el cumplimiento de la ley de Dios, á la cual se opone la turbacion de las pasiones. Las almas mas santas y mas fervorosas no están exentas de esta contrariedad de deseos. Esto es lo que hace decir al mismo apóstol que le es muy molesto el verse sujeto á esta guerra continua; *¿quién me librará de este cuerpo de muerte?* esto es, de esta sujecion á las concupiscencias de la carne. Es esta, dice un sabio intérprete, una exclamacion que el Apóstol pone en la boca del pecador oprimido bajo del peso de su iniquidad, y de la cual reconoce que ni la ley natural, ni la voz de su conciencia, ni la ley escrita son capaces de librarle. *Porque si es el espíritu el que os conduce*, prosigue el Apóstol, *luego no estais ya bajo la ley*. Como si dijera, que habiendo recibido por el bautismo la gracia y el Espíritu Santo que os conduce, no estais ya sujetos á todas las ceremonias legales, á las cuales quieren su-

jetaros los falsos doctores, para hacer inútil, si pudiesen, la nueva alianza y la ley de Jesucristo.

Os he dicho, continúa el Apóstol, que la carne tiene sus deseos, que son contrarios al espíritu; y que el espíritu tiene los suyos, contrarios á la carne: fácil es el conocer unos y otros por sus obras; y *¿qué cosa mas visible que las obras de la carne? fornicacion, impureza, impudicicia, lujuria:* vicios abominables que matan al alma embruteciéndola; origen desgraciado de tantos crímenes, todos á cual mas enormes, todos á cual mas horribles, causa detestable de la condenacion de tantas almas. Del mismo fondo nacen el culto de los ídolos, los envenenamientos, las enemistades, las contestaciones, los zelos, los arrebatos de la cólera, las querellas, las disensiones, las cabalas en materia de doctrina, esto es, un espíritu de partido del cual nace el error, el cisma y la herejía, y que alimenta el libertinaje; espíritu de cabala en materia de doctrina, que, oscureciendo las luces de la razon misma, extingue la fe, sofoca todo sentimiento de religion, é inspira una rebelion tenaz contra la Iglesia. Todo espíritu de partido y de cabala en materia de doctrina es un fruto de la carne. Las envidias, los homicidios, los excesos del vino, las disoluciones, y cosas semejantes, nacen todas de la misma fuente; la carne es la madre de todas las pasiones, de todos los crímenes: así se ve que todos los que se entregan á estos deseos, vienen á parar en horribles excesos. Luego que domina la concupiscencia, reinan todas las pasiones con imperio; nada hay que las detenga, y todas se derraman como torrentes. *Esto supuesto, os digo, como ya os lo he dicho,* añade el santo apóstol, *que los que hacen*

tales obras, no poseerán el reino de Dios. Fórmese el sistema que se quiera, Dios no consulta mas que el suyo. Jamás dejan de tener algun motivo plausible los deseos de la carne; no faltarán nunca en ellos el falso zelo, la emulacion, la cólera. *No hay ninguno que no crea*, decia el Salvador, *hacer un servicio á Dios sacrificándoos á su pasion.*

¿Si nosotros estamos animados del Espíritu Santo, caminemos segun el espíritu. Los frutos del espíritu, continúa, son tan opuestos á las obras de la carne, que no es posible engañarse. El fruto del espíritu y de la gracia es la caridad, el gozo, la paz, la paciencia, la dulzura, la bondad, la longanimidad, la mansedumbre, la fe, la modestia, la continencia, la castidad. Cuando uno está animado del espíritu de Dios, tiene una caridad sin límites y sin medida, se compadece de las flaquezas del prójimo, todo lo escusa en los demás, al paso que nada se perdona á sí mismo, y toma parte en todos sus males. El justo vive de la fe, pero de una fe humilde, simple, activa. El gozo y la paz interior, frutos ordinarios de la buena conciencia, no se hallan sino en un corazon puro. Una dulzura superior á todos los acontecimientos de la vida, un fondo de bondad inagotable, una paciencia á toda prueba, una pureza de corazon y de cuerpo sin tacha, caracterizan á todas las gentes de bien. *Con respecto á los que tienen estas cualidades*, dice el Apóstol, *no hay ley;* como si dijera, que la ley antigua se acabó para los que viven segun las máximas del Evangelio. No habiéndose promulgado la ley antigua sino á causa de las prevaricaciones, ni habiendo sido establecida sino contra los que no guardaban los mandamientos de Dios, es inútil para

los que cumplen con fidelidad todos los deberes de la justicia, y caminan sin cesar por los senderos de la santidad. *Los que pertenecen á Jesucristo*, concluye san Pablo, *han crucificado su carne con sus vicios y concupiscencias;* los verdaderos discípulos de Jesucristo, lejos de seguir los deseos de la carne, ni hacer sus obras, la crucifican con una mortificacion continua. Su estudio ordinario es el de reprimir todos los ímpetus de las pasiones, mortificar los sentidos, y sofocar todos los deseos de la concupiscencia. No hay virtud sin mortificacion; ella es el alimento de la inocencia. El amor del placer es el veneno del alma. La vida blanda no fué jamás una vida cristiana. No hay cristiano que no deba decir: *Yo estoy clavado con Jesucristo en la cruz.*

El evangelio de la misa de este dia está sacado del sexto capítulo del evangelio segun san Mateo. Es la continuacion de aquella instruccion admirable que hizo el Salvador á sus amados discípulos, en la que, despues de haberles enseñado cómo debe hacerse la limosna y la oracion, les da un modelo de esta. Despues exhortándolos á que no se consideren sobre la tierra sino como extranjeros, les hace ver que tampoco se debe suspirar mas que por los bienes celestiales y eternos, y que solo en el cielo es, por decirlo así, en donde se debe hacer fortuna. Las riquezas son el ídolo á quien dirige cada uno sus votos; la pasion de juntar tesoros sobre tesoros, es un tirano que hace muchos esclavos: es un señor durísimo que manda con imperio, y al que se le sirve siempre perdiendo: sin embargo, se le sirve. Pero ¿puede servirse á Dios al mismo tiempo que se sirve al mundo, que se sirve á la codicia, que se sirve al dios de las riquezas, ó,

para hablar con toda precision, al mismo tiempo que se entrega el corazon á la codicia, y que se sacrifica el reposo, la salud, la salvacion misma á la avaricia? Desengañémonos, Dios no sufre division; si el corazon pertenece á otro, ya no es de él. *Ninguno puede servir á dos señores. Si sirve á uno, es menester que abandone al otro.* Son demasiado opuestos entre sí, son de un carácter muy diferente para que puedan tener siervos comunes. Amar al uno es aborrecer al otro, puesto que los servicios que exigen son enteramente opuestos. Dios pide un corazon vacío de todo afecto á los bienes terrenos; y el mundo pide un corazon abandonado á los deseos de los bienes criados. ¿Puede Dios llenar un corazon al que posee el amor de las riquezas? Luego que el demonio de las riquezas es dueño de un corazon, es arrojado de él el amor de Dios. *Mammona* es una palabra siriaca, que significa dinero, tesoro, ganancia. Tómase aquí como una divinidad, porque en efecto los hombres todo lo sacrifican á las riquezas.

Como la necesidad del dinero para todas las urgencias de la vida sirve ordinariamente de pretexto para justificar la pasion de tenerlo, el Salvador declara aquí que si nosotros sirviésemos á Dios con fidelidad, con fervor y con confianza, nos veríamos libres de muchas inquietudes; y el Dios omnipotente que vela tan eficazmente sobre las necesidades de las criaturas mas viles, proveeria abundantemente á todas las nuestras. Reposad seguramente en todo sobre aquel de quien teneis la vida que es preferible al alimento, y el cuerpo que vale mas que el vestido: no temais que despues de haberos dado la vida, os niegue lo que es necesario para conservarla.

¡Cuántos cuidados y fatigas, muchas veces inútiles, nos ahorraríamos, si en nuestras necesidades confiásemos en la Providencia. El que provee á las de los pájaros, ¿olvidará las de los hombres? El Padre celestial que mantiene á aquellos sin que se tomen cuidado alguno para hacer sus provisiones, ¿proveerá menos á la subsistencia de los que le conocen, le aman y le sirven, dice san Juan Crisóstomo? No condena aquí el Salvador los cuidados justos y racionales que deben ponerse para la propia conservacion; seria tentar á Dios el no valernos de los medios que la Providencia nos proporciona para procurarnos las cosas necesarias para la vida: condena solamente la inquietud, la desconfianza, la solicitud excesiva. Es menester obrar como si todo el éxito dependiese de nuestras diligencias, dice un gran santo, y es menester contar con la divina Providencia como si toda nuestra diligencia no sirviese para nada. Cuando hemos hecho prudentemente de nuestra parte lo que depende de nosotros para proveer á nuestras necesidades, nuestras inquietudes en órden á esto son tan vanas como las del que quisiese añadir un codo á su estatura natural. La ansiedad y la extraordinaria inquietud son tan reprensibles como la indolencia y la inaccion. Cuando no se cuenta con el auxilio del cielo y de la Providencia, se trabaja perdiendo mucho; y si nuestras diligencias y nuestras fatigas son muchas vece estériles, no echemos la culpa mas que á nuestr poca confianza y religion. ¿Pensamos acaso que con nuestra actividad podemos tener todo lo que necesitamos sin el concurso y el auxilio de la divina Providencia? Dios se complace en confundir nuestro orgullo y nuestra presuntuosa industria. ¡Qué de re-

sortes no se hacen jugar, qué de máquinas no se ponen en movimiento para llegar á ser poderoso, para hacer una fortuna brillante! vigilias, aplicaciones, intrigas, industrias de nueva invencion, sistemas, compañías, tramas, todo se tienta, de todo se echa mano; no hay cosa que parezca mas segura, ni que se presente mas plausible que el plan que se ha hecho, que las medidas que se han tomado, cuando todo el edificio viene abajo, todos los grandes preparativos se desconciertan; no es menester mas que una pequeña piedra para trastornar el gran coloso, y despues de tantos cuidados, tantos proyectos, tantas penas, nos encontramos inmediatamente sin nada. Dios se burla así de nuestras orgullosas empresas: queremos subir hasta las nubes con nuestras propias fuerzas: llamamos á gritos la opulencia de las cuatro partes del mundo; la abundancia se muestra, y la miseria sigue.

¿Qué gastos no se hacen, qué solicitud no se pone para vestirse con magnificencia, para adornarse con esplendor? Se apura el arte, se agotan tambien los tesoros para brillar, para deslumbrar, para hacerse admirar; y una flor, un lirio que nace en medio de los campos sin cultura, sobrepuja en esplendor, en belleza, en arreglo, en proporcion, en matices del encarnado, del verde, del azul, del blanco, del amarillo, todo cuanto el arte puede hacer mas relumbrante y mejor proporcionado. El arte mas fino y mas exquisito no puede igualar á la naturaleza; un clavel, un tulipan, la flor mas campestre está mas pomposa, mas espléndidamente vestida, brilla con mas esplendor que el mas grande de los reyes. *Ahora bien, si Dios viste de este modo á una yerba del campo, que hoy es y que*

mañana se echa al horno, ¡cuánto mas lo hará con vosotros, gentes de poca fe! ¡Qué justa que es esta reprension! ¡qué irracional nuestra poca confianza en la Providencia! Nosotros vemos cómo extiende sus cuidados hasta sobre una flor que nace hoy, y que mañana no es mas que una yerba seca que se arroja al fuego; ¿y tememos que nos olvide habiéndonos formado á su imágen, escogido para su servicio, y destinado para una eterna felicidad? Nosotros nos vemos privados de muchos socorros oficiosos, porque carecemos de confianza. Nuestras inquietudes, nuestras solicitudes, nuestra desconfianza, nuestros temores prueban nuestra poca fe. *No os inquieteis, pues*, añade el Salvador, *ni digais, ¿qué comeremos, qué beberemos, con qué nos vestiremos? Estas ansias tan apuradas son excusables en los paganos*, que no saben lo que es Dios, ó que no lo saben sino confusamente, porque el error y el pecado les perturban la vista; por consiguiente no conocen ni desean mas que los bienes visibles y perecederos, é ignoran los tesoros de su providencia que con tanta bondad se derraman en todo el universo: mas á vosotros que sois los hijos de Dios, los herederos legítimos de su reino eterno, os seria muy vergonzoso el ocuparos de lo que mira al vestido y al alimento, como si este fuese vuestro principal negocio; debe bastaros saber que vuestro Padre celestial no puede ignorar la necesidad que teneis de ello, y que amándoos tanto como os ama, y sabiendo lo que os falta, es imposible que os vea padecer sin asistiros. No desconfieis de su providencia, y él tendrá cuidado de proveer á todas vuestras necesidades. *Sea el primero de vuestros cuidados buscar el reino de Dios y su justicia, y todo esto lo tendréis por*

añadidura. Ocupémonos sobre todo del cuidado de merecer el cielo, y de adquirir las virtudes que nos le aseguren. Dios por su parte se encarga de darnos todo lo demás. No nos dispensa Dios por esto de trabajar, y hacer todas las diligencias necesarias para proveer á las necesidades de nuestra familia y de todos aquellos que dependen de nosotros. La negligencia en esto no seria perdonable; pero no debe mirarse como el negocio principal, y frecuentemente el único, la solicitud de los bienes temporales; debemos trabajar, debemos aplicarnos á llenar todos los deberes de nuestro estado; debemos dar su tiempo á los negocios temporales; pero todo esto debe estar subordinado al grande é importante negocio, el cual es propiamente nuestro único negocio, esto es, el de la salvacion.

La oracion de la misa de este dia es como sigue.

Conservad, Señor, vuestra Iglesia por medio de una asistencia continua de vuestra misericordia; y porque siendo el hombre flaco, cae á cada paso si vos no le sosteneis, concedednos vuestro divino auxilio que nos aparte sin cesar de todo lo que puede dañarnos, y nos conduzca á todo lo que puede servirnos para nuestra salvacion. Por nuestro Señor Jesucristo...

La epístola está sacada de la que escribió el apóstol san Pablo á los Gálatas, cap. 5.

Hermanos mios: Caminad conforme al espíritu, y no ejecutaréis los deseos de la carne. Porque la carne tiene deseos contrarios á los del espíritu, y el espíritu los tiene opuestos á los de la carne. Hacense la guerra el uno al otro, de modo que no haceis en todo lo que quisiérais hacer. Si es el espíritu el que os conduce, no estais bajo de la ley. Ahora bien, las obras de la carne son bastante visibles; las cuales

son la fornicacion, la impureza, la impudicicia, la lujuria, el culto de los ídolos, los envenenamientos, las enemistades, las contestaciones, los zelos, los arrebatos de cólera, las querellas, las disensiones, las cabalas en materia de doctrina, las envidias, los homicidios, los excesos del vino, las disoluciones, y las cosas semejantes á estas. Sobre todo lo cual os digo, como ya os lo he dicho, que los que hacen tales obras no poseerán el reino de Dios. El fruto empero del espíritu es la caridad, el gozo, la paz, la paciencia, la dulzura, la bondad, la longanimidad, la mansedumbre, la fe, la modestia, la continencia, la castidad. Con respecto á los que tienen estas cualidades, no hay ley. Mas los que pertenecen á Jesucristo, han crucificado su carne con sus vicios y sus concupiscencias.

NOTA.

San Pablo habla á los Gálatas en algunos pasajes como si hubiesen sido judíos; mas en todo el resto de la carta muestra bastante que habian sido convertidos del paganismo, pues que les dice que en otro tiempo no conocian á Dios, y que adoraban divinidades que no merecen este nombre. San Gregorio cree que esta carta se escribió desde Efeso, tres ó cuatro años despues de su conversion.

REFLEXIONES.

Los arrebatos de la cólera: este es uno de los frutos, segun el santo apóstol, de la concupiscencia y de la carne; de este fondo nacen las espinas, cuya picadura está siempre envenenada, y cuyas puntas no se embotan. *La cólera y el furor, una y otro son execrables*, dice la Escritura, (1). ¿Y *quién puede sostener la violencia de un hombre arrebatado* (2)? Es extraño que los tristes efectos de esta pasion desenfrenada no

(1) Eccl. 27. — (2) Prov.

sirvan mas que para desacreditarla, sin que logren debilitarla. Querellas sangrientas, procesos imprudentemente intentados, enemistades inmortales, pérdida de bienes, accidentes, golpes funestos, desgracias que ni aun la muerte termina : tales son los frutos amargos de la cólera. Duélese uno despues, se contiene, se lamenta; pero ¿de qué sirve sujetar la mano despues que se ha tirado la piedra? El fuego apagado no deja otra cosa que negros carbones y cenizas. Confiesa uno que se ha arrebatado, detesta su violencia; pero ¿de qué sirve esta confesion? La calma no dura mucho tiempo. La acritud, la destemplanza del humor, causa muy pronto nuevos excesos; y las nubes espesadas, nuevas tempestades. La cólera procede de la extrema sensibilidad que nos causa todo lo que nos hiere : el orgullo es el que la excita y la enciende. Por mas que se acuse el natural, la bilis, el temperamento, el hombre humilde jamás montó en cólera. Nunca hay tempestades si no hay vientos recios. La dulzura, que es la contraposicion de ella, es inseparable de la humildad cristiana. La cólera es incompatible con la inocencia ; un corazon que se irrita tan fácilmente es un corazon dañado (1). ¡Qué pasion mas odiosa ni mas indigna de un hombre de bien, y de un hombre cristiano, que la cólera! Los pueblos un poco civilizados, aunque paganos, la han mirado con horror; los mas bárbaros la han reprobado, luego que han llegado á ser fieles. La cólera es un frenesí, corto á la verdad, pero que no pertenece por eso menos á la locura; siempre va acompañada de furor, y de una especie de enajenacion de espíritu. No hay pasion mas uni-

(1) Prov. 27.

Mirad los pájaros del cielo, no siembran, no siegan, ni recogen en los graneros, y nuestro Padre celestial los alimenta.

versalmente condenada, y ninguna reina mas universalmente, porque no la hay que nos domine mas pronto. Cuasi siempre es de la misma edad que nosotros. Se lisonjea en los niños; se sufre en los jóvenes; hasta se excusa con la viveza de la edad. A la verdad, una piedad sincera comienza desde luego por domar este fiero enemigo, y esto mismo prueba cuán rara es la piedad verdadera. Lo mas singular es que nos servimos de una máscara de piedad para disfrazar esta pasion; y esto es lo que ha hecho decir que no hay cólera mas maligna que la de un devoto. Agráviase á la religion sirviéndose de un nombre tan santo para designar gentes que lo son tan poco. La virtud no tiene hiel, y un hombre de bien no se encoleriza sino contra sí mismo. Sus defectos son el objeto único de su bilis; la sensibilidad, la acritud, la cólera, no se hallan nunca con la verdadera devocion. Hay tambien cóleras mudas; estas no hacen tanto ruido, pero hacen todavía mayor mal. No nos ha herido el rayo, cuando se ha oido el trueno; lo temible es cuando ni aun se ve el relámpago. Esas cóleras tumultuosas y de ruido son criminales; pero su malignidad cesa con el ruido.

El evangelio de la misa es de san Mateo, cap. 6.

En aquel tiempo, dijo Jesus á sus discipulos: Ninguno puede servir á dos señores, porque ó aborrecerá al uno, y amará al otro, ó si respeta á aquel, despreciará á este. No podeis servir á Dios y al demonio de las riquezas. Por esta razon yo os digo: No os inquieteis, ni con respecto á vuestra vida sobre lo que habeis de comer, ni en órden a vuestro cuerpo sobre lo que habeis de vestir. ¿Por ventura no es mas la vida que el alimento, y el cuerpo mas que el vestido? Mirad los pájaros del cielo, no siembran, no siegan, ni recogen en los graneros, y vuestro Padre celestial los alimenta. ¿No valeis vosotros mucho mas que ellos? ¿Y quién

de vosotros, á fuerza de pensar en ello, puede añadir un codo á su estatura? Y acerca del vestido, ¿porqué os inquietais? mirad los lirios del campo como crecen; ellos no trabajan, ni hilan, y sin embargo, yo os digo que Salomon, aun en medio de toda su gloria, no se ha presentado tan ostentosamente adornado como uno de estos lirios. Ahora bien, si Dios viste de este modo una yerba campestre, que hoy es, y que mañana se arroja al horno, ¿cuánto mejor lo hará con vosotros, gente de poca fe? No os inquieteis, ni digais: ¿qué haremos para comer y para beber, y de qué nos vestiremos? Porque los gentiles son los que se inquietan sobre todas estas cosas, y vuestro Padre celestial sabe que teneis necesidad de ellas. Buscad, pues, primeramente el reino de Dios y su justicia, y todas estas cosas se os darán por añadidura.

MEDITACION.

QUE NO ES POSIBLE SERVIR Á DIOS Y AL MUNDO Á UN MISMO TIEMPO.

PUNTO PRIMERO.

Considera que es muy extraño que amando los hombres la libertad tanto como la aman, quieran sin embargo multiplicar sus bienes, sujetándose á muchos señores, cuando naturalmente les cuesta trabajo el sufrir á uno solo. No obstante que es demasiado cierto que se hace muy pesado el yugo, no habiendo que aguantar mas que á un señor, por la mas extraña de las extravagancias se cree aliviarlo sujetándose al servicio de dos. El yugo del Salvador nos parece molesto cuando es solo, y nosotros creemos endulzarle tomando todavía el del mundo; como si añadiendo á una carga otra nueva, pudiese disminuir el peso. Conócese, conviénese que Dios es nuestro soberano Señor, pertenecemos á él por muchos títulos, él es el que nos ha criado, y no nos ha podido criar

sino para él. Pertenecémosle inenajenablemente por el derecho de creacion, de conservacion y de redencion. Hechos esclavos despues de haber sido sacados de la nada, Dios á mucha costa nos ha rescatado para tenernos en su servicio; él es el que nos alimenta, el que nos mantiene y nos conserva, y nos ha prometido un rico, un precioso salario despues de haberle servido. ¿Hubo jamás un siervo obligado, empeñado con un señor con mas títulos que lo que nosotros lo estamos al servicio de Dios? Sin embargo, por una conducta la mas indigna, la mas injusta, la mas extravagante que puede concebirse, no estamos contentos con servir á Dios solo. Convenimos que es el mejor, el mas dulce, el mas grande, el mas poderoso y el mas liberal de todos los señores; que solo él es el que puede hacer nuestra fortuna; nosotros no la esperamos de ningun otro. Conviénese en que el mundo es el mas duro, el mas ingrato, el mas pobre de todos los amos; que nada tiene que dar aun cuando lo prometa; que su servicio es una vergonzosa servidumbre; que no merece por ningun derecho el nombre de señor; que en su servicio no hay mas que esclavos; que es propiamente un tirano, y que no sabe hacer otra cosa que desgraciados. Sin embargo, á pesar de esta conviccion, confirmada todos los dias con centenares de ejemplos, pocos son los que quieran tener á Dios por su único señor. Quiérese servir á Dios; pero se quiere tambien servir al mundo, se quieren partir los servicios. No somos tan impíos ni tan irreligiosos, que nos neguemos á servir á Dios; pero ¡cuán pocos son los fieles verdaderos que no quieran servir mas que á Dios solo! Quiérese tambien servir al mundo, sométese á sus duras leyes, tómase su

librea con placer, hácese profesion de seguir su espíritu y sus máximas. El nuevo señor es duro, su servicio es amargo é ingrato; no importa, se le sirve con gusto; se ama su yugo por mas gravoso que sea; se quieren hasta sus sinsabores y sus desgracias; no nos quejamos, mucho menos nos desanimamos, mientras que no cesamos de quejarnos de la pretendida pesadez del yugo de Jesucristo; por mas dulce, por mas lijero que sea, nos cansamos de su servicio. ¡Buen Dios! ¡Qué locura! ¿Hubo jamás una piedad mas extravagante?

PUNTO SEGUNDO.

Considera que nadie puede servir á dos señores a un tiempo, sobre todo tan opuestos como son Dios y el mundo; es menester necesariamente dedicarse á uno solo. Es imposible servir á Dios y al mundo al mismo tiempo; y aun cuando esto se pudiera, ¿se deberia ni siquiera intentarlo? Consideremos la incompatibilidad de estos dos servicios, por la oposicion de estos dos señores. Sus leyes, sus máximas son tan contrarias, que no es posible dejar de ver que no se puede amar al uno sin aborrecer al otro, y el querer agradar al uno y al otro es desagradar á los dos. Jesucristo pide indispensablemente de todos sus siervos una pureza perfecta, una inocencia sin tacha, un corazon puro, un corazon humilde, y desprendido de todos los bienes criados. La modestia, la dulzura, la mortificacion, y una caridad sin límites y sin medida, una rectitud sin disfraz y sin artificio, la buena fe y la simplicidad, deben caracterizar á todos los discípulos de Jesucristo. No hay virtud alguna de estas que no sea indispensable,

ningun siervo de Dios debe mirar el mundo sino como el enemigo irreconciliable de Jesucristo; y por consiguiente, todos ellos deben tenerle horror, odiar su espíritu, sus leyes, sus máximas. ¿Qué mayor incompatibilidad que la de estos dos señores? ¿Qué nos parece? ¿podemos servir á los dos á un mismo tiempo? ¿al mundo, á sus máximas, su espíritu, y sus leyes enteramente contrarias á las del Evangelio? El orgullo, la ambicion, la vanidad, forman el carácter del espíritu del mundo. Una fortuna mediana no fué jamás del gusto de los mundanos. Preciso es hacer todos los esfuerzos en el mundo para salir del polvo, y elevarse sobre sus iguales. No, nunca se está contento mientras que se ve un puesto sobre aquel que se ocupa. El orgullo es la primera cualidad, y la ambicion la leccion primera que se recibe en el servicio y en la escuela de este altivo señor. Las riquezas son el ídolo universal al cual dirigen los mundanos todos sus votos. El amor del placer es como el alma de todos sus deseos. La molicie, la sensualidad, la impureza misma, no solo están autorizadas en el servicio del mundo, sino que cuasi en ellas consiste todo su salario. La sencillez, la buena fe, la rectitud, están desterradas de él; y la mortificacion, esta virtud tan necesaria y tan recomendada en el cristianismo, causa horror á los mundanos. El lujo, la compostura y la vanidad son la librea de los siervos, ó por mejor decir, de los esclavos del mundo. A este tirano se sacrifica el reposo, la salud, la salvacion. Despues de esto, concordemos el servicio de estos dos señores. ¡Qué impiedad, qué locura el imaginarse que se puede agradar á los dos! Busquemos todos los expedientes que nos agradaren, usemos de

todas las contemporizaciones posibles, el espíritu del mundo extingue el espíritu del Evangelio: ¿queremos servir al mundo? Dios nos rechaza de su servicio: ¿queremos agradar al mundo? desagradamos necesariamente á Dios. Quimera, locura insigne el querer conceder alguna cosa al espíritu, y otro poco á la carne; vivir cristianamente, pero con blandura y deliciosamente; ganar los bienes del cielo, gozando los de la tierra; agradar á Dios, sin desagradar á los hombres; en una palabra, caminar sobre este método, es llevar un camino que Jesucristo no ha trazado, igualmente alejado del camino estrecho y del camino ancho, y edificar entre Babilonia y Jerusalen una nueva ciudad, en donde la caridad y el amor propio fuesen igualmente reverenciados. De este modo pretenden los mas moderados unir estos dos extremos.

No es esto, Señor, lo que yo pretendo hacer: yo quiero serviros á vos solo, y jamás tendré otro señor soberano sino á vos. Vos solo reinaréis de hoy mas en mi corazon.

JACULATORIAS.

Sí, Dios mio, y mi Señor Jesucristo, yo confieso que vos solo sois Santo, vos solo sois Señor, vos solo sois Altísimo. *Eccles. Himm. Miss.*

No olvidaré yo jamás este precepto: Temerás al Señor tu Dios, y á él solo servirás. *Deuter. 6.*

PROPOSITOS.

1.° Como hay pocos cristianos que aspiren de veras á una santidad perfecta, así tambien puede asegurarse que tampoco hay muchos que estén determinados á pasar su vida en un desarreglo escandaloso; el gran

número es de aquellos que buscan un temperamento entre estos dos extremos, y que querrian, si fuese posible, concordar en sí mismos la conciencia con la concupiscencia, el mundo con Dios. Se querria ser mundano sin dejar de ser cristiano; se quiere servir á Dios, y satisfacer á los deberes esenciales de la religion, sin renunciar al espíritu y á las máximas del mundo: israelita en Jerusalen, medio gentil en Babilonia; así es como se pretende contentar á Dios y al mundo, dividiéndose, por decirlo así, entre el uno y el otro; pero en vano se pretende, porque esta division no puede contentar ni al uno ni al otro. Para Dios de nada sirve la mitad, para el mundo tampoco será bastante; pero cuando el mundo se contentara con menos, por poco que se le dé, es lo mismo que no dar nada á Dios, que negárselo todo. Penetrémonos bien de esta importante verdad, ella es de la mayor consecuencia. Declarémonos por verdaderos siervos de Dios, llenemos todos los deberes de tales, y désenos muy poco de que el mundo chille. Nosotros no tenemos mas que un señor que es el mismo Dios; sirvámosle con fervor, con empeño y con fidelidad.

2.° Guardemos, sí, las atenciones del decoro; pero no seamos jamás esclavos de las extravagantes máximas de los mundanos. Acordémonos de continuo que estamos en el servicio de Dios. ¡Qué indignidad! ¡qué bajeza el sujetarnos á las quiméricas leyes de un monton de libertinos, ó de mujeres mundanas, á quienes complace el inventar modas, mudar los estilos, proscribir ó autorizar conforme á su capricho y á su mal gusto! No admitamos nunca como regla de nuestra conducta mas que las máximas del Evangelio, y por modelo la vida de los santos. En todo lo

que debemos hacer no consultemos mas que á Dios, á nuestra salvacion, á nuestra conciencia. Desterremos para siempre de nuestro entendimiento y de nuestro corazon aquella máxima indigna de un cristiano : *Así se vive en el mundo; así debe obrarse cuando se vive en el mundo.* Ignoremos esta jerigonza indigna de una lengua cristiana. En fin, en medio del mundo acordémonos siempre que somos cristianos.

DECIMOQUINTO DOMINGO

DESPUES DE PENTECOSTES.

Llámase este domingo en la Iglesia el domingo del hijo de la viuda de Naim, cuya milagrosa resurreccion es el asunto del evangelio que se lee en la misa del dia, y que está en uso en Roma desde el siglo VII. La epístola de este dia es continuacion de la que se leyó en la dominica precedente. San Pablo da en ella instrucciones circunstanciadas de la moral cristiana con tal precision, que en pocas palabras dice mucho; esta sola epístola da las reglas de su conducta á todos los fieles. En toda la Escritura no tenemos cosa mas llena ni mas instructiva que ella. El introito es una corta, pero afectuosa oracion que el alma hace á Dios, animada de una viva confianza en su misericordia.

Escuchad, Señor, mi oracion, y oidme; porque estoy en el desamparo y en la indigencia, añade David. Una de las mejores disposiciones para la oracion es el conocer uno su pobreza y su necesidad. Cuando todo nos rie, cuando lisonjea todo, estamos contentos.

Apenas sale uno de sí mismo cuando reinan la abundancia y la prosperidad; pasa uno fácilmente sin auxilio extraño cuando todo florece en el propio suelo. Mas cuando todo este esplendor tan satisfactorio se extingue; cuando la pobreza nos asalta; cuando nos vemos abandonados y hasta aborrecidos de las criaturas, recurrimos á Dios con confianza y con fervor. La oracion es siempre viva, cuando es humilde; y siempre eficaz, cuando parte de un corazon humillado y contrito. Los honores, las riquezas tienen encantos que suspenden muchas veces la fe, y que debilitan siempre la devocion; las adversidades la despiertan; ninguna cosa nos hace acudir á Dios mas afectuosamente que la persecucion. David perseguido por Saul ó por Absalon reconoce su nada, la cual perdia de vista en la prosperidad y sobre el trono; durante esta persecucion, pues, durante esta afliccion, cuando se ve en este abandono universal de las criaturas, es cuando recurre á Dios. Este rey afligido y perseguido tal vez jamás hubiera pedido á Dios con tanto ardor y confianza, si no se hubiese visto en tan grande afliccion: Conservadme, *ó Dios mio, salvad á vuestro siervo que pone en vos solo toda su esperanza;* movido de mis clamores, Señor, compadeceos de un siervo que no cesa dia y noche de implorar vuestra misericordia: consoladle, puesto que en su afliccion y en sus penas pone en vos solo su confianza, é implora vuestro auxilio. Se ha dicho ya en otra parte que levantar su alma, que es la expresion de que usa David, *levavi animam meam*, hácia alguna cosa, es un modo de hablar muy ordinario en la Escritura, para expresar el deseo ardiente que tenemos del objeto de nuestros votos. Pocos salmos hay mas afec-

tuosos que este. Habla en él un siervo de Dios que derrama su corazon delante del Señor con entera confianza. Un cristiano en el tiempo de la tentacion no podria hacer una oracion mas bella; no hay nada mas vivo, mas patético, ni mas tierno, que este salmo 85. Hallándonos en la afliccion ó en la desolacion, él debe ser nuestra oracion ordinaria.

La epístola, como hemos dicho, es un pormenor instructivo de los puntos mas importantes de la moral cristiana; es una leccion excelente que interesa á todos los fieles, y que mira á todas las edades y á todas las condiciones.

Si estamos animados del espíritu de Dios, nos dice el santo apóstol; si no vivimos segun la carne, ni segun los perniciosos deseos de la concupiscencia; si somos verdaderamente cristianos, vivamos de un modo enteramente cristiano; *si el espíritu de Jesucristo es el que nos anima, caminemos tambien segun este espíritu. No seamos ávidos de vanagloria*, acometiéndonos unos á otros, teniéndonos envidia, llevados de una emulacion secreta tan contraria á la caridad. Si no hubiese orgullo, no habria division, contestacion, ni querella. La causa ordinaria de la diversidad de sentimientos es una vanidad secreta. Por mas que se forjen motivos plausibles de nuestra tenacidad, es seguro que estaríamos muy pronto acordes, si el orgullo no patrocinase la causa; la envidia, los zelos son siempre los primeros frutos del orgullo. *Hermanos mios*, añade, *si alguno se ha dejado sorprender hasta cometer alguna falta, vosotros que sois espirituales dadle buenos consejos; pero con un espíritu de mansedumbre.* Algunos doctores, animados de un falso zelo y de un espíritu de orgullo, habiéndose metido á dogmatizar, habian

introducido la turbacion y la division en aquella iglesia. No hay hereje, no hay cismático sin partidarios. Abusando de la simplicidad de aquellos nuevos fieles, habian arrastrado á muchos al error. San Pablo exhorta á los sacerdotes, y á todos los que estaban animados del espíritu de Jesucristo, á que vuelvan á traer al redil á aquellos que habian caido en los lazos; á que les den la mano, y los aparten de su extravío, no echándoles en cara su falta con acritud, sino representándoles su caida con espíritu de dulzura y de caridad. Guardémonos bien de abrigar un zelo amargo, que lejos de curar las llagas las exacerba y las cancera; y para esto que considere cada uno su propia flaqueza, y reflexione que no por haber sido mas fiel, es por eso menos capaz de semejantes desacuerdos. La vista de lo que somos no debe fascinarnos para no ver lo que podemos ser. *No hay pecado,* dice san Agustin, *de que no sea uno capaz, si Dios no nos tiene de su mano.* El conocimiento de nuestra propia flaqueza inspira siempre mas compasion que aspereza contra los pecadores. Siempre es un orgullo secreto lo que causa la amargura y la dureza en el zelo. Cuando uno piensa que ha sido pecador, ó á lo menos que puede serlo, se compadece de los que lo son. Nada inspira tanto el espíritu de mansedumbre para con los pecadores como el conocimiento experimental de nuestra propia flaqueza. Jesucristo, dicen los padres, no quiso dar las llaves del reino de los cielos á san Juan, porque habia vivido siempre en la inocencia; y las dió á san Pedro, que no obstante su fervor habia experimentado sobradamente su propia flaqueza en su caida; y *tu tambien,* le dijo por tanto el Señor, *cuando una vez hubiere,*

vuelto en ti, confirma á tus hermanos. Un ministro del Señor probado, instruido por sus propias caidas, tiene mas compasion de las caidas de los otros, y sin contemplar nunca al pecado, contempla siempre al pecador. *Guardándoos cada uno de vosotros*, añade el santo apóstol, *no sea que vosotros mismos seais tambien tentados.* Los que son tan severos con los otros, no siempre lo son consigo mismos. Muchos van por un camino ancho, mientras que á los demás solo les muestran senderos muy estrechos. Para confundir esta hipócrita severidad, permite Dios muchas veces que estos implacables médicos espirituales se vean atacados del mal para el que ellos ordenaban remedios impracticables; y que aprendan por la necesidad que tienen ellos mismos de indulgencia, á tenerla con los demás pecadores.

Llevad mutuamente la carga, continúa el santo apóstol, y de este modo cumpliréis la ley de Jesucristo. Esta divina ley está fundada sobre la caridad, y esta caridad recíproca entre los cristianos es la que los conduce á aliviarse mutuamente los unos á los otros. Los socorros mutuos alivian las cargas particulares; nada disminuye tanto su peso como la caridad cristiana, y en alguna manera es participar de la afliccion de nuestros hermanos el compadecernos de sus aflicciones. La dureza del alma es una prueba de su orgullo. Esto es lo que hace decir al Apóstol, que si alguno se imagina que es algo, no siendo nada, se engaña á sí mismo. El orgullo, la estima ventajosa de sí mismo es una especie de locura. Nos reimos, tenemos lástima de un vil artesano, que se imagina que es un gran príncipe; ¿somos nosotros menos imbéciles cuando creemos que somos alguna

cosa mas que nuestros hermanos? De nuestro propio fondo no tenemos otra cosa mas que la nada, y, propiamente hablando, de ninguna otra podemos gloriarnos. Una vanidad necia lejos de elevarnos sobre los demás, nos pone siempre inmediatamente bajo de todos.

Examine bien cada uno lo que ha hecho y lo que hace, y asi no se gloriará sino de lo que es en sí mismo, y no de lo que son los demás; nuestras enfermedades, nuestras flaquezas dicen lo que somos. No descubrimos con tanta perspicacia los defectos de otro, sino para tener el maligno placer de creernos exentos de ellos, y arrogarnos por esta buena opinion de nuestra pretendida virtud un derecho de superioridad sobre los demás. Desengañémonos, nuestras vanas imaginaciones no serán nunca títulos de nobleza. No se funda nuestro mérito ni sobre las virtudes, ni sobre los defectos de otros; *lo que constituye nuestra gloria*, dice san Pablo (1), *es el testimonio de nuestra conciencia*, fundado sobre la conducta que hubiéremos observado en este mundo, viviendo en él con un corazon simple y sincero delante de Dios, no segun la prudencia de la carne, sino segun la gracia de Dios, principalmente en lo que á nosotros nos toca. Nuestras obras y no las de otro son las que nos acompañan y formarán nuestro retrato. Las buenas ó las malas cualidades de los demás no constituirán jamás nuestro carácter; cada uno debe ser juzgado por el bien ó por el mal que hubiese hecho. ¡Qué locura el creerse uno bueno, porque los demás son malos; *cada uno llevará su carga*. No se nos pedirá cuenta de los talentos que los demás han recibido,

(1) II. Cor. 1.

sino de los que se nos han entregado á cada uno de nosotros; las faltas de otro no nos justificarán á nosotros. *Aquel que se hace instruir, dé parte de todos sus bienes al que le instruye.* Muchos entienden este lugar de la limosna que debe hacerse á los que nos instruyen; pero san Jerónimo y santo Tomás le explican en un sentido espiritual: Que el que se instruye en la fe, dicen, escuche á su maestro con docilidad, é imite sus buenos ejemplos. No os hagais de tal modo discípulos de los que os instruyen, que os impongais una ley de imitar hasta sus defectos; porque, como dice el Salvador, los escribas y los fariseos están sentados en la cátedra de Moisés: observad, sí, y haced todo lo que os dijeren; pero no obreis como ellos, cuando ellos no hacen lo que dicen.

No os engañeis, nadie se mofa de Dios impunemente. Por mas que nos alimentemos de nuestras propias ideas, por mas que nos formemos un sistema de conciencia á nuestro gusto, Dios no juzga sino conforme al suyo. Podemos engañar á los hombres; pero ¿pretendemos engañar á Dios? Enmascárase la hipocresía; pero esta máscara no puede sostenerse delante de los ojos de Dios. Todos esos aires artificiosos de una devocion puramente exterior, todas esas añagazas de devocion no sirven mas que para hacernos mas criminales. Dios desenvuelve todos los pliegues y repliegues del corazon humano; Dios hace un discernimiento justo y preciso de todos los motivos que nos excitan á obrar; Dios penetra el fondo de la conciencia. ¡Qué impiedad! ¡qué extravagancia el quererle alucinar! Y el vivir de otro modo que lo que se hace profesion de creer, ¿no es quererse burlar de Dios? *Lo que el hombre hubiere sembrado, eso es lo que cogerá.* No hay

cosa mas miserable que la falsa conciencia : ¿qué se gana con engañar á los demás, con engañarse á sí mismo por un falso brillo de piedad? ¿de qué sirven todos esos forzados raciocinios para colorar el error en que se está, y para justificar la relajacion en que se vive? Porque queramos autorizar nuestra conducta, por mas irregular que sea, ¿será por eso menos defectuosa? ¿Deferirá Dios mucho á nuestras opiniones, cuando sean contrarias á la santidad y á la severidad de su moral? ¿y seremos juzgados dignos del reino celestial, porque nos creamos santos á nuestros ojos? La recoleccion corresponde siempre á la sementera; ¿se ha sembrado grano malo? no se puede coger sino zizaña : ¿no se hacen mas que obras de tinieblas? no se puede coger otra cosa que corrupcion. ¿Se vive en el espíritu, esto es, segun el espíritu de Dios? se recogerá la vida eterna. *No nos cansemos de obrar el bien, porque no cansándonos, cogeremos* el fruto *á su tiempo.* Durante esta vida sembramos para la eternidad; en la muerte es propiamente cuando se coge, y entonces cogeremos lo que hayamos sembrado. ¿Hemos seguido en la vida los deseos de la carne, hemos vivido segun el espíritu del mundo? corrupcion, sentimientos infructuosos, desgracias eternas; hé aquí nuestra cosecha en la muerte. ¿Hemos llevado una vida inocente, pura, mortificada, una vida espiritual y cristiana? la cosecha será la felicidad eterna. *La vida eterna es para aquellos que, obrando constantemente el bien, aspiran á la verdadera gloria, al honor sólido y real, y á la inmortalidad : luego mientras tenemos tiempo hagamos bien á todo el mundo*, y principalmente á los que componen la familia de los fieles. Hagamos todo el bien

que podamos mientras estamos en esta vida; en la muerte no será ya tiempo de hacerlo. En la muerte solo habrá vanos pesares, estériles deseos, promesas, sentimientos frívolos; el dia va declinando, los nuestros están contados, y se marchan; hagamos el bien mientras que tenemos tiempo. Comencemos por hacer bien á todo el mundo, y principalmente á nuestros hermanos, no solo asistiéndoles con nuestros bienes, sino tambien edificándoles con nuestros buenos ejemplos: es esta una especie de limosna de obligacion, de la cual nadie está exento.

El evangelio de la misa de este dia contiene la historia de la resurreccion del hijo único de la viuda de Naim, con todas las circunstancias de este gran milagro.

Habiendo el Salvador salido de Cafarnaum, en donde habia curado de una manera tan milagrosa al siervo del centurion, pasó por una ciudad llamada Naim: era esta ciudad pequeña, situada hácia el extremo de la baja Galilea, á dos millas del monte Tabor, entre la Galilea y la Samaria. En el dia está enteramente arruinada, y no queda de ella mas que unas pocas casas, que habitan algunas familias de árabes extraordinariamente salvajes. Cuando se acercaba, pues, el Salvador á esta ciudad vió innumerable gente reunida para los funerales de un jóven, hijo único de una viuda. Allí fué donde su palabra omnipotente que el dia antes habia sacado del lecho á un paralítico, hizo salir un muerto del féretro. No es una casualidad la que hizo que el Salvador encontrase á aquel jóven á quien llevaban á enterrar; fué su bondad la que le condujo allí para darle la vida. Así tambien esos accidentes imprevistos que convier-

ten á los pecadores en lo fuerte de sus desórdenes, y en el tiempo en que menos lo pensaban, no son de manera alguna imprevistos de parte de Dios. Su providencia los ha proporcionado segun los designios de su misericordia para nuestra salvacion.

Habiéndose acercado Jesucristo, vió el acompañamiento fúnebre. Los llantos de una madre excesivamente afligida por la pérdida de su hijo, que era todo su consuelo y su esperanza, le conmovieron sensiblemente. No pudo verla derramar lágrimas, ni oir sus gemidos, sin enternecerse y moverse á compasion; y dirigiéndose á aquella madre desconsolada: No llores, le dijo, consuélate; el motivo de tus lágrimas y de tu dolor se acaba, puesto que yo voy á volver la vida á tu hijo. Detiénese todo el acompañamiento á estas palabras, fijan todos la vista en el Salvador, y cada uno espera á ver el efecto de esta promesa. Acércase Jesus al féretro, y le toca con la mano; los que le llevan se detienen por respeto, cuidadosos de lo que iba á hacer. La esperanza de una maravilla tan grande suspende todo afecto de dolor; todos callan, cuando el Salvador dirigiéndose al muerto, le dice en tono de señor: *Joven levántate, yo te lo mando:* al instante se levanta el muerto, y se sienta: mira todo aquel lúgubre aparato y los que están en rededor de él, y con un tono firme les habla. Pero su mayor solicitud es por dar gracias á su insigne bienhechor. Baja del féretro, y llega á postrarse á los piés de Jesucristo, de cuya omnipotencia acaba de experimentar una prueba tan brillante. Mas el Salvador mas solícito todavía, por decirlo así, de acabar de perfeccionar el gozo de aquella madre afligida, él mismo la presenta á su hijo, y se lo vuelve con vida. Puédese

imaginar cuáles serian los afectos de alegría de la madre y del hijo, y cuáles tambien los sentimientos de admiracion de toda la reunion que allí estaba; todos llegaron á postrarse á los piés del Salvador llenos de respeto; todo resonó con los gritos de alegría, de alabanzas, de bendiciones; todos se apresuraron á ir á la ciudad para publicar el milagro. Todos los que fueron testigos de esta maravilla, quedaron poseidos de asombro, y de un santo pavor que les obligaba á exclamar con los afectos mas profundos de reconocimiento á Dios: En verdad tenemos un gran Profeta entre nosotros; el Señor, lleno de misericordia, se ha dignado visitar á su pueblo, y hacer brillar á nuestra vista su omnipotencia en la persona de este hombre enteramente divino.

Todas las circunstancias de esta maravilla demuestran visiblemente la autoridad soberana y absoluta con que el Salvador hacia los mayores milagros. No manda al muerto que resucite y se levante como un simple profeta, como un hombre animado del espíritu de Dios, como puro hombre; no habla como hombre, sino como Dios: la ley prohibia mancharse tocando un muerto; pero no prohibia tocar un muerto para volverle la vida; una accion tal purificaba al mismo muerto sacándole del estado de corrupcion. *Un gran Profeta ha aparecido entre nosotros.* Los habitantes de Naim reconocen aquí á Jesucristo por el Mesías, por el gran Profeta prometido de Dios por Moisés: *El Señor suscitará de en medio de vosotros y de entre vuestros hermanos*, esto es, de la misma nacion que vosotros, *un Profeta como yo*, y aun mucho mas grande que yo, *á quien escucharéis* y obedeceréis (1).

(1) Deut. 18.

Sírvense de los mismos términos y de la misma expresion de que Zacarías, padre de san Juan Bautista, se habia servido para designar al Mesías: Bendito sea el Señor Dios de Israel, *porque ha visitado y rescatado á su pueblo.* San Lucas añade que lo que los habitantes de Naim decian del Salvador, y lo que acababa de hacer, *se extendió por toda la Judea y por toda el pais circunvecino.* No es extraño que en toda la Judea resonase la fama de este milagro y de tantos otros; pero que todos estos milagros tan conocidos, tan incontestables, no hubiesen podido evitar á Jesucristo la muerte mas ignominiosa, es un prodigio de ceguera, de ingratitud, de estupidez, de impiedad en el pueblo que fué autor de ella, que no es posible comprender.

La oracion de la misa de este dia es como sigue.

Señor, dignaos purificar y fortificar vuestra Iglesia por una continuacion no interrumpida de vuestra misericordia; y porque ella no puede subsistir sin vuestra gracia, conducidla y sostenedla siempre por vuestra bondad. Por nuestro Señor Jesucristo, etc.

La epistola está tomada de la del apóstol san Pablo á los Gálatas, cap. 5 *y* 6.

Hermanos mios: Si estamos animados del espíritu, caminemos tambien segun el espíritu. No seamos ávidos de vanagloria, acometiéndonos unos á otros, y teniéndonos envidia mutuamente. Hermanos mios, si alguno se ha dejado sorprender hasta el punto de cometer algun pecado, vosotros que sois espirituales, dadle buenos dictámenes con un espíritu de dulzura, guardándoos cada uno de vosotros, no sea tambien que vosotros caigais en la misma tentacion. Llevad la carga los unos de los otros, y por este medio cumpliréis la ley de Jesucristo. Porque si alguno cree que es algo,

no siendo nada, se engaña á sí mismo. Ahora bien, examine cada uno bien lo que ha hecho, y así no se gloriará sino sobre lo que es en sí mismo y no sobre lo que son los demás, pues que cada uno llevará su carga. Mas el que se hace instruir, dé parte en todos sus bienes á aquel que le instruye. No os engañeis, nadie se burla de Dios. Porque lo que el hombre hubiere sembrado, eso recogerá; así el que siembra en su carne, de la carne cogera la corrupcion; el que siembra en el espíritu, del espíritu cogerá la vida eterna. Hagamos el bien sin cansarnos, porque no cansándonos, haremos la recoleccion á su debido tiempo. Mientras, pues, que tenemos tiempo, hagamos bien á todo el mundo, y principalmente á los que componen la familia de los fieles.

NOTA.

Habiendo la moral extremada y severa de los falsos apóstoles introducido entre los fieles de Galacia, no solo la division y la turbacion, sino tambien la relajacion; san Pablo, despues de haberles dado á conocer el veneno esparcido en la doctrina de aquellos falsos doctores, les da estas saludables instrucciones para hacer revivir entre ellos el fervor y la pureza de la moral cristiana.

REFLEXIONES.

No os engañeis, nadie se burla de Dios. No hay cosa mas odiosa, y puede aun decirse que no la hay mas impía, que la disimulacion y la mojiganga en materia de religion y de piedad. ¿Qué idea se ha formado de Dios, cuando se pretende engañarle por un exterior hazañero, y por una ostentacion que solo sirve para engañar á los simples? Podemos burlarnos del público fascinándole con un aparato artificial de virtud; podemos sorprenderle y embelesarle con palabrotas y falsos pretextos de reforma; podemos aun, por un

artificio secreto del amor propio, alucinarnos á nosotros mismos. No es una cosa extraordinaria que el entendimiento sea el juguete del corazon; las pasiones, y sobre todo la de la sensualidad y la del orgullo, tienen resortes secretos que remueven artificiosamente la máquina. El espíritu de tinieblas sabe el arte de transformarse en ángel de luz. Los pretextos, los motivos, aun los mas especiosos, hacen impresiones sobre el alma, á las cuales es difícil no ceder, y todavía mas difícil el no ser engañado de ellas. Entrégase uno á ciegas á las mas groseras ilusiones; abraza atolondradamente el error, le sostiene con tenacidad, se rebela contra las potestades legítimas establecidas por Dios, y se imagina todavía que le hace un servicio. En una palabra, es uno esclavo de la concupiscencia y de los deseos de la carne, y se figura que vive conforme al espíritu de Dios y á las máximas mas puras del Evangelio. La pasion es el primer móvil de todo: el espíritu de interés, de ambicion, aun el de venganza, es el alma de todas las acciones, y por una ceguera lamentable, por una contumacia maligna se toma la pasion por virtud, y la acritud, la animosidad, la enemistad, el odio mismo por zelo. En medio de este desórden del corazon y del espíritu, se vive en una seguridad soporífera, como si Dios debiese estar muy satisfecho de nuestros servicios. Se vive tranquilamente en la molicie y en los placeres; y á favor de algunas apariencias muy superficiales de buenas obras, y de una máscara de piedad, se lleva una vida enteramente mundana. *No os engañeis, nadie se burla de Dios impunemente.* Dios sí que se burlará de nuestras ilusiones y de nuestras añagazas. La máscara no dura mas que hasta la hora de la muerte; el prestigio

se desvanece á la vista del sepulcro; el disfraz se borra con el sudor frio con que se espira. Dios castiga entonces de un modo muy severo el desprecio que se ha hecho de la santidad y de la religion. El fuego eterno sucede á la comedia que se ha representado. ¿Cómo podemos ignorar que Dios penetra el fondo del corazon, y permite que los hombres se dejen fascinar con engañosas apariencias?

El evangelio de la misa es segun el de san Lucas, cap. 7.

En aquel tiempo: Iba Jesus á una ciudad llamada Naim, seguido de sus discipulos y de una multitud copiosa. Cuando se acercaba á la puerta de la ciudad, hé aquí que llevaban á enterrar un muerto, hijo único de una viuda, á la cual acompañaba mucha gente de la ciudad. Luego que el Señor la vió, movido de compasion de ella: No llores, le dijo; y acercándose al féretro, le tocó. Detuviéronse los que le llevaban, y él dijo: Jóven, levántate, yo te lo mando. Inmediatamente el muerto se sentó, y comenzó á hablar, y Jesus le entregó á su madre. Todos quedaron poseidos del espanto, y publicaban las grandezas de Dios, diciendo: Un gran Profeta ha aparecido entre nosotros, y Dios ha visitado á su pueblo.

MEDITACION.

LA MUERTE ES DULCE PARA LOS BUENOS, Y TERRIBLE PARA LOS PECADORES.

PUNTO PRIMERO.

Considera que es tan natural el que á una vida buena siga una buena muerte, y á una vida desarreglada una muerte funesta, como es natural el que un árbol bueno produzca buenos frutos, y que uno malo los produzca malos. La muerte es el eco de la vida, esto es, repite fielmente toda la vida, ó, digámoslo

mejor, tal como uno ha sido durante la vida, tal se encuentra en la muerte.

Extravagancia seria el esperar que un hombre que jamás durante su vida ha sabido hablar otra lengua que la de su país, en la muerte hablase una lengua extranjera : no seria menor maravilla haber sido uno toda su vida mundano, libertino, irreligioso, y esperar el morir cristiano.

Si sucede alguna vez que un gran pecador muere bien, ¿no se mira esto como una especie de milagro? los mismos libertinos ¿lo miran de otro modo? ¡Qué desconsuelo, buen Dios, el no poderse salvar sino por milagro! Los malos deben contar mas para su salvacion con estos milagros, que los enfermos desesperados con las curaciones milagrosas para el restablecimiento de su salud.

Es preciso morir : ¡qué decreto! está ya dado, y es irrevocable : es preciso morir. ¡O palabra terrible para un hombre que no ha pensado jamás en la muerte, que toda su vida ha mirado con horror el pensamiento de la muerte, á quien solo el pensamiento de la muerte ha parecido un suplicio! ¡Qué turbacion, qué desórden no causan en el alma de un pecador los crueles remordimientos que despierta en ella este pensamiento! porque entonces es cuando se siente toda su vehemencia, y cuando se penetra todo su sentido.

Es preciso morir, esto es, es preciso dejar su hacienda, su casa, sus cargos, sus amigos : es preciso decir á Dios para siempre á todos los placeres de la vida; es preciso comparecer delante de Dios, y darle cuenta de sus deseos y de sus obras para ser juzgado de ellas. ¡Cuántas cosas hay que dejar, cuántas que

llorar, cuántas que hacer, cuántas que temer, y para todo esto no hay mas que un momento! El proceso está instruido, las pruebas de todos los hechos van en la propia conciencia. Un Dios irritado está á punto de juzgarle, y de vengarse por sí mismo de tantos insultos. El pecado mismo, sí, el pecado que tenia tantos encantos, no es ya mas que un monstruo, y se levanta contra el pecador. ¡O muerte de los pecadores, qué funesta eres! La memoria de lo pasado espanta; la vista de lo presente abruma; el temor de lo venidero conduce á la desesperacion. ¡O muerte de los pecadores, terrible muerte, muerte cruel que vale ella sola por un infierno!

PUNTO SEGUNDO.

Considera qué consuelo tan dulce, qué sentimientos de alegría causa la noticia de haberse ganado un pleito importante; la de la vuelta de un largo y triste destierro; la noticia, en fin, de una victoria completa que nos asegura una corona: todo esto se halla, se experimenta, se siente en la muerte de los justos, y cien veces mas que todo esto. Es un triste destierro que concluye, una continuacion de males que cesa, una vicisitud de borrascas, de temores y de peligros que espira; una felicidad pura, llena, satisfactoria, eterna, que comienza; un manantial de inquietudes, de sentimientos, de disgustos, que se agota para siempre.

Las almas de los justos están en la mano de Dios, la muerte no las afligirá. Si Dios nos sostiene, ¿quién nos derriba, qué hay que temer? La vista de un Dios irritado es propiamente la que hace la muerte espan-

tosa. Dios solo es el que puede hacerla dulce. Muérese siempre contento cuando se muere santo.

Cuando no está uno apegado á la vida, la deja sin pena y sin sentimiento; y cuando uno piensa que no muere sino para vivir para siempre, muere hasta con placer. ¿Podrá temerse mucho el caer en las manos de Dios, cuando se le ha amado y se le ama? Cuando uno le ama, está siempre seguro de que es amado de él tiernamente. Jesucristo no nos da su precioso cuerpo y su sangre solamente para alimentarnos con él, sino tambien para hacernos vivir por él; y esta vida eterna comienza siempre en el momento de la muerte.

¡Cuánto consuela al justo moribundo la memoria de lo pasado! ¡cuánto le agrada lo presente! ¡de qué alegría no colma á una alma santa la esperanza tan bien fundada en las misericordias de Dios, de una eternidad bienaventurada! La muerte de los justos es como una fruicion anticipada de la bienaventuranza eterna.

A la verdad, la vista de sus pecados puede ser para un hombre de bien un motivo justo de temor; pero la vista del crucifijo asegura maravillosamente á una alma pura: las oraciones de la Iglesia, el auxilio de los santos, y sobre todo de la Reina de los santas, la presencia de Jesucristo mismo, todo esto inspira á los justos en el último momento cierta confianza en la misericordia de Dios, y así ni la tentacion, ni la tribulacion misma, ni el horror natural de la muerte, son capaces de inmutarlos.

¡Buen Dios! ¡qué diferencia entre la muerte de los justos, y la muerte de los impíos? Pues mientras dura la vida, es cuando se opta á ella.

¡Cosa extraña! Estimamos tanto á los santos, alabamos tanto á los santos; ¿cuándo, pues, seguiremos sus ejemplos? ¡Dios mio! ¿podré darme por contento con haber tenido para con ellos sentimientos de estima y de veneracion, sin haberme nunca impuesto la obligacion de imitar su conducta? ¿Hubieran sido ellos tan dichosos, se hubieran hecho santos, si hubiesen vivido como vivo yo?

No permitais, Señor, que estas reflexiones sean para mí un nuevo motivo de sentimiento en la última hora, y que mientras que yo ruego por las almas, que por faltas tan lijeras padecen penas tan horribles, descuide la penitencia saludable que, aunque lijera, puede por vuestra misericordia librarme de tan crueles tormentos.

JACULATORIAS.

Dichosos los muertos que mueren en el Señor. *Apoc.* 14.

Tenga yo la dicha de morir con la muerte de los justos, y sea mi fin semejante al suyo. *Num.* 23.

PROPOSITOS.

1.º Examinemos cómo hemas satisfecho hasta aquí nuestros deberes con respecto á las almas del purgatorio. Tenemos allí amigos, parientes, todos los fieles que están allí encerrados son nuestros hermanos: ¿qué hemos hecho para aliviarlos? No carecemos de medios: el padre que nos ha educado con tanta solicitud, la madre que nos amaba con tanta ternura, y que acaso padecen todavía por habernos amado con exceso, gimen desde su muerte entre aquellos fuegos terribles, é imploran nuestro socorro; los que nos

han dejado tan cuantiosos bienes; los amigos que nos han hecho tantos servicios importantes; todas aquellas almas afligidas, pacientes, abandonadas totalmente por muchos años, olvidadas, todas estas claman, levantando sus manos, por decirlo así, y sus ojos hácia nosotros : ¡O vosotros que nos habeis testificado tanta amistad, cuando vivíamos todavía entre vosotros! ¡O vosotros que ahora podeis á poca costa hacernos grandes servicios, tened compasion de nosotros! Examinemos, pues, hoy lo que hemos hecho por ellas : ¿qué oraciones, qué limosnas, qué buenas obras, cuántas misas hemos hecho decir por su descanso? ¿Hemos cumplido con los legados piadosos de que estamos encargados? ¿hemos hecho las restituciones que debia nuestra herencia? ¡Cuántas pobres almas padecen en el purgatorio, hace ya un gran número de años, por la dureza y la avaricia impía de sus herederos y de sus hijos! ¡Qué crueldad! pero ¡qué crímen! No pase el dia sin que nos hayamos desembarazado de unos deberes tan importantes.

2.° Impongámonos una ley para que no pase dia alguno sin hacer alguna oracion particular, aunque no sea mas que un *De profundis*, por las almas del purgatorio. Hagamos decir hoy una misa, si podemos, ó á lo menos oigámosla por ellas. Sean por su alivio todas las buenas obras, todas las limosnas que hiciéremos en este dia. Es una práctica de piedad muy laudable el concluir siempre la oracion de la noche con un responso por los muertos. La caridad que se ejercita con aquellos dichosos cautivos, es un medio poderoso para alcanzar la gracia de morir con la muerte de los justos. Pocas iglesias hay en donde no haya cada mes una indulgencia en favor de los muertos.

No omitamos nada para ganarla en alivio suyo. El zelo que tuviéremos por consolar estas almas afligidas no dejará de sernos ventajoso. Nosotros tendremos tambien necesidad de sufragios de los fieles despues de nuestra muerte; tengamos, pues, mucha caridad con estas almas santas durante nuestra vida, si queremos que Dios nos aplique las oraciones y buenas obras que se hicieren por nosotros despues de nuestra muerte. Pero ¡qué dicha, qué consuelo para nosotros, si hemos tenido la fortuna de librar, ó de aliviar solamente, una sola de aquellas almas santas! ¡qué socorro no debemos esperar de ella, desde luego que ya gozare de Dios en el cielo! Hagamos todos los dias, si se puede, una limosna por las almas del purgatorio, y digamos por ellas á lo menos una vez al mes el oficio de difuntos.

DECIMOSEXTO DOMINGO

DESPUES DE PENTECOSTES.

Hase podido ver ya bien, por lo que se ha dicho en la historia de los domingos precedentes, que el asunto del evangelio de la misa del dia da el nombre distintivo á los domingos despues de Pentecostés. El domingo décimosexto se llama en toda la Iglesia latina el domingo del *Hidrópico*. Proviénele este nombre del asunto del evangelio que se leia ya en este dia en Roma desde el tiempo del papa san Gregorio, y que se lee en cuasi todas las iglesias de occidente.

El introito de la misa está tomado del mismo salmo que el del domingo precedente. No hay cosa mas afectuosa ni mas tierna que esta oracion, y debe ser familiar á todas las personas afligidas, y á los que padecen alguna tentacion violenta.

Dejaos mover, Señor, de mis clamores y de mis lágrimas, compadeceos de una alma que no cesa en todo el dia de implorar vuestro auxilio y vuestra misericordia. Confieso que no merezco ser oido, y que la voz de mis iniquidades es mas fuerte que la de mi contricion y de mis lágrimas; pero muévaos á lo menos mi perseverancia y mi importunidad, é inclíneos á que tengais compasion de mí. Dios quiere que se le ruegue con perseverancia y con cierta especie de importunidad. Hay un género de violencia que es agradable á Dios, dice Tertuliano, y esta es la que se le hace con una oracion perseverante, cual lo hizo David implorando todo el dia la misericordia y el auxilio del Señor. El pensamiento de la bondad y de la infinita misericordia de Dios le sirve tambien de un nuevo motivo para redoblar su confianza. Lo que me obliga, Señor, á pediros con perseverancia, y á creer que me oiréis, es que yo sé que sois un Dios lleno de bondad, lleno de mansedumbre, lleno de misericordia con los que os invocan: porque, ¿quién es el que habiendo puesto en vos toda su esperanza, no ha sido oido? Yo espero, Señor, que seré de este número: no, vos no estableceréis para mí un nuevo sistema; sois incapaz de mudaros, y por consiguiente vuestra misericordia será siempre vuestra cualidad favorita, la que á nuestra vista brillará siempre mas que todas las demás de vuestras maravillas; y yo mismo seré una nueva prueba para toda la tierra del exceso de

vuestra bondad con los pecadores. Esto lo repite muchas veces el santo profeta en todos los salmos, y señaladamente en el salmo 144, cuando dice: *El Señor es bueno, tierno, compasivo, es paciente y lleno de misericordia; es bueno con todas sus criaturas, y su misericordia se extiende sobre todas sus obras:* no hay ninguna que á su manera no publique cuan bueno es Dios. *El Señor está siempre cerca de los que le invocan, para consolarlos, pero de los que le invocan con una verdadera confianza en su bondad;* y si no concede inmediatamente lo que se le pide, es porque se complace en que se le ruegue. Para ninguna cosa es David mas elocuente que para publicar la bondad y la mansedumbre de nuestro Dios, y para exaltar su misericordia sin límites. El introito de la misa de este dia dice todo esto, en las palabras que quedan dichas al principio. Concluye este introito por donde comienza el salmo 85: *Señor, inclinad vuestros oidos, y escuchad mi oracion, porque estoy en el desamparo y en la indigencia.* Para que la oracion sea eficaz, debe ser humilde, perseverante, y llena de una confianza que no se debilite. La Iglesia tiene cuidado de darnos todos los domingos despues de Pentecostés un modelo perfecto de una oracion corta en el introito de la misa; no hay mas que reunirlas todas, y se hallarán en ellas oraciones excelentes para todas las necesidades.

La epístola de la misa de este dia está tomada de aquel pasaje de san Pablo á los Efesinos, en donde el Apóstol, siempre perseguido, siempre entre las cruces y los tormentos, exhorta á los fieles á que no se escandalicen ni se desanimen en vista de los males que le ven sufrir por ellos, en las funciones de su ministerio.

Ruégoos que no os dejeis abatir, les dice, *por las tribulaciones que padezco por vosotros; porque esto es lo que constituye vuestra gloria.* Si san Pablo ha trabajado mucho por la salvacion de las almas, tambien ha sufrido mucho. Él mismo hace una relacion de una parte de sus padecimientos, escribiendo á los Corintios: He sufrido, les dice, persecuciones de parte de los judíos y de los gentiles, y de parte de los falsos hermanos; prisiones, suplicios, naufragios; peligros de parte de los ladrones, peligros de parte de mi nacion, peligros de parte de los gentiles, peligros en la ciudad, peligros en la soledad, peligros en el mar. He sufrido treinta y nueve azotes de los judíos, he sido apaleado, apedreado una vez, tres veces he naufragado; ¿Qué de fatigas, qué de trabajos, qué de miserias no he pasado? en las vigilias sin descanso, en el hambre y en la sed, en los ayunos continuos, en el frio y en la desnudez: además de lo que padezco por parte de fuera, la pesadez de los negocios de cada dia que están á mi cargo, el cuidado de las iglesias. Estas persecuciones tan frecuentes, estas humillaciones tan continuas, estos tormentos, estas cruces podian espantar á los nuevamente convertidos á la fe, como eran los Efesinos, y espantándoles, debilitar en ellos la estimacion que habian hecho de san Pablo y de su doctrina. El santo apóstol previene la tentacion, y les hace ver que cuanto mas atormentado y mas lleno de trabajos le vean, en mas estima y veneracion deben tener su ministerio. Los males que sufrimos, les dice, contribuyen á vuestra gloria, puesto que teneis el consuelo y aun podeis vanagloriaros de que vuestro apóstol nada os ha predicado, de que no haya estado pronto á dar testimonio á expensas de su vida. Mi

constancia en los trabajos y mi perseverancia, mi zelo en medio de los padecimientos son pruebas de la verdad y de la santidad de la religion que predico. ¿Qué interés tendria yo en sufrir tanto, si os anunciase fábulas? Es menester que esté bien convencido de la verdad de mi religion para predicar á tanta costa. Si yo no encontrase mas que honor; si no recibiese mas que aplausos; si mi zelo fuese lucrativo para este mundo; si viviese entre la abundancia y los placeres, tendriais motivo para desconfiar de las máximas duras y de la moral austera que os enseño: el honor y las ventajas temporales que me resultarian, no podrian menos de debilitar vuestra fe, y de haceros sospechosa mi doctrina; pero cuando no se gana sobre la tierra por predicar esta doctrina mas que trabajos y persecuciones, es menester que el predicador esté bien certo de su infalibilidad y de su certeza. Con esta mira, y para alcanzaros la fortaleza y la perseverancia, á pesar de todos los males que me veis padecer en las funciones de mi ministerio, doblo yo mis rodillas en presencia del Padre de Jesucristo, nuestro Señor y nuestro Dios, á fin de que os ilumine, y que no mireis como un mal los trabajos y las persecuciones que acompañan la predicacion del Evangelio, sino que las considereis mas bien como una dicha en órden á la eternidad. San Jerónimo, explicando este lugar, dice que lo que los infieles miran como una desgracia, nosotros lo recibimos como un favor. Se ve aquí por la postura con que ora san Pablo, que el uso de orar arrodillados viene desde el nacimiento de la Iglesia, y del tiempo de los mismos apóstoles; san Pablo ha orado muchas veces de rodillas, san Estéban oró de rodillas, y queriendo

san Pedro resucitar á Thabita, se puso de rodillas y oró. *Yo ruego al Señor*, añade san Pablo (1), *que, segun las riquezas de su gloria, os dé por medio de su espíritu un aumento de fortaleza* para el hombre interior: le pido sin cesar *que Jesucristo habite en vuestros corazones por la fe, á fin de que arraigados y afirmados en la caridad podais comprender con todos los santos cuál es la anchura, la longitud, la altura y la profundidad.* El texto no expresa cuál es la cosa de la cual desea que se conozcan estas dimensiones espirituales. San Crisóstomo dice que el santo apóstol pide á Dios que conceda á los Efesinos la inteligencia de los grandes misterios de la fe que él les ha predicado, y singularmente del gran misterio de la vocacion de los gentiles del que les ha hablado hasta aquí. Compréndese bien la longitud, si se atiende á que Dios habia resuelto en la eternidad llamar por fin á los gentiles á la fe de Jesucristo, hacerles su pueblo favorecido, y formar y llenar con ellos su Iglesia. Compréndese tambien la anchura, si se considera que esta vocacion mira á todos los pueblos del universo, en vez de que la antigua alianza no miraba mas que al pueblo judío. La nueva mira á todas las naciones de la tierra; habiendo Jesucristo derramado su sangre y sido muerto por la salvacion de todos los hombres, no hay ninguno excluido del beneficio de la redencion. Mas habiendo muerto el Salvador por todos los hombres, ¿en qué consiste que no se salvarán todos los hombres, y aun que los elegidos para esto son en número tan pequeño? ¿Porqué los unos se mantienen en las tinieblas del error, y los otros abren los ojos á la luz? Aquí es menester exclamar: *O altitudo!* ¡O profun-

(1) Actor. 9.

didad de los tesoros de la sabiduría y de la ciencia de Dios! ¡qué incomprensibles son sus juicios, y qué superiores á toda comprension sus caminos! San Pablo pide al Señor que haga comprender á los Efesinos, no el fondo de un misterio incomprensible á todo espíritu humano, sino la incomprensibilidad, por decirlo así, de este mismo misterio, reconociendo que Dios no hace nada que no sea con una sabiduría infinita; y que así como no llama ni salva á nadie sino por misericordia, así tampoco rechaza ni condena á nadie sino con justicia, disponiendo las cosas de tal modo que todo viene á concurrir al cumplimiento de sus designios, y á la manifestacion de sus atributos. Por la altura ó sublimidad de este misterio puede entender el Apóstol todas las ventajas espirituales de su vocacion á la fe, ifinitamente superiores á todo lo que se llama bienes, honores y fortuna sobre la tierra.

Que conozcais tambien, prosigue el Apóstol, *la caridad de Jesucristo, la cual supera á todo lo que alcanzan nuestros conocimientos, para que quedeis llenos de Dios plenamente.* Yo ruego al Señor, dice, que os dé á conocer hasta qué exceso nos ha amado Jesucristo. A la verdad, este amor inmenso del Salvador es superior á todos nuestros conocimientos y á todas nuestras ideas, es incomprensible; pero por poco que conozcamos cuanto nos ha amado Jesucristo, es muy difícil que nosotros no le amemos; y por este amor puro y ardiente con que amaremos á Jesucristo, seremos llenos de Dios plenamente, no solo en esta vida, animados de su espíritu y de su gracia, sino especialísimamente en el cielo, en donde poseeremos á Dios perfectamente. Una prueba de que conocemos poco el amor que Dios nos tiene, es el poco que nos-

otros le tenemos á él. Si conociésemos hasta qué punto nos ha amado este divino Salvador, y con qué ternura nos ama, ¿cuál seria nuestro fervor y nuestra diligencia en hacerle la corte en el Santísimo Sacramento? ¿cuál nuestra fidelidad en guardar sus preceptos y en seguir sus consejos? ¿cuál nuestra solicitud por agradarle? Por último, concluye el santo apóstol: *Al que por sola su virtud, esto es, por su espíritu y por su gracia que obra en nosotros, es poderoso en todo mucho mas de lo que nosotros podemos pedir ni pensar, sea dada la gloria por la Iglesia y por Jesucristo en los siglos de los siglos. Amen.* De este pasaje de san Pablo es de donde la Iglesia ha tomado la conclusion ó fórmula con que termina todas sus oraciones. Como el mismo espíritu de Dios que animaba á san Pablo y á los demás apóstoles es el que anima á la Iglesia, pocas de sus prácticas hay que no haya tomado de estos primeros doctores de la religion, que son sus maestros.

El evangelio de la misa del dia está lleno de instrucciones y de misterios. Cuanto mas se aumentaba la gloria del Salvador entre el pueblo, crecia tambien mas la envidia y el odio que le tenian los escribas y fariseos. La vida pura, santa y perfecta del Salvador, el conocimiento que tenia del interior de las gentes, y de la malignidad del corazon de los fariseos, la pureza de su doctrina, sus milagros, todo irritaba los zelos mortales que habian concebido contra él. Como no habian hallado hasta entonces pretexto mas especioso para calumniarle que el de que, segun ellos, no guardaba escrupulosamente el sábado, porque hasta entonces en este dia curaba á los enfermos; se sirvieron tambien de una comida á que habia sido

convidado en un sábado por uno de los mas considerables de la secta. Allí encontró cuasi tantos adversarios y censores como convidados. Iban á cual mas espiaria sus acciones, á quien observaria con mas malignidad sus palabras y sus discursos, y á quien encontraria mas que censurarle: aquellos espíritus negros y artificiosos envenenaban todo lo que decia y todo lo que hacia, sin exceptuar ni aun los actos de caridad mas maravillosos y mas laudables.

Apenas se habian sentado á la mesa, llevaron un hidrópico y lo pusieron delante de él. Es probable que fuese con designio formado el presentar al principio de la comida aquel enfermo. El Salvador no ignoraba su intencion dañada, veia sobradamente el veneno oculto en su alma; pero como siempre obraba con mucha sabiduria y dulzura, quiso, antes de curar el enfermo, ó corregir su iniquidad, ó confundir su malicia. Prevínoles, pues, y les preguntó si era permitido curar los enfermos en sábado. Esta pregunta que ellos no esperaban los desconcertó; porque si respondian que esto estaba prohibido, preveian bien que los apuraria vivamente con ventaja, y los haria ridículos, como sabian que lo habia hecho mas de una vez. Confesar que la cosa era permitida, era aprobar públicamente aquello mismo de que pensaban hacerle un crímen. No sabiendo, pues, qué responder, tomaron el partido de callar. Entonces Jesus, que antes de hacer nada se habia precaucionado sabiamente contra la calumnia, y les habia hecho conocer que no habia olvidado la solemnidad del dia, tomó al enfermo por la mano, le curó y le despidió con admiracion de todos los que habian sido testigos del milagro. No hubo uno de los fariseos que se atre-

Entonces Jesus, que ... les habia hecho conocer que no habia olvidado la solemnidad del dia, tomó al enfermo por la mano, le curó y le despidió ...

viese á decir palabra; mas porque su silencio no era efecto de un verdadero arrepentimiento, sino de un bochorno maligno, creyó que era menester obviar todas sus quejas, convenciéndoles por su propia conducta de la justicia de su proceder, y de la malignidad de sus murmuraciones.

¿Quién de vosotros, les dijo, si ve caer su buey ó su asno en una hoya en un sábado, no se apresura inmediatamente á sacarle de ella? ¿Hay quien crea que por respeto al dia haya de dejarse el buey ó el asno en la hoya? El Salvador les dejó hacer la aplicacion; era muy fácil y muy justa para no confundirlos. Veian ellos que conocia sus mas secretos pensamientos, y cuanto abrigaban en su corazon; nada tenian que responder á una paridad de razon sin réplica. Así es que quedaron mudos, pero no se hicieron mejores. De este modo se aprovechaba el divino Salvador de todas las ocasiones para corregir ó para instruir; pero siempre con su dulzura y su prudencia ordinaria, contemplando las personas y reprendiendo al mismo tiempo sus defectos.

El mismo espíritu de zelo y de caridad fué el que le obligó á darles tambien una leccion tan importante como la pasada, para corregir una vanidad necia que todos los fariseos tenian cuando se ponian á la mesa; apenas habia uno que no se apresurase con descaro para colocarse en el lugar mas distinguido, y esta afectacion ridícula era comun á todos. Habíalo advertido el Hijo de Dios al ponerse á la mesa. Y para rebatir su orgullo y su ambicion de presidir les dió esta leccion de humildad, que el evangelista no llama parábola sino porque tenia un sentido figurado, y porque lo que prescribe aquí el Señor á los que son

convidados á un festin, se debe aplicar á las demás coyunturas de la vida.

Cuando seais convidados á las bodas, les dice, no os coloqueis en el primer lugar, no sea que otro mas digno de consideracion que vosotros haya sido tambien convidado, y que el que os ha convidado á los dos, se vea obligado á deciros: Tomaos la pena de bajar mas abajo, y ceded á este vuestro sitio; porque ¿qué confusion os causaria esto en la asamblea? Nada os perjudicaria tanto. Para evitar esta afrenta, escoged siempre el lugar menos honroso, á fin de que el que os ha convidado, viendo vuestra humildad y prendado de vuestra modestia, os diga: Amigo, no es este vuestro sitio, subid mas arriba; entonces quedaréis honrado á la vista de todos los que os acompañaren á la mesa. Nada hay que temer, dice san Bernardo, por abatirse una cuanto pueda; pero por poco que uno se engría, arriesga siempre el engreirse mas de lo que debe. Pero Jesucristo, dice un sabio intérprete, ¿quiere aquí autorizar á los fariseos para que se abatan precisamente con la mira de procurarse honor, ó de evitar la confusion? No, este motivo es muy bajo y aun vicioso para dar mérito, y seria esto humillarse por un motivo de orgullo. Conocia bien el Salvador que los fariseos no eran gentes que se moviesen por razones muy espirituales; se acomodó, pues, á su flaqueza, y solamente para corregirlos de la ansia vergonzosa que tenian por las presidencias, se aprovecha del vano deseo de ser estimados que nota en ellos. Como si á un hombre intemperante, á quien se trata de hacer sobrio por el amor de la salud, se le dispusiese así por un motivo puramente natural á la templanza cristiana. La hu-

mildad exterior es un paso para llegar á la humildad del corazon.

Esta instruccion, que se llama aquí parábola, en el sentido literal mira particularmente á los judíos. Ellos habian sido convidados los primeros al banquete celestial por la predicacion del Evangelio; ellos mismos se han excluido de la felicidad eterna por una orgullosa prevencion en su favor, dicen los padres. Algunos pobres solamente, los publicanos, las mujeres pecadoras, los gentiles mismos con un corazon contrito y humillado han aceptado el convite que se habia hecho á ellos; y reconociéndose indignos de un favor tan insigne, manteniéndose en el último puesto sin atreverse á levantar los ojos como el publicano, y parmaneciendo en lo mas bajo del templo, han merecido que se les haya dicho: Subid mas arriba, ocupad las primeras plazas de que se han hecho indignos los judíos por su orgullosa obstinacion. De todo su discurso concluye el Hijo de Dios: *Porque cualquiera que se eleva será humillado, y cualquiera que se humilla será ensalzado.* Es muy extraño que concurriendo todo á humillarnos, sea tan rara la verdadera humildad. Para ser uno humilde no es menester mas que conocerse: no hay virtud que cueste menos, y sin embargo no hay ninguna de que mas se carezca. Nada debe humillarnos mas que nuestro orgullo. Cuando lo queremos de veras, dice san Bernardo, no hay cosa tan fácil como el humillarnos. Si aspiro á ensalzarme, inmediatamente encuentro mil obstáculos á un engrandecimiento; mas si quiero abatirme, nadie se me opone. La humildad cristiana es el orígen de nuestro reposo, así como el orgullo lo es de nuestros disgustos.

La oracion de la misa de este dia es como sigue.

Concedednos, Señor, que vuestra gracia nos prevenga y nos acompañe siempre, y que nos tenga incesantemente aplicados á los santos ejercicios de las buenas obras. Por nuestro Señor Jesucristo, etc.

La epístola es de la segunda del apóstol san Pablo á los Corintios, cap. 11.

Hermanos mios : Os suplico que no os dejeis abatir por las tribulaciones que sufro por vosotros, lo cual constituye vuestra gloria. Con esta mira, yo doblo las rodillas delante del Padre de Jesucristo, nuestro Señor, del cual toma su nombre todo cuanto tiene la cualidad de Padre en el cielo y en la tierra : á fin de que, segun las riquezas de su gloria, os dé por medio de su espíritu un aumento de fortaleza para el hombre interior. Que Jesucristo habite en vuestros corazones por la fe; que estando arraigados y afirmados en la caridad, podais comprender con todos los santos cuál es la anchura, la longitud, la altura y la profundidad; y que conozcais tambien la caridad de Jesucristo, la cual es muy superior á nuestros conocimientos, para que seais llenos de Dios plenamente. Por último, que al que por su virtud que obra en nosotros lo puede todo, mucho mas allá de nuestras peticiones y de nuestros pensamientos, sea dada la gloria por la Iglesia y por Jesucristo en toda la sucesion de los siglos. Amen.

NOTA.

Los padres y los intérpretes reconocen que la epístola de san Pablo á los Efesinos es una de las mas difíciles y mas espirituales. Expone el Apóstol en ella los principales misterios de nuestra fe, la redencion y la justificacion por Jesucristo, la predestinacion y la vocacion de los gentiles á la fe, y todo el misterio de la nueva alianza.

REFLEXIONES.

A fin de que conozcais tambien la caridad de Jesucristo, la cual es muy superior á nuestros conocimientos. Ámase poco á Jesucristo, porque se conoce poco cuanto nos ama Jesucristo: se le mira con poca ternura, porque se piensa poco en lo que él ha hecho por nosotros. De todas las pruebas del amor, á la que los hombres acostumbran ser mas sensibles, es á los beneficios; ya porque nada indica mas el ardor y la generosidad de la pasion del que ama, ya porque nada agrada tanto á nuestro humor, naturalmente interesado, como un amor que nos es útil; y por tanto Jesucristo tambien ha querido valerse de este medio para obligarnos á amarle. Él nos ha prevenido, nos ha colmado de mil beneficios, de los que el menos considerable sobrepuja á cuanto nosotros podamos merecer, á cuanto podamos esperar, á cuanto podamos racionalmente desear. ¡Cosa extraña! todo el mundo recibe sin cesar beneficios de Dios, todo el mundo conviene en el exceso incomprensible de su amor, del cual son unas pruebas brillantes sus mismos beneficios; y sin embargo, ¡cuán pocos se dejan ganar por estos beneficios! ¡cuán pocos son agradecidos al exceso de su amor! Nosotros á fuerza de oir hablar de la creacion, de la encarnacion, de la redencion, del sacramento de la Eucaristía, nos acostumbramos á estas palabras y á las cosas que ellas significan; sin embargo, no hay un hombre, por poco racional que sea, que no se sintiese desde luego trasportado de amor y del mas vivo reconocimiento á otro hombre, de quien supiese haber recibido la cen-

tesima parte del menor de estos favores. Aun cuando este Dios hombre no nos hubiese querido rescatar, no hubiera sido ni menos santo, ni menos poderoso, ni menos feliz: no obstante, él ha tomado tan á pechos nuestra salvacion, que al ver solamente lo que ha hecho y el modo con que lo ha hecho, se diria que toda su felicidad dependia de la nuestra. Pudiendo rescatarnos á mucho menor coste, ha querido merecernos la gracia de la salud por la muerte, y por la muerte mas vergonzosa y mas cruel, cual era la muerte de cruz; y pudiendo aplicarnos sus méritos de mil maneras, ha elegido la que mas le costaba, ha elegido la del mas prodigioso de todos los abatimientos, el cual ha causado en el cielo y en toda la naturaleza un asombro que no podremos jamás comprender debidamente. Y todo esto se ha hecho para mover unos corazones naturalmente sensibles al menor beneficio y á la menor señal de amistad. Un nacimiento pobre, una vida laboriosa, oscura, humillaciones llenas de oprobios, una muerte infame y la mas dolorosa son maravillas en un hombre Dios, que nosotros olvidamos, y estas cosas son justamente los efectos del amor que nos tiene Jesucristo. ¿Conócese en el cristianismo la altura, la anchura, la profundidad inconmensurable de la caridad incomprensible de Jesucristo? No podemos ignorarla; seria ignorar nuestra religion el ignorar los principios de ella. Y sí la conocemos, ¿cómo puede componerse que amemos tan poco á Jesucristo?

El evangelio de la misa de este dia está tomado del de san Lucas, cap. 14.

En aquel tiempo : Entró Jesus en casa de un jefe de los fariseos en la que estaba convidado á comer, y los mismos que allí estaban le observaban. En esto se presentó delante de él un hidrópico. Jesus entonces preguntó á los doctores de la ley y á los fariseos : ¿Es permitido curar en sábado? Mas ellos no respondieron una palabra. Tomando, pues, Jesus al enfermo, le curó y le despidió. Despues de hecho esto se volvió á ellos, y les dijo : ¿Quién de vosotros, si su asno ó su buey cea en un pozo, no le saca de él; aunque sea el dia del sábado? y ellos no sabian qué responder á esto. En seguida habiendo advertido que elegian ellos los primeros puestos de la mesa, dirigió á los convidados esta parábola : Cuando fuéreis convidados á las bodas, les dijo, no tomeis el primer lugar, no sea que haya sido convidado otro de mayor consideracion, y aquel que os ha convidado á los dos, venga y os diga : Dejad ese lugar para este; y entonces tengais que sufrir la vergüenza de descender hasta el último puesto. Sino cuando fuéreis convidados, colocaos en el último lugar, para que cuando el que os ha convidado viniere, os diga : Amigo, venid mas arriba; y entonces recibais un honor á vista de los demás que están con vosotros á la mesa : porque todo el que se exalta será humillado, y cualquiera que se humillare será exaltado.

MEDITACION

DEL ORGULLO.

PUNTO PRIMERO.

Considera que el orgullo es una opinion excesiva que uno tiene de sí mismo, de su propio mérito, de su propia excelencia; es un deseo ardiente y desarreglado de que todos los demás tengan la misma opinion de nosotros. El orgullo es por lo comun el vicio de un

talento limitado, de un genio mezquino; un mérito real, un gran genio está menos expuesto al orgullo. Un buen entendimiento se paga poco de oropeles, su penetracion va muy lejos para que deje de descubrir la flaqueza y aun la nada sobre que estriban las mas bellas cualidades, y para que no perciba cuántas sombras hay entre estas mismas bellas cualidades. Sus propios defectos le hacen mas impresion que sus virtudes. Un entendimiento menguado, como que nunca sale de su esfera, no está lleno mas que de sí mismo, y no hallando nada que no le parezca comun en todo lo que hacen los demás, solo admira lo que él hace. Pero si el orgullo es el efecto de un genio pobre, no es menos la prueba del poco mérito del sugeto. Una alma grande tiene una idea demasiado exacta de la perfeccion, para que ignore lo que hay defectuoso en lo que el pueblo admira; una alma ordinaria no se prenda mas que de lo que ella tiene bueno, sin pensar que todo bien procede de Dios: *Desgraciados de vosotros*, dice el Profeta, *que sois sabios á vuestros propios ojos.* Cuando esta pasion ha llegado á dominar en un corazon, produce muy pronto en él todas las demás. ¡Qué de pasiones quedarian, sino extinguidas, al menos adormecidas, si el orgullo no las despertase! ¡qué de familias vivirian aun en una estrecha union, si el orgullo no hubiese encendido sordamente el fuego de la discordia que ha consumido en pleitos la hacienda mas saneada, y que inspira á las dos partes un furioso encarnizamiento para perderse mutuamente! Pocas pasiones hay que no deban á esta lo que ellas tienen de mas vivo, de mas punzante y de mas amargo: el orgullo es el que comunica á la ira su fiereza, y á la envidia

toda su desconfianza y su malignidad; este es el viento que enciende el odio, y que causa tan funestos incendios. La codicia debe al orgullo todas las inquietudes que produce; ¿y de qué otras fuentes nacen la mayor parte de nuestras tribulaciones, de nuestros disgustos y de nuestras murmuraciones? El orgullo es propiamente el tirano del entendimiento y del corazon humano; ¿estuvo jamás tranquilo un orgulloso? ¿qué calma, que dia sereno hubo nunca en una alma orgullosa? Esta pasion no se halla bien sino en las alturas, esto es, en la region de los vientos. ¡Buen Dios, qué digno de lástima es un hombre orgulloso! Dios se complace en confundir á los soberbios y en hacerlos desdichados.

PUNTO SEGUNDO.

Considera que así como la humildad es siempre amable, así tampoco hay nada mas odioso que el orgullo. No obstante, por mas odiosa, irracional y perniciosa que sea esta pasion, ninguna hay que sea mas comun y universal; no solo reina sobre el trono, domina tambien frecuentemente con imperio en las condiciones mas viles; penetra hasta las soledades; se desliza hasta en el lugar santo. No es la única obra suya la hipocresía. ¡Qué de motivos tan poco puros no vician las mejores acciones! ¡qué de retrocesos no hace uno de tiempo en tiempo sobre su propia virtud! ¡qué de secretas complacencias en su propio mérito! Así es como esta pasion artificiosa trata de familiarizarse insensiblemente hasta con la devocion. El orgullo mas sutil y mas fino sabe deslizarse diestramente bajo de los viejos harapos, por decirlo así,

de la humildad; contrahace el aire y el tono de esta virtud; se prevale y aun se alimenta de sus privilegios; ninguna pasion sabe representar tantos personajes como esta. Hay pocas virtudes que no deban desconfiar de ella; no obstante, de ella al parecer es de la que se desconfía menos. No hay orgulloso que crea que lo es; no hay falsa piedad, ni falsa devocion, que no sea orgullosa. La virtud aislada es insípida al que no tiene mas que la corteza de ella; el orgullo es como la sal que le da el gusto. Cualquiera es devoto con placer, mientras que lo es con suceso. Por mas que se diga que no se busca otra cosa que la gloria de Dios, apenas perdemos de vista la nuestra; las obras de caridad que nos hacen mas honor, por penosas que sean, son las que nos parecen mas fáciles; nada se nos hace costoso en la práctica de la virtud, en tanto que la virtud es aplaudida. No se siente el peso y la fatiga sino de lo que es oscuro ó secreto. Se deja el lujo de los vestidos; pero en esta modestia ¿se busca solo la oscuridad y la humillacion? ¿Porqué tanta afectacion y tantas distinciones en la misma devocion? Un corazon humilde nunca desea la singularidad. Nada se quiere por ostentacion; pero no se incomoda uno demasiado cuando ha sido descubierto. Se oculta, decimos, el poco bien que hacemos; pero fácilmente perdonamos á los que lo publican. ¡Cosa extraña! El orgullo nos sigue hasta en las victorias que conseguimos del orgullo mismo; todo le sirve de pábulo y de alimento, hasta la humildad. ¿Qué vicio mas peligroso ni mas temible? El orgullo lo emponzoña todo. Aun cuando tuviésemos una caridad magnífica; aun cuando distribuyésemos en limosnas toda nuestra hacienda; aun cuando des-

truyésemos nuestro cuerpo y nuestra salud con las maceraciones mas asombrosas, si el orgullo se mezcla en estas buenas obras y en estas penitencias, no son mas que frutos corrompidos. Los fariseos eran liberales en limosnas, y de una austeridad de vida extremada; pero el orgullo y la ostentacion formaban su carácter, y esto era lo que irritaba al Salvador contra ellos.

Yo detesto, Señor, con todo mi corazon un vicio que es el origen de todos los demás. Hacedme, ó Dios mio, la gracia de inspirarme siempre un nuevo horror contra él.

JACULATORIAS.

Alejad de mí, Señor, el espíritu de orgullo que tanto aborreceis. *Eccles.* 23.

No permitais, Señor, que el orgullo se apodere de mi entendimiento ni de mi corazon. *Salmo* 35.

PROPOSITOS.

1.° Enorgullecerse, mirar á los demás con desprecio, porque está uno magníficamente alojado, ricamente vestido, porque tiene un suntuoso tren, un bisabuelo de gran mérito, ó porque su nombre y sus armas se encuentran en viejos registros; ¿hubo jamás una opinion mas mal fundada de nuestra propia excelencia? Desengañémonos, el mérito debe ser personal, las virtudes no son hereditarias. Un adorno brillante, un vestido bordado de oro, una nobleza antigua, no son incompatibles con un talento menguado, y con un mérito todavía mas menguado. Las estatuas de madera ó de tierra se doran. Colóquese una estatua de madera en los nichos mas altos; en

todas partes será de madera. El mérito personal, por real que sea, no da derecho para despreciar á nadie. El mérito mas insigne pierde todo su brillo y queda oscurecido por el orgullo. Concibamos un horror constante á este vicio. No solo no hemos de despreciar jamás á nadie, de cualquiera condicion que sea, sino que debemos hacer un estudio en ser corteses, urbanos, afables con todo el mundo, aun con los criados. No les hablemos nunca sino con dulzura. Cuanto mas distinguidos y ensalzados seamos por nuestro nacimiento, por nuestra clase, por nuestra dignidad, por nuestro propio mérito, mas complacientes, mas dulces, mas atentos, mas afables debemos ser. Nunca fué un gran mérito el ser altanero.

2°. ¿No hay algun vano, altivo, soberbio, que no se pregunte alguna vez á sí mismo por qué lo es? La mayor parte de las gentes, y sobre todo las mujeres, no encontrarán apenas otro principio de la opinion excesivamente buena que tienen de sí mismos, y del desprecio que hacen de los demás, que razones del todo contrarias, que deberian mas bien servir para humillarnos. Toda persona humilde, modesta, de cualquiera condicion que sea, es siempre respetable; por el contrario, nada inspira ni merece tanto desprecio como el orgullo. Pidamos á Dios sin cesar que nos conceda una entera victoria sobre un enemigo tan odioso y tan dañino. Para esto tomemos hoy mismo con firmeza esta resolucion. 1.° No hablar jamás de nosotros mismos, ni en bien, ni en mal (1). 2.° Alabemos siempre á todo el mundo, ó no digamos palabra, ó hablemos siempre ventajosamente de aquellos de quienes hablamos. 3.° Seamos afa-

(1) Eccles. 19.

bles con todos, sean inferiores ó iguales. 4.° Tengamos sobre todo una especie de respeto á todos los pobres. 5.° No tuteemos jamás á nadie; nada da á conocer mas el orgullo y la rusticidad que esta facilidad. 6.° En fin, moderemos siempre el tono de nuestra voz; un tono demasiadamente elevado siempre es indicio de una hinchazon del corazon que choca y desagrada.

DECIMOSEPTIMO DOMINGO

DESPUES DE PENTECOSTES.

Este domingo se ha cualificado hace mucho tiempo por el domingo *del amor de Dios*, á causa del asunto que la Iglesia ha elegido para la misa del dia. La epístola está tomada de la carta que san Pablo escribió á los Efesinos; es una exhortacion interesante que les hace, inclinándoles á la dulzura, á la paciencia, á la paz, á la union, à la caridad necesaria para sufrirse los unos á los otros, á la union que debe formar un solo espíritu en aquellos que son todos miembros de un solo cuerpo, que no tienen mas que un Señor, una fe, un bautismo, un Dios que reside en todos por su espíritu y que á todos extiende su providencia. Todos los fieles que habia en los primeros dias de la Iglesia no formaban mas que un corazon y una alma, y á esta paz, á esta conformidad de sentimientos, á esta caridad mutua, carácter distintivo de todos los cristianos, es á lo que exhorta el santo apóstol á los fieles de Efeso.

El introito de la misa está tomado del salmo 118, en el cual encuentra san Agustin tantas instrucciones como palabras, y al que san Ambrosio llama el alfabeto de los cristianos, porque en él hallamos los elementos y los principios de todos nuestros deberes; y así como á los niños se les hace aprender el alfabeto desde su juventud, así, dice san Hilario, seria bueno con tiempo meditar y estudiar este salmo, y penetrar todo su sentido: todo él es muy á propósito para inspirarnos el amor á la ley de Dios y á todas las observancias religiosas, y esto es sin duda lo que ha movido á la Iglesia á hacer de él su oracion diaria, puesto que este solo salmo compone todas las horas menores.

Justo sois, ó Dios mio, y vuestros mandamientos están llenos de equidad. Tratad á vuestro siervo segun vuestra misericordia. Por mas atencion y por mas fidelidad que tengamos en cumplir nuestros deberes, y en satisfacer con puntualidad á nuestras obligaciones, mientras que vivimos pecamos todos en muchas ocasiones, y por tanto tenemos de continuo necesidad de la misericordia del Señor; y esto es lo que hace decir en otra parte al mismo profeta: *Señor, no entreis en juicio con vuestro siervo, porque no hay sobre la tierra un solo hombre que se atreva á lisonjearse de comparecer inocente en vuestra presencia. Dichosos los que siempre están en los caminos de la inocencia, y que marchan fielmente en la ley del Señor.* Este salmo no es otra cosa que un tejido de sentimientos de estima y de afecto á la ley de Dios. Como esta ley es el camino por donde se va á la bienaventuranza, David comienza este cántico, tan lleno de uncion, anunciándola á los que observen puntualmente esta ley. Todos quieren ser felices; este es el

fin que se proponen los buenos y los malos, dice san Agustin. No es extraño que los buenos observen la ley y vivan bien para llegar á la bienaventuranza, dice este padre; pero sí lo es que los malos pretendan la misma felicidad, viviendo mal y no guardando la ley, y que tan pocos pongan los medios para alcanzar lo que todos desean. Nadie debe esperar esta bienaventurada felicidad, á que todos aspiramos, sino viviendo en la inocencia, y no hay tal inocencia sin la observancia de los mandamientos. Algunos creen que David compuso este salmo en los desiertos, en donde le obligaba á vivir oculto la persecucion de Saul; lo que sí es cierto, es que ninguna cosa era capaz de sostenerle mejor, ni endulzar sus penas, que los sentimientos de que está lleno este salmo; ni tampoco la hay mas á propósito para consolarnos y sostenernos en este lugar de destierro, que los sentimientos de devocion que por todo él están esparcidos. Contiene ciento setenta y seis versículos, y no hay uno solo en que no se exprese la ley de Dios en diferentes términos, todos en el mismo sentido: ley, testimonio, camino, mandamiento, discursos, preceptos, juicios, ordenanzas, verdad, palabra, justicia; y todos estos diferentes términos no significan mas que la misma ley de Dios, de cuya exacta observancia depende la bienaventurada eternidad, que es el objeto de los deseos de todos los hombres.

La epístola de la misa de este dia está tomada del capítulo cuarto de la de san Pablo á los Efesinos. Exhórtales el santo apóstol á que no tengan todos mas que un mismo espíritu, así como todos no hacen mas que un mismo cuerpo, ni tienen mas que un mismo Señor, una misma fe, y un solo bautismo.

Yo os ruego, yo que estoy preso por el Señor, que observeis una conducta digna de vuestra vocacion. Cualifícase san Pablo llamándose prisionero de Jesucristo nuestro Señor, gloriàndose de sus prisiones, y mirando el honor que tenia en sufrir y estar en cadenas por amor de Jesucristo, como la época mas gloriosa de su vida. En efecto, nada hay mas honorífico ni mas ventajoso que el padecer por los intereses y por la gloria de Dios. El santo apóstol se presenta, por decirlo así, cargado de hierro por Jesucristo á los Efesinos, para moverlos, para obligarles á que reciban con mas docilidad sus instrucciones, y para animarlos con su ejemplo á la práctica de la virtud y al amor de los sufrimientos. Nada hay mas elocuente ni mas persuasivo que el ejemplo. San Pablo lo dice todo en dos palabras, cuando exhorta á los Efesinos á que observen una conducta digna de la excelencia y de la santidad de su vocacion, *á fin*, les dice, *de que camineis dignamente en la vocacion á que sois llamados.* Ser llamado al cristianismo, es ser llamado á una santidad eminente : ¿qué inocencia, qué pureza de costumbres, qué regularidad de conducta no exige de todos los fieles la augusta cualidad de cristianos? Sed santos, como vuestro Padre celestial es santo : la santidad de Dios mismo es el modelo que se nos propone. ¡Qué pureza mas perfecta! ella condena hasta el menor deseo impuro, hasta el menor pensamiento criminal. No quiere ni aun que se sepa el nombre. ¡Qué mortificacion tan constante de todos los sentidos! ¡qué modestia, qué circunspeccion, qué reserva! no hay vicio que no esté proscripto, no hay imperfeccion que no esté condenada. ¡Qué amor de Dios mas per-

fecto! ¡qué caridad con el prójimo mas universal y mas sincera¡ ¿Se presentó jamás una idea de perfeccion mas sublime que la que nos da nuestra religion en el Evangelio? No hay cristiano que por su vocacion al cristianismo no esté obligado á caminar incesantemente á esta perfeccion. Hé aquí el espíritu de la ley; hé aquí el espíritu de Jesucristo; ajustemos este espíritu con el del mundo; ajustemos esta obligacion de una vida tan santa, con la vida blanda, con la vida mundana de la mayor parte de los cristianos.

Siendo perfectamente humildes, dulces, pacientes, sufriéndoos los unos á los otros con caridad. San Pablo explica aquí mas por menor las principales virtudes á que les obliga su vocacion á la fe. Pone con razon la humildad á la cabeza de las virtudes cristianas, como que es el fundamento de todo el edificio espiritual y de la perfeccion cristiana. Esta virtud desconocida á los filósofos, dice san Agustin, poco conocida de los judíos, despreciada de los mundanos, es tan necesaria para la salvacion, que sin ella las virtudes mismas degenerarian en vicios. Sabia bien el Apóstol que cuando uno es humilde, es dulce, afable, paciente; se sufren fácilmente los hombres los unos á los otros con aquella caridad compasiva y preveniente, la cual no podria subsistir con el orgullo. *Cuidando de mantener vuestros ánimos unidos por el vínculo de la paz.* Vivid entre vosotros, como si no tuviéseis todos mas que *una alma y un espíritu.* Tal es la union que debe reinar entre los verdaderos fieles. El espíritu de Dios que debe animar á todos los cristianos es el vínculo de la paz. Estemos animados de este espíritu, y no habrá jamás entre nosotros division, no habrá ni mal

genio, ni disensiones, ni pleitos, ni querellas. El amor propio, la pasion del interés, el espíritu del mundo y la ambicion, son la madre de todos los cismas. El espíritu de Dios es el alma y el vínculo de la paz. *Sed un mismo cuerpo y un mismo espíritu, así como sois llamados á una misma esperanza siguiendo vuestra vocacion.* Tres grandes motivos de la union indisoluble é inalterable que debe reinar entre todos los cristianos: ellos no componen todos mas que un solo cuerpo del cual es la cabeza Jesucristo: deben estar animados, instruidos é ilustrados por el mismo Espíritu Santo que Dios ha difundido en toda la Iglesia, y por consiguiente en todos los fieles: han sido todos llamados á la posesion de los mismos bienes, todos coherederos de Jesucristo, todos herederos de Dios mismo; vivimos todos con la misma esperanza de la vida eterna; todos siervos del mismo Señor, y en una misma familia; todos alimentados á la misma mesa, y con los mismos manjares: ¿qué vínculos mas estrechos, mas sagrados, mas indisolubles? Solo el demonio es el que puede turbar esta paz. *No hay mas que un Señor, una fe, y un bautismo.* Otros motivos, otros empeños de esta union santa é indisoluble que debe reinar entre nosotros. No tenemos mas que un Señor soberano, somos siervos del mismo Señor que es Jesucristo; no tenemos mas que una fe, con relacion á los objetos que ella nos propone para creer; profesamos la misma religion, es una é indivisible, el objeto de la fe es en todos el mismo, la misma doctrina, la misma moral, el mismo Evangelio. Todos hemos sido reengendrados por las aguas del bautismo, que es con respecto á nosotros el seno de la misma Madre, puesto que por el bautismo renacemos

todos en Jesucristo, y por esto mismo venimos á ser hijos del mismo Padre, y en este espíritu es en el que decimos todos: Padre nuestro, que estás en el cielo. *No hay mas que un Dios y un Padre, que es sobre todo, y está en todas las cosas y en todos nosotros.* No hay mas que un Dios, y este Dios único es nuestro Padre, y el Padre de todos, que para con todos tiene igual providencia, un amor perpetuo igual con todos. Ser de una misma familia, hijos de un mismo padre, todos de una misma condicion con respecto á la augusta cualidad de hijos de Dios: todos, por decirlo así, de una fortuna igual; todos tiernamente amados del Padre celestial para con quien no hay aceptacion de personas, y que derrama abundantemente sus beneficios sobre todos; en fin, todos ciudadanos de la misma patria, adonde, despues del viaje de esta vida, debemos ir para vivir plenamente dichosos por una eternidad; todas estas razones ¿no deben formar entre nosotros una union perfecta é íntima? Tal ha sido la que reinaba entre todos los fieles durante los primeros dias de la Iglesia; tal era la que san Pablo exigia de todos los cristianos de Efeso; tal era la que Jesucristo pedia á su Padre para todos sus hijos, cuando le pedia que conservase todos los que le habia dado, y que fórmase tan gran union entre ellos, que no fuesen mas que una misma cosa; *á fin*, dice, *que sean una misma cosa, como nosotros lo somos.* Jesucristo quiere que sus discípulos estén de tal modo unidos entre sí por los vínculos de la caridad, que en algun modo sea esta union imágen de la union sustancial que él tiene con su Padre; así es que, sin exigir de nosotros una santidad igual á la de su Padre, quiere sin embargo que la santidad de su

Padre sea modelo de la nuestra, para hacernos comprender á qué grado de perfeccion quiere que aspiremos, y cuan grande, íntima é imperturbable exige que sea la union y la caridad entre los fieles. San Pablo recomienda esta union á los Efesinos, prueba con muchas razones su necesidad indispensable, y demuestra invenciblemente su excelencia. La union y la caridad cristiana han caracterizado en todos tiempos á los fieles; ella ha hecho la admiracion de todos los paganos: nosotros hacemos profesion de la misma religion; pero ¿son en el dia de hoy la union y la caridad el carácter distintivo de todos los cristianos? Los cismas, la division, las enemistades que reinan hoy en el cristianismo, ¿prueban que somos verdaderamente cristianos?

El evangelio de la misa de este dia está tomado del capítulo 22 de san Mateo, en donde se lee que habiendo el Salvador cerrado la boca á los saduceos, confunde á los fariseos que se valian de todo para sorprenderle.

Antes de la cautividad de Babilonia no se sabe que haya habido secta particular entre los judíos. Unicamente ocupados en el estudio de sus leyes y de las ceremonias de su religion, todos tenian los mismos sentimientos, y no pensaban en otra cosa mas que en vivir bien. Hácia el tiempo de los Macabeos fué propiamente cuando por el comercio que tenian con los filósofos paganos, y con los pueblos encenagados en todo género de vicios y de errores, se suscitaron entre ellos tres sectas que pusieron el colmo á las iniquidades de la nacion judía. Estas tres sectas eran la de los fariseos, la de los saduceos y la de los esenos. Los fariseos tomaron su nombre de una palabra

hebrea, que significa separacion, como ya se ha dicho; porque por un orgullo odioso se separaban de los demás israelitas. Esta secta se acercaba mucho á la de los estóicos: los fariseos achacaban mucho al destino, casi no dejaban al hombre la libertad de hacer el bien y el mal, y eran muy dados á la astrología; eran austeros en la apariencia, altaneros, arrogantes, y el orgullo parecia característico de su secta. Los esenos eran entre los judíos una especie de filósofos que vivian con ellos en perfecta union; miraban con mucho horror la codicia y la avaricia; todo lo poseian en comun, de modo que entre ellos no habia uno mas rico que el otro. Vivian como hermanos en una entera igualdad de bienes y de condicion; no vendian ni compraban nada entre sí; todo su comercio se reducia á cambiar las cosas, dando cada uno lo que le era superfluo; recibian en su casa á los de su secta, y les daban parte en todo lo que tenian, como de bienes comunes. Afectaban llevar los vestidos muy blancos; estaban vestidos pobremente, pero cuidaban de estar siempre muy aseados. Eran tan vanos como los fariseos; no se casaban, pero no por esto eran mas castos. En fin, lo achacaban todo al destino y á la influencia de los astros.

Los saduceos eran los mas disolutos de todos estos sectarios; negaban tenazmente la existencia de todas las sustancias espirituales criadas. Negaban la inmortalidad del alma, y por consecuencia la resurreccion de los cuerpos; por lo demás concordaban bastante con los Samaritanos, cuyos errores adoptaban, á excepcion de que ellos venian á adorar á Dios en Jerusalen, y tomaban parte en los sacrificios de los judíos, lo cual detestaban los otros. Observaban la ley para

gozar de las ventajas temporales que prometia, y para evitar los suplicios con que se castigaban las transgresiones durante esta vida. Rechazaban todo género de tradiciones, en lo cual eran diametralmente opuestos á los fariseos, que las preferian á la ley misma. Parece que los fariseos han querido imitar á los estóicos, y los saduceos á los epicúreos. Entre estas dos sectas habia una enemistad y una guerra irreconciliable; y si los saduceos eran mas impíos en sus dogmas, al menos tenian menos vanidad é hipocresía en sus costumbres. San Jerónimo dice que Hillel fué el jefe del fariseismo. San Epifanio cree que los esenos ó jesenos, como él los llama, era una secta de Samaritanos, y que su nombre lo derivaban de Jessé, hermano de David, cuyo nombre, segun el santo, significa médico; cualidad que conviene á los esenos, que pretendian pasar por los médicos de las almas. Se ha dado por jefe de los saduceos á Sadok, discípulo de un doctor llamado Antígono. Sea lo que quiera de los autores y del principio de estas sectas, es cierto que por diferentes y opuestas que ellas fuesen entre sí en dogmas, en costumbres y en supersticiones, todos los sectarios pretendian tener á su favor las santas Escrituras. Tanta verdad es que jamás ha habido herejes que no hayan pretendido autorizar los mas groseros errores por el abuso que hacian de la Escritura. Estos son los enemigos que Jesucristo ha tenido que combatir durante el tiempo de su vida pública, y los enemigos tambien á quienes contempló menos.

Acababa el Salvador de confundir y de hacer callar á los saduceos que habian creido cortarle, preguntándole ¿de cuál de los siete maridos con quienes se

El Salvador... les respondió... que no hay mas que un solo Dios y que se le debe amar con todo el corazon, con toda el alma y con todo el entendimiento.

habia casado una viuda, seria mujer en la otra vida? cuando uno de los mas célebres entre los fariseos, que pasaba por el mas hábil entre los doctores de la ley, llegó á preguntarle con designio de sorprenderle: *Maestro*, le dijo, *¿cuál es el mayor mandamiento de la ley?* La pregunta que aquí hace este doctor era, al parecer, del número de las cuestiones que entonces dividian los ánimos en todas las sectas. Los unos daban la preferencia en la ley al que mandaba observar el sábado; los otros sostenian que era la ley de la circuncision; y otros querian que fuese la ley que ordenaba ofrecer los sacrificios. El Salvador, que penetraba lo mas secreto del corazon, les respondió por el texto mismo de la ley, que dice que no hay mas que un solo Dios, y que se le debe amar con todo el corazon, con toda el alma y con todo el entendimiento. Este es el primero y el mayor de los preceptos de la ley; pero hay un segundo semejante al primero, el cual manda que se ame al prójimo como á sí mismo. Estos dos preceptos son inseparables; contienen ellos en compendio toda la sustancia y toda la perfeccion de la ley. Cuando la ley dice que debemos amar á Dios con todo nuestro corazon, con toda nuestra alma y con todo nuestro entendimiento, dice san Agustin, comprende todo lo que somos, y no nos deja ni tiempo ni permiso para ocupar nuestro corazon con el amor de ninguna otra cosa. Estas diversas palabras, con todo vuestro corazon, con toda vuestra alma, con todo vuestro entendimiento, sirven para dar á conocer mejor la obligacion que todo hombre tiene de amar á Dios sinceramente, ardientemente y con preferencia á todas las cosas. Amaréisle vuestro prójimo, esto es, á todo hombre, como os

amais á vosotros mismos, del mismo modo que vosotros os amais, teniendo con él las mismas consideraciones que quereis que se tengan con vosotros, y tratándole en todo como querríais que se os tratase á vosotros. Y así como el amor que os teneis á vosotros mismos no es un amor superficial ni de cumplimiento, sino un amor real y eficaz que os hace sensibles á vuestros males, que os inclina á tomar todos los medios para aliviarlos; así tambien el amor que debeis tener á vuestro prójimo debe haceros sensibles á todos sus males, moveros á procurarle todos los socorros que pudiéreis, á asistirle, á consolarle y á tomar parte en todas sus penas. *Todo lo que los libros santos nos mandan ó nos prohiben*, dice san Agustin, *todo se reduce á este doble mandamiento; esto es el compendio y el resúmen de toda la ley.*

El doctor confesó ingenuamente que no se podia decir nada mejor, que no habia efectivamente mas que un solo Dios, y que era verdad que el amar á Dios y al prójimo del modo que habia dicho, era una cosa mas perfecta que el ofrecer holocaustos y sacrificios al Señor; y que cuando se ama á Dios tan perfectamente no puede menos de observarse con exactitud toda la ley y todas las ceremonias legales. Mas como el divino Maestro queria acabar de instruir á muchas otras gentes que, convencidas de lo que decia, no se atrevian á preguntarle mas, les previno, y él mismo les preguntó, dirigiéndose á una tropa de fariseos que estaban allí reunidos: ¿Qué os parece, les dijo, del Mesías? ¿de quién pensais que debe ser hijo? Respondiéronle que debia ser de la estirpe de David. Los judíos no veian cosa mas grande en el Mesías que la cualidad de hijo de David, la cual en efecto le con-

viene por razon de su humanidad. Esto es lo que dicen vuestros doctores, repuso el Hijo de Dios, y dicen bien; pero no lo dicen todo: porque si el Mesías no es mas que simplemente hijo de David, ¿cómo el mismo David le llama mi Señor? ¿Porqué hablando como profeta, dice en sus salmos: El Señor ha dicho á mi Señor, siéntate á mi derecha hasta que haga á tus enemigos el escabel de tus piés? esto es, siéntate á mi derecha, y allí verás postrados á tus piés todos tus enemigos. Si, pues, David, continúa el Salvador, llama al Mesías su Señor, ¿cómo es hijo de David? Claro es que Jesucristo queria hacerles ver que llamándole David su Señor, habia tambien indicado su naturaleza divina, segun la cual es Hijo de Dios y Dios mismo, y que siendo hijo de David, es tambien hijo de Dios. Ninguno pudo responderle, y desde aquel dia nadie se atrevió á preguntarle mas.

La oracion de la misa de este dia es como sigue.

Conceded, Señor, á vuestro pueblo que evitando el contagio del mundo y del diablo, se una con un corazon puro á vos solo que sois su Dios. Por nuestro Señor Jesucristo.

La epistola es sacada de la de san Pablo á los Efesinos, cap. 4.

Hermanos mios: Yo os ruego, yo que estoy preso por el Señor, que observeis una conducta digna de vuestra vocacion, siendo perfectamente humildes, dulces, pacientes; sufriéndoos los unos á los otros con caridad, cuidando de mantener vuestros ánimos unidos por el vínculo de la paz. Sed un mismo cuerpo y un mismo espíritu, así como habeis sido llamados á una misma esperanza, segun vuestra vocacion. No hay mas que un Dios y un Padre que es sobre todos, y en todas las cosas, y en todos nosotros; el cual es bendito en los siglos de los siglos. Amen.

NOTA.

Los Efesinos, antes de su conversion á la fe de Jesucristo, vivian abandonados á sus pasiones, y divididos entre sí por eternas disensiones. San Pablo les exhorta mucho en esta epístola á la mortificacion de las pasiones, á la union y á la caridad fraterna.

REFLEXIONES.

No hay mas que una fe. Nosotros creemos lo que creian los primeros cristianos; creemos lo que han creido los santos, y lo que han creido los ha hecho santos. Nuestra religion no se ha alterado ni en el dogma, ni en la doctrina, ni en la moral. La fe es la misma, el mismo el objeto de la fe, las mismas verdades de la fe, los mismos misterios. La fe no envejece, no está sujeta ni á la vicisitud de las cosas humanas, ni á las revoluciones, ni á las mudanzas. Todo se altera en la sucesion de los tiempos, todo se debilita. Las monarquías nacen, tienen su apogeo, y se ve en seguida su declinacion. Todas las cosas tienen sus edades, y todo camina á su fin. Solo la fe de la Iglesia es invariable. Los pueblos pueden perder la fe; pero la fe nunca pierde nada por el desarreglo y la apostasía de los pueblos. Las costumbres pueden corromperse; pero la fe de la Iglesia es inalterable. Ella ha visto nacer y morir todas las herejías y todas las sectas. Los astros mas brillantes del mundo cristiano pueden eclipsarse; las mayores lumbreras de la Iglesia pueden extinguirse : las luces, empero, de la fe son siempre puras. Las tinieblas del error ofuscan la claridad del entendimiento; mas con respecto á la fe, no

son, á lo mas, sino como las nieblas y las nubes mas espesas con respecto al sol, no pueden empañar su resplandor. La noche no es mas que para aquellos que han perdido de vista este hermoso astro; y si en él aparecen alguna vez manchas, estas no están mas que en los ojos, y jamás en el sol. La fe es una, y no puede haber nunca mas que una fe, así como no hay mas que un solo Dios, un solo soberano Señor, un bautismo. ¡Qué desgracia para todos los herejes! Solo en la Iglesia católica, apostólica, romana, es en donde reside esta fe. Para perder la fe no es necesario no creer nada; basta errar en un solo punto en materia de fe para no tener esta fe, la que, no siendo mas que una é indivisible, no puede sufrir ni duda, ni perplejidad, ni excepcion. Esta fe es la que desde el tiempo de los apóstoles ha hecho que se despojen de sus bienes tantos fieles, y ha prohibido el apego á los bienes de la tierra á todos los cristianos. Esta fe es la que ha declarado una guerra eterna á todos los sentidos, y la que ha vencido al mundo. Ella es la que ha hecho tan generosos á tantos millones de mártires, y la que ha poblado los desiertos y los claustros de tantos penitentes fervorosos. Esta fe es la que aun da todos los dias tantos santos á la Iglesia. La fe no es mas que una, y esta fe invariable; ¿es acaso esta la fe de las gentes del mundo, de esas personas tan flojas en el servicio de Dios, de esas personas cuyas costumbres, cuyos sentimientos, cuya conducta corresponden tan poco á la santidad y á las máximas del Evangelio? Esas gentes tan poco devotas, tan poco fervorosas, tan poco religiosas, que llevan una vida tan poco inocente, tan poco cristiana, ¿tienen esta fe?

El evangelio de la misa es lo que sigue del de san Mateo, capitulo 22.

En aquel tiempo: Se reunieron los fariseos cerca de Jesus; y uno de ellos, que era doctor de la ley, le preguntó con el designio de sorprenderle: Maestro, le dijo, ¿cuál es el mandamiento grande en la ley? Díjole Jesus: Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazon, con toda tu alma, con todo tu entendimiento; este es el mas grande y el primer mandamiento. Mas hay el segundo semejante á este: Amarás á tu prójimo como á tí mismo. Toda la ley y los profetas se reducen á estos dos mandamientos. Como se hallasen allí reunidos los fariseos, les hizo Jesus esta pregunta: ¿Qué pensais de Cristo? ¿de quién es hijo? De David, le dijeron. ¿En qué consiste, pues, les replicó, que David inspirado le llama su Señor, diciendo: El Señor ha dicho á mi Señor: Siéntate á mi diestra hasta que yo haga de tus enemigos el escabel de tus piés? ¿Si, pues, David le llama su Señor, cómo es que es hijo suyo? Y ninguno podia responderle una sola palabra; y desde este dia nadie se atrevió á preguntarle mas.

MEDITACION.

DE LOS DEFECTOS QUE SE HALLAN EN EL AMOR QUE NOS LISONJEAMOS TENER Á DIOS.

PUNTO PRIMERO.

Considera que la mayor parte de los cristianos solo se aman á sí mismos, aun cuando mas se lisonjean de que aman á Dios. Nada hay que sea mas ingenioso para disfrazarse que el amor propio; toma toda suerte de nombres y de máscaras; unas veces es fervor, caridad, justicia; otras es devocion, zelo, y aun se presenta con frecuencia bajo el titulo tan respetable de amor de Dios. Nunca está el amor propio mas tranquilo que cuando está vestido con estas máscaras; virtud le sirve siempre de abrigo.

Pero ¿es fácil el engañarnos con él? El amor de Dios tiene un carácter inimitable: es puro, desinteresado, generoso, constante, enemigo de las pasiones, dulce, paciente, mortificado, humilde. Y cuando uno es orgulloso, inmortificado, impaciente; cuando no tiene mas que relámpagos de fervor, caprichos de devocion; cuando no busca mas que sus propios intereses, su satisfaccion, su propia gloria, ¿se ama á Dios?

Hay personas que hacen profesion de amar á Dios, y que jamás están de mas mal humor que cuando le sirven. Desazonados, inquietos, impacientes, hasta coléricos, cuando se lisonjean de amar mas á Dios; los dias de devocion y de fiesta no son para ellos los mas serenos, ni los mas tranquilos. Diríase que los ejercicios de piedad irritan su mal humor; y personas tan imperfectas ¿pueden lisonjearse de que aman á Dios?

Los efectos mas ordinarios del amor de Dios son una dulzura inalterable, una humildad sincera, una paciencia á prueba de todo; las adversidades le excitan, el fuego de la persecucion le abrasa, la mortificacion le nutre. Es un error el pensar que el amor de Dios ignora los deberes de la civilizacion y del decoro; no hay cosa que inspire tanta atencion, caridad y aun cortesía como la verdadera piedad.

Los enfados nacen de un corazon agitado é inquieto: el amor divino tranquiliza el corazon, y derrama sobre él una uncion interior que le ablanda, le endulza, hasta hacer al espíritu dócil y flexible. Esta resignacion perfecta á la voluntad de Dios, esta alegría espiritual es el fruto necesario del amor divino: la paz del alma que produce la inocencia, es la

que causa la igualdad de humor, la dulzura inalterable, la generosidad, la magnanimidad de ánimo, la reunion de virtudes en todos los que aman verdaderamente á Dios. Tales son las señales del verdadero amor de Dios. ¿Reconocemos por ellas el nuestro? ¿amamos á Dios con rectitud, con perseverancia, con fidelidad? ¡Dios mio, qué de ilusiones hay en la devocion!

PUNTO SEGUNDO.

Considera que en materia de devocion y de amor de Dios se toman muchas veces los conocimientos y las luces del entendimiento por los sentimientos y los ardores del corazon. Conócese cuan amable es Dios, extráñase aun cuan poco amado es, y embelesados con tan justos y pios sentimientos nos imaginamos que le amamos. Muchos se engañan, y algun dia se sorprenderán al ver y conocer que su amor de Dios no ha consistido mas que en la idea; el corazon conserva su dominio independiente del dominio del entendimiento.

Conócese que Dios merece ser amado; confiésase que es menester ser muy ingrato para no amar á Dios; pero por haber pensado y hablado así ¿se puede decir que se le ama? Nuestro propio corazon nos desmentiria al instante. La caridad es paciente, dice san Pablo (1), está llena de bondad. La caridad es zelosa, no hace nada fuera de tiempo, no se hincha; no es ambiciosa, no busca sus propios intereses; no se irrita; no piensa mal de nadie; no se alegra de la injusticia ni del mal de otro; se alegra sí de aquello que es segun la verdad, y de la prosperidad de sus

(1) II. Cor. 32.

hermanos; es dócil, humilde, graciosa, constante. ¿Reconocemos nuestra devocion y nuestro amor á Dios en este retrato?

Amamos á Dios, decimos, de todo nuestro corazon, porque este es el primero de todos los mandamientos y la base de todos los demás; y no podemos sufrir nada por amor de Dios: amamos á Dios, y no amamos á nuestro prójimo, y le tratamos con aspereza, y no podemos reconciliarnos con nuestros hermanos. Amamos á Dios, y en mil ocasiones violamos sin remordimiento las órdenes de Dios; preferimos nuestras inclinaciones á la voluntad de Dios; sacrificamos los intereses de Dios, nuestra conciencia, nuestra religion, á nuestros propios intereses, á nuestras pasiones, á nuestra gloria. Amamos á Dios: ¿sostendremos esta proposicion en el tribunal de Dios? Si fuese amar á Dios amar los honores, los placeres, amarse á sí mismo, muchos podrian decir que aman á Dios, ¿y no seríamos nosotros de ese número? Consultemos mas bien á nuestras obras, que á nuestros sentimientos y á nuestros conocimientos. Es menester poderle decir á Jesucristo como san Pedro: Vos sabeis que os amo; vos que no podeis engañaros, conoceis que mi corazon esta abrasado de un vivo y ardiente amor á vos: es menester que nuestra humildad, nuestra paciencia, nuestra dulzura, nuestra mortificacion, nuestra caridad con el prójimo, nuestro fervor, nuestra perseverancia, puedan decirnos á nosotros que amamos á Dios; cualquiera otro testimonio sobre este punto es sospechoso. Dios mismo apenas entiende otro idioma.

¡Ah Señor! ¡Cuánto tiempo he vivido en el error, lisonjeándome de que os amaba? mis defectos tan

multiplicados y tan groseros hubieran podido abrirme los ojos y descubrirme la ilusion, si ella hubiese sido menos voluntaria; pero pues que os dignais concederme la gracia de que conozca cuan poco os he amado hasta aquí, concededme la de que os ame con todo mi corazon desde este momento.

JACULATORIAS.

¿Quién nos separará jamás del amor de Jesucristo? ¿será la tribulacion, ó la angustia? *Rom.* 8.

Estoy seguro que ni la muerte, ni la vida, ni otra criatura alguna podrá separarnos del amor de Dios, que está fundado en Jesucristo nuestro Señor. *Ibid.*

PROPOSITOS.

1.° El amor de Dios no estuvo jamás ni ocioso, ni flojo; encuentra ejercicio hasta en el reposo. Este fuego sagrado que el Salvador ha venido á traer á la tierra se extingue desde que deja de obrar. Es preciso que caliente, que ilumine, que abrase. Un corazon frio, un entendimiento ciego, una alma sepultada en sus imperfecciones están poco abrasados de este divino amor. Magdalena calla postrada á los piés del Salvador; pero los riega con sus lágrimas, los enjuga con sus cabellos, los besa y los frota con el licor oloroso. Es menester que las obras digan que se ama á Dios; cualquiera otra voz se oye poco. El amor divino allana todas las dificultades, ó á lo menos las sobrepuja. Los que niegan á Dios cien pequeños sacrificios que les pide, ¿pueden decir que le aman? Tengamos hoy mismo el consuelo de probarnos á nosotros mis-

mos que amamos á Dios. Veamos qué es lo que nos pide tanto tiempo hace : nuestro director, nuestro propio corazon, nuestra conciencia nos lo dicen bastante : no nos apuremos por hallar una materia de sacrificio. Dios nos pide que le sacrifiquemos aquel pequeño resentimiento, aquella diversion ó placer, aquella pasion al juego, aquella visita poco necesaria, aquel refinamiento en la compostura, etc. Postrados en este momento á los piés de nuestro crucifijo, digamos á Dios que por su amor vamos á ver hoy mismo á aquella persona á quien mirábamos con frialdad; que queremos privarnos de aquella visita, de aquella reunion, de aquel juego ; que le hacemos el sacrificio de aquel adorno, y que esto lo hacemos para probarle que le amamos; mañana nos será fácil darle alguna otra prueba.

2.° Las personas que hacen profesion de piedad no deben omitir esta práctica. Si las víctimas que tienen que inmolar no son de gran valor, no son por eso de menor mérito, y muchas veces cuesta mas el sacrificarlas. No es, por ejemplo, una reunion mundana, una pasion por el juego, un resentimiento, una gala; pero será un apego á un mueblecillo poco conveniente ó superfluo; una pequeña indiferencia ó frialdad, efecto ordinario de una envidia secreta; será una lijera inmortificacion ó defecto de educacion, una grosería del natural, una desigualdad de humor, una falta de mansedumbre, una delicadeza excesiva. Determinemos hoy cual de estas víctimas queremos degollar, y sea hoy este pequeño sacrificio la prueba de nuestro amor á Dios y de nuestro zelo. Un espejo, un adorno del aposento ó de la cama, ciertos muebles demasiado curiosos causarán no poca pena en la

hora de la muerte á personas religiosas, que hubieran podido á poca costa adquirir un mérito para con Dios privándose de ellos durante su vida.

DECIMOOCTAVO DOMINGO

DESPUES DE PENTECOSTES.

Nada tiene de particular este domingo. El asunto del evangelio que se ha elegido para la misa del dia, y que refiere la historia de la curacion del paralítico, á quien el Salvador mandó que llevase su cama para prueba del milagro, le habia dado el nombre del domingo del paralítico que lleva su lecho. Contiene este evangelio una de las pruebas mas convincentes de la divinidad de Jesucristo; todo en él es milagroso, todo es instructivo, hasta las menores circunstancias. La epístola, refiriendo las gracias singulares y espléndidas que Dios habia hecho á los Corintios por Jesucristo, los tesoros espirituales de que les habia colmado, sobre todo por el don de la palabra y de la ciencia, es al mismo tiempo un elogio de aquella iglesia floreciente. El introito de la misa es una oracion que la Iglesia hace á Dios para suplicarle que conceda la paz del corazon y de la conciencia á todos los que le sirven con fervor y con fidelidad, á fin de que gusten la dulzura que se halla en su servicio. La Iglesia para formar esta oracion, por la cual comienza la misa de este dia, ha tomado las palabras del capítulo 36 del Eclesiástico.

Conceded, Señor, la paz á los que esperan en Vos, á fin de que vuestros profetas aparezcan verídicos y fieles, y que no parezca que han predicho en vano *Oid las plegarias de vuestro siervo, y las de todo Israel vuestro pueblo. Me he llenado de regocijo cuando se me ha hecho saber que iremos á la casa del Señor.* Estas últimas palabras están tomadas del salmo 121. Contiene este salmo los sentimientos del pueblo judío, cuando se vió cerca de salir de la cautividad de Babilonia. Los judíos cautivos en una tierra extraña, no cesaban de pedir á Dios que les proporcionase la vuelta á su país, y suspiraban sin cesar por su libertad. Habiendo sabido que Ciro habia dado un edicto para ponerlos en libertad, y para volverlos á establecer en su querida patria, el primer objeto de su alegría y de sus acciones de gracias es que volverán á ver el templo del Señor. No hay cosa mas bella ni mas laudable que este piadoso sentimiento, el cual demuestra un fondo admirable de religion. Enésñanos el Espíritu Santo por estas figuras cuáles deben ser nuestros afectos por el cielo, nuestra verdadera patria. Compuso David este salmo movido de un espíritu de profecía, previendo la alegría que algun dia tendria el pueblo al volver á ver el templo de Jerusalen despues de una cautividad tan larga. Es una expresion del gozo y del contento, dice san Crisóstomo, que causó á los judíos cautivos la feliz noticia de su libertad y de su vuelta á Jerusalen. San Hilario, san Agustin y san Jerónimo aplican á la dicha de ir á la Jerusalen celestial lo que el profeta dice aquí de la terrestre. En efecto, ¿ qué alegría no debe causar á un fiel el dulce pensamiento de la eterna bienaventuranza?

Recompensad, Señor, dice el texto, *á los que esperan en vos*. Recompensad la paciencia, el ardor y la confianza de un pueblo, que á pesar de tantas revoluciones y desgracias os ha sido siempre fiel. El autor habla aquí del pueblo judío, que despues de la cautividad de Babilonia no cayó en la idolatría; y tambien parece insinuar que habla del Mesías, como si dijese : El zelo y la fidelidad, Señor, con que todo el pueblo os sirve, merece que por recompensa le concedais el Mesías, el Salvador tan deseado : enviadle este Redentor, á fin de que tantas profecías como nos le han prometido no sean vanas, y que aparezca que los profetas han dicho la verdad. Esto es lo que le mueve á decir : *Oid las plegarias de vuestros siervos, y las de todo Israel vuestro pueblo;* ó como dice el texto, *oid las súplicas de vuestros siervos.*

La epístola del dia está tomada del capítulo primero de la primera de san Pablo á los Corintios, en la que el santo apóstol da gracias á Dios por los dones que se les han concedido.

Yo no ceso de dar gracias á mi Dios por vosotros, de la gracia que os ha hecho por Jesucristo. La gracia que Dios habia hecho á los Corintios, y por la que san Pablo da gracias á Dios, era la gracia de su vocacion á la fe de Jesucristo, al cristianismo. En efecto, esta es la mas insigne de todas las gracias, puesto que sin la fe no hay salvacion. Los Corintios habian estado sepultados en las tinieblas de la idolatría; y como aquella ciudad, capital de la Acaya, y aun de toda la Grecia, era una de las mas opulentas de todo el Oriente, la idolatría, madre de todos los vicios, reinaba en ella con mas imperio. Aun cuando aquella ciudad hubiese caido mucho de su antiguo esplen-

dor, sin embargo estaba todavía entonces bastante floreciente para merecer que Ciceron la llamase la luz de toda la Grecia.

El primero que vino á ella á predicar el Evangelio fué san Pablo, hácia el año 52 de Jesucristo, cuando á resultas de haber sido arrojado de Filipos vino á Atenas, y de Atenas á Corinto. Permaneció allí diez y ocho meses, animado y fortificado por la aparicion de Jesucristo, que le aseguró que él se habia elegido un gran pueblo en aquella ciudad. El suceso verificó muy pronto la prediccion. La fe hizo prodigiosos progresos entre los Corintios, y la iglesia de Corinto llegó á ser en poco tiempo una de las mas numerosas y de las mas florecientes de la Acaya. San Pablo, que habia hecho allí tan célebres conversiones tanto de judíos como de gentiles, comienza la carta que les escribe dando gracias al Señor por un favor tan señalado. Bella leccion para muchas gentes, que, habiendo recibido de Dios una gracia semejante, pasan toda su vida sin haberle jamás dado gracias por ella. ¿Y no somos nosotros de este número? Un cristiano y un católico no debe nunca pasar un solo dia de su vida sin dar gracias á Dios por haberle hecho nacer de padres cristianos, y haberle alimentado en el seno de la Iglesia, mientras que tantos otros viven y mueren en la infidelidad, ó en el cisma y en la herejía.

Yo le doy gracias, continúa el Apóstol, de que por él habeis sido enriquecidos con todo género de bienes, con todos los dones de la palabra y de la ciencia. Estos bienes y estos dones con los cuales, dice san Pablo, habian sido enriquecidos los fieles, son además las gracias actuales, los dones extraordina-

rios del Espíritu Santo que Dios comunicaba con tanta abundancia á los primeros fieles; los dones de lenguas y de profecía, el de inteligencia de las santas Escrituras y de los misterios de la religion, el don de la predicacion, y aun el de los milagros. Estas gracias singulares y brillantes no eran tan raras como en el dia, en los primeros dias de la Iglesia; Dios las repartia con mas liberalidad. Y como los Corintios tenian naturalmente mas dificultades que vencer para adquirir el reino de Dios que los demás pueblos de Oriente, por su lujo, su molicie y su altivez, eran necesarias para convertirlos gracias sobrenaturales mas extraordinarias; por tanto Dios se las habia concedido con mas abundancia. ¿Quién ha pasado por vuestro país, dice san Clemente papa en la carta que les escribe, quién ha pasado por vuestro país, y no os ha felicitado por los bellos conocimientos, y por la ciencia tan perfecta y tan cierta que Dios os ha comunicado? Déjase ver muy bien, añade, que habeis recibido con plenitud la efusion del Espíritu Santo. Sin embargo, no quiere decir san Pablo que cada fiel de Corinto hubiese recibido todos estos dones, sino solamente que se habian comunicado abundantemente á la iglesia de Corinto. Esta ciudad era la mas rica de la Grecia; pero el Apóstol no felicita á los Corintios sino por sus riquezas espirituales, y estas son tambien las únicas que debe estimar un cristiano; la gracia santificante, la humildad, la caridad, la pureza, todas las virtudes cristianas.

Por donde lo que se ha anunciado de Jesucristo se ha verificado en vuestras personas. Como si dijera: que por estos dones y por estas gracias, la verdad de la doctrina de Jesucristo que el Apóstol les habia pre-

dicado, y de que les habia dado testimonio, se habia confirmado y fortificado visiblemente entre ellos. Los dones sobrenaturales del cielo, el don de lenguas, el don de profecía, el don de ciencia, el don de milagros, han dado testimonio á la verdad de su predicacion, y son pruebas evidentes de la excelencia de su fe, y de la verdad de la religion cristiana. *De suerte que con respecto á los dones de gracias*, añade el santo apóstol, *no careceis de ninguno que os afiance en la esperanza que teneis de que aparezca Jesucristo nuestro Señor;* que es como si les dijese: Vosotros habeis sido abundantemente provistos de todos los dones de gracias necesarias para sosteneros contra todas las pruebas, y contra todos los esfuerzos del enemigo de vuestra salud, y para perseverar en la fe y en el servicio de Dios hasta la venida de Jesucristo. Por esta venida del Salvador debe entenderse no solo el juicio último y universal, sino tambien el juicio particular al fin de la vida. Las gracias extraordinarias y magníficas que el Señor os ha hecho desde vuestra conversion, os responden de las que está pronto á haceros si sois fieles en su servicio hasta la muerte. Sin embargo, estad continuamente alerta, no os relajeis, corresponded con una fidelidad generosa y constante á todos estos favores, no sea que todos estos dones con que tan liberalmente os ha enriquecido el Señor, sirvan para vuestra condenacion y vuestra pérdida si no perseverais, y si, contando demasiado con su bondad, llegáseis á desmentiros y relajaros en su servicio: *Él es el que os afirmará por su gracia hasta el fin, sin que se os pueda acusar en el dia que viniere Jesucristo nuestro Señor.* Es evidente que estas palabras deben tomarse

en un sentido condicional. Ellas significan, dicen los intérpretes, que Dios no dejará de dar á los Corintios todos los auxilios necesarios para afirmarse mas y mas en el bien, y en la práctica de todas las virtudes cristianas, hasta la venida de Jesucristo, esto es, hasta el fin de la vida, con tal que por su parte no pongan obstáculo á la gracia por su ingratitud hácia Dios, y por el pecado. Las gracias por las que el Señor nos afirma en la virtud, no deben obstar para que lo temamos todo de nuestra flaqueza. *Trabajad*, dice el mismo apóstol (1), *sin cesar en vuestra salvacion con temor y temblor*. La sabiduría de Dios nos deja la libertad de usar ó de no usar de los auxilios que su bondad nos ofrece; *convida á las coronas y á los premios*, dice san Crisóstomo, *pero no trae á rastra á los que rehusan ir por ellos*. Las gracias extraordinarias y brillantes deben hacernos humildes y reconocidos, mas no flojos y presuntuosos. Cuantos mas talentos hemos recibido, dice san Gregorio, mas cuenta tenemos que dar á Dios del recaudo; y cuanto mas ricos seamos, mas tenemos que perder, y mas interés tenemos en no perder lo que hemos ganado. ¡Cuántas luces brillantes de la Iglesia se ha visto que las apagó el viento, por no haber sabido ponerse al abrigo á favor de una humildad profunda! ¡Cuántas naves ricamente cargadas han perecido contra una roca, ó en un banco de arena! *El que crea*, pues, *estar firme en pié*, dice en otra parte el mismo apóstol (2) *guárdese no caiga*. Tal es la importante leccion que da aquí san Pablo á los Corintios, y generalmente á todos los fieles.

(1) Philip. 2. — (2) I. Cor. 10.

El evangelio de la misa de este dia está tomado del capítulo nueve de san Mateo, en donde se refiere la historia de la curacion milagrosa del paralítico á quien Jesucristo mandó que llevase la cama.

Habiendo dejado el Salvador el territorio de los Gerasenos, en donde habia permitido á una legion de demonios arrojada del cuerpo de uno ó dos poseidos que entrase en un rebaño de puercos y que los anegase, pasó el mar de Galilea y vino á la ciudad de Cafarnaum, pero secretamente y sin ruido. No obstante, no pudo de tal modo ocultar su llegada que no se supiese, y que en un momento no se esparciese la noticia por toda la ciudad. Inmediatamente concurrió á verle una muchedumbre tal, que ni la casa ni el vestíbulo eran capaces para contenerla. Los discípulos que veian tantos oyentes reunidos, y que sabian que Jesus no dejaria de darles instrucciones, y distribuirles el pan de la palabra, segun tenia de costumbre el hacerlo, le prepararon una silla, y al mismo tiempo ofrecieron asientos á los fariseos y á los doctores de la ley ó escribas que habian venido de muchas poblaciones de Galilea, de Judea, y aun de Jerusalen, y que, hallándose en Cafarnaum, tuvieron mucha complacencia en oirle. Habiéndose, pues, todos sentado, les hizo el Salvador un discurso muy instructivo y muy patético sobre los principales puntos de la ley, y habló con tal fuerza y tanta uncion, que todos convinieron en que él solo poseia la plenitud de la ciencia y de la sabiduría.

Al fin del sermon se le presentó un gran número de enfermos; los curó á todos, siendo testigos de ello todos los que allí se habian reunido, de manera que su poder no apareció tal vez jamás con mas

esplendor que en aquella coyuntura. Pero en lo que mas principalmente se ostentó su divinidad fué en la curacion milagrosa de un paralítico. Viniéronle á presentar, atravesando la multitud, un pobre hombre baldado de todos sus miembros; de suerte que mas bien parecia un hombre muerto que vivo. Traíanle cuatro hombres en un lecho, los cuales viendo que no podian romper por el concurso, y ya desesperando de conseguirlo despues de haber hecho mil esfuerzos en vano, resolvieron bajarlo por el techo á la habitacion donde estaba Jesus. Se ha advertido ya en otra parte que los techos de las casas eran llanos en todo el Oriente, de modo que podia pasearse por ellos. Un antiguo intérprete añade que en medio del techo de cada casa habia un escotillon que se abria hácia fuera cuando se queria subir al terrado, ó ventilar la habitacion por dentro. No pudiendo, pues, los que llevaban al paralítico entrar en la casa á causa de la multitud, subieron al techo por una escalera exterior que conducia á él, abrieron el escotillon, y con cuerdas bajaron el lecho del enfermo al aposento en donde estaba el Salvador.

Jesucristo que veia su fe tan viva en su corazon, como ardiente se mostraba en lo exterior, y que se complacia mucho en su caridad y en las santas disposiciones del enfermo, no tardó en concederles lo que deseaban; pero para enseñarnos que es menester preferir siempre la salud del alma á la del cuerpo, la primera gracia que hizo al paralítico, aun sin que él la pidiese, fué perdonarle sus pecados, despues de haberle hecho la de que concibiese un vivo arrepentimiento y una contricion verdadera de ellos. *Hijo mio*, le dijo, *animate, tus pecados te son perdonados.*

¡Qué de votos no se hacen entre los cristianos por la salud y por los favores temporales! ¡Cuán pocos piden á Dios la gracia de una sincera penitencia! Muchos alcanzarian la salud del cuerpo, si fuesen solícitos en recobrar la salud del alma, y si antes de haber recurrido á los remedios de su enfermedad comenzasen por detestar sus faltas y se confesasen.

Estas palabras *tus pecados te son perdonados*, chocaron á los doctores de la ley y á los fariseos, y tomaron de ellas motivo de escándalo; no se atrevian, empero, á descubrir su pensamiento, y se contentaban con decir para sí mismos : ¿Quién es este hombre? ¿qué es lo qué piensa? *él blasfema.* La pretendida blasfemia consistia en que el Salvador se atribuia el poder de perdonar los pecados, lo cual solo pertenece á Dios. *¿Quién puede perdonar los pecados sino solo Dios?* Decian verdad, y por tanto el Salvador pretendia darles una prueba evidente de su divinidad, confirmando claramente lo que les decia por un milagro visible, habiéndoles antes demostrado que conocia el fondo de los corazones y penetraba los pensamientos secretos, lo cual no es propio mas que de Dios.

En efecto, Jesus, que sin señal alguna conocia el interior del hombre, les hizo ver en esta ocasion que nada habia oculto para él. *¿Porqué,* les dice, *formais malos juicios dentro de vosotros? ¿Qué es mas fácil decir : tus pecados te son perdonados; ó decir, levántate y echa á andar?* Como si les dijera : vosotros convenis en que nadie puede perdonar los pecados sino solo Dios. Ahora bien, si yo os demuestro visiblemente que tengo poder para perdonar los pecados, ¿me miraréis como un puro hombre? Tengo, pues,

este poder, y es tan fácil para mí el perdonar los pecados, como el dar al instante la salud á este hombre tullido de todos sus miembros, y hacer que ande desde luego. Dios no podria hacer un milagro para autorizar un blasfemo, y confirmar el error y la impiedad. Si, pues, yo curo á vuestra vista este paralítico, pruebo con este milagro que tengo poder para perdonar los pecados, y que no me es mas difícil el perdonarlos que el volver á este infeliz baldado el uso de sus miembros : *A fin, pues, de que quedeis convencidos sensiblemente del poder invisible que tengo de curar todo género de enfermedades, levántate*, dijo entonces al paralítico, y para hacer ver que estás perfectamente curado, *toma tú mismo tu cama, y véte con ella á tu casa.* A estas palabras del Omnipotente el paralítico se levantó, cargó sin ningun auxilio su lecho sobre sus espaldas á la vista de todo el concurso, y pasando por medio de la multitud, se fué saltando de gozo á su casa. Pocas pruebas, segun parece, ha dado Jesucristo en todo el curso de su vida mortal mas brillantes ni mas patentes que esta de su divinidad; menester es ser mas que ciego para no quedar convencido de ella. Notemos que el milagro visible que hace curando instantáneamente á aquel hombre tullido, no lo hace mas que para probar el poder invisible que tiene de perdonar los pecados en la tierra : *Ut sciatis.* Dios no podria hacer un milagro para probar la mentira y el error ; así es que todo el pueblo quedó poseido de una admiracion que llegaba ya á ser una especie de pavor santo. Oíase exclamar á toda la gente allí reunida : *Gloria. alabanza eterna al Dios omnipotente que ha dado tal poder á los hombres.* Es probable que los judíos, siempre groseros y ma-

Levántate, dijo entonces al paralítico ... toma tu mismo tu cama y véte con ella á tu casa.

teriales, no comprendiesen la mayor parte una verdad tan visible, y que, no pudiendo concebir que aquel á quien veian como verdadero hombre, pudiese al mismo tiempo ser verdadero Dios, no considerasen todavía á Jesucristo mas que como un hombre maravilloso y extraordinario, y esto es lo que les hacia alabar á Dios, porque habia dado á los hombres, decian, un poder semejante. Jesucristo perdonaba los pecados y hacia milagros, no solo como hombre, sino como Dios, en virtud del poder que la naturaleza divina comunicaba á la humanidad con la cual estaba unida sustancialmente, y con la que no hacia mas que una sola persona, que era la persona del Verbo. Por consiguiente el Hijo del hombre obraba estas maravillas en su propio nombre y por su propia virtud; á diferencia de los demás hombres que no las obran sino en nombre de Jesucristo, y en virtud de un poder extraño.

La oracion de la misa de este dia es como sigue.

Os suplicamos, Señor, que movais y conduzcais nuestros corazones mediante la divina operacion de vuestra gracia; porque sin vos no podemos agradaros. Por nuestro Señor Jesucristo, etc.

La epistola está tomada de la primera de san Pablo á los Corintios, cap. 1.

Hermanos mios: Yo no ceso de dar gracias á mi Dios por vosotros, por la gracia que os ha hecho por Jesucristo, pues por él habeis sido enriquecidos con todo género de bienes, con todos los dones de la palabra y de la ciencia, por donde lo qué se ha anunciado de Jesucristo se ha verificado en vosotros; de suerte que con respecto á los bienes de gracia de nada carezcais, mientras que esperais que aparezca Jesu-

cristo nuestro Señor, el cual os confirmará hasta el fin, para que no seais acusados de crímen en el dia en que vendrá Jesucristo nuestro Señor.

NOTA.

Fué escrita esta epístola desde Efeso, algun tiempo antes que san Pablo partiese para ir á Macedonia, hácia el año 56 de Jesucristo. Divídese en dos partes: en la primera les da el Apóstol una viva correccion, con motivo de sus divisiones y de un incesto cometido entre ellos; en el resto de la carta responde á diferentes cuestiones que los Corintios le habian propuesto.

REFLEXIONES.

Habeis sido enriquecidos con todo género de bienes. San Pablo para hacer agradable la caridad y la viva correccion que habia dado á los Corintios, comienza su carta recordándoles todos los dones sobrenaturales, y todas las gracias singulares de que Dios les habia colmado abundantemente, y con que les habia enriquecido desde el principio de su conversion. Nada, en efecto, debe hacer mas impresion, ni mover mas á los que despues de haberse convertido verdaderamente, y despues de haber gustado las dulzuras que se hallan en el servicio de Dios, dejan de ser quienes fueron, y olvidando las gracias de predileccion que han recibido, y los insignes beneficios de que han sido colmados, vuelven á sumergirse en el desórden; nada repito, es mas á propósito para cubrir de confusion á estas almas ingratas é infieles que la memoria de estos mismos beneficios.

Cuesta trabajo comprender cómo un gran desarreglo de costumbres pueda suceder á una piedad ejem-

plar, y que despues de haber sido devoto de buena fe, venga á pararse en libertino de profesion ; cómo esas luces tan vivas, tan claras, que hacen ver la virtud con un brillo tan hermoso, puedan extinguirse tan absolutamente, sin que se sienta á lo menos que se ha quedado uno ciego ; cómo pueda perderse el gusto á la piedad hasta el extremo de mirarla con horror, sin que el alma advierta que está enferma ; y cómo despues de haber servido á Dios muchos años con fervor y con edificacion, pueda uno retirarse de su servicio sin sentimiento y sin inquietud. Todo esto pareceria imposible, si ejemplos frecuentes no probasen demasiado todos los dias que no lo es. La corrupcion del corazon pasa muy pronto hasta el espíritu ; déjase de pensar bien luego que se deja de vivir bien. Cuando llega á perderse el gusto á las grandes verdades de la religion, muy pronto se las pierde tambien de vista ; nunca es pequeño el extravío, cuando despues de haber conocido el buen camino se aleja uno de él por disgusto. ¡Qué diferencia de costumbres, de sentimientos y de conducta, buen Dios, entre una persona verdaderamente piadosa, y la misma cuando vive en el desarreglo! Dulce, humilde, atenta, oficiosa, caritativa, porque todo esto es cuando es sinceramente virtuosa. ¡Qué sabiduría, qué prudencia, qué probidad en toda su conducta! Aquella señora, penetrada de las grandes verdades de la religion, no encontraba alegría verdadera sino en los ejercicios de una sólida piedad, y vivia en el mundo sin seguir sus máximas. La regularidad de sus costumbres, su modestia, su aplicacion á sus deberes, su afabilidad, daban un nuevo lustre á todas sus bellas cualidades. La envidia respetaba su virtud, se la proponia en el

mundo como modelo de una señora cristiana. Aquella persona religiosa al salir de su noviciado se hacia admirar de los mas antiguos por su exacta puntualidad, por su tierna devocion, por su fervor, por su mortificacion, por su modestia. ¿Quién hubiera dicho que una virtud tan sólida deberia perderse algun dia? Pero por haber descuidado el reparar una viga, dice el Sabio, repasar el tejado, cerrar una brecha, todo el edificio se ha hundido; una pequeña hendidura en el navío le conduce á un triste naufragio : aquel oro tan puro ha perdido todo su precio, perdiendo su esplendor; aquella virtud tan pura, tan brillante, se ha oscurecido. Aquellos vasos de eleccion y de gloria han tenido la suerte de los vasos de barro, que á la primera caida se hacen pedazos. Salomon pervertido, y un apóstol convertido en apóstata, prueban demasiado que cuando se ha gustado de Dios, cuando uno ha sido verdaderamente devoto y ha dejado de serlo, no se hace nunca malo á medias. Diríase que la fe, el buen sentido, la educacion, la razon misma se pierden con la devocion. Aquel jóven tan sabio, tan racional, tan bien educado, no es ya nada de esto desde que no es devoto. Aquella señora cristiana no es ya conocida desde que se ha hecho mundana. Aquella jóven religiosa ha llegado á ser un motivo de escándalo desde que ha caido en la relajacion. *Acordaos*, dice el Apóstol, *de aquellos dias antiguos, en que llenos de las luces de la fe, sostuvisteis el gran combate de las pasiones*. Pero sobre todo, ¡qué sentimientos produce en el fin de la vida la memoria de aquella virtud extinguida, y de aquellas gracias tan preciosas de que se ha hecho un abuso tan pernicioso!

El evangelio de la misa de este dia es lo que sigue tomado del de san Mateo, cap. 9.

En aquel tiempo: Habiéndose metido Jesus en una barca, pasó el lago, y entró en su ciudad: luego que llegó, algunos le presentaron un paralítico tendido en su cama, y viendo Jesus su fe, dijo al paralítico: Hijo mio, anímate, tus pecados te son perdonados. Al mismo tiempo algunos de los escribas dijeron para si: Este hombre blasfema. Viendo Jesus lo que pensaban, les dijo: ¿Porqué haceis malos juicios dentro de vosotros mismos? ¿qué es mas fácil decir: Tus pecados te son perdonados; ó decir, levántate y anda? Pues para que sepais que el Hijo del hombre tiene poder para perdonar los pecados sobre la tierra: Levántate, dijo entonces al paralítico, toma tu cama y véte á tu casa. Levantóse, en efecto, el paralítico, y se fué á su casa. Viendo esto el pueblo, quedó poseido del temor, y en alta voz alabó á Dios que habia dado tal poder á los hombres.

MEDITACION.

QUE NO HAY VERDADERA FELICIDAD SOBRE LA TIERRA SINO EN EL SERVICIO DE DIOS.

PUNTO PRIMERO.

Considera que no hemos sido criados sino para conocer, para amar y para servir á Dios; luego no podemos ser felices sino sirviendo á Dios: cualquiera otra idea de felicidad es quimérica; cualquiera que la busque en otra parte que en Dios, se alimenta de la ilusion y del error.

Jesucristo ha dicho que *su yugo es suave, y su carga lijera.* El mundo piensa y dice lo contrario; ¿quién se engaña? ¿á quién debemos creer? Jesucristo lo ha dicho, luego es verdad; pero ¿nuestros deseos y nuestras solicitudes prueban que creemos este oráculo?

Para ser felices es menester que nuestros deseos queden satisfechos; ningun bien criado hay que los llene completamente; es menester que el corazon quede contento, y fuera de Dios no puede menos de estar inquieto. Fatigámonos, cansámonos, consumímonos en el servicio del mundo; ¿qué condicion hay sin disgustos? no hay dia sin niebla; no hay empleo que no sea una carga; por mas que se haga, todo disgusta, todo cansa; únicamente es dulce y lijero el yugo de Dios. Mi razon sola no podria decirme lo contrario; ¿y yo dudo, Señor, yo delibero para serviros?

En el servicio del mundo todo es duro, y todo es infructuoso; no hay gozo que no nazca en medio de las espinas, todo pica. ¿Qué dia hay en calma en este mar? todo en él son escollos; ¡y cuántos tristes naufragios suceden! ¿Qué no se sufre en él por las pasiones de los demás, y qué no tenemos que sufrir por nuestras propias pasiones?

En el servicio de Dios, estos tiranos están por lo menos aherrojados, todo es llano en sus caminos; el cielo está en él siempre sereno; y ciertamente, cuando la conciencia está en paz, ¿qué mas dulce calma? ¡Ah! ¡Cuanta verdad es, Señor, que estos misterios están escondidos á los sabios y á los prudentes del siglo, y que solo á los humildes es á quienes se revelan estos secretos! ¿En quién consiste, Señor, que yo no los conozca? Haced que yo lo experimente; estoy pronto á sacrificarlo todo, á hacer cuanto sea necesario para gustar tan dulces y tan consoladoras verdades.

PUNTO SEGUNDO.

Considera que hay pocas verdades prácticas mejor probadas, ni mejor demostradas que esta.

¿Cuál es el mundano que esté contento con el señor á quien sirve? ¿Cuántas quejas no se oyen todos los dias sobre lo que se ha sufrido en el servicio del mundo? Y al contrario, no hay santo alguno que no esté contento, que no se vea hasta colmado de gozo en el servicio de Dios. ¿Se ha encontrado jamás ni uno solo de todos ellos que se haya quejado de que ha tenido mucho que sufrir en él; de que no ha sido bastante recompensado; de que Dios no ha sido un señor bueno? No hay proporcion alguna entre nuestros trabajos y la recompensa.

La soledad, la penitencia, las cruces son tesoros ocultos á los sabios del mundo; pero ¿qué manantial mas abundante de dulzura, de paz y de consolacion interior para las gentes buenas? Su modestia, su moderacion, su igualdad de humor, son las imágenes de la tranquilidad del alma, y de la alegría del corazon. ¡Cuándo nos conducirá á esta fuente el deseo de la felicidad!

San Pablo, primer ermitaño, pasa noventa años en la mas espantosa soledad, desconocido de los hombres, y únicamente ocupado en Dios: ¿se queja san Pablo del Señor á quien ha servido? ¿se le debe tener á él lástima? Ha ignorado lo que pasaba en el mundo. ¡Cuántos grandes hay en el mundo que querrian haber tenido la misma suerte!

Noventa años pasados en el servicio del mundo causan tanto consuelo en la hora de la muerte?

¿No llevan tras de sí ningun sentimiento? ¿Son objeto de la admiracion y de la veneracion de todos los fieles en todos los siglos? ¡Cosa extraña! Hace mas de seis mil años que está demostrando esta verdad la fe, la razon y la experiencia, y no hay forma de creerla. ¿Será extraño que haya tantos desdichados?

No quiero yo, Señor, engrosar el número de ellos; estoy bien convencido de que solo es posible ser feliz en vuestro servicio. Tampoco quiero tener ya otro señor, y toda mi ambicion, todo mi placer de hoy en adelante será el de serviros.

JACULATORIAS.

¡Qué dulzuras, Señor, haceis gustar á los que os temen! *Salmo* 30.

Un solo dia pasado en el servicio de Dios, es mas satisfactorio que mil otros en cualquiera otra parte. *Salmo* 83.

PROPOSITOS.

1° Impongámonos una ley de no hablar jamás de la devocion sino con respeto, y en términos que demuestren la estimacion que hacemos de ella; no hablemos de ella sino como del orígen de nuestra verdadera felicidad. El enemigo de Jesucristo y de nuestra salvacion es el que ha introducido la falsa opinion de que cuesta mucho el ser devoto; que el servicio de Dios es muy duro; que hay muchos monstruos que domar; que todo es preciso hacerlo en él á costa de sudor y de violencia. Esta jerigonza, tan comun en el dia de hoy, desanima á muchas almas tímidas; mantiene á los libertinos en sus desórdenes;

es injuriosa al Señor á quien servimos, y hace mas mal de lo que se cree. Un san Pablo en el desierto, un san Luis en el trono, tantos millones de santos y santas, de toda condicion y de todo estado, piensan y hablan de otra manera en materia de devocion, que los libertinos y las mujeres mundanas; ¿á quiénes se debe creer? Nosotros, dicen, no hemos experimentado jamás estas dulzuras, ó al menos esta felicidad en la práctica de la virtud; pero, ¿y qué han hecho para hacerse dignos de ella? Consérvase aun el depravado gusto por los fastidiosos placeres del mundo; permanécese lánguido, enfermo, y se querria gustar ya la dulzura de los gozos del cielo. Sirvamos á Dios con fervor, y muy pronto le serviremos con placer.

2º Amemos y practiquemos el recogimiento interior. Sin él, la piedad es superficial. Huyamos el tumulto y la disipacion; amemos el retiro; el aire del gran mundo es siempre contagioso para la salud, á menos que sea Dios el que nos exponga á él; aun en este caso nos obliga al recogimiento, como preservativo necesario. Comencemos por evitar el demasiado roce con el gran mundo; mortifiquemos nuestra curiosidad con respecto á las noticias y rumores que corren por la poblacion. Esta pequeña mortificacion sirve de grande auxilio para el recogimiento.

DECIMONONO DOMINGO

DESPUES DE PENTECOSTES.

Habiendo elegido la Iglesia para el evangelio de la misa de este dia la parábola del rey que hizo el festin para celebrar la boda de su hijo, del cual se hicieron indignos los primeros que habian sido convidados, se ha llamado el domingo de los convidados á la boda; podríase tambien añadir, y de la parábola de la reprobacion de los judíos. No hay ninguno, en efecto, en que esté mejor designada esta reprobacion. Véese tambien en ella la figura de la reprobacion de los malos cristianos, en aquel que, no habiendo rehusado el honor que el rey le hacia, se puso á la mesa sin tener el vestido de boda, y fué severamente castigado, habiendo sido arrojado fuera y condenado á las tinieblas. La epístola del dia, en el sentido figurado, tiene mucha relacion con esta parábola. Es una exhortacion patética que san Pablo hace á los Efesinos, á fin de que se despojen del hombre viejo, y se revistan del nuevo, explicándoles las cualidades del uno y del otro, exhortando en su persona á todos los cristianos á que se renueven en espíritu, y á vivir con gran pureza de costumbres, figurada en el vestido de boda de que se ha hablado en el evangelio. El introito de la misa tiene la misma relacion, y exhortando á los fieles á guardar la ley de Dios con puntualidad y con fervor, les recuerda que

Dios solo es nuestra salud, y que en cualquier afliccion que nos hallemos, no tenemos mas que recurrir á él con confianza. El mismo Señor nos declara que nos oirá, y que será para siempre nuestro Señor, nuestro Dios, y nuestro Padre.

Yo soy la salud de mi pueblo, dice el Señor; *en cualquiera afliccion en que se halle, yo le oiré cuando me invocare; y seré para siempre su Señor.* Nada hay tan consolante como esta declaracion y esta promesa de parte de nuestro Dios; nada tampoco que mas culpe de su injusticia á los judíos ingratos y á los cristianos infieles, únicos artífices de su reprobacion.

Oye, pueblo mio, las instrucciones que voy á darte, aplica tus oidos á mis palabras. Este salmo es como el compendio de la historia de los judíos desde Moisés hasta David. Hace aquí el profeta una contraposicion continua de la bondad de Dios con respecto á su pueblo, y de la ingratitud de este mismo pueblo con su Dios. Además de muchas cosas ocultas bajo del sentido literal de este salmo enteramente misterioso, se ve en él el reino de Jesucristo figurado en el de David; y la tribu de Judá preferida á la de Efraim nos representa el fin del antiguo Testamento y el principio del nuevo, en el cual los gentiles han sido llamados al festin de las bodas, y desechados los judíos que se han hecho indignos de él por su impiedad y por la mas negra de las ingratitudes. Esta alegoría sin duda es la que ha movido á la Iglesia á elegirle para el introito de la misa de este dia.

La epístola está tomada del capítulo cuarto de la de san Pablo á los Efesinos. Habia tomado el santo apóstol con extraordinario empeño la salud y la perfaccion de aquella iglesia naciente. Conociendo las

necesidades espirituales de aquellos nuevos fieles, los instruye cuidadosamente en todos los misterios de la fe, y en los puntos mas esenciales de la moral cristiana.

Efeso era una ciudad muy dada á la idolatría, á todo género de supersticiones, y singularmente á la magia. Vemos en los Hechos de los Apóstoles que san Pablo hizo quemar allí en un solo dia libros mágicos por valor de cincuenta mil denarios: los cincuenta mil denarios hacen veinte y cinco mil libras de nuestra moneda, no tomando el denario mas que bajo del pié de diez sueldos de Francia, que es el valor ordinario del denario romano (1). El libertinaje correspondia á todas sus supersticiones; el vicio, la licencia y la disolucion reinaban allí con mas imperio que en cualquier otra ciudad. Habia sido menester curar el entendimiento de sus errores, y el corazon de la corrupcion. La gracia del Señor habia obrado esta doble maravilla por el ministerio de san Pablo. Los Efesinos habian abrazado la fe con mucha generosidad; la inocencia y el fervor reinaban en aquella iglesia á pesar del mal ejemplo de los conciudadanos, y de los artificios de los falsos doctores y de los falsos hermanos. Era preciso nutrir aquella piedad, y renovar con frecuencia aquel espíritu de fervor que es como el alma de la virtud cristiana, y esto es lo que hace aquí el santo apóstol.

Renovaos en el espíritu, y revestios del hombre nuevo, que ha sido criado á semejanza de Dios en la verdadera justicia y en la verdadera santidad. Todos los principios prometen mucho. Los primeros pasos

(1) Entre nosotros equivale el denario á cuarenta mrs., esto es, un real y seis mrs. de vellon.

se dan siempre con vigor; pero luego nos entibiamos y nos detenemos : es menester recordar con frecuencia los mismos objetos, los mismos motivos que nos han obligado á entrar en la carrera para continuar su curso. Nada hay tan expuesto al cansancio como el fervor en el camino de la perfeccion. La pesadez del cuerpo, por decirlo así, fatiga al espíritu; la continuacion del trabajo adormece el alma. Combátese con generosidad ; pero cuando es menester velar continuamente para no ser sorprendido por un enemigo que no duerme, hay gran peligro de cansarse; es necesario renovarse sin cesar en espíritu, y decir cuasi en todo momento como el Profeta : *Dixi: nunc cœpi.* Yo renuevo á todas horas mi resolucion de ser de Dios, mis propósitos de servir á Dios, yo comienzo con nuevo fervor. Sin esta renovacion interior, el espíritu de devocion, por decirlo así, se gasta muy pronto, y esto es lo que san Pablo recomienda aquí á los fieles de Efeso : *Vestios del hombre nuevo.* Este nuevo hombre, del cual les dice el Apóstol que se revistan, es aquel hombre espiritual é interior, aquel hombre inocente, aquel hombre nuevo reengendrado por las aguas del bautismo; es el mismo Jesucristo, á quien debemos retratar en nosotros mismos por la pureza de nuestras costumbres y la inocencia de nuestra vida : de suerte que cada uno de nosotros pueda decir con verdad como el Apóstol : *Vivo yo, no soy ya yo el que vivo, es Jesucristo el que vive en mí.* No hay predestinado que no retrate en su persona este divino prototipo, no le hay que no sea conforme á la imágen del Hijo del Padre Eterno; y como este es la misma justicia y santidad, es menester que el nuevo hombre, del

cual debemos revestirnos, no se contente con una justicia y una santidad aparente, sino que tenga una verdadera justicia interior, y una verdadera santidad. San Pablo dice que debemos estar revestidos de dos virtudes que encierran todas las demás, las cuales son esenciales á Dios hombre, puesto que Jesucristo es esencialmente santo y justo por su persona divina; por lo que hace á nosotros, no podemos mas que estar revestidos de ellas.

Por lo cual, dejando la mentira, hablad todos con vuestro prójimo el idioma de la verdad, porque somos todos miembros los unos de los otros. Reina demasiado en el mundo la simulacion, para que en él se vean dominar la rectitud, la buena fe y la sinceridad. Solo en el cristianismo es en donde reina la verdad. Está desterrado de él todo lo que es doblez; no hay hombre de verdad, decian los mismos paganos, sino el cristiano. Esta simplicidad, esta verdad, esta rectitud es la que recomienda aquí el Apóstol á los fieles de Efeso. Cuando uno está revestido del hombre nuevo es verdadero en sus sentimientos, en sus demostraciones de amistad, en sus palabras, y en todo el comercio de la vida civil. La razon que da san Pablo es singular; porque, dice él, somos todos miembros los unos de los otros. Todos los fieles no forman mas que un cuerpo, que es la Iglesia, y este cuerpo místico solo tiene á Jesucristo por cabeza. Ahora bien, esta cabeza es la que dirige á todos los miembros; siendo, pues, esta cabeza la verdad misma, todos sus miembros deben aborrecer lo falso.

Cuando os enojeis, guardaos de excederos de modo que pequeis. Los Efesinos eran naturalmente coléricos. La verdadera piedad no destruye el natural,

pero le corrige; no extingue las pasiones, las doma, y aun las hace servir á la virtud y á la perfeccion. Sobre este principio san Pablo recomienda á los Efesinos, no el que no se irriten, sino que si su bilis se enciende en medio de tantas contradicciones, en medio de tantas ocasiones como se presentan en el comercio del mundo, cuiden mucho de sufocar los primeros movimientos, y de reprimir todos sus ímpetus, de suerte que jamás lleguen á ofender á Dios. *No se ponga el sol sobre vuestra ira.* Como si les dijera: luego que conozcais que esta pasion toma fuego, sufocadla en su nacimiento; apagad su primera chispa, ella es capaz de causar un grande incendio, y antes que se concluya el dia, estad ya perfectamente reconciliados con aquellos que hubieren podido daros motivo para incomodaros. Débese, sin embargo, reprender cuando está uno obligado á ello por estado, por empleo, y aun por caridad; pero desde que la pasion se mezcla en ello, ya la reprension se hace sin fruto. *No deis entrada al demonio.* El enemigo de la salvacion, siempre atento á aprovecharse de todas las ocasiones, da vueltas de continuo en rededor de la plaza; no necesita mas que el descuido de un cuerpo de guardia, el que se duerma un centinela, una lijera brecha, un subterránero para introducirse en la fortaleza. Este enemigo formidable, fino y astuto, no ha menester grandes preparativos; penetra fácilmente las verdaderas disposiciones del corazon por las mas lijeras faltas exteriores; el mas pequeño arrebato le da ocasion alguna vez para encender en el corazon un odio criminal, y un poco mas de familiaridad un amor impuro. Renevaos, pues, en espíritu, esto es, sinceramente

y no en apariencia. Si la renovacion interior es verdadera, todo el exterior quedará muy pronto reformado. Procuraos la dulce consolacion de ver los efectos de esta renovacion en toda vuestra conducta: así que, el que defraudó la hacienda de otro, no solo no la defraude mas, sino que en adelante asista á sus hermanos con sus propios bienes. Desterrad de entre vosotros la ociosidad, orígen fecundo de muchos males. Un hombre ocioso, dice el Sabio, huyendo del trabajo, entrega su corazon á mil deseos injustos (1). El hombre ha nacido para el trabajo, como el pájaro para volar (2). Por esto, el que por una desidiosa pereza vivia de la caridad de los fieles, ó acaso aun con la industria de otro, trabaje con sus manos en alguna ocupacion honesta, á fin de que no solo tenga él con que vivir de su trabajo, sino que tenga tambien con que aliviar á los que carecen aun de lo necesario, y no pueden trabajar. Advirtamos que el Apóstol quiere que se trabaje para vivir, y aun para tener con que hacer limosna; pero que se trabaje en alguna cosa honesta, proscribiendo por esta expresion todo oficio, todo ejercicio indigno del cristiano, tales cuales son ciertas profesiones incompatibles con la salvacion, y contrarias á la santidad del cristianismo.

El evangelio de este dia contiene una parábola llena de misterios y de lecciones.

Acababa Jesucristo de proponer muchas parabolás al pueblo que le escuchaba: la de la higuera infructuosa, que habia maldecido; la del hombre que tenia dos hijos, y que, dirigiéndose al primero, le dijo: Hijo mio, vé á trabajar á mi viña: No quiero, respondió:

(1) Prov. 21. — (1) Job. 5.

pero habiéndose luego arrepentido, fué. Despues habiendo dicho lo mismo al otro, le respondió: Voy allá, señor, y no fué. La tercera parábola era la de un padre de familias, cuyos viñadores, despues de haber muerto á muchos siervos suyos, mataron tambien al hijo que debia heredar la viña. Todas estas parábolas eran figuras muy claras de la reprobacion de los judíos, y de la vocacion de los gentiles, á los cuales debia transferirse el reino de Dios, para no ser comprendidas de todo el mundo. Ni hubo tampoco entonces ninguno de los príncipes, de los sacerdotes, ni de los fariseos, ni de los escribas, que no viese claramente que el Salvador hablaba de ellos; ninguno hubo que no se reconociese bajo de la figura de la higuera infructuosa, y en el retrato del hijo inobediente, y de los viñadores asesinos é impíos. Como ellos no podian sufrir estos retratos, bastante parecidos y al mismo tiempo odiosos, ni estas reprimendas demasiadamente amargas, aunque justas, hicieron desde entonces todo cuanto pudieron para prenderle; pero no habiéndose atrevido á ponerlo en ejecucion por temor al pueblo que le miraba con veneracion, se retiraron llenos de hiel y de rabia.

Veia bien el Salvador el veneno y la hiel oculta en su alma; pero sin que se alterase en nada su tranquilidad y su dulzura, no dejó de continuar sus instrucciones con su zelo ordinario, y propuso á los que habian quedado una nueva parábola, todavia mas clara y mas instructiva que las precedentes.

El reino de los cielos, les dijo, *es semejante á un rey, que para celebrar la boda de su hijo, envió á sus criados para que hiciesen venir á los que estaban convidados á ella.* Estas bodas son las de Jesucristo con la

Iglesia, que es la sociedad de los fieles tantas veces significada en la Escritura bajo del nombre de esposa del divino Salvador. Envió el rey á sus criados para que hiciesen venir á los que habian sido convidados á ellas : los que son convidados, saben muy bien que los convites de un rey valen tanto como si fuesen preceptos ; no ignoran que es para ellos un honor grande el comer á la mesa del príncipe. Además, el mismo príncipe, no contento con haberles mandado convidar, les envía á decir por sus criados que todo está pronto, y que no tienen mas que venir para asistir á la boda. Los criados enviados á avisarles cumplen su comision ; sorprendidos de no hallar en los convidados mas que disgusto é indiferencia, les hacen presente el perjuicio que se hacen, y las tristes consecuencias de su repulsa ; les estrechan, les ruegan, y nada omiten para obligarles á que vayan ; pero inútilmente. Aquellos ingratos desprecian igualmente el obsequioso convite del príncipe, y las ejecutivas solicitaciones de los criados ; y para manifestar todavía mas el poco caso que hacen de un convite tan honroso, el uno se va á su casa de campo, el otro á su tráfico, algunos otros mas brutales y mas soberbios, no contentos con haber maltratado de palabra á los que el príncipe les habia enviado para convidarles, se arrojan, llenos de furia, sobre ellos y los matan.

Despues que el Salvador demostró de un modo tan sensible hasta qué punto habia llegado la ingratitud y la insolencia de unos vasallos que habian olvidado el respeto debido á su soberano, quiso mostrarles tambien con qué justa severidad castigó el rey semejante insolencia : instruido, pues, el rey de lo que habia pasado, se irritó de tal modo, que al punto

Inmediatamente mandó el rey á los oficiales de justicia que le prendiesen, y que atados de pies y manos le arrojasen en un horrible calabozo.

envió sus tropas, las que, habiendo pasado á cuchillo á todos aquellos asesinos, y llevádolo todo á fuego y sangre, redujeron su ciudad á cenizas. El crímen y el castigo de los criminales no fué parte para que el rey omitiese la boda de su hijo : Y puesto que el festin, dijo entonces á sus criados, está ya preparado, y que los que estaban convidados primeramente se han hecho indignos de asistir á él; salid á todas las encrucijadas, y generalmente á todos los que encontráreis en ellas convidadlos á la boda. Ejecutóse inmediatamente la órden. Todo lo que se halló, bueno y malo, fué convidado, y la sala se llenó muy pronto. Instruidos todos perfectamente de que jamás debe asistirse al festin de las bodas sino con un vestido decente, ninguno dejó de ponerse el vestido de boda. Uno solo, mal aconsejado, vino á ellas con un vestido sucio y andrajoso. Habiendo entrado el rey en la sala para ver los que estaban colocados, vió aquel hombre en un estado tan poco á propósito: Amigo mio, le dice, ¿cómo has entrado aquí sin haberte puesto el vestido de boda? Lleno de confusion no supo que responder. Inmediatamente mandó el rey á los oficiales de justicia que le prendiesen, y que atado de piés y manos le arrojasen en un horrible calabozo, imágen de aquel lugar de tinieblas donde no se esperan mas que llantos, desesperacion, rechinar de dientes, y en el que se hallan reunidos todos los suplicios. Todo esto es espentoso, concluye el Savaldor; pero lo que hay mas deplorable es que de esta multitud infinita de gentes que Dios llma à la bienaventuranza eterna, solo un pequeño número son los elegidos para entrar en ella.

Esta parábola tiene dos relaciones : mira á los

judíos, pueblo escogido, pueblo tan amado y tan privilegiado, que ha sido convidado el primero á reconocer al Mesías, á asistir á las bodas del Cordero, y á tener parte en todas las bendiciones prometidas; pero que ha rehusado todos estos graciosos convites, ha maltratado á los que habian sido enviados de Dios para convidarles, tales como los profetas, Juan Bautista y los apóstoles, y ha obligado al Señor por su tenaz é impía repulsa á llamar á los gentiles á la fe, y reprobar á este pueblo desdichado, hecho por tanto el oprobio y la execracion de todo el universo, y el objeto de la indignacion y de la cólera divina.

Las encrucijadas indican muy bien los pueblos gentiles separados del camino de la salvacion. En el mismo sentido dice san Pablo escribiendo á los Romanos, que la caida de los judíos ha dado ocasion á la salud de las naciones: su pérdida ha hecho la riqueza del mundo entero, y su diminucion ha sido la abundancia de los gentiles: *Los que han sido convidados*, dice el Salvador, *se han hecho indignos.* ¡Cuántos en el cristianismo se hacen aun todos los dias indignos de su vocacion, y de las gracias singulares que Dios tenia designio de concederles, si hubiesen correspondido á las primeras gracias! Salid, pues, á las encrucijadas, y á todos los que halláreis en ellas convidadles á la boda. Dios no pierde nada jamás por nuestras indignas repulsas. *De las piedras,* decia el Salvador á los judíos, *puede Dios hacer nacer hijos de Abrahan.* No nos prevalgamos de la santidad de nuestros padres; ella no nos puede servir mas que para condenarnos si no los imitamos, y Dios puede muy pien hallar nuevos siervos mas fieles que los primeros, cuando estos dejan su servicio. A los judíos desechados de Dios

por sus crímenes ha sucedido otro pueblo, que por su fidelidad á la gracia ha llegado á ser la estirpe de Abrahan y el pueblo de la nueva alianza. Dios manda á los apóstoles que conviden á la boda á todos los que encontraren. Dios no hace acepcion de personas; quiere que todos los hombres sean convidados á la salud, á la gracia del Evangelio. Los apóstoles, despues de haber protestado contra la incredulidad de los judíos, se vuelven hácia los gentiles, y llevan la salud con las luces de la fe hasta las extremidades de la tierra Cuando la Inglaterra y los países del Norte se hicieron indignos del reino de Dios, rebelándose contra la Iglesia, el Evangelio fué anunciado á los pueblos del Oriente, y la Iglesia de Jesucristo vió extenderse sus conquistas á las Indias, al Canadá, al Japon y á la China.

La segunda parte de la parábola mira á los cristianos, que no deben de tal modo contar con la predileccion y con la bondad del Señor, que descuiden sus deberes y la inocencia de su vida. No es uno mas dichoso por haber sido admitido en la sala del festin, si se presenta en ella sin vestido de boda. El terrible castigo de uno de los convidados es una gran leccion para todos los fieles. Ni la santidad del lugar y de la profesion, ni la abundancia de auxilios espirituales, ni los de los buenos ejemplos nos asegurarán un lugar en la mansion de los bienaventurados. En vano pretenderemos que las virtudes de otro sean méritos nuestros: la santidad es personal, y si no estamos vestidos con la ropa de la boda, si no vivimos y morimos en la inocencia, seremos sacados de la sala y de la mesa de la boda para ser precipitados en el infierno.

La oracion de la misa de este dia es como sigue.

Dios omnipotente y lleno de misericordia, separad de nosotros todo lo que puede contrariar á nuestro verdadero bien, á fin de que, no teniendo nada ni en el cuerpo ni en el alma que nos impida ir á vos, cumplamos sin obstáculo todo lo que mira á vuestro servicio. Por nuestro Señor Jesucristo, etc.

La epístola es del cap. 4 de la carta del apóstol san Pablo á los Efesinos.

Hermanos mios: Renovaos en espíritu, y revestíos del hombre nuevo, que ha sido criado á la semejanza de Dios, en la verdadera justicia y en la verdadera santidad. Para lo cual, dejando la mentira, hablad todos con vuestro prójimo el idioma de la verdad, porque somos miembros los unos de los otros. Cuando os irritáreis, guardaos de llevar vuestra ira hasta pecar por su exceso. No se ponga el sol sobre vuestra ira. No deis entrada al demonio. El que usurpaba la hacienda de otro, que no la usurpe ya, antes bien trabaje con sus manos en alguna ocupacion honesta para tener con que socorrer al que tiene necesidad.

NOTA.

Creen los intérpretes que san Pablo ha tratado en esta epístola de combatir no solo á los cristianos que judaizaban, sino tambien á los que, habiéndose convertido del paganismo, conservaban cierta secreta inclinacion á la idolatría, á la magia y al libertinaje.

REFLEXIONES.

No se ponga el sol sobre vuestra ira. Pocas pasiones hay mas odiosas ni mas indignas de un hombre de bien y de un cristiano que la ira. Los pueblos mas bárbaros la han reprobado luego que se han hecho

fieles: la dulzura, la afabilidad y la moderacion son inseparables de la virtud. La cólera es un frenesí contra la verdad, que constituye una verdadera locura: va siempre acompañada de furor y de una especie de enajenacion del ánimo. En efecto, ¿qué significan esas emociones imprevistas del alma, que no le dejan tiempo de deliberar; todos esos arrebatos impetuosos, tan semejantes á los accesos de una fiebre ardiente, y á los encendimientos que se dejan ver en el rostro alterado; esas miradas furiosas, esas palabras ofensivas, esas furias violentas, siempre prontas á deshacerse en tormentas? ¿son estas señales de un hombre sabio? Todo el mundo conviene en que nada debe esperarse de la razon de un hombre colérico; la agitacion de la sangre no es el único efecto de su bilis; no hay pasion que muestre ni que pruebe tanta flaqueza de ánimo como esta (1). ¡Y qué estragos, qué resultados tan funestos se siguen de estos arrebatos! ¡si á lo menos esta pasion violenta no tomase las armas mas que para defender la justicia y la razon! por el contrario, es siempre su enemiga. Una palabra fuera de propósito, escapada sin designio; una necedad de un criado, sin malicia, ordinariamente una nada es lo que ocasiona tanto estrépito. Hé aquí frecuentemente la chispa que causa un grande incendio. Una pequeña nube en medio de un tiempo sosegado estalla en truenos y en rayos. ¿Qué virtud puede crecer en un suelo sujeto á tantas borrascas? No hay cosa mas estéril que las montañas que de tiempo en tiempo vomitan turbillones de fuego. ¡Buen Dios! ¡cuándo se conocerá la sinrazon de una pasion tan irracional! ¿Qué estima, qué auto-

(1) Eccles. 75.

ridad aun puede conservar en su familia ó con sus domésticos una persona que no puede dominar su mal humor, ni prevenir ó á lo menos reglar sus primeros movimientos? Esos aires siempre duros, esos tonos eternamente amenazadores, esos torrentes de injurias, ¿endulzan mucho los ánimos? ¿ganan los corazones? ¿Hácese ninguno mas respetable á fuerza de estar colérico y siempre pronto á prender fuego con la menor chispa? ¿es uno mas amado? ¿está mejor servido? ¿es menester cometer una falta para reprender otra? Olvídase alguna cosa á un criado, á un hijo, á un doméstico; ¿y no se les puede advertir su obligacion sino poniéndose furioso? El mal humor desagrada é irrita, la cólera espanta, aturde, pero no corrige. ¿Habrá de ser siempre la pasion la que pueda corregir el vicio? ¿Porqué no se han de reparar las faltas con dulzura? Un señor debe reprender como padre que corrige, y no como enemigo que se venga; si es el amor de la virtud el que nos hace tan zelosos de la perfeccion de los demás, es preciso que nuestro zelo comience por nosotros: el medio de tener una ira justa é inocente, dice el Profeta, es no encolerizarse sino contra sí mismo, contra sus propios defectos. ¡Qué ilusion la de pretender lisonjearnos que tenemos piedad, mientras que se alimenta la pasion que viola las leyes mas santas, y destruye las máximas mas puras! Cualquiera que se irrita contra su hermano, dice el Salvador del mundo, merece ser condenado. La dulzura, la afabilidad, la paciencia son virtudes ordinarias en las gentes de bien. Es menester siempre mezclar el aceite con el vino para curar las llagas.

El evangelio de la misa de este dia está tomado del de san Mateo, cap. 22.

En aquel tiempo : Hablando Jesus á los príncipes de los sacerdotes y á los fariseos en parábolas, les dijo : El reino de los cielos es semejante á un rey que celebraba las bodas de su hijo, el cual envió á sus criados para que hiciesen venir á los que estaban convidados á ellas : mas estos no quisieron ir. Envió de nuevo otros criados, y les dijo : Decid á los que están convidados : Hé aquí que está ya preparado mi festin ; mis bueyes y las aves que he cebado están muertos ; todo está pronto ; venid, pues, á la boda. Mas estos no hicieron aprecio, y se marcharon, el uno á su quintería, el otro á su tráfico. Los otros se apoderaron de los criados, y despues de haberles hecho mil ultrajes los mataron. Cuando el rey supo esto se irritó, y enviando sus tropas, hizo perecer á los asesinos, y quemó su ciudad. Entonces dijo á sus criados : Todo está preparado para la boda ; mas los que estaban convidados no fueron dignos. Id, pues, á las encrucijadas de los caminos, y á todos los que encontráreis en ellas convidadlos para la boda. Salieron en efecto los criados á los caminos, y reunieron todos los que encontraron, buenos y malos, de suerte que los asientos del festin quedaron llenos. Habiendo el rey entrado para ver los que estaban colocados, advirtió en uno que no estaba vestido con la ropa de boda, al cual le dijo : Amigo mio, ¿ cómo has entrado aquí sin tener puesto el vestido de boda ? Y el hombre quedó mudo. Entonces el rey dijo á sus oficiales : Atadlo de piés y manos, echadlo fuera en las tinieblas ; allí no habrá mas que llantos y crujir de dientes ; porque son muchos los llamados, pero pocos los elegidos.

MEDITACION.

SOBRE EL PEQUEÑO NÚMERO DE LOS QUE SE SALVAN.

PUNTO PRIMERO.

Considera que no solo es pequeño el número de los que se salvarán con respecto á la multitud cuasi in-

numerable de infieles, de herejes y de cismáticos, sino tambien con respecto á la muchedumbre asombrosa de fieles que se pierden en el seno mismo de la Iglesia. Pocas verdades hay mas terribles, y ninguna acaso mas clara, ni mas sólidamente establecida que esta.

Entrad por la puerta estrecha, nos dice el Hijo de Dios, porque es ancha la puerta y espacioso el camino que lleva á la perdicion, y grande el número de los que entran por ella. ¡Qué angosta es la puerta, qué estrecho el camino que conduce á la vida, y qué pocos son los que dan con la entrada!

Muchos son los llamados, dice en otra parte (1); pero de estos mismos llamados son pocos los elegidos. Habiendo esta terrible verdad, que el Salvador repetia con tanta frecuencia á sus discípulos, movido á alguno de ellos á hacerle esta pregunta: Señor, ¿tan pequeño es el número de los que se salvan (2)? el Hijo de Dios para no espantar á los que le escuchaban, pareció como que queria eludir la cuestion, contentándose con decirles por toda respuesta: Hijos mios, la puerta del cielo es estrecha (3); haced todos los esfuerzos que pudiéreis para entrar por ella.

El Apóstol, lleno del espíritu de su divino Maestro (4), compara indiferentemente á todos los cristianos á los que corren en la lid: todos corren, dice, pero solo uno es el que lleva el premio de la carrera: y para darnos bien á entender que hablaba de los fieles, trae el ejemplo de los israelitas, en cuyo favor habia hecho Dios un número prodigioso de maravillas. Todos habian sido bautizados, dice, por ministerio de Moisés en la nube y en el mar, y de mas de

(1) Math. 20. — (2) Luc. 13. — (3) Ibid. — (4) I. Cor. 10.

seiscientos mil hombres capaces de tomar las armas, sin contar las mujeres y los viejos, que habian salido de Egipto para ir á la tierra de promision, solamente dos, Caleb y Josué, entraron en ella. ¡Espantosa figura! ¿y son menos espantosos los ejemplos?

De todos los habitantes del universo una sola familia se libró de las aguas del diluvio. De cinco grandes ciudades que fueron consumidas por el fuego del cielo, solas cuatro personas se salvaron del incendio. De tantos paralíticos que esperaban al rededor de la piscina, no era mas que uno el que se curaba cada vez. Isaias compara el número de los elegidos al pequeño número de aceitunas que quedan en los olivos despues de la recoleccion, y á los pocos racimos que se escapan á la vigilancia de los vendimiadores. ¡Buen Dios! aun cuando fuese verdad que de diez mil personas solo una deberia condenarse, yo deberia aun temblar y temer no fuese yo este desgraciado. ¡Ah! tal vez de diez mil apenas se salve una: ¡y yo vivo tranquilo! ¡y yo nada temo!

¡Ah, dulce Jesus mio! ¡qué temible es esta letárgica seguridad! Yo marcho por el camino espacioso con la multitud: ¿y espero llegar al término del camino estrecho? ¡Qué confianza tan irracional!

PUNTO SEGUNDO.

Considera que aun cuando la fe no nos enseñase esta terrible verdad, supuestos ciertos principios del Evangelio en que convienen todos los cristianos, bastaria la sola razon para convencernos que el número de los que se salvan debe ser pequeño.

Instruidos de las verdades de nuestra religion, informados de los deberes del cristiano, convencidos

de nuestra inclinacion al mal, y de la licencia de las costumbres de las gentes del siglo, ¿puede concluirse que habrá muchos que se salven?

Para salvarse es preciso necesariamente vivir segun las máximas del Evangelio: ¿y es muy grande el número de los que en el dia de hoy viven segun estas máximas?

Para salvarse es menester declararse altamente discípulo de Jesucristo. ¡Ah! ¡cuántos hay en el dia de hoy que se avergüenzan de parecer tales! Es menester renunciar, ó en el efecto ó con el afecto, á todo lo que se posee, es menester llevar su cruz todos los dias. ¡Qué inalterable pureza! ¡qué delicadeza de conciencia! ¡qué humildad tan sincera! ¡qué probidad tan edificante! ¡qué piedad tan sólida! ¡qué rectitud! ¡qué caridad, se necesitan para ser discípulo de Jesucristo! Y por estas señales ¿son muchos los que podrán reconocerse por tales?

El mundo es el enemigo irreconciliable de Jesucristo; no es posible servir á un tiempo á estos dos señores: juzguemos ahora ¿cuál de los dos tiene mas que le sirvan?

No basta el no vengarse para conseguir la salvacion, es menester tambien amar á los que nos maltratan; no basta condenar las malas acciones, es preciso igualmente mirar con horror los menores pensamientos criminales. No solo no es permitido retener los bienes de otro, es preciso tambien asistir á los pobres con los propios bienes. La ley cristiana reprueba todo fausto, todo lujo, toda ambicion; la modestia debe ser el mas bello ornamento de una persona cristiana. ¿Reconócense muchos cristianos por este retrato?

Sabemos cuál es el primer mandamiento de la ley de Dios : Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazon, con toda tu alma, con todas tus fuerzas, con todo tu espíritu, y á tu prójimo como á tí mismo. Este es el primero de los mandamientos, y la base de todos los demás : reflexionemos todas estas palabras, y concluiremos que deben ser pocos los que se salven, porque no hay muchos que guarden este mandamiento.

El Evangelio es la regla de las costumbres : ¿cuántos viven el dia de hoy segun las máximas del Evangelio? Para entrar en el cielo es menester, ó no haber perdido jamás la gracia, ó haberla recobrado por una sincera penitencia : ¿y es muy grande el número de los justos, ó de los verdaderos penitentes? Conforme, pues, á todas estas pruebas sacadas de nuestra propia razon, juzguemos si debe haber muchos que se salven ; ó mas bien concluyamos que aun cuando el Hijo de Dios no se hubiera explicado tan claramente sobre este pequeño número, nos vemos forzados por la misma razon á confesar que habrá pocos que se salven.

¡Mi dulce Jesus, que habeis muerto por la salvacion de todos los hombres, no permitais que yo sea del número de los que se pierdan! Sí, divino Salvador mio, perezca el que quiera ; por lo que hace á mí, aun cuando no debiera haber mas que un hombre solo que se salvase en todo el universo, sabiendo que yo puedo ser este, quiero, con el auxilio de vuestra gracia, serlo yo.

JACULATORIAS.

¡O mi Dios! ¡salvad á vuestro siervo que pone en vos solo su esperanza! *Salmo* 85.

¡Ah, Señor! ¡qué estrecho es el camino que lleva á la vida, y qué pocos son los que hallan la entrada de él. *Mat.* 7.

PROPOSITOS.

1.° Es evidente que serán pocos los que se salven, en atencion á la multitud asombrosa de cristianos que se pierden. Mas aun cuando este número debiese ser todavía mas pequeño de lo que es, es preciso, á cualquier precio que sea, ser de este número pequeño. Para esto tomemos una resolucion decidida de poner en movimiento todos nuestros talentos y toda nuestra industria, de no omitir nada para un negocio de esta consecuencia. El camino que conduce á la vida es estrecho: por mas que el amor propio, por mas que todas las pasiones exclamen, no hay dos caminos. Resolvámonos desde este momento á hacer los últimos esfuerzos para entrar por la puerta estrecha. Huyamos de todo director, de todo doctor blando, porque son malas guias. El camino es estrecho, representémonosle aun escabroso, díficil, sobre todo cuando se va por él cargado con una cruz; pero ¿hay en que escoger cuando es único? Jesucristo no nos ha enseñado otro; no hay uno de los que se han salvado, que no le haya seguido. ¿Hemos nosotros encontrado algun otro? Este camino es poco frecuentado; guardémonos bien de ir con la multitud: el tumulto que causa, y el polvo que levanta, impiden que se vea su extravío; pero sin duda con la multitnd nos perdemos.

Huyamos del gran mundo, miremos con horror sus máximas, y sobre todo la que quiere que se viva y se obre siempre como los demás. No nos presentemos jamás en los espectáculos ni en bailes; evitemos por religion todos los placeres y todas las reuniones mundanas; é impongámonos una ley, y hagamos como un punto de honor de pertenecer al pequeño número de almas piadosas, humildes, fervorosas, que se complacen en sus deberes, que viven en el recogimiento, á quienes el mundo no puede echar en cara otra cosa que el ser muy modestas, muy reservadas, muy religiosas, que el no concurrir á sus placeres ni á sus fiestas. Acordémonos que el reino de los cielos no es dado mas que á la pequeña grey. Es, pues, una verdad que aunque todos sean llamados, son pocos los escogidos, porque hay pocos que vivan segun las leyes y las máximas del Evangelio. No tengamos otra regla por donde ordenar nuestra conducta que este Evangelio; y cueste lo que cueste, es menester que seamos del pequeño rebaño.

2.° ¿No sabeis, decia san Pablo (1), que los que corren en la lid, todos corren á la verdad, pero uno solo es el que lleva el premio? corred de manera que lo obtengais. Para esto, además de los avisos precedentes, observemos los que siguen: 1.° Hagamos de continuo la corte á Jesucristo en el Santísimo Sacramento. Pongamos toda nuestra confianza en este divino Salvador, y profesémosle un amor tierno y respetuoso en este adorable misterio. 2.° La frecuente comunion con las disposiciones necesarias asegura, por decirlo así, la salvacion, y alimenta al alma con el pan de los fuertes. *Porque ¿qué es lo que el Señor tiene bueno*

(1) I. Cor. 9.

y excelente que dar á su pueblo, sino el trigo de los elegidos, dice el profeta Zacarías? (1). 3.° Una devocion tierna y perseverante á la santísima Vírgen ha sido mirada siempre en la Iglesia como una señal visible de predestinacion. San Juan Damasceno la llama la *prenda segura de nuestra salvacion* (2). *Los que hubieren ganado la gracia de María, serán conocidos como conciudadanos suyos por los habitantes del paraiso; y el que estuviere marcado con este sello, será escrito en el libro de la vida* (3). Recemos todos los dias la *Salve Regina* para obtener por la poderosa intercesion de la santísima Vírgen la gracia de ser del pequeño número de los que se salvan.

VIGESIMO DOMINGO

DESPUES DE PENTECOSTES.

El vigésimo domingo despues de Pentecostés puede llamarse el domingo del oficial de Cafarnaum, que es el asunto del evangelio de la misa de este dia. Todo es instruccion en este evangelio, lo mismo que en la epístola. Aquel instruye el entendimiento; esta el corazon Jesucristo nos enseña cuán viva debe ser la fe; y san Pablo cuán puras deben ser las costumbres. Así es como la Iglesia escoge para los domingos del año lo que es mas á propósito para despertar nuestra fe, y alimentar nuestra esperanza.

El introito de la misa está tomado de la oracion que hizo á Dios Azarías, uno de los tres jóvenes hebreos,

(1) Zac. 9. — (2) In N. B. V. — (3) Bon. in sal. 10.

que, por haber rehusado constantemente tributar á la estatua de Nabucodonosor los honores debidos al solo verdadero Dios, fueron arrojados en un horno ardiendo, el cual se convirtió para ellos en un lugar de refrigerio, en donde cantaban las alabanzas al Señor, y en el que Azarías hizo á Dios la oracion de la cual están tomadas las palabras de que se forma el introito de la misa.

Nada habeis hecho, Señor, con nosotros, que no sea justísimo. Por nuestros pecados hemos merecido los castigos que sufrimos; por mas pesada que sea la mano que nos hiere, por extremos que sean nuestros males, todavía no igualan á nuestra iniquidad. *Confesamos, Señor, que hemos pecado, y que hemos desobedecido vuestros mandamientos*, despreciado vuestra santa ley, y violado todos vuestros preceptos. Pero, ó Dios lleno de bondad, vos sois aun mas misericordioso que nosotros criminales. Nada contribuirá mas á la gloria de vuestro nombre que la indulgencia con que tratáreis á este pueblo ingrato y rebelde. Reconocemos que son enormes nuestros pecados; pero sabemos que vuestra misericordia es infinita, y que nosotros no podemos agotarla. Inclinaos, Señor, á nuestros gemidos y á nuestras lágrimas, y dignaos tener misericordia con un pueblo que habeis amado tanto.

De este modo debe pensarse, y así se debe hablar en todos los accidentes molestos, en todas las aflicciones, y en todas las calamidades públicas. Bendito seais, Señor, por todas las adversidades que nos suceden; por mas severo que sea el castigo, nuestros pecados merecen mucho mas, y siempre nos castigaréis mucho menos de lo que

merecen nuestras faltas. Sí, Señor, yo reconozco vuestra justicia siempre adorable, vuestro juicio siempre equitativo en las aflicciones domésticas y en los azotes públicos; nuestros pecados son los que encienden contra nosotros vuestra justa ira; nosotros somos los que excitamos las borrascas que nos hacen gemir, y los que ponemos en vuestra mano, por decirlo así, los azotes que nos hacen derramar tantas lágrimas. Enfermedades populares, muertes repentinas, miseria aflictiva, pérdida de bienes, aflicciones, pobreza, amarguras, nuestro propio suelo es el que produce todos los vapores malignos que forman estos rayos. Pero, al fin, en nuestra humillacion podeis hallar vuestra gloria. Nosotros sabemos que nunca os acordais mas de vuestra misericordia, que cuando estais mas airado (1). Adoramos y bendecimos vuestra justicia; pero imploramos vuestra gran misericordia, y os suplicamos que no pongais en ella límites ni medidas. Para inclinar hácia nosotros vuestra ternura es menester toda vuestra bondad, y sobre su extension infinita, sobre su fondo inagotable apoyamos la esperanza de nuestro perdon. ¡O qué dichosos son los que continuamente andan en los caminos de la ley del Señor, que guardan con una fidelidad invariable todos vuestros mandamientos, que se aplican sin cesar al conocimiento de vuestra voluntad, que andan dia y noche en la inocencia, y que todo su ardor es por agradaros! No hay otro medio para ser felices.

La epístola es continuacion de la del domingo precedente, y corresponde perfectamente á los sentimientos que inspira el introito de la misa.

(1) Habac. 3.

Guardaos, hermanos mios, escribe san Pablo á los Efesinos, *guardaos y caminad con precaucion*. Vosotros estais en un país enemigo, el camino es difícil, hay malos pasos, los precipicios son frecuentes, todo en él está lleno de lazos. ¡Qué vigilancia, buen Dios, qué atencion, qué precaucion es preciso tomar! Pero ¡qué locura el caminar como aturdido por un camino tan peligroso! ¿y qué precaucion toman las gentes del mundo en esas reuniones, en esas ocasiones críticas en donde todo tienta? *Por lo que hace á vosotros, mis queridos hermanos*, continúa el santo apóstol, *andad por el camino de la salud, no como gentes sin razon* que no piensan, ni en los peligros que se encuentran en el camino, ni en el término de él; *sino como personas racionales*, que, previendo todas las dificultades, los malos pasos y los obstáculos, toman como gente sabia todas las medidas para llegar al término con seguridad.

San Pablo les sugiere el verdadero medio para ello, exhortándoles á rescatar, con el buen uso del tiempo presente, tantos bellos dias, tantos años perdidos; que es como si les dijera: Todo el tiempo que no habeis empleado en el importante negocio de la salvacion, que es propiamente vuestro único negocio, es un tiempo perdido; debeis hacer todos los esfuerzos, emplear toda la solicitud, ponerlo todo por obra para reparar una pérdida tan grande. El único medio que os resta para rescatar, por decirlo así, esos dias tan mal empleados, y de que Dios, sin embargo, os pedirá una cuenta tan terrible, es redoblar el paso en el camino de la salud, santificar todos los dias y todas las horas de estos dias, por un aumento de fervor y por una piedad enteramente nueva. El

santo apóstol parece que hace aquí alusion al ardor, á la codicia de aquellos mercaderes que todo lo ponen por obra para reparar con una ganancia presente la pérdida que han sufrido en los años pasados, ó tal vez tambien á aquellos viajeros, que debiendo llegar en dia preciso al término de su viaje, y habiéndose divertido algun tiempo en el camino, doblan el paso, aguantan el mal tiempo, se quitan hasta las horas del descanso, y hacen un esfuerzo para llegar á tiempo á su término.

Continúa san Pablo sus avisos saludables á los fieles de Efeso, y en sus personas á todos los cristianos, sosteniendo siempre la misma alegoría. *Por esto*, les dice, *no obreis imprudentemente, sino comprended bien la voluntad de Dios.* Hé aquí en pocas palabras el gran secreto de la vida espiritual. Todo nuestro mérito no consiste en hacer mucho, sino en hacer lo que Dios quiere, y de la manera que Dios quiere. El medio de reparar el tiempo perdido no es el hacer todo género de obras buenas; las obras no son buenas, sino en tanto que agradan á Dios; los primeros deberes que Dios pide son los de nuestro estado, estos es menester cumplirlos con fidelidad. Una madre de familias que descuida el gobierno de su casa, el cuidado de sus hijos, por visitar los hospitales, ó por estar en la iglesia, no hace lo que Dios exige de ella. La voluntad de Dios es que ella comience por cumplir todos los deberes de su estado. Si le queda algun tiempo, puede emplearlo en buenas obras. Apliquémonos á hacer con fervor y con puntualidad lo que Dios quiere de nosotros en todas las cosas; muy pronto seremos entonces santos.

Despues de haber dado el santo apóstol estos avisos

generales, desciende al pormenor de algunos vicios capitales que deben mirarse con horror por todos los fieles. *Guardaos de los excesos del vino, que conducen á la impureza.* Era muy ordinario en Efeso el vicio de la intemperancia. San Pablo no podia, al parecer, inspirar mas horror á los fieles contra él, que diciéndoles que el vino enciende los ardores impuros. La castidad no se aviene con la embriaguez. Los excesos del vino causan siempre estos incendios; la impureza se nutre con el vino. *Obrad de modo que os lleneis del Espíritu Santo.* El Apóstol, dice san Jerónimo, opone aquí la santa embriaguez, por decirlo así, del Espíritu Santo, á la embriaguez de la intemperancia. No hay cosa mas incompatible; cuando el Espíritu Santo llena una alma, le inspira la sabiduría, la dulzura, la modestia, el pudor y la castidad: la extravagancia, el furor, la impureza, la desvergüenza, son los efectos naturales de los excesos del vino. Si vosotros estais llenos del Espíritu Santo, continúa el santo apóstol, os entretendréis con los salmos, himnos y cánticos espirituales, dirigiendo estos cánticos y salmos al Señor en el fondo de vuestros corazones. De la abundancia del corazon habla la boca. Un hombre animado del espíritu de Dios apenas encuentra gusto en los entretenimientos profanos: esto es lo que hace decir al santo apóstol en otra parte, que un cristiano no debe tener conversacion que no sea de Dios. La Iglesia, llena de este espíritu, en todos tiempos ha puesto en la boca de los fieles cánticos espirituales para entretener su piedad y su alegría interior, y para desterrar de toda boca cristiana los cánticos profanos, herencia adquirida de los paganos. Hállanse en los salmos tan bellos sentimientos de

religion y de piedad, que nada parece mas á propósito para mantener la de los fieles; por esto la Iglesia desde su nacimiento ha hecho de ellos su oracion ordinaria, y obliga á todos sus ministros á que esta sea tambien la suya: *Cante cánticos de alabanza*, decia David, *este pueblo que está consagrado al Señor, y los hijos de Israel que tienen el honor de acercarse á su santo templo.* San Pablo quiere que se medite, que se entretenga uno á sí mismo con salmos, himnos y cánticos espirituales, dirigiéndose estos cánticos y estos salmos al Señor; pero que esto sea de lo íntimo del corazon. Por mas que sea la oracion que se hace la mas religiosa, la mas sagrada, la mas santa, si no sale del corazon, inútilmente se pronuncia con los labios. Dios no oye mas que la voz del corazon.

Dando continuamente gracias á Dios Padre, en nombre de Jesucristo nuestro Señor, por todas las cosas. Puesto que nada sucede sino por un órden de la divina Providencia, debemos estar persuadidos que todo lo que sucede es por nuestro bien. Enfermedad y salud, prosperidades ó desgracias, bienes y males de esta vida, todo contribuye á la gloria del Señor, y á la ventaja de sus elegidos. *Para los que aman á Dios*, dice san Pablo en otra parte, *todas las cosas contribuyen á su bien.* Es propio de la virtud de los cristianos, dice san Jerónimo, el dar gracias á Dios por todo lo que les sucede, aun por lo mas molesto.

En fin, añade el santo apóstol, *manteneos en una sumision mutua por el temor de Jesucristo.* Ordenando san Pablo á todos los fieles que cada uno en su estado satisfaga perfectamente á sus deberes, como lo hace en la continuacion de este capítulo, les da en esto una leccion general que puede servirles mucho para

hacer mas fácil esta puntualidad, inspirándoles esta subordinacion tan necesaria en todas las condiciones. Quiere que esta subordinacion indispensable la tengan por el temor de Jesucristo, porque con respecto á los fieles no hay motivo alguno mas poderoso; cuando se ama á alguno se teme desagradarle, y este saludable temor es el que recomienda á todos los cristianos.

La historia de la curacion del hijo de un señor de la corte de Herodes Antipas, tetrarca de Galilea, esto es, príncipe que gobernaba en aquel país con autoridad soberana, y á quien se da tambien el nombre de rey, como se ha dicho en otra parte, esta historia, repito, constituye el asunto del evangelio de la misa de este dia.

Habiendo vuelto el Salvador á Galilea, al salir de Samaria, fué segunda vez á Caná, en donde habia hecho su primer milagro convirtiendo el agua en vino. Allí fué en donde un hombre de calidad (era un señor de la corte del rey Herodes, que habitaba en Cafarnaum, en cuyo pueblo acaso tenia algun empleo), habiendo sabido que Jesus estaba en Caná, poco distante de aquella ciudad, vino á verle, y le suplicó con instancia que tuviese la bondad de tomarse el trabajo de ir á su casa á curar á su hijo que estaba gravísimamente enfermo, y que se moria. El Salvador, que trataba siempre de curar mas bien las enfermedades del alma que las del cuerpo, no quiso dar al hijo la salud antes que hubiese curado al padre de su poca fe. Aquel señor creia verdaderamente que Jesucristo podía curar á su hijo enfermo; porque si no lo hubiera creido, no habria venido de tan lejos para pedirle la curacion milagrosa: pero era

aun imperfecta esta fe, pues que creia que el Salvador tenia necesidad de trasportarse al lugar en donde estaba el enfermo para curarle. Esta fe vacilante, esta media fe fué entonces tan comun en cuasi todos los que admiraban y seguian á Jesucristo, que obligó á este divino Salvador á hacer á todos una pequeña reconvencion: *¿Qué*, les dice, *será necesario que yo haga siempre cosas extraordinarias para que creais, de modo que si no veis milagros, no creeis nada?* ¡Cosa extraña! yo hallo docilidad y hasta fe en el espíritu y en el corazon de los extranjeros, en Tiro, en Sidon y en Samaria, sin que tenga necesidad de obrar prodigios; ¿y entre vosotros, á menos que se vean maravillas, nada se cree? Algunos intérpretes traducen estas palabras diciendo: Si vosotros, vosotros gentes de calidad, gentes de corte, entre quienes la fe es tan remisa, no veis milagros; ó como si el Salvador dijera: Vosotros gentes ricas, gentes de calidad, gentes de corte, teneis ordinariamente una fe tan lánguida, tan vacilante, que á menos que veais milagros no creeis. Esta queja, ó mas bien esta reconvencion saludable, aunque justa, hizo poca impresion en el ánimo de un padre afligido que no pensaba mas que en la curacion de su hijo. En lugar de responder á lo que el Salvador le decia: ¡Ah, Señor! le dijo con las lágrimas en los ojos, si no os dais priesa á venir, acaso no llegaréis á tiempo; mi hijo se muere, y no le hallaréis con vida. Esta perseverancia en pedir y en rogar agradó á Jesucristo: Vé, le dijo, vé; tu hijo está sano; consuélate, tu oracion ha sido oida. Creyólo el padre, y sin replicar mas, habiendo hecho una profunda reverencia al Salvador, se volvió. Apenas habia llegado á la mitad del camino, encontró á algu-

¡Ah, Señor! si no os dais priesa á venir, acaso no llegareis á tiempo: mi hijo se muere, y no le hallareis con vida.

nos de sus criados que le salian al encuentro para hacerle saber que su hijo estaba curado, y ya sin la fiebre. Fácilmente puede comprenderse cuál seria su alegría. Habia notado bien la hora en que Jesus le habia dicho afirmativamente, que su hijo estaba bueno y libre de la enfermedad. Por esto lo primero que les preguntó fué la hora en que el enfermo se habia encontrado sano : Ayer, le dijeron, le dejó la calentura á la séptima hora del dia, esto es, una hora despues de mediodía, y en el instante se halló perfectamente sano, y como si no hubiese estado enfermo. Inmediatamente se acordó el señor que aquella era precisamente la hora en que el Salvador le habia dicho : Vé, tu hijo está bueno. Desde entonces creyó él y toda su casa que Jesus era el Mesías prometido, y su fe no fué ya imperfecta. San Cirilo cree que la pregunta que desde luego hizo el señor á sus domésticos sobre la hora en que su hijo se habia encontrado curado, no fué tanto una prueba de su poca fe, cuanto una señal de su zelo por instruirse y confirmarse en su creencia.

El padre creyó, y con el creyó toda su casa : esto debe convencer á las cabezas de familia y á toda persona de autoridad, dice un intérprete, de lo que pueden sus ejemplos en aquellos que están sujetos á ellos, y cuánto deben temer dárselos malos. Podrá uno ser poco dócil á las lecciones mas patéticas; pero con dificultad se resiste por mucho tiempo al ejemplo.

La oracion de la misa de este dia es como sigue.

Señor, os suplicamos que movido de los ruegos de vuestros fieles, les concedais el pardon de sus ofensas y la

verdadera paz; á fin de que, purificados por vuestra gracia de todos sus pecados, os sirvan con la tranquilidad de una santa confianza. Por nuestro Señor Jesucristo, etc.

La epístola está tomada del cap. 5 de la del apóstol san Pablo á los Efesinos.

Hermanos mios: Procurad que camineis con precaucion, no como gentes sin razon, sino como personas racionales, oescatando el tiempo, porque los dias son malos. Por esto no rbreis imprudentemente, y procurad comprender bien cuál es la voluntad de Dios. Guardaos de los excesos del vino, que conducen á la impudicicia; antes bien obrad de modo que seais llenos del Espíritu Santo, entreteniéndoos vosotros mismos con salmos, himnos, y cánticos espirituales, dirigiendo estos salmos al Señor de lo íntimo de vuestro corazon, dando gracias continuamente á Dios Padre, en nombre de Jesucristo nuestro Señor, por todas las cosas. Manteneos además en una sumision mutua por el temor de Jesucristo.

NOTA.

Entre muchas instrucciones importantes que san Pablo da á los cristianos de Efeso, les exhorta siempre á que rediman el tiempo perdido, empleando los pocos dias que les quedan en los ejercicios de piedad que él les enseña en esta epístola.

REFLEXIONES.

Rescatando el tiempo, porque los dias son malos. Es muy precioso el tiempo para que no sean los dias muy apreciables; ni son tampoco malos los dias, sino por el mal uso que hacemos de este tiempo. Seria necesario conocer el precio inestimable del tiempo para comprender la pérdida que se hace empleándole mal. Es el tiempo una cosa tan preciosa, que todos

los honores, todos los bienes del mundo no valen lo que vale un momento; y aun cuando no se hubiera empleado mas que un momento para adquirir todos los bienes del mundo, aun cuando no haya mas que esto, puede decirse que delante de Dios, que juzga sanamente de todas las cosas, es haber perdido el tiempo. No hay réprobo en el infierno que no estuviese pronto á dar todos los reinos y todos los bienes del mundo, si fuese dueño de ellos, por tener un momento de aquel tiempo que ha perdido en bagatelas, y que nosotros perdemos tambien del mismo modo. Concibamos, si es posible, lo que es la gracia, el precio de la sangre y de la muerte de un Dios; concibamos lo que vale la posesion de un Dios en la mansion de los bienaventurados : el tiempo no se nos ha concedido sino para que cada momento procuremos un aumento de gracia; para merecer con el auxilio de esta misma gracia el reino de los cielos, la estancia de los bienaventurados, la posesion del mismo Dios. Es, pues, innegable que cada momento que no hemos empleado para Dios, hemos hecho mayor pérdida que si hubiésemos perdido todos los tesoros de la tierra. Lo que los santos no podrán hacer en el cielo, durante la eternidad, con todos los actos mas perfectos de amor de Dios, que es merecer un nuevo grado de gloria, lo puedo yo hacer por un solo acto de caridad en cada momento. Lo que los réprobos no podrán hacer, durante la eternidad, con sus llantos, con sus lamentos y con todos sus incomprensibles tormentos, que es aplacar la ira de Dios, y obtener el perdon de sus crímenes, lo puedo yo hacer en cada momento. Comprendamos, pues, el mérito, el precio, el valor inestimable de

este tiempo que perdemos sin pesar ni cuidado. ¡Cuán precioso se presenta en la hora de la muerte el tiempo que ha pasado para nosotros! pero ¿de qué consecuencia no aparece entonces la pérdida irreparable que hemos hecho de él? Enojosa ociosidad, ¡qué de tesoros me has hecho perder! visitas inútiles, vanas y fastidiosas conversaciones, diversiones frívolas ¡cuánto me costais! ¡O Dios mio, si tuviese yo una hora de aquel tiempo tan mal empleado! dice uno que se está muriendo, ¡qué uso no haria yo de él! Pero yo he tenido aquellas horas, he tenido á mi disposicion muchos meses y muchos años, y por mi pura necedad he perdido aquellos preciosos dias; ¿que se debe, pues, ahora pensar del tiempo que se emplea, que se pierde desgraciadamente en el juego, en los espectáculos, en los entretenimientos tan vacíos y aun criminales, en las reuniones mundanas? ¡Ah! las dos terceras partes de la vida son perdidas: el tiempo aun menos mal empleado exige acaso penitencia. ¡Buen Dios! ¡cuál será nuestra suerte! *Obremos bien, ya que tenemos todavia tiempo.* Rescatemos el tiempo perdido, empleando en buenas obras el poco que nos resta.

El evangelio de la misa es lo que sigue del cap. 4 del de san Lucas.

En aquel tiempo: Habia cierto señor, cuyo hijo estaba enfermo en Cafarnaum. Sabido por este señor que Jesus habia venido de Judea á Galilea, fué á verle, y le suplicó que viniese á curar á su hijo que se moria. Dijole, pues, Jesus: Vosotros, si no veis milagros y cosas prodigiosas, no creeis. El señor volvió á instar á Jesus, diciéndole: Venid, Señor, antes que mi hijo muera. Vé, le dijo Jesus; tu hijo vive Creyó lo que Jesus le dijo, y se fué. Cuando aun es-

taba en el camino, encontró á sus criados que le hicieron saber que su hijo estaba sano. Informóse de ellos á qué hora habia mejorado el enfermo; á lo cual le respondieron: Ayer á la séptima hora del dia le dejó la fiebre. Conoció el padre que aquella era la hora en que Jesus le habia dicho: Tu hijo vive; y creyó él, y toda su casa.

MEDITACION.

DE LA PRONTA OBEDIENCIA Á LA VOZ DE DIOS.

PUNTO PRIMERO.

Considera cuanto importa ser fiel á la gracia; la curacion del alma, la salvacion depende de esta fidelidad. Hay dias afortunados, hay momentos felices en que la gracia hace impresion, en que la voz de Dios se deja oir: ¡qué desgracia el hacerse entonces el sordo! ¡el empeñarse en ser incrédulo! Si el padre de que habla el evangelio no hubiese creido en el momento lo que el Salvador le decia, si no hubiera sido dócil, tal vez su hijo no hubiera sanado nunca. Hé aquí que todo lo hemos dejado, decia san Pedro á Jesucristo en nombre de todos los apóstoles, esto es, á la primera palabra vuestra, en el momento de la inspiracion, al primer destello de vuestra gracia lo hemos dejado todo. Quien dice todo, nada exceptúa: barca, redes, padres, amigos, todo lo mas amado que teníamos en el mundo. Esta generosa fidelidad, esta prontitud es la que gana el corazon de Dios; cuando se duda en materia de fe, nada se cree; cuando deliberamos tratandose de la conversion, no nos convertimos. La universalidad de donacion en el sacrificio constituye el holocausto, y esto es lo que agrada verdaderamente al Señor.

Desgraciado aquel que no obedece con prontitud á la voz del Señor; desgraciado el que parte su corazon entre Dios y las criaturas. Dios llama: ¿y se delibera, se consulta la inclinacion, las pasiones, la carne y la sangre, el amor propio, para saber de ellos, por decirlo así, si se aceptará el partido que Dios nos ofrece? ¿si se entrará en su servicio? Esas semivoluntades, esos deseos ineficaces, esas indeterminaciones odiosas, ¿significan otra cosa? Dios me llama en lo interior del corazon. ¿Dios me llama? ¿y yo no sé si le obedeceré? ¿y yo dudo si me he de rendir á su voz? Hace un mes, hace seis, tal vez muchos años, que Dios nos pide el sacrificio, no de todos nuestros bienes ó de nuestra propia vida: ¡ah! ¿deberíamos negársele si nos lo pidiese? pero lo que nos pide es solo el sacrificio de un placer, de una diversion, de un apego vano y frívolo, de una nada; nosotros se le negamos, y no queremos tener ni aun esta deferencia á las órdenes de nuestro Dios, y no estamos dispuestos á agradarle. ¿Comprendemos bien la malicia de esta negativa, y la gravedad de esta injuria? Sin embargo, el Dios á quien negamos esta reforma, este pequeño sacrificio, esta nada, es el Dios de quien esperamos gracias continuas, el perdon de muchas faltas, y el de la denegacion misma que le hacemos todos los dias de sus propios bienes. Confesemos que nuestra conducta está llena de contradicciones, de irreligion y de injusticias.

¡Cuándo abriré yo, Señor, los ojos para ver mis extravíos, y para estremecerme todo lo que debo de mi lamentable é irreligiosa conducta, si no lo he hecho hasta el presente!

PUNTO SEGUNDO.

Considera que no basta romper los lazos que nos atan, desprender nuestro corazon, dejarlo todo, vencerlo todo; inútilmente nos pondríamos en estado de marchar, si no siguiésemos á una buena guia. Todo lo hemos dejado, dicen los apóstoles al Salvador del mundo, y os hemos seguido : hé aquí propiamente lo que constituye su mérito. Solo en esta imitacion, segun parece, funda Jesucristo el derecho á la recompensa : Vosotros que me habeis seguido, les responde, juzgaréis á todo Israel. Y en efecto, ¿de qué serviria haberlo dejado todo, y no seguirle? Este desasimiento quita los obstáculos; pero la virtud no se adquiere sino siguiendo á este divino modelo.

¡Qué leccion mas importante para las personas religiosas! pero ¡qué desgracia para ellas, si despues de haber roto tantos lazos, despues de haber hecho aun tantos sacrificios, se hallasen al fin de su carrera sin haber seguido á Jesucristo! ¿Podrán todas decir con confianza á este divino Salvador, á este soberano Juez : lo hemos dejado todo, y os hemos seguido? ¿y en qué vendrán á parar las que no tuvieren derecho para decírselo?

Pocos hay aun en el mundo que no estén obligados á dejar muchas cosas por Jesucristo; ninguno que no deba indispensablemente desprender su corazon del afecto á todo lo que posee, si quiere ser discípulo de Jesucristo; ninguno que no deba renunciar á sí mismo : pero todo el mundo ¿podrá decir que ha seguido á Jesucristo?

Seguir á Jesucristo es ser humilde de corazon; es ser puro, inocente, dulce, mortificado, caritativo;

es llevar su cruz todos los dias, hacerse todos los dias violencia, domar el amor propio y las pasiones todos los dias; es seguir las máximas de Jesucristo, y tener horror á las máximas del mundo.

Aquella persona religiosa, tan poco mortificada tan poco exacta, tan poco regular, ¿habrá seguido á Jesucristo? ¿Habrá seguido á Jesucristo aquel hombre tan vano, tan ambicioso, tan carnal, tan sensual y tan colérico? Aquella mujer mundana, cuya ocupacion ha consistido en los adornos y la vanidad, y que pasa los dias en la ociosidad, en los placeres, en la molicie; aquella mujer tan indevota, tan poco cristiana, ¿sigue á Jesucristo? ¿le sigo yo mismo?

¡Cosa admirable! cada uno espera la recompensa, aunque son tan pocos los que cumplen las condiciones que pide; cada uno quiere decir con los apóstoles, ¿qué habrá para nosotros? pero pocos son los que pueden decir como ellos: os hemos seguido, y todo lo hemos dejado por vuestro amor. Porque ¿quién hay que no pretenda conseguir el cielo? ¿quién hay que no crea estar algun dia en la gloria de los bienaventurados, y tener parte en la misma recompensa? ¿Y sobre qué aseguramos esta dicha? ¿en qué estriba esta confianza?

Estriba, Señor, en vuestros méritos infinitos, en vuestra misericordia, en vuestra bondad; aunque yo sé tambien que debe estribar en vuestras palabras y en vuestros ejemplos. Hasta aqui ha sido falsa esta confianza presuntuosa; pero ¡oh amable Jesus mio! ella va á hacerse real y perfecta haciéndose cristiana y racional. Preciso es indispensablemente imitaros y seguiros para tener derecho á vuestra recompensa; esto es lo que estoy resuelto á hacer de aqui en ade-

lante, mediante vuestra gracia, á la cual no quiero resistir por mas tiempo.

JACULATORIAS.

Atraedme, Señor, en pos de vos, á fin de que os siga á largos pasos, siguiendo vuestros ejemplos. *Cant.* 1.

Si hoy oimos la voz del Señor, obedezcámosle sin dilacion. *Salmo* 9.

PROPOSITOS.

1.º *Los deseos matan á los perezosos*, dice el Sabio, porque son mas bien deseos imaginarios que verdaderos: imaginámonos querer lo que conocemos que es bueno y necesario; pero realmente no lo queremos, puesto que nada queremos hacer para adquirirlo. Guardémonos no suceda lo mismo con los deseos infructuosos que tenemos en nuestras meditaciones y en nuestras lecturas. Los deseos reales y eficaces alimentan al alma, porque son el manantial de las buenas obras; pero los deseos imaginarios y pasajeros la matan, porque entreteniéndola con mil proyectos de conversion, todos á cual mas inútiles, son causa, por decirlo así, de que se muera sin llegar á ejecutarlos. En este sentido se ha dicho que el infierno está lleno de buenos deseos. No nos contentemos con decir, esto es verdad, nada mas conveniente, nada mas ordinario: examinemos seriamente lo que nos dice nuestro corazon; y si hemos verdaderamente renunciado á todo lo que poseemos, en el sentido que Jesucristo lo entiende y lo exige indispensablemente de todos los que quieren ser discípulos

suyos, esto es, si estamos dispuestos à sacrificar hasta lo mas precioso y querido que tenemos en el mundo antes que desagradar á Dios. El entendimiento, en esto como en otras muchas cosas, es con frecuencia el juguete del corazon; lisonjeámonos de no estar apegados á ningun bien criado, y somos esclavos de ellos. El trabojo que cuesta el pagar á los trabajadores y á los domésticos, el hacer las restituciones, satisfacer los legados piadosos y hacer limosnas no prueba un gran desprendimiento. No nos equivoquemos, hagamos hoy sin mas dilacion lo que deberíamos haber hecho ya hace mucho tiempo. Las personas religiosas están obligadas á un gran desapropio; no basta que sea simplemente afectuoso, debe ser real. Cercenemos hoy mismo lo que algun dia debe alarmar nuestra conciencia y hacer nuestro proceso.

2.° Los buenos deseos deben siempre ir acompañados de las prácticas morales. No es posible que no haya mucho superfluo en todo ese aparato de adornos. Quitemos hoy algunas de esas piezas inútiles, ó al menos poco necesarias; la modestia cristiana encuentra muchas superfluas: no esperemos á que un revés de fortuna, la edad ó la muerte nos despojen de ellas; hagamos por nosotros mismos este pequeño sacrificio. Pocas personas hay que no hallen el dia de hoy alguna cosa que quitar ó que reformar, si quieren prestarse dóciles á la gracia. Si, pues, hoy oimos la voz de Dios, obedezcámosla fielmente, y no endurezcamos nuestros corazones, rehusando ó trasladando á otro dia lo que Dios nos inspira que hagamos hoy. ¡Qué sentimiento para los que habiendo leido esto, no hubieren sacado ningun fruto de ello!

VIGÉSIMO PRIMER DOMINGO

DESPUES DE PENTECOSTES.

Llámase este dia el domingo de los dos deudores, ó del perdon de las injurias, desde que se ha tomado para el evangelio de la misa la parábola de los dos deudores, segun la refiere san Mateo, la cual nos enseña á perdonar á nuestros hermanos de lo íntimo de nuestro corazon las ofensas que hemos recibido de ellos, si queremos que Dios nos perdone los pecados que hemos cometido contra él. La epístola que precede á este evangelio está tomada del sexto y último capítulo de la carta de san Pablo á los cristianos de Efeso, en la que, despues de haber exhortado á todos á cumplir con las obligaciones de su estado; á los hijos á obedecer á sus padres, y á los siervos á sus señores; á los padres y madres, igualmente que á los señores, á que tengan presentes sus obligaciones con sus hijos y con sus siervos; les advierte que para resistir á los enemigos invisibles de nuestra salvacion, es menester revestirse con las armas de Dios, las cuales señala circunstanciadamente, y concluye su carta encomendándose á sus oraciones.

El introito de la misa está tomado de la oracion que hizo á Dios Mardoqueo con el pueblo judío, para suplicar al Señor que se dignase mirar las lágrimas y los gemidos de un pueblo consagrado singularmente á él, y al que el orgullo de un solo hombre

queria perder enteramente y exterminarlo en todas partes en un solo dia.

Es bien sabida la historia de la reina Ester, sobrina de Mardoqueo. Habiendo rehusado este, por motivo de religion, rendir á Aman, favorito del rey Asuero, unos honores que su conciencia no le permitia tributarle, cayó de tal modo en la desgracia de aquel primer ministro, el mas orgulloso de los hombres, que para vengarse de la pretendida falta de respeto de Mardoqueo, resolvió que con este pereciese toda la nacion judía. Publicóse el edicto de proscripcion contra todos los judíos existentes en el imperio de los Persas, fijando el dia para esta cruel carnicería. Decia el edicto que el dia 14 de Adar, que era el duodécimo mes del año, fuesen degollados todos los judíos, hombres, mujeres y niños, sin perdonar á ninguno. Habiendo sabido Mardoqueo lo que contenia el edicto cruel, desgarró sus vestidos, se cubrió con un saco, puso ceniza sobre su cabeza, y fué clamando por toda la ciudad, ponderando lo horrible que era el querer destruir de este modo una nacion inocente. Llegó lamentándose de esta manera hasta las puertas del palacio, y allí redobló sus clamores y sus quejas. Avisada de ello la reina Ester, su sobrina, le envió el eunuco Arach para que le dijese el motivo de su afliccion. Mardoqueo la informó por medio de este oficial de lo que contenia el edicto que Aman habia arrancado al rey, y aun le envió una copia de él, diciéndole al mismo tiempo que no habia otro medio de salvar á los judíos que el que fuese á ver al rey, y ella misma intercediese por su pueblo. La reina envió el eunuco para que dijese á su tio que, estando prohibido á todos bajo

pena de muerte el entrar á ver al rey sin ser llamados, no podia hacer lo que deseaba de ella. Mardoqueo rogó al eunuco que dijese á la reina que en una ocurrencia semejante no tanto debia considerar su seguridad, cuanto la salvacion de su nacion : que si ella abandonaba á su pueblo en tal extremo, Dios encontraria muy bien algun otro medio para librarle, pero que la perderia á ella con toda su raza para castigar su indiferencia; y que, en fin, acaso Dios no la habia elevado al trono sino para ponerla en estado de obrar en una ocasion como esta. Movida Ester de esta amonestacion, previno á su tio que hiciese juntar á todos los judíos que estaban en Susa, y les ordenase un ayuno de tres dias, y que rogasen á Dios por ella y por su pueblo; que por su parte iba á hacer lo mismo con todas las doncellas que la servian, y que despues de esto iria á ver al rey sin ser llamada, aun cuando debiese costarle la vida. Mardoqueo puso en ejecucion la órden de la reina; y durante el ayuno, en su humillacion dirigió á Dios esta fervorosa oracion, de la cual ha tomado la Iglesia las palabras que forman el introito de la misa de este domingo.

Todas las cosas están sujetas, Señor, á vuestro poder, y ninguna hay que pueda resistir á vuestra voluntad; porque vos habeis hecho de nada todas las cosas : vos habeis hecho el cielo, la tierra y todas las criaturas que están bajo del cielo : vos sois el Señor de todas las cosas. La Iglesia repite aquí el mismo salmo de que se sirvió el domingo precedente; este salmo está lleno de tan bellos sentimientos de estimacion y de afecto á la ley de Dios, que deberia ser familiar á todos los fieles : *Dichosos aquellos*, dice David, *que siempre es-*

tán en los caminos de la inocencia, y caminan con fidelidad en la ley del Señor. La proteccion milagrosa que Dios ostentó en favor del pueblo judío en el tiempo mismo en que el orgulloso Aman habia jurado su pérdida, y el buen éxito que tuvo la oracion de Mardoqueo y de Ester, han determinado sin duda á la Iglesia á elegir tambien hoy para el introito de la misa el primer versículo de este salmo.

La epístola, como hemos dicho, está tomada del capítulo 6 de la carta de san Pablo á los fieles de Efeso, en la que el santo apóstol les anima al combate que tenemos que sostener toda nuestra vida contra los enemigos de nuestra salud, los cuales son tanto mas temibles, cuanto que están siempre de inteligencia con nuestro propio corazon, con nuestros sentidos, nuestras pasiones y nuestro amor propio.

Fortaleceos en el Señor, les dice, *y por su virtud omnipotente.* San Pablo, despues de haber dado instrucciones particulares á cada condicion, se dirige á todos los fieles de Efeso en general, y les exhorta á resistir con valor á todas las tentaciones, contando siempre con la proteccion omnipotente del Señor, y poniendo en él toda su confianza. *Revestios con las armas de Dios, á fin de que podais estar preparados contra las emboscadas del demonio.* Por las armas de Dios entiende san Pablo la fe, la caridad, la confianza en Dios, la vigilancia, la oracion, la mortificacion, la penitencia, el fervor, el ejercicio de las buenas obras, el uso frecuente de los sacramentos; en una palabra, el mismo Jesucristo. Emplea san Pablo desde luego esta metáfora, que está tomada de la guerra y de las armas; *porque las armas con que nosotros combatimos,* dice escribiendo á los Corintios, *nada*

tienen de la carne, sino que adquieren su fortaleza de Dios mismo para destruir las fortalezas enemigas. Quiere el santo apóstol que los fieles se consideren en esta vida como en una guerra continua, y como tropas que están sobre las armas, y que tienen al frente los enemigos. Les exhorta á que se armen, por decirlo así, con todas las piezas, y que se cubran con todas las armas espirituales para no ser asaltados de improviso. En toda esta epístola continúa san Pablo esta elegoría. ¿Quereis saber cuáles son los enemigos contra quienes teneis que combatir? *No es contra la carne y la sangre,* esto es, contra los hombres ordinarios, contra enemigos débiles compuestos de carne y de huesos, los cuales pueden vencerse con las armas materiales; sino que toda nuestra vida tenemos que combatir contra todas las potestades del infierno, contra toda la violencia de las pasiones, contra el espíritu y las máximas del mundo que reina con imperio: enemigos tanto mas temibles, cuanto son mas espirituales, mas tenaces, mas malignos, mas finos, mas acostumbrados á vencer. ¿Quereis, pues, no ser vencidos? combatid siempre bien armados; *tomad las armas de Dios, á fin de que podais resistir en el tiempo malo y sosteneros, estando provistos de todo.* El dia malo es el dia del combate, el dia de la tentacion, tiempo peligroso, siempre funesto para las almas flojas, y que son sorprendidas y asaltadas de improviso. Esos cristianos enflaquecidos por una vida blanda, por caidas frecuentes, cuya fe es lánguida, la piedad cuasi extinguida; esos cristianos á quienes el espíritu del mundo ha corrompido ya, y á quienes las pasiones tratan como esclavos, ¿estarán en estado de vencer en el tiempo del combate? ¡Qué

carnicería no harán estos crueles enemigos en los que encontraren cuasi sin armas!

Manteneos, pues, con ánimo, teniendo la verdad por cintura al rededor de vuestros lomos, y la justicia por coraza; tened tambien el calzado en vuestros piés para estar prontos á ir á predicar el Evangelio de paz, para ir á anunciarle á todos los pueblos del universo, sino con vuestras palabras, al menos con vuestros ejemplos. Quiere san Pablo que todos los cristianos se consideren como soldados de Jesucristo armados con todas las piezas, esto es, revestidos de las armas espirituales, que son la fe, la justicia, el zelo y la caridad. Hace al parecer alusion el Apóstol aquí á aquel lugar de Isaías: *La justicia será la cintura de sus lomos* (1); *y la fe, la inocencia y la caridad el talabarte de que estará siempre ceñido. Tomad en toda compostura*, continúa el Apóstol, *el escudo de la fe, por medio del que podais extinguir los dardos ardientes del espíritu maligno.* Los dardos ardientes del maligno espíritu son los malos deseos y los estímulos de la carne, que, no estando extinguidos, causan en el alma un funesto incendio. A la menor chispa, con el mas lijero consentimiento, prende fuego la concupiscencia. Todos los dardos del demonio son ardientes; prenden fuego en el corazon, y dan la muerte al alma. Una fe viva es un escudo impenetrable, embota todos los dardos, y la gracia extingue el fuego. *Tomad además el casco de la salud;* Jesucristo es nuestra salud, segun el idioma de la Escritura; su espíritu, su amor, su proteccion omnipotente pueden llamarse el casco de la salud. Amemos á Jesucristo, tengamos una entera confianza en Jesucristo, estemos anima-

(1) Isai. 11.

dos del espíritu de Jesucristo, y seremos invencibles. Pero no nos contentemos con tener armas con que defendernos, y estar siempre á la defensiva; *sirvámonos de la espada del Espíritu, que es la palabra de Dios.* Con esta divina palabra pondremos en fuga á todas las potestades del infierno. Practiquemos esta divina palabra, vivamos segun el espíritu y las máximas del Evangelio, y seremos formidables al demonio.

El evangelio está tomado del capítulo 18 de san Mateo. Acababa el Salvador de establecer y de explicar á sus apóstoles el importante precepto del perdon de las injurias, el cual es uno de los mas esenciales de la moral cristiana y de la religion. No contento con habérselo explicado, quiso hacerles todavía mas sensible esta verdad por medio de una parábola que hacia ver claramente que si no perdonamos á nuestros hermanos, no debemos esperar el perdon de parte de Dios.

El reino de los cielos, les dice, es semejante á un rey que quiso tomar cuentas á sus sirvientes; esto es, segun el estilo de la Escritura, Dios obrará con nosotros como un rey que toma cuenta á sus domésticos. Figurémonos, pues, un príncipe que ordena que vengan á su presencia todos sus oficiales, para ver y examinar él mismo sus cuentas. Habiendo repasado lo que cada uno le debia, se pasmó de hallar uno que le era deudor de diez mil talentos, esto es, de una suma excesiva: Jesucristo quiere indicar con esto de cuántas faltas y pecados son deudores á la justicia divina aun aquellos que pasan por siervos de Dios, y lo son en efecto. Por mas que esta suma fuese excesiva, el príncipe quiso ser pagado sin que faltase

un óbolo; y hallando á su servidor insolvente, mandó no solo que se le embargase desde luego todo lo que tenia, sino que se le vendiese á él mismo con su mujer y sus hijos hasta que quedase satisfecha la deuda. Viéndose aquel desgraciado perdido sin recurso, reducido á la última desesperacion, recurrió á la bondad y clemencia de su señor: echóse á sus piés, y bañado en lágrimas, le suplicó que le diese tiempo, prometiéndole que le pagaria toda la suma: *Dadme tiempo*, decia, *y yo os lo pagaré todo*. Enterneciose aquel buen señor, y movido de compasion, sin obligarle á nada, le perdonó toda la deuda.

El primero que este servidor encontró, saliendo de palacio, fué uno de sus compañeros que le debia una suma muy pequeña: eran cien denarios, que no hacian mas que un talento; era, en efecto, notable la diferencia de un talento á diez mil. Apenas le divisó, cuando, olvidando el modo con que acababa él de ser tratado, le asió, y teniéndole del cuello, le ahogaba, diciéndole: *Págame lo que me debes*; no, yo no te haré ninguna gracia. Echóse este á sus piés, temblando y abrazándole las rodillas: *Dame tiempo*, le decia, *y te pagaré toda la suma*. Pero el acreedor implacable, duro é insensible á sus ruegos y á sus llantos, no quiso escucharle, y habiéndole hecho prender por la justicia, hizo que se le pusiese en prision hasta que le hubiese pagado su deuda. Una accion tan bárbara, y un tratamiento tan inhumano por una suma de cien denarios, y por un hombre á quien acababa de perdonársele una deuda de diez mil talentos, hizo gran ruido. Todos los demás servidores, indignados por un modo de obrar tan violento, fueron á ver al señor, y le contaron el hecho.

Apenas le dimsió, cuando, olvidando el modo con que acababa él de ser tratado, le asió y teniéndole del cuello, le ahogaba, diciéndole: Páguame lo que me debes.

El príncipe montó en cólera, y habiendo hecho venir á su presencia á aquel perverso servidor: Desdichado, le dijo lleno de ira, acabo de perdonarte por pura bondad todo lo que me debias, no obstante que era una suma excesiva, y esto solo porque me lo suplicaste; ¿porqué no debias tú tambien por igual motivo haberte compadecido de tu compañero, como me compadecí yo de tí, y perdonádole lo que te debia? Vé, alma dura, tú eres indigno de toda gracia, y por tanto no se te hará. Despues dirigiéndose á los oficiales de justicia: Póngasele en prision, les dijo, y no se le suelte hasta que haya pagado toda la suma que me debe.

No hay necesidad, añadió el Salvador, de que yo os explique esta parábola: vosotros comprendeis bien que este príncipe, este señor, significa el Padre celestial, que en la hora de la muerte toma cuentas á cada uno de toda su vida: nadie hay que no sea deudor á la justicia divina, y que no tenga necesidad de misericordia; no debeis, pues, esperar para vosotros mas que lo que vosotros hubiéreis hecho con los demás. No os engañeis, no hay misericordia para quien no hubiere hecho misericordia; si vosotros no perdonais á vuestros hermanos de lo íntimo del corazon sinceramente todas las ofensas que habeis recibido de ellos, no debeis esperar el perdon.

« Dios nos perdona, á fin de que nosotros perdonemos, dice san Agustin; y si nosotros no perdonamos, hará revivir la deuda. Imitemos la conducta de nuestro Padre, si no queremos ser desheredados. Aparece claramente por el evangelio, añade el mismo padre, que los pecados perdonados reviven, es decir, la pena del pecado, como lo explica santo Tomás,

cuando no tenemos compasion y caridad con nuestros hermanos : son notables las palabras de este santo doctor : *Que renacen los pecados perdonados para el que no tiene caridad con sus hermanos nos lo enseña en el evangelio clarisimamente el Señor en aquel criado, al cual vuelve á pedir su señor la deuda perdonada. Si nosotros no perdonamos de buena gana la ofensa que se nos ha hecho, Dios nos pedirá cuenta de nuevo de los pecados que se nos habian perdonado*, dice san Gregorio. A la verdad Dios no revoca los dones que ha concedido, y la culpa de un pecado perdonado no puede revivir; pero la pena debida á estos pecados, que es propiamente la deuda debida á la justicia divina, aun cuando hubiese sido perdonada, dice santo Tomas, puede revivir por nuestra ingratitud y nuestra falta de caridad.

La oracion de la misa de este dia es como sigue:

Señor, guardad á vuestros siervos por una continua asistencia de vuestra bondad, á fin de que libres por vuestra proteccion de todos los males, no busquen en todos sus buenas obras mas que la gloria de vuestro nombre. Por nuestro Señor Jesucristo, etc.

La epístola es de la que escribió el apóstol san Pablo á los Efesinos, cap. 6.

Hermanos mios : Fortificaos en el Señor, y por su virtud omnipotente revestíos con las armas de Dios, á fin de que podais estar sobre aviso contra las emboscadas del demonio; porque no es contra la carne y la sangre contra quienes tenemos que combatir, sino contra los principados y las potestades, contra los dominadores de este mundo, de este lugar de tinieblas, contra los espíritus malignos que están en el aire. Por tanto, tomad las armas de Dios, á fin de que

podais resistir en el dia malo, y sosteneros hallándoos provistos de todo. Manteneos, pues, con buen ánimo, teniendo la virtud por cintura en vuestros lomos, y la justicia por coraza; teniendo igualmente el calzado en los piés, para estar prontos para ir á predicar el Evangelio de la paz; tomando en toda coyuntura el escudo de la fe, por medio del que podais extinguir los dardos ardientes del espíritu maligno: tomad además el casco de la salud, y la espada del espíritu, que es la palabra de Dios.

NOTA.

Despues de haber reformado san Pablo con su zelo y su dulzura ordinaria los defectos de los fieles de Efeso, les da reglas de conducta para ordenar sus costumbres. Da avisos saludables á los padres y á las madres, á los amos y á los criados, y concluye su carta encomendándose en sus oraciones.

REFLEXIONES.

No es contra la carne y la sangre contra quienes tenemos que combatir, sino contra los principados y las potestades. Por la carne y la sangre entiende san Pablo aquí los hombres, los cuales no serian mas que enemigos compuestos de carne y de hueso como nosotros, y por consiguiente enemigos que nada podrian influir sobre nuestra alma y sobre nuestro corazon. Su fuerza, sus astucias y todos sus artificios se circunscriben á una esfera mas pequeña, y no es tan difícil el ponerse á cubierto de sus dardos. Los enemigos espirituales contra quienes tenemos que combatir toda la vida, son mucho mas temibles; son enemigos que no se descubren sino por sus ataques, y cuyos dardos no se ven sino por las heridas que hacen. Tenemos, empero, que combatir, dice en

otra parte el mismo apóstol, contra la carne y la sangre, esto es, contra los deseos de la carne, contra los ímpetus de nuestra propia concupiscencia, contra nuestros malos deseos. Nosotros mismos somos, por decirlo así, nuestros mas formidables enemigos : nuestros sentidos nos seducen, nuestras pasiones nos hacen una guerra mortal, y debemos desconfiar continuamente de nuestro propio corazon, siempre de inteligencia con nuestros propios sentidos. Los principados, las potestades, los dominadores de las tinieblas, los espíritus malignos que están en el aire, todo esto significa poco mas ó menos una misma cosa, esto es, las potestades del infierno, el tentador que se halla en todas partes, que nos sigue hasta el lugar santo, hasta el mismo pié del altar, hasta en medio de la práctica de nuestras buenas obras. No hay asilo contra sus malignos intentos, no hay abrigo contra sus tiros. Por esto decia el Salvador á sus apóstoles : Orad y velad sin cesar; velad y orad á fin de que no os veais enredados en la tentacion, para que no seais sorprendidos del enemigo, ni vencidos en la sorpresa. Si las almas mas inocentes, si los discípulos mas fervorosos tienen siempre que temer, y deben orar y velar de continuo, ¿quién asegura á los cristianos flojos é imperfectos? Esas personas mundanas, que no respiran mas que la algazara, esas gentes de placer tan joviales, y todos los que pasan su vida en la ociosidad y en la molicie, ¿están á cubierto de todos los peligros para que se dispensen de velar, de orar y de temer? Nuestra vida, dice la Escritura, es una guerra y una tentacion continua; es preciso, pues, estar siempre alerta. ¡Cosa extraña! y en medio de tantos peligros nada desconfian la mayor

parte de los hombres. ¿Cómo pueden dormir así con un sueño tan profundo en medio de tan gran peligro, y agitados de una tempestad tan violenta? Soldados sin armas y cogidos de improviso ¿resistirán un asalto? No hay persona de virtud tan eminente, que no tenga que temer por su salvacion; no hay órden religioso, no hay estado tan santo, no hay lugar tan retirado, no hay soledad tan espantosa en donde podamos estar racionalmente sin las armas de Dios, ni permanecer seguros sin escudo, sin tahalí, sin casco, sin coraza. No hay santo tan grande que en medio del ejercicio de la mas austera penitencia no haya temido el peligro: ¿quién inspira á esos religiosos flojos é imperfectos, á esas personas enteramente mundanas, una seguridad tan tranquila?

El evangelio de la misa de este dia está tomado del que escribió san Mateo, cap. 18.

En aquel tiempo, dijo Jesus á sus discípulos esta parábola: Es semejante el reino de los cielos á un rey que quiso tomar cuentas á sus servidores. Habiendo, pues, comenzado á examinar las cuentas, se le presentó un servidor que le debia diez mil talentos. No teniendo él con que pagar, ordenó el señor que se le vendiese con su mujer, sus hijos y toda su hacienda, y que la deuda quedase cubierta. Arrojándose entonces el servidor á sus piés, le suplicaba y le decia: Dame tiempo, y todo te lo pagaré. Entonces el señor de este servidor, compadeciéndose de él, le dejó ir y le perdonó toda la deuda. Mas cuando aquel servidor hubo salido, encontró uno de los que servian con él, el cual le debia cien denarios de plata; y teniéndole agarrado del cuello, le sufocaba, diciéndole: Págame lo que me debes. Echándose este á sus piés, le suplicaba, y le decia: Dame tiempo, y yo te lo pagaré todo; pero el otro no quiso, sino que fué y le hizo poner en prision hasta que le pagase. Viendo los demás servidores lo que pasaba, se afligieron en

extremo, y refirieron á su señor todo lo que habia sucedido. Entonces su señor le hizo llamar, y le dijo : Siervo perverso, te he perdonado toda la deuda porque me lo suplicaste; ¿no debias tú tambien haberte compadecido de tu compañero, como yo me compadecí de tí? Inmediatamente su señor lleno de indignacion le entregó á los ejecutores de la justicia, hasta que pagase toda la deuda. De este modo se portará con vosotros mi Padre celestial, si no perdonare cada uno de vosotros á su hermano de lo íntimo de su corazon.

MEDITACION.

DEL PERDON DE LAS INJURIAS.

PUNTO PRIMERO.

Considera que perdonando las injurias que se nos han hecho, podemos, en alguna manera, esperar con confianza de la misericordia de Dios el perdon de nuestros pecados. La parábola de este dia es una leccion, una promesa, y una amenaza. No hay hombre que no sea responsable á la justicia de Dios, ninguno que no esté cargado de deudas. Un solo pecado venial merece penas que no pueden imaginarse, y el menor pecado mortal merece nada menos que un infierno eterno. *No entreis en juicio ¡ó Dios mio!* decia David horrorizado al solo pensamiento de esta verdad : *No entreis en juicio con vuestro siervo, porque no hay hombre sobre la tierra que pueda lisonjearse de comparecer inocente á vuestra vista.* Sin embargo tarde ó temprano es menester darle cuenta; Dios no puede dispensar á ninguno. Nuestras deudas son excesivas, y puede asegurarse que todas las maceraciones del cuerpo, durante toda la vida, no bastarian para satisfacer á la justicia de Dios, ni aun por las menos criminales. Todos los suplicios del infierno

por toda una eternidad no pueden expiar una sola culpa mortal. ¿Qué hombre hay, Señor, que no sea insolvente? ¿y qué medio para pagar unas deudas que exceden á todo nuestro fondo? Es verdad que en la sangre de Jesucristo tenemos un fondo de tesoros inagotables; pero es menester que se nos apliquen estos méritos, y que se nos permita sacar de este fondo infinito. El Salvador nos ha enseñado el medio en la parábola de nuestro evangelio. ¿Hemos recibido alguna injuria? ¿nos han ofendido nuestros hermanos? ¿somos acreedores de alguno? Perdonemos, y se nos perdonará. El oráculo ha hablado; Jesucristo mismo nos ha enseñado este secreto maravilloso de satisfacer á Dios todas nuestras deudas. Por infinita que sea la desproporcion entre lo que debemos á la justicia divina, y lo que se nos debe, Dios se da por pagado, por satisfecho, luego que hemos perdonado á nuestros deudores la suma que nos debian; desde entonces satisface Jesucristo todo lo que debíamos á su Padre, aplicándonos sus méritos y sus tesoros. ¿Hemos comprendido nunca bien, comprenderemos jamás el exceso de esta misericordia? ¿Podemos tener un medio mas fácil para desempeñarnos?

PUNTO SEGUNDO.

Considera que esta es una condicion indispensable. ¿Queremos que el Padre celestial nos perdone nuestros pecados? perdonemos nosotros las ofensas que nos han hecho. *Si teneis alguna cosa contra alguno*, dice el Salvador, *perdonadle, á fin de que vuestro Padre, que está en el cielo, os perdone tambien vuestros pecados* (1); *porque si vosotros no perdonais, vuestro*

(1) Marc. 11.

Padre, que está en el cielo, no os perdonará tampoco vuestros pecados. De la misma medida de que os hubiéreis servido para los otros, se servirá para vosotros (1). Con tanto interés ha tomado este precepto del perdon de las injurias, que de él ha querido hacer uno de los principales artículos del modelo de oracion que nos ha enseñado. *Perdónanos nuestras deudas, como nosotros lo hacemos á nuestros deudores* (2). Ninguna cosa se repite en el Evangelio con mas frecuencia ni mas claramente que esta importante y consoladora máxima; no hay medio mas seguro, mas fácil, mas eficaz para obtener el perdon de nuestros pecados, y tampoco hay nada mas preciso ni mas positivo que la amenaza que sigue á esta promesa: *Si vosotros no perdonais á los hombres sus ofensas, tampoco vuestro Padre celestial os perdonará á vosotros vuestros pecados* (3). Tengamos presente que es un Dios el que habla. Y despues de esto, ¿cuesta trabajo el perdonar las injurias? ¿se mira como difícil el precepto de perdonar las injurias? ¿hay quienes dicen que no pueden resolverse á perdonar? Pero estos ¿son cristianos, ó infieles? A menos de que estemos furiosos, ó que hayamos perdido absolutamente el uso de la razon y del sentido comun, ¿podemos no querer que Dios nos perdone nuestros pecados? ¿Y podemos desear que Dios nos perdone, y no querer nosotros perdonar las ofensas que se nos han hecho, y tener fe y ser fieles? No perdamos de vista esta contradiccion de nuestra fe y nuestra conducta; ¿podemos querer verdaderamente que Dios nos perdone, sin querer nosotros perdonar?

La mas urgente de mis necesidades, Señor, es la de

(1) Luc. 6. — (2) Mat. 6. — (3) Ib.

descargarme de las deudas inmensas que he contraido con vos por el pecado. Me atrevo, pues, á pediros que me las perdoneis, como yo perdono sinceramente todas las que han contraido mis hermanos conmigo. Yo sé que no hay proporcion alguna entre mis pecados y las injurias que he podido haber recibido; pero ¿qué es la indulgencia que yo reclamo, comparada con la infinita misericordia de un Dios?

JACULATORIAS.

Perdónanos, Señor, nuestras deudas, como nosotros perdonamos á nuestros deudores. *Mat.* 6.

Dadme tiempo, y yo os lo pagaré todo. *Ibid.*

PROPOSITOS.

1.° Podria Dios dejar de hacer con nosotros lo que exige que hagamos con nuestros hermanos; pero que nosotros pretendamos dispensarnos de los deberes de caridad que nos impone para con nuestros hermanos, despues de no haber puesto él límites á su caridad con nosotros, esto es el exceso de la injusticia. Siervo perverso, yo te he perdonado toda la deuda, porque me lo has suplicado; ¿no debias tú tambien haberte compadecido de tu compañero, como yo me compadecí de tí? No nos acarreemos esta repulsa; seamos generosos, ardientes y solícitos para perdonar todo agravio, toda injuria que nos hubieren hecho, acordándonos que nuestra generosidad, nuestra liberalidad en este punto debe ser como la medida, por decirlo así, de la de Dios con nosotros.

2.° Como se trata de alcanzar del Señor el perdon

de todos nuestros pecados, perdonando nosotros todas las ofensas que nos han hecho, concedamos el perdon, remitamos todas estas deudas de buena gana y con generosidad. Prevengamos nosotros mismos á nuestros enemigos, así como nosotros tenemos necesidad de que Dios nos prevenga por su pura misericordia. Perdonemos generosamente, esto es, perdonemos de lo íntimo de nuestro corazon con sinceridad, sin reserva. Y así como queremos que Dios olvide nuestras ofensas, olvidemos tambien las que nosotros perdonamos. Seamos amigos de los que eran nuestros deudores, y á quienes hemos perdonado sus deudas; apresurémonos á complacerles y á servirles; aparezca por nuestra conducta atenta, graciosa y servicial, que estamos perfectamente reconciliados con ellos. Tenemos necesidad de que Dios haga lo mismo con nosotros; y *con la misma medida que midiéremos, seremos medidos.*

VIGESIMO SEGUNDO DOMINGO

DESPUES DE PENTECOSTES.

Hase dado á este domingo el nombre de domingo del tributo al César, porque el evangelio que se dice en la misa de este dia habla de esto. Habiendo tomado los fariseos entre sí la resolucion de sorprender á Jesus, al menos en sus palabras, ya que no hallaban nada que reprender en sus obras, no cesaban de tenderle lazos, haciéndole preguntas capciosas. La que le hicieron en órden al tributo que los judíos pagaban

al emperador, era delicada; pero la respuesta del Salvador que leia en su corazon los malos designios que en él abrigaban, no sirvió mas que para cubrirles de confusion haciendo brillar su sabiduría divina. La epístola contiene una demostracion de la ternura con que san Pablo miraba á los fieles de la ciudad de Filipos en Macedonia, los cuales por su parte le correspondian afectuosos, y le habian dado señales muy claras de su reconocimiento por las gracias espirituales que les habia procurado desde su conversion, asistiéndole en sus necesidades é interesándose en sus prisiones, en sus persecuciones y en la firmeza del Evangelio.

El introito de la misa está tomado del salmo 129, que es una oracion de los judíos oprimidos de miserias durante su cautividad en Babilonia: en él confiesan sus pecados al Señor, y reconocen con humildad que por grandes que sean los males que padecen, merecen todavía mas á causa de sus iniquidades; pero que saben que la misericordia de Dios es todavía mas grande que su malicia: esto es lo que sostiene su confianza en la bondad infinita de Dios.

Yo sé, Dios mio, cuan criminal soy en vuestra presencia, convengo en que mis pecados son sobre mi cabeza; *y si vos examinais con rigor nuestras iniquidades, ¡ah Señor! ¿quién podrá sufrir vuestros juicios? Pero, ó Dios de Israel,* no hallando en nosotros sino razones para perdernos, *las hallais abundantemente en vos para salvarnos:* de aquí es que *por mas profundo que sea el abismo de miseria en que he caido, clamo confiadamente á vos, Señor; no seais, ó Dios mio, inexorable á mi voz.*

La Iglesia ha colocado este salmo entre los penitenciales, es decir, en el número de los siete que inspiran la compuncion y el espíritu de penitencia, y que al mismo tiempo son como el efecto de ella. Créese que David, movido de un vivo arrepentimiento por su doble pecado con Bersabé, le compuso en testimonio de su contricion, y para suplicar al Señor que le perdonase por su infinita misericordia. En efecto, este salmo está lleno de sentimientos de contricion, de humildad, de devocion y de confianza, los cuales inspira al recitarle. No hay acaso otro mas á propósito para ablandar al Señor y desarmar su ira; por esto se reza comunmente por el alivio de las almas del purgatorio, tanto á causa de estas palabras : *Desde el fondo del abismo en que he caido, dirijo hácia vos, Señor, mis lamentos*, lo cual nos da la idea de una alma encerrada en un profundo y sombrío calabozo, cuanto porque en él se habla con frecuencia de la misericordia del Señor, del perdon de las iniquidades y de la esperanza de los justos.

Para entrar en el sentido de la epistola que san Pablo escribió á los fieles de Filipos, la cual ha sido elegida para la de la misa de este dia, es menester tener presente que los Filipenses, que son un pueblo de Macedonia, habian sido convertidos á la fe por san Pablo, á consecuencia de una vision que el santo apóstol tuvo en sueños en Troade. Comenzó esta iglesia por la conversion de una mercadera de púrpura, llamada Lidia, y en poco tiempo á aquellas primicias siguió una gran cosecha. Prendiéronle allí con su discípulo Silas, azotáronle con varas, y tuvo mucho que sufrir; pero el ánimo, el zelo y la fidelidad de los Filipenses le indemnizaron mucho de sus

penas. Aquellos nuevos fieles tuvieron siempre á la doctrina y á la persona del santo apóstol un apego que jamás se desmintió. Rechazaron constantemente á los doctores del judaismo que le seguian por todas partes para corromper con la mezcla de la religion judaica la doctrina del Evangelio, y fueron los únicos de toda la Grecia que contribuyeron á su subsistencia; y habiendo sabido que estaba preso en Roma, le enviaron una suma considerable de dinero por Epafroditas, y por esta liberalidad les da gracias en esta carta, en la que les felicita por su perseverancia en la pureza de la fe, su constancia en las persecuciones, y el desprecio que habian hecho de los falsos apóstoles que querian seducirles. Les consuela en seguida, y se consuela él mismo con ellos de los males que padecen por Jesucristo, por la consideracion de las grandes recompensas que les estaban preparadas, y les exhorta á que huyan siempre mas y mas de los falsos predicadores.

Estoy seguro que el que ha comenzado en vosotros tan buena obra, la perfeccionará hasta el dia de Jesucristo; esto es, tengo una firme confianza que Dios que os ha hecho la gracia de convertiros recibiendo con docilidad el Evangelio, y teniendo una fe viva que os hace seguir tan perfectamente todas sus máximas, os concederá tambien la gracia de la perseverancia final, sin la que no es posible salvarse, puesto que *no hay salvacion sino para el que fuere constante hasta el fin* (1). El dia de Jesucristo, en el modo de hablar de la Escritura, es el dia de la muerte, el momento decisivo de nuestra suerte eterna, en el que se hace el juicio particular que decide de nuestro destino en la

(1) Mat. 10.

eternidad. *Asi como yo debo sentir de este modo de todos vosotros.* San Pablo mira á todos los fieles de Filipos como verdaderos predestinados. El fervor de que estos fieles habian dado testimonio desde el principio de su conversion, y la fidelidad con que habian perseverado hasta entonces en la fe y en la caridad, eran motivos que inspiraban al Apóstol esta justa confianza; la razon que da de ella, dice todo esto: *Por lo que*, dice, *os tengo en el corazon por la parte que os tomais todos en mi gozo, mientras que estoy entre cadenas, mientras que defiendo y establezco el Evangelio.* No funda san Pablo la confianza que tiene de su salvacion simplemente en su ternura para con él, sino en la parte que toman en sus trabajos y en sus padecimientos, que él llama su gozo, y en la propagacion de la fe y del Evangelio, asistiéndole en sus necesidades, y contribuyendo cuanto podian á su establecimiento con su virtud extraordinaria, con la pureza de sus costumbres y con su perseverancia.

Dios me es testigo de cuan tiernamente os amo á todos en las entrañas de Jesucristo. Toma san Pablo á Dios por testigo del amor espiritual que les profesa; Dios sabe que os amo, no simplemente porque me habeis dado pruebas de vuestra caridad en todas mis necesidades, pues este seria un amor natural de puro reconocimiento; os amo en Jesucristo; porque vosotros amais tiernamente á Jesucristo, que es el único motivo de vuestras caridades; porque sois verdaderos discípulos de Jesucristo, y porque él os ama tiernamente como verdaderos discípulos suyos: y *la oracion que yo dirijo á Dios, es que vuestra caridad se haga mas y mas ilustrada y prudente en todo sentido.* El amor de Dios no solo abrasa el corazon, ilumina tambien el

entendimiento, y proporciona conocimientos que no podrian adquirirse con el estudio, y que son superiores al alcance de los mayores genios: *á fin de que juzgueis lo que es mejor, que vuestra conducta sea pura é inocente* hasta el dia de Jesucristo, esto es, hasta el último suspiro de la vida. Cuanto mas ama uno á Dios, mas ilustrado está. El amor puro de Dios da el don de consejo, de inteligencia y de fortaleza: siempre hay talento cuando se ama á Dios. No es un talento superficial que se exhala todo en vanas apariencias; es un talento maduro, sólido, fecundo, que descubriendo el bien, nos inclina á hacerle, y nos enseña *á llenarnos de los frutos de justicia, que vienen por Jesucristo, á la gloria y á la alabanza de Dios*; y hé aquí lo que san Pablo desea á los fieles de Filipos.

El evangelio de este dia está tomado del capítulo 22 de san Mateo, el cual descubriendo la malicia de los fariseos, demuestra con toda claridad la sabiduría infinita del Salvador del mundo.

Acababa el Hijo de Dios de contar la parábola del festin que hizo un rey para las bodas de su hijo, al cual se negaron á concurrir los primeros convidados, y llenaron sus puestos los extraños. La mayor parte de los judíos, y sobre todo los fariseos á quienes se enderezaba esta parábola, comprendieron todo el sentido de ella, y no pudiendo sufrir las acusaciones de su conciencia, se retiraron silenciosamente con la rabia en el corazon, resueltos á ponerlo todo en accion para perderle. Como el odio que tenian contra él les sugiriese mil artificios para desacreditarle en el concepto del pueblo, tuvieron consejo entre sí en órden á los medios de sorprenderle en sus palabras, y sacar de él alguna respuesta censurable que pudie-

sen emponzoñar, y de la cual pudiesen formarle un crimen.

El medio que tomaron fué el de enviarle algunos de sus discípulos con otros de los herodianos, que con un rostro modesto y un aire de probidad le tendiesen un lazo. Estos discípulos de los fariseos estaban, á lo que parece, en la secta farisaica, en el grado de los que se llaman proponentes en la secta protestante, candidatos ó estudiantes; y tales era menester que fuesen, á fin de que pareciese que la pregunta que hacian no era mas que para instruirse. Por lo que hace á los herodianos, algunos intérpretes creen que eran de la corte de Herodes, porque como la pregunta que debia hacerse al Salvador miraba al príncipe, era muy á próposito el tener gente de la corte por testigos. Sin embargo es mas probable que estos herodianos eran ciertos sectarios que, segun Josefo, no se diferenciaban de los fariseos sino por su preocupacion excesiva por la libertad. Créese que esta secta, nacida en el reinado de Herodes, apellidado el Grande, habia tenido por jefe á Judas el Gaulonita ó el Galileo. Habíaseles dado el nombre de Herodianos, porque habiendo creido desde luego que Herodes el Grande era el Mesías, sobrepujaban todavía á todos los errores de los fariseos, lo cual, segun san Marcos, obligó á decir al Salvador: *Guardaos de la levadura de Herodes.* Diferian de los fariseos en cuanto á los tributos que se pagaban á los Romanos: los fariseos los pagaban, mas con mucha repugnancia; los herodianos al contrario sostenian que estos tributos eran indispensables. El designio de los enemigos del Salvador era hacerle decir alguna cosa que pudiese servir de pretexto para acusarle como reo de

estado, y que fuese como tal castigado con el último suplicio. El lazo estaba bien concertado. Toda la intriga consistia en embarazarle por una pregunta capciosa, preguntándole si los judíos podian en conciencia pagar el tributo al emperador. Esperaban ellos que sucederia una de dos cosas. O declarará á los judíos tributarios del emperador, decian ellos, y con esto ofenderá á toda la nacion, haciendo ver que no puede ser el Mesías, puesto que hace esclavo al pueblo judío; ó declarará al pueblo exento de todo tributo, y en este caso los herodianos le acusarán á los Romanos como un sedicioso, rebelde al César y convencido de rebelion.

Para disfrazar mejor su perversidad, le saludaron al principio con respeto, y comenzaron por alabar su sinceridad y su rectitud. Maestro, le dijeron, sabemos que dices siempre verdad, y que enseñas el camino de Dios en espíritu de verdad, sin respeto humano y sin consideracion por ninguno, sea el que sea, porque no haces acepcion de personas: nos dirigimos, pues, á tí para que nos instruyas sobre un punto, sobre el cual los ánimos están divididos, y en el que parece interesarse la gloria de Dios. Dinos sinceramente lo que te parece de esto: *¿es permitido pagar el tributo al César, ó no?* Era este tributo la capitacion que los Romanos colectaban en la Judea, desde que esta provincia se habia hecho tributaria del imperio.

Jesucristo quiso hacerles ver que conocia perfectamente todo lo que abrigaban dentro de su corazon, y que bajo de la máscara de su exterior seductivo descubria su malignidad y su hipocresía. *Hipócritas*, les dijo, *¿porqué tratais de sorprenderme? Mostradme*

la moneda con que pagais el tributo; y le presentaron un denario romano. Era esta una moneda extranera, marcada con el sello del emperador, y que llevaba su sobrescrito. Como queria convencerles por sí mismos: *¿De quién es esta figura,* les dijo, *y el nombre escrito al rededor? Del César,* le respondieron: *Sí,* pues, *es del César,* repuso el Salvador, *dad al César lo que pertenece al César; pero no olvideis el dar á Dios lo que debeis á Dios,* vuestro Criador, vuestro Señor soberano y vuestro Padre. Palabras misteriosas, que fueron una gran leccion para los fariseos y para los herodianos, dando á entender á aquellos por el sobrescrito de César que llevaba la moneda de plata que le presentaban, que eran muy necios en lisonjearse de que eran libres, cuando la moneda que corria en el país declaraba bastante que estaban sujetos y que eran tributarios; y diciendo á estos que la obligacion que tenian de pagar el tributo al príncipe, no les dispensaba de dar á Dios lo que le debian como á su Señor soberano. Vosotros debeis al César un tributo de dinero, y á Dios un tributo de adoracion, de amor, de respeto, de sumision y de alabanza. Dios os manda que pagueis al príncipe el tributo que le debeis; pero ¿estais por esto menos obligados á cumplir con vuestros deberes de religion para con Dios, amarle con todo vuestro corazon, guardar sus mandamientos con fidelidad, servirle con fervor y creer su palabra? Satisfaced, pues, á esta doble obligacion. Los príncipes tienen derechos que Dios les ha dado; pero Dios tiene derechos que se ha reservado, y que no se le pueden negar: la verdadera piedad sabe conciliar los unos y los otros, y es innegable que los príncipes no tienen vasallos

Dad al César lo que pertenece al César; pero no olvideis el dar á Dios lo que debeis á Dios.

mas fieles ni mas sumisos que aquellos à quienes una piedad sincera hace fieles y sumisos á Dios. Añade el evangelio que los fariseos y los herodianos admiraron su respuesta, y dejándole, se retiraron. Vana admiracion que nada produce en el corazon. Esto mismo sucede aun todos los dias entre los cristianos. Admírase lo que se lee, sorprende un predicador, alábanse los santos, aprécianse las máximas del Evangelio, y á esto se reduce todo. ¿Somos sino, despues de esto, mas virtuosos, mas religiosos, mas devotos? Paga el entendimiento, por decirlo así, el tributo; pero el corazon permanece en sus extravíos y en su rebelion; el entendimiento es cristiano, y pagano el corazon.

La oracion de la misa de este dia es como sigue.

O Dios, refugio y fortaleza nuestra, dignaos oir los piadosos ruegos de vuestra Iglesia, y ya que le habeis dado la misma piedad que la inclina á pediros, haced por vuestra misericordia que obtengamos lo que os pedimos con una buena fe. Por nuestro Señor Jesucristo, etc.

La epistola está tomada de la de san Pablo á los Filipenses, cap. 1.

Hermanos mios: Yo confío que aquel que ha comenzado en vosotros una obra tan buena, la perfeccionará hasta el dia de Jesucristo. Así debo yo pensar de todos vosotros, en razon de que os tengo en el corazon por la parte que todos tomais en mi gozo, mientras que estoy en cadenas, que defiendo, y establezco el Evangelio. Porque Dios me es testigo de cuan tiernamente os he amado á todos en las entrañas de Jesucristo; y la oracion que yo hago es para que vuestra caridad se haga mas y mas ilustrada y prudente en todo sentido, á fin de que juzgueis lo que es mejor; que vuestra

conducta sea pura é inocente hasta el dia de Jesucristo; que para su gloria y alabanza de Dios seais llenos de los frutos de justicia que vienen por Jesucristo.

NOTA.

Respira toda esta epístola un aire de afecto y de ternura de que es difícil no participar al leerla. Fué escrita en Roma en la primera prision del Apóstol, y llevada por Epafrodito, cuando restablecido en su salud volvió á Filipos el año 62 de Jesucristo, ó de otro modo, de la era cristiana.

REFLEXIONES.

Dios me es testigo de cuan tiernamente os he amado á todos en las entrañas de Jesucristo. Hé aquí cuál debe ser la fuente y el modo de la amistad. No hay propiamente amistad verdadera en la tierra, sino la que tiene á Dios por principio, y por modo la virtud. Lo que los hombres han llamado amistad, no es mas por lo comun que un comercio de interés en el que el amor propio se propone siempre ganar alguna cosa. Apenas se presta el corazon sin el fin de alguna utilidad. Si es la simpatía, la inclinacion la que forma el lazo, entonces es un puro amor propio. Se ama uno á sí mismo, y no á un amigo. De aquí procede que la verdadera amistad es tan rara. Por lo menos es siempre inconstante, caduca; pocas hay á prueba de la mala fortuna; todavía menos que se sostengan en la desgracia; y aquel amigo tan solícito, tan ardiente, tan vivo en tanto que la prerogativa de nuestra clase ó la idea de nuestro crédito lisonjeaba su esperanza, apenas nos conoce desde el momento que no nos ve ya en situacion ni en estado de satisfacer su codicia ó su

ambicion. Puede decirse que la amistad en el mundo no se alimenta mas que á nuestro costo y costas. ¿Llegamos á ser inútiles? ya no hay amigos; debilítase á lo menos mucho la amistad en la enfermedad y en la vejez; extínguese siempre con el esplendor de la persona : en el mundo hay muchas demostraciones y protestas de amistad, pero pocos amigos. No hay en la tierra verdadera amistad sino la que Dios cimenta, y la que mantiene la virtud. Siendo el nudo espiritual, no hay miedo que se desate. Las nubes ni las nieblas no pueden apagar los fuegos celestiales, no pueden ni aun oscurecerlos. Las tempestades mas violentas no trastornan sino lo que pertenece á la tierra, no disipan mas que las parelias, que muchas veces se toman por soles. Ninguno es verdadero amigo sino el que nos ama en las entrañas de Jesucristo, esto es, cuya amistad no se funda mas que en la virtud y en la caridad cristiana : amigo recto y sincero que ignora toda simulacion; amigo seguro y fiel con el que jamás se cuenta en falso; amigo verdadero y constante, superior á todas las revoluciones, invariable en la una y en la otra fortuna; amigo, en fin, desinteresado, que ama la persona y no los títulos, y cuya amistad nunca es mas ardiente que en los tiempos menos serenos y mas frios de la vida. La amistad de las gentes de bien, fundada únicamente en la virtud, no conoce vicisitudes. En la afliccion como en la prosperidad, en la humillacion como en la fortuna mas brillante tiene la misma solicitud, no relaja nunca sus vínculos, siempre es igualmente viva. Un verdadero amigo es un tesoro inestimable, segun el Sabio, tesoro desconocido en el mundo. No se halla mas que en el corazon de las personas

sólidamente virtuosas; la amistad de estos no tiene altos y bajos; es una amistad sin artificio, porque es verdadera, y no es verdadera sino porque tiene la virtud por motivo y por principio, y el verdadero bien por objeto y por fin.

El evangelio de la misa es lo que sigue del de san Mateo, cap. 22.

En aquel tiempo: Habiéndose retirado los fariseos, deliberaron entre sí sobre los medios de sorprender á Jesus en lo que dijese. A consecuencia de esto le enviaron algunos de sus discípulos con los herodianos que le preguntasen: Maestro, sabemos que siempre dices la verdad, y que enseñas el camino de Dios en espíritu de verdad, sin consideracion á nadie, porque no haces acepcion de personas. Dinos, pues, lo que te parece en esto: ¿es lícito pagar el tributo al César, ó no? Viendo Jesus su maldad, les dijo: Hipócritas, ¿porqué tratais de sorprenderme? mostradme la moneda del tributo. Presentáronle un denario de plata, y Jesus les dijo: ¿De quién es esta figura, y el nombre que está escrito al rededor? De César, le respondieron. Entonces les dijo: Dad, pues, al César lo que pertenece al César, y á Dios lo que es de Dios.

MEDITACION.

DEL ESTADO DEL PECADO MORTAL.

PUNTO PRIMERO.

Considera que de tal modo está desfigurada una alma por el pecado mortal, que ya no es conocida. El hombre criado á imágen y semejanza de Dios pierde por el pecado mortal todas sus facciones, aparece espantoso á los ojos de Dios, es el objeto de su indignacion y de su ira, y desconocido por su deformidad. Dios mismo pregunta: ¿De quién es esta figura?

¿es la del hombre que yo he criado á mi semejanza? Todas las facciones están borradas en ella: él no está animado de mi espíritu, desde que no está en estado de gracia. A la verdad que no puede estar el hombre en un estado mas infeliz sobre la tierra que en el estado de pecado mortal. Que rebose en bienes, que esté rodeado de esplendor, que todo se le muestre risueño, que se halle repleto de honor y de placeres, que se vea en la cima de la grandeza, y aun sobre el trono, él es infeliz en sumo grado, si está en estado de pecado mortal. Lo que es un cadáver á la vista del pueblo en un lecho de gala, es un hombre en estado de pecado mortal á los ojos de Dios, aun en medio de la abundancia y de los honores. Todo el brillo del mundo no puede impedir la corrupcion: los gusanos no respetan ni la nobleza de la sangre, ni la delicadeza de las formas. Las drogas olorosas y los perfumes pueden conservar las carnes de un cuerpo muerto; pero no pueden impedir que sea cadáver. Una alma en estado de pecado mortal es todavía una cosa peor; todos los tesoros del universo, todas las fiestas del mundo no son parte para que no sea abominable y objeto de horror á los ojos de Dios. ¡Y se vive tranquilamente en este estado! ¡y se vive en él complacido! ¡y se persevera en él!

Un hombre en estado de pecado mortal, es un hombre en desgracia de Dios, degradado de todo mérito para con Dios, que ha decaido de todos los derechos que le daba la gracia, despojado de todos sus privilegios; y si muere en este estado infeliz, el infierno va á ser su morada eterna, y su herencia los llantos, la rabia y los fuegos eternos.

¿Cuál seria la desolacion de un cortesano que su-

piese que el príncipe le miraba ya con tedio? Un hombre, pues, en estado de pecado mortal es un objeto de horror á los ojos de Dios: si la ira del Omnipotente no estalla sobre él, es un puro efecto de la misericordia, que no debilita por eso los derechos ni el rigor de la justicia. Un hombre en pecado mortal es un criminal condenado al último suplicio. A la verdad se difiere la ejecucion para darle tiempo de obtener su gracia; pero ¿qué se debe pensar de un criminal de lesa majestad divina, que, pudiendo alcanzar esta gracia, persevera en estado de pecado mortal? ¿Y no es este mi retrato? ¿y cuál será mi destino?

PUNTO SEGUNDO.

Considera que el estado de pecado mortal es un estado sumamente infeliz, porque entonces, haga lo que quiera el pecador, su pecado destruye todo su mérito delante de Dios. Haga yo lo que hiciere, decia san Pablo, aunque tuviese toda la fe que se necesita para hacer mudar de sitio á las montañas; aunque distribuyese toda mi hacienda para atender á la subsistencia de los pobres; aunque entregase mi cuerpo hasta ser quemado; si me falta la caridad, si no estoy en gracia de Dios, trabajo en vano, todo lo que puedo padecer y hacer de nada me sirve para el cielo, porque el estado de pecado es un estado de muerte. Y en un estado de muerte, ¿cómo hacer obras de vida? y si no son obras de vida, ¿de qué pueden servir para la eternidad?

El pecado mortal reduce al hombre á la nada en el órden de la gracia (1). Ahora bien, de nada, nada se

(1) I. Cor. 13.

puede esperar. ¡Buen Dios! ¡qué pérdida hace un pecador durante su vida! Dios no apreciará jamás lo que ha hecho en estado de pecado mortal.

Nuestras obras no son meritorias para la eternidad, sino en cuanto están consagradas por Jesucristo. Y bien, para esto es menester que estemos unidos á Jesucristo por la caridad; mientras que esta union subsiste, nuestras obras reportan de ella una virtud particular; mas si esta union desaparece por el pecado, venimos á quedar como sarmientos secos é inútiles, que no son buenos mas que para ser arrojados al fuego. Las vides no dan fruto, sino mientras están unidas á la cepa.

¡Qué bien han conocido y percibido los santos esta importante verdad! ¡Qué no han hecho, qué no han padecido para no separarse jamás de la cepa misteriosa! Honores, placeres, tesoros, vano resplandor con que el mundo deslumbra y encanta, desgracias, persecuciones, suplicios espantosos con que el demonio trata de asustarnos, nada ha sido capaz de trastornar su fe, ó de arrancarlos de ella. Los santos Tiburcio, Valeriano y Máximo lo han sacrificado todo antes que perder la gracia: ¡y cuántos hay que todo lo pierden por un solo pecado mortal!

¡Mi Dios! ¡en qué miserable estado he vivido! ¿y qué seria yo ahora, si hubiéseis arrojado al fuego esta rama arrancada? reunidla á la cepa por vuestra gracia, divino Salvador; en esto voy á trabajar desde este momento.

JACULATORIAS.

No me arrojeis de vuestra presencia, y haced que luzcan siempre sobre mí las luces de vuestro Espíritu Santo. *Salmo* 50.

¿Quién nos separará jamás de la caridad de Jesucristo? *Rom.* 8.

PROPOSITOS.

1.° La suma desgracia es estar en estado de pecado mortal. Cualquiera otra desgracia es tolerable: ninguna hay que no tenga alguna mitigacion, algun recurso, ó en esta vida ó en la otra: aquella únicamente es la que no tiene consuelo. Si la misericordia del Salvador no contuviese la malicia del enemigo de la salvacion de los hombres, ¿se verian muchos pecadores sobrevivir al estado de pecado? ¡Qué de funestos accidentes! ¡qué de golpes imprevistos! ¡qué de muertes repentinas! Ignórase la verdadera causa de la mayor parte de las desgracias que suceden durante la vida: algun dia se sabrá que el origen de todas ellas estaba dentro de nosotros mismos. Se peca, se vive en el pecado, ¿y extrañamos que aquel negocio se haya desbaratado, que aquella empresa se haya frustrado, que la division reine en aquella familia, que aquel hijo único haya sido muerto? Deberíamos mucho mas bien extrañar que, viviendo en el pecado, se haya salido de aquel mal paso, de aquel pleito, de aquella enfermedad, si no se supiese que estas pretendidas ventajas son muchas veces efectos de una ira de Dios mas irritada. Acaso nunca castiga Dios al pecador con mas severidad que cuando le deja dormir en la prosperidad. Si al-

guna vez tenemos la desgracia de caer en el pecado, tengamos la fortuna de volvernos á levantar desde luego. No esperemos á un domingo, á una fiesta próxima para confesarnos: además de la contricion que debemos formar inmediatamente, recurramos sin dilacion al médico espiritual, busquemos el remedio; y si leyendo esto nos acusa de algo nuestra conciencia, no pasemos el dia sin aprovecharnos de la gracia que Dios nos hace. Todo lo arriesgamos si omitimos esta práctica.

2.° Es un error grosero, sostenido en otro tiempo por Wiclef, y condenado solemnemente en el concilio de Constanza, el decir que supuesto que todo lo que se hace en este estado de pecado mortal de nada sirve para el cielo, es inútil hacer buenas obras, las cuales por lo mismo en consecuencia del pecado y en el estado de pecado vendrian á ser malas y criminales: error, herejía, mentira. No, por mas desórden que cause en el alma el pecado, nunca llega su malignidad hasta este extremo. Aun cuando estuviésemos cargados delante de Dios con todos los crímenes, podemos todavía en este estado hacer obras virtuosas: honrar á Dios, socorrer á los pobres, obedecer á los superiores, practicar otros mil deberes de piedad y de justicia; y no solo podemos, sino que debemos, porque el estado de pecado no nos dispensa de ellas. ¿Tenemos la desgracia de estar en estado de pecado mortal? no solamente no omitamos los ejercicios de piedad que teníamos costumbre de hacer, sino antes bien hagamos otras nuevas obras buenas; oremos, ayunemos, maceremos nuestro cuerpo, visitemos los pobres, hagamos mayores limosnas, á fin de disponer á Dios, por decirlo así, á que nos conceda una gracia

de conversion. A mas de las obras de obligacion, que no podemos omitir aun en el estado de pecado sin hacernos reos de otro nuevo pecado, ¿no es justo que tratemos tambien por medio de obras de supererogacion de mover la misericordia de Dios, y aplacar su justicia? En este sentido se postraba Magdalena á los piés de Jesucristo y los regaba con sus lágrimas; el publicano pedia al Señor que tuviese misericordia de él; las oraciones y las limosnas de Cornelio, el centurion, habian subido hasta la presencia de Dios, y le habian hecho acordar de él. Pero cuidemos siempre de prevenir estas obras con muchos actos de contricion, y recurramos cuanto antes al sacramento de la penitencia.

VIGESIMO TERCER DOMINGO

DESPUES DE PENTECOSTES.

La curacion milagrosa de la Hemorroisa, esto es, de una mujer que padecia flujo de sangre, ha dado el nombre de distincion á este domingo; podia tambien llamársele el domingo de la resurreccion de la nija de un jefe de la sinagoga, supuesto que el evangelio de la misa de este dia refiere la historia de estos dos hechos milagrosos, que dieron grande honor al Salvador, é hicieron callar por algun tiempo el odio y la envidia de los fariseos y de los escribas. La epístola contiene lo que san Pablo escribió á los fieles de Filipos, exhortándolos en términos muy

fuertes á que evitasen el trato de ciertos doctores falsos que, aprovechándose de su ausencia, no omitian nada para pervertirlos, predicándoles no la ley de Jesucristo, sino el puro judaismo. Eran estos judíos convertidos, á la verdad, á la fe de Jesucristo; pero que no tenian de cristianos mas que el bautismo. Tenazmente encaprichados en sus ceremonias legales, sometian el Evangelio de Jesucristo á la ley de Moisés, y no siendo propiamente ni judíos ni cristianos, predicaban una religion monstruosa. El santo apóstol advierte á los fieles de Filipos, que se guarden de aquellos seductores, que no se alababan tanto sino para echar el polvo en los ojos de los simples; y despues de haber desmascarado su hipocresía, y manifestado el veneno que derramaban con sus errores, exhorta á los Filipenses á que no olviden las instrucciones que él les ha dado, y á que conserven acerca de la religion los mismos sentimientos y las mismas prácticas que él. El introito de la misa está tomado del profeta Jeremías, en el capítulo 29, en el que hablando el Señor á su pueblo por el profeta, le promete el fin de la cautividad y la vuelta á su querida patria. No puede darse una cosa mas consolante para los fieles, que la manera con que Dios se explica aquí para consolarnos en este lugar de cautividad y destierro.

No creais, dijo el Señor, que porque yo os dejo en la afliccion os haya olvidado, ó que yo quiera dejaros siempre en la cautividad y en el destierro. *Yo pienso en vosotros*, no como enemigo irritado, sino como padre; *mis pensamientos son pensamientos de paz, y no de desolacion;* reanimad vuestra confianza mas que nunca en mi bondad: *vosotros me invocaréis*, y yo no perma-

neceré sordo á vuestros ruegos, *os oiré y os sacaré de la cautividad y de todos los parajes de la tierra.* El sentido literal de estas palabras es el fin de la cautividad de Babilonia despues de setenta años, y la vuelta de los israelitas á su querida patria por la cual suspiraban; y el sentido moral es el fin de las miserias de esta vida sobre la tierra, en donde los cristianos deben considerarse como en un lugar de destierro, y en donde las almas justas suspiran sin cesar por su patria celestial. El salmo que termina este introito concuerda perfectamente con esta profecía de Jeremías. Por fin, *Señor,* dice David, vos habeis tenido compasion de vuestro pueblo, *habeis dado vuestras bendiciones á vuestra heredad; y habeis puesto fin á la cautividad de Jacob.* Predice aquí el profeta el fin de la cautividad de los judíos en Babilonia, y le pide á Dios en nombre del pueblo. Todo este salmo 84 en el sentido figurado debe entenderse de la cautividad y de la redencion del género humano.

La epistola es una continuacion de la del domingo precedente, en la que exhorta san Pablo á los Filipenses á que estén siempre alerta contra los discursos artificiosos y seductores de los falsos apóstoles, cuya idea era aniquilar la ley cristiana sometiéndola á la de Moisés; y por esto no cesaban de desacreditar á san Pablo, diciendo por todas partes que no tenia ni carácter ni mision; que era enemigo de la ley, y que enseñaba una moral errónea. Del mismo modo han obrado despues todos los herejes, desacreditando en el concepto del pueblo á los santos doctores y legítimos pastores de la Iglesia, no omitiendo cosa alguna para hacer valer su secta y sus errores.

Imitadme, hermanos mios, les dice, *y observad á los*

que se conducen con arreglo al modelo que os he dado en mi mismo. Seguid mi ejemplo; obrad en órden á la observancia del sábado, de la circuncision y de las demás ceremonias legales, con los mismos sentimientos que yo, y no escucheis sino á los que hablan del mismo modo que yo, y que imitan mi conducta; porque hay muchos que tienen otra conducta, que piensan y hablan de muy diferente manera que yo. *De estos es de los que yo os decia con frecuencia, y todavia os lo digo ahora con las lágrimas en los ojos, que son enemigos de la cruz de Jesucristo.* El santo apóstol habla de aquellos judíos convertidos en apariencia, que, sin carácter y sin mision, se ingerian á dogmatizar, hacian de apóstoles, y eran verdaderos hipócritas, que bajo la apariencia de zelo sembraban por todas partes el error; los cuales para evitar la persecucion de los paganos y el odio de los judíos mezclaban el judaismo con el cristianismo, y querian hacer pasar á los cristianos por una secta de judíos reformados. Por esto enseñaban la necesidad de la circuncision y la observancia del sábado, juntando las observancias legales al Evangelio. Los judíos no se cuidaban de perseguir á los que profesaban públicamente su religion; y los paganos nada tenian que decir contra una religion tolerada en el imperio, y autorizada por los edictos de los emperad res; pero por esta mezcla monstruosa el escándalo de la cruz desaparecia con respecto á los judíos, y la santa locura de Jesucristo crucificado quedaba proscrita con respecto á los gentiles. Esta es la causa porque el santo apóstol llama á estos falsos apóstoles enemigos de la cruz de Jesucristo y de su Evangelio. En efecto, no tiene el Salvador enemigos

peores que estos lobos revestidos de corderos, que estos falsos doctores que quieren pasar por apóstoles; seductores execrables, *cuyo fin es la última desgracia*, puesto que tendrán la suerte de los paganos, y *que tampoco tienen otro Dios que su vientre*. Este es uno de los motivos de su pretendido zelo y el fin de sus incursiones. Ellos recorren las iglesias, seducen á los sencillos para que les den bien de comer, y para vivir deliciosamente, porque no tienen otro Dios que su vientre, ni otros ejercicios de piedad que la glotoneria. Glorianse de lo que deberia cubrirles de confusion; é ignorando las delicias del cielo, no tienen gusto mas que por las cosas de la tierra; gentes sensuales, espíritus terrenos y materiales, no suspiran mas que por las comodidades de la vida. Todos los falsos doctores en materia de religion no son severos mas que para los demás, al paso que son muy indulgentes para sí mismos.

Por lo que hace á nosotros, hermanos mios, continúa el santo apóstol, *todo nuestro comercio es con el cielo*, de donde tambien esperamos al Salvador, nuestro Señor Jesucristo, que dará á nuestro cuerpo tan abyecto por sí mismo, tan extenuado por el ayuno, por la penitencia y por todo género de austeridades, una forma nueva, hasta hacerle semejante á su cuerpo glorioso, en fuerza de aquella accion, de aquella virtud con la que puede ejercer su imperio sobre todas las cosas. Aunque el puro amor de Dios haya sido siempre el gran móvil que ha hecho obrar á los santos, no ha dejado, sin embargo, de excitar su amor y su zelo la esperanza tan bien fundada de la felicidad celestial. *Pídote, hijo mio*, decia al mas jóven de sus hijos la madre de los Macabeos, *pídote, hijo mio, que mires*

al cielo, y te acuerdes de la recompensa que está prometida á tu fidelidad. San Pablo exhorta con frecuencia á los fieles á que se acuerden que no están en la tierra sino como viajeros y extranjeros, y que el cielo es su verdadera patria, y la Iglesia dirige á Dios esta afectuosa oracion : Haced, Señor, que entre la instabilidad de las cosas de la tierra no pierdan jamás de vista nuestros corazones la mansion de los bienaventurados ; *y que siempre permanezcan fijos allí en donde se encuentra el verdadero gozo.* La mansion de los bienaventurados, la celestial Jerusalen es nuestra patria ; allí es donde reina Jesucristo nuestro Salvador, y en donde nosotros debemos reinar eternamente con él. Estando nuestro tesoro en el cielo, allí debe estar nuestro corazon. Los extranjeros y los viajeros se ocupan gustosos de su querida patria : un cristiano debe tener toda su vida su comunicacion con el cielo, no solo porque de allí es de donde nos vienen todos los auxilios, sino tambien porque allí es el término de nuestros trabajos, la saciedad de todos nuestros deseos, el dulce objeto de nuestra esperanza (1)

Así que, hermanos mios muy amados, vosotros que sois el objeto de mis deseos, mi gozo y mi corona, estad siempre, amadísimos mios, como lo estais, unidos constantemente al Señor. Este elogio hace mucho honor á los Filipenses, y da una alta idea de su virtud ; y san Pablo no podia al parecer alabarles de una manera mas delicada ni mas fina. Su constancia en la pureza de la fe, á pesar de todos los artificios de los falsos apóstoles, les habia merecido este aprecio y esta ternura del santo apóstol, de quien los Filipenses ha-

(1) Salm. 16.

cian en parte la gloria por su piedad que jamás se habia desmentido, y por la regularidad de su conducta y la pureza de sus costumbres. Concluye la epistola exhortanto á Evodia y á Syntica á que tengan armonía entre sí: eran estas dos mujeres de grande autoridad, que hacian grandes servicios á esta Iglesia, y que habian tenido algunas diferencias; y el santo apóstol las exhorta á la paz y á la union. Syntica está en el número de las santas, y el Martirologio hace mencion de ella el 22 de julio. Recomienda san Pablo al fiel compañero de sus trabajos apostólicos, que contribuya á su perfecta reconciliacion, y que provea á todas sus necesidades. Era este alguno de los mas considerables y de los mas acomodados entre los fieles de Filipos, cuyo nombre se ignora. Tal vez seria el obispo de Filipos; era el único, al parecer, á quien mejor convenia el que las asistiese en sus necesidades, y el restablecer entre ellas la armonía que se habia alterado algun tanto. San Pablo le recomienda á estas dos virtuosas mujeres que le habian ayudado en el ministerio evangélico, esto es, que habiéndose convertido desde el principio á la fe, habian contribuido despues mucho á la conversion de los demás. Como en la Grecia, y aun en todo el Oriente, las mujeres se presentaban rara vez en público, los apóstoles apenas podian trabajar en la conversion de las personas de este sexo sino por medio de las mujeres ya cristianas; y esto es lo que Evodia y Syntica habian hecho con mucho zelo y buen éxito, y esto es lo que san Pablo entiende cuando dice: *Asístelas, te ruego, á las que han trabajado conmigo, y me han ayudado en el ministerio evangélico con Clemente y los demás compañeros de mis trabajos,*

cuyos nombres están en el libro de la vida. No podia san Pablo dar una idea mas alta de la virtud y de la santidad de sus queridos compañeros, que, á lo que parece, componian el clero de aquella nueva iglesia. Es muy probable que el Clemente de que habla aquí el santo apóstol, es aquel san Clemente que fué tan fiel compañero de san Pablo, y que sucedió despues á san Pedro, despues de san Lino y san Cleto, en la cátedra de Roma, cuya fiesta celebra la Iglesia el 23 de noviembre.

El evangelio de la misa de este dia contiene dos milagros de Jesucristo, uno en favor de una mujer enferma de un flujo de sangre, y otro en el de uno de los jefes de la sinagoga, al cual le resucitó una hija.

Acababa el Salvador de librar á un endemoniado furioso de una legion de demonios, á los cuales habia permitido entrar en una piara de dos mil puercos que pastaban allí cerca, todos los que se precipitaron en el mar de Tiberiades, en donde se anegaron. Las gentes del país, mas movidas de la pérdida de su piara que del milagro obrado en la persona del poseido, pidieron al Salvador que se retirase de su pueblo. El Salvador que no quiere permanecer sino con los que quieren estar con él, les dejó, y habiendo atravesado el lago, volvió de la parte de acá del Jordan á la Galilea. Apenas hubo desembarcado, cuando el pueblo que le esperaba en la ribera se reunió en rededor de él, manifestándole su gozo y el ansia que tenia de oirle.

Mientras que el Salvador hablaba al pueblo en la ribera, uno de los jefes de la sinagoga de Cafarnaum, llamado Jairo (era el rabino que presidia en las asam-

bleas), teniendo una hija de cerca de doce años enferma sin esperanza de vida, atravesó por entre la muchedumbre, se acercó á Jesucristo, se arrojó á sus piés, le adoró, y le suplicó con instancia que fuese á su casa, porque habia dejado á su hija muriéndose, y acaso en el momento que hablo, añadió, habrá ya muerto. Pero con tal que querais tomaros el trabajo de venir á mi casa, y tocarla solamente con la mano, tengo una firme confianza de que infaliblemente le volveréis la salud y aun la vida. El Salvador, lleno de bondad y de complacencia, tratándose de hacer bien, no deliberó un momento, y partió con este hombre. Siguióle todo el pueblo que se habia reunido en rededor de él. Como todos querian estar cerca de él, le estrechaban tan fuertemente, que no podia adelantar sino con trabajo.

Estando en el camino llegó una mujer que habia doce años se hallaba muy incomodada con un flujo de sangre, sin haber podido conseguir alivio alguno, á pesar de todos los remedios que le habian administrado. Habiendo oido hablar de las maravillas que obraba el Salvador, concibió tan perfecta confianza en él, que decia dentro de sí misma: Si puedo tocar aunque no sea mas que la fimbria de su vestido, quedaré curada. Ocupada de este pensamiento, se ingirió en la multitud, avanzó poco á poco por entre el tropel, y habiendo llegado detrás de él bastante cerca para tocar su ropa, tocó solamente la franja de que estaba adornada, segun el uso del país, y en el momento se sintió curada.

En efecto, el Salvador que no ignoraba lo que sucedia, se detuvo, y habiéndose vuelto, se dirigió á la mujer, y le dijo: Anímate, hija mia, tu fe te ha

curado. El suceso verificó la palabra, porque ella no volvió mas á sentir su mal.

San Marcos añade que conociendo el Salvador en sí mismo la virtud que habia como salido de él, se volvió á la multitud que le seguia, y dijo: *¿Quién ha tocado mis vestidos?* A lo que respondieron sus discípulos: ¡Señor! este pueblo nos acosa de tal modo que nos oprime, y preguntais ¿quién me ha tocado? Yo sé bien lo que digo, replicó el Salvador; alguno hay que me ha tocado con una fe y con unas disposiciones interiores, muy otras de las de los que me oprimen; y diciendo esto, miraba al rededor de sí, como para ver la persona que habia hecho esto. No obraba así porque ignorase lo que pasaba, sino porque queria que se supiese de la boca de la misma persona en cuyo favor acababa de hacer el milagro, la diferencia que hay de acercarse á él con una fe viva, ó acercarse sin disposicion. La multitud estrecha á Jesucristo, por decirlo así, en nuestras iglesias, en el altar, en la sagrada mesa; sin embargo, pocos le tocan de modo que merezcan ser curados.

Mientras que el Salvador hablaba á esta mujer, vinieron á decir al jefe de la sinagoga que su hija acababa de espirar, y que por tanto no era ya necesario que Jesus se tomase la incomodidad de venir á la casa para curar la enferma. Era muy viva su fe para que hiciese caso de semejante advertencia: llegó á su casa con el Salvador; no se oia en toda ella sino llantos, sollozos, gritos lastimeros. Los tocadores de flauta, que en aquel tiempo se hacian venir para cantar al son de sus instrumentos composiciones lúgubres y propias de los funerales, estaban ya allí.

Inmediatamente hizo Jesus que cesase todo aquel estruendo, diciendo: Retiraos, ¿porqué tantos llantos y tanto ruido? no lloreis, esta jovencita duerme, no está muerta. Queria decir el Salvador, que aun cuando estaba verdaderamente muerta, no era para mucho tiempo, y que el estado en que estaba no debia mirarse mas que como un sueño, del cual le era á él tan fácil hacer que saliese, como á cualquiera le es fácil el despertar á una persona que duerme. Mas los que estaban presentes no lo comprendieron, y se burlaron de él. Sin embargo decia verdad, porque una muerte á la que tan de cerca debia seguir la resurreccion, no debia mirarse mas que como un sueño. Luego que se hubo hecho retirar á todos, Jesus acompañado solamente del padre y de la madre de aquella jóven, y de sus tres queridos apóstoles Pedro, Santiago y Juan, entró en la cámara en donde estaba el cuerpo de la difunta, y tomándola por la mano, le dijo con un tono solo propio del soberano Señor de la vida y de la muerte: Levántate, hija mia; y en el instante se levantó viva y enteramente sana. Todos los que la habian visto muerta, testigos oculares de su resurreccion, quedaron al principio como atónitos, tanto les sobrecogió la admiracion; pero vueltos muy luego de su asombro, rompieron en gritos de alegría, en bendiciones y en alabanzas, que resonaban por toda la casa. Por mas que el Salvador les prohibió que hablasen de ello, dice san Marcos, inmediatamente se publicó el milagro por toda la ciudad, y todo el mundo admiró el poder extraordinario de este hombre Dios. El Salvador, dice un intérprete, prohibiendo que se publicase un milagro que no podia quedar secreto, no quiere, á lo que

Levántate, hija mia, y en el instante se levantó viva y enteramente sana.

parece, mas que mostrar á sus ministros la humilde disposicion de corazon en que deben estar, cuando es del agrado de Dios obrar por medio de ellos conversiones extraordinarias, ó hechos milagrosos. Tal ha sido la disposicion interior en que han estado todos los santos, aun cuando hacian los mayores milagros; la santidad mas brillante es inseparable de la humildad.

Es una de las tradiciones mas antiguas que la mujer que fué curada del flujo de sangre, que la habia molestado por espacio de doce años, era de la ciudad de Pancades, por otro nombre Cesarea de Filipos, en la alta Galilea, hácia el nacimiento del Jordan. Los Griegos han dado á esta mujer el nombre de Verónica; y muchos han creido que despues de este milagro fué una de las discípulas del Salvador, y que hallándose en Jerusalen al tiempo de la pasion del Hijo de Dios, fué la que, viéndole abrumado bajo del peso de la cruz con que se le habia cargado, echó su velo ó su pañuelo sobre su rostro para enjugarle, en el cual quedó impresa la imágen del Salvador.

Eusebio dice haber visto en Cesarea de Filipos el monumento de esta santa mujer. Consistia este en su estatua de bronce, colocada sobre una columna de piedra, delante de la puerta de la casa en donde habia habitado. Estaba representada de rodillas, extendidos los brazos y en postura de suplicante. Enfrente estaba la estatua del Salvador, del mismo metal, en pié, y tendiendo la mano hácia esta mujer. El mismo historiador añade que en la base, bajo de los piés de la estatua del Salvador, nacia una planta de especie desconocida, cuya yerba crecia insensible-

mente como las demás, y que luego que tocaba á la franja de la ropa de la estatua, adquiria la virtud milagrosa de curar toda especie de males. Este monumento del beneficio del Salvador, y del reconocimiento de esta santa mujer, subsistió en aquella ciudad hasta el reinado de Juliano Apóstata. Hasta el principio del reinado de Constancio se habian contentado con trasladarla á la sacristía de la iglesia de la ciudad, donde era visitada por devocion de los pueblos mas lejanos; mas el impío Juliano que aborrecia hasta las imágenes del Salvador, no pudiendo sufrir este objeto de la veneracion de los fieles, hizo sacar la estatua fuera de la ciudad el año 362 por los paganos, quienes habiéndola arrastrado por las calles, la hicieron mil pedazos, de suerte que solo pudo salvarse la cabeza de la estatua del Salvador.

La oracion de la misa de este dia es como sigue:

Perdonad, Señor, las ofensas de vuestro pueblo, á fin de de que vuestra gracia nos libre de la desgraciada servidumbre del pecado que nosotros mismos hemos contraido por la fragilidad de nuestra naturaleza. Por nuestro Señor Jesucristo, etc.

La epístola está tomado de la que san Pablo escribió á los Filipenses, cap. 3.

Hermanos mios: Imitadme, y observad con cuidado á los que se conducen segun el modelo que teneis en mí; porque muchos viven como aquellos, de los cuales os decia yo con frecuencia, y lo digo todavía ahora con las lágrimas en los ojos, que son enemigos de la cruz de Cristo; cuyo fin es la muerte eterna; que no tienen otro Dios que su vientre; que se glorian de su propio deshonor; que no tienen gusto sino en las cosas terrenas. Por lo que hace á mí, mi trato es con

el cielo de donde espero al Salvador, nuestro Señor Jesucristo, que dará á mi cuerpo tan abyecto por sí mismo una forma enteramente nueva, hasta hacerle semejante á su cuerpo glorioso, en virtud de aquella accion por la que puede ejercer su imperio sobre todas las cosas. Y así, hermanos mios carísimos, vosotros que sois el objeto de mis deseos, mi gozo y mi corona, permaneced, como estais, amadísimos mios, constantemente unidos al Señor. Pido tambien á Evodia y ruego á Syntica que tengan unos mismos sentimientos en nuestro Señor; y á tí tambien, mi fiel compañero, te suplico que las asistas, porque ellas han trabajado conmigo, y me han ayudado en el ministerio evangélico con Clemente y los demás compañeros de mis trabajos, cuyos nombres están en el libro de la vida.

NOTA.

San Policarpo, en la carta que escribe á los Filipenses, parece asegurar que san Pablo les habia escrito muchas cartas; pero es constante que no les escribió mas que esta. Es bastante ordinario en todas las lenguas el hablar en plural tratándose de una sola carta.

REFLEXIONES.

Porque muchos viven como aquellos, de los cuales os decia yo con frecuencia, y lo digo todavia ahora con las lágrimas en los ojos, que son enemigos de la cruz de Cristo, cuyo fin es la muerte eterna. No presenta san Pablo en el retrato tan espantoso que aquí hace, el de los libertinos públicos, de los impíos de profesion, de los enemigos declarados del cristianismo; es sí el de aquellos predicadores del Evangelio, el de aquellos cuyo aire devoto y aun austero imponia al público; doctores de una moral muy severa, que, no contentos con la sublime perfeccion de la ley de Jesucristo y con la santa severidad del Evangelio, querian imponer

un nuevo yugo y nuevas austeridades, sujetando á los cristianos á la mayor parte de las ceremonias duras de la antigua ley. La libertad que el Salvador habia concedido de comer de toda especie de viandas, les escandalizaba. Querian que además de la observancia del santo dia del domingo, se observase tambien el sábado, y otras muchas observancias legales. Tal ha sido en todos tiempos el carácter de todos los herejes; tal será en todos los siglos venideros su genio y su verdadero retrato; grandes predicadores de una severidad excesiva bajo un aspecto imponente, de una apariencia estudiada y de una artificiosa piedad. ¿Hubo jamás alguno de estos que no clamase contra la relajacion verdadera ó falsa de los fieles? ¿Hubo alguno que comenzase por reformarse á sí mismo? Refórmanse en el exterior, porque esta aparente reforma hace honor, y da en los ojos de los sencillos. Los arrianos clamaban contra los abusos en materia de religion; los nestorianos contra la pretendida supersticion; los pelagianos contra los pretendidos errores del tiempo; los luteranos, los calvinistas, contra la pretendida relajacion de la Iglesia. Todos han predicado la moral severa; pero ninguno hay que no haya llevado una vida licenciosa. *Os lo he dicho muchas veces, y os lo digo todavia con las lágrimas en los ojos son enemigos de la cruz de Jesucristo, cuyo fin es la última desgracia;* y su suerte la reprobacion eterna. Ministros del demonio, todo su estudio consiste en seducir. Lobos bajo de la piel de ovejas, todo su zelo no tira mas que á devorar y á perder. Desgraciados exclama el apóstol san Judas, *porque se han precipitado en el camino de Cain:* los zelos, la envidia, el orgullo, han sido el principio de todos los

errores en materia de religion, y su efecto natural el furor y el asesinato. *El sórdido amor del lucro les ha hecho caer en el error de Balaam.* Dios les ha abandonado á los devaneos de su corazon; por tanto sus costumbres han sido siempre corrompidas, y todos sus esfuerzos han terminado en hacerles perecer en una rebelion contra la Iglesia, como la de Coré. Gentes que no piensan mas que en tratarse bien á sí mismos, mientras que para otros no predican mas que la severidad; ó, como dice san Pablo, *que no tienen otro Dios que su vientre*, esto es, sus pasiones, su amor propio, su sensualidad. Jamás se pierde la fe sin que se pierda el espíritu de Dios sobre la carne. Aparentad cuanto quisiéreis la compostura; la máscara puede ocultar, pero no puede quitar la deformidad del rostro. Solo en la Iglesia católica, apostólica, romana, es donde se halla la verdadera y sólida piedad.

El evangelio de la misa de este dia está sacado del de san Mateo, cap. 6.

En aquel tiempo, hablando Jesus á la muchedumbre que le seguia, un jefe de la sinagoga se acercó á él, y le adoró, diciendo: Señor, mi hija acaba de morir; pero venid, poned vuestra mano sobre ella, y vivirá. Y levantándose Jesus, le siguió con sus discípulos. Al mismo tiempo una mujer que habia doce años padecia un flujo de sangre, se acercó por detrás, y tocó la franja de su vestido. Decia ella para sí: Si yo toco aunque no sea mas que su ropa, quedaré sana. Habiéndose vuelto Jesus, y viéndola, le dijo: *Confía, hija, tu* fe te ha curado; y en la hora quedó curada la mujer. Cuando llegó Jesus á la casa del jefe de la sinagoga, viendo los tocadores de flauta y una multitud que hacian gran ruido: Retiraos, les dijo, porque la jóven no está muerta, sino que duerme. Y se mofaban de él. Luego que hubo hecho retirar

á la muchedumbre, entró Jesus, la tomó por la mano, y se levantó la jóven. El prodigio se divulgó inmediatamente por todo el país.

MEDITACION.

DE LA IMPORTANCIA DE LA SALVACION.

PUNTO PRIMERO.

Considera si tenemos algun negocio mas importante, si le tenemos que sea de mayor consecuencia, si podemos jamás tener ninguno que nos interese tanto como el de nuestra salvacion.

No se trata de perder ó de ganar un pleito, del cual depende todo nuestro bien temporal; no se trata de ser dichosos ó desgraciados por toda la vida; semejante negocio seria interesante, es verdad; mas no por esto seria de una consecuencia infinita. Ser desgraciado, sufrir hasta la muerte, seria una gran desgracia; mas al fin no seria sin recurso. Trátase de una felicidad ó de una desdicha eterna; trátase de poseer á Dios eternamente en la mansion de los bienaventurados, ó de ser precipitado en los infiernos, condenado sin esperanza de retorno á las llamas eternas. Esto es de lo que se trata cuando se habla de la salvacion. ¿Es esto de alguna consecuencia? ¿merece este importante negocio nuestra aplicacion y nuestros cuidados?

¡Ah! muérese: ¿y de qué sirve en la muerte el haber sido rico, poderoso, feliz segun las ideas de las gentes del mundo? muérese; y en la muerte lo perdemos todo; todo nos deja; la vida mas dichosa y la mas larga no parece entonces mas que un sueño:

muérese; y en la muerte, nobleza, dignidades, empleos, honores, todo desaparece, todo se reduce á unos vanos títulos. Porque ¿qué es lo que yo voy á ser? Si soy santo, esta sola cualidad me indemniza de la pérdida de todas las demás; pero si soy condenado, si el infierno debe ser mi eterna morada, si desde mi lecho paso al fuego eterno, ¿quién me consolará en mi suerte, quién me resarcirá mi pérdida, y una pérdida que es obra mia, pérdida sin recurso y sin retorno?

¿Y se piensa á sangre fria en el negocio de la salvacion? ¿y pasamos un solo dia sin trabajar en él? ¿y haremos acaso todas estas reflexiones sin que nos hagamos mas prudentes?

¡Cuánto lamento, ó Dios mio, mi ceguera y mi error! La mayor parte de mis dias han pasado ya, y acaso no he comenzado todavía á trabajar en este negocio; ¿y qué no merezco si difiero para otro dia el trabajar en él?

PUNTO SEGUNDO.

Considera ¿de qué sirve hoy á esos ricos condenados el haber tenido gruesas rentas, el haber llevado grandes nombres, el haber poseido hermosas tierras? Porque ¿qué es lo que puede equivaler á haberse ellos perdido para siempre? Yo he perdido el cielo, dirán, he perdido á Dios, todo, pues, está perdido, y perdido sin recurso.

¡Ah! ¡cuánto han ganado tantos millones de mártires perdiendo la vida por Jesucristo! Un suplicio de algunos momentos, á lo mas de algunos dias; aun cuando se hubiesen pasado muchos años en medio de los mas crueles suplicios, no tienen proporcion al-

guna las aflicciones del tiempo presente con la gloria futura. ¿Se puede nunca comprar demasiado cara la posesion, la felicidad del mismo Dios? ¡Dios mio! ¡qué sabias han sido esas personas penitentes y mortificadas, esos santos, en haberlo sacrificado todo para conseguir su salvacion! Grandes del mundo, dichosos del siglo, vuestros sentimientos y vuestra conducta tocante al negocio de la salvacion ¿prueban que sois sabios?

San Marcelo era papa, y despues de haber sufrido un destierro y muchos tormentos por la fe de Jesucristo, fué condenado á concluir sus dias en una caballeriza. ¿Y pensó jamás en quejarse de su suerte? En una prision tan repugnante halló la gloria del martirio. ¡Ah! ¡qué es encontrar la vida el perderla por Dios! ¡Qué poco aprecian sus propios intereses las gentes que pasan sus dias entre placeres, que llevan una vida muelle y mundana!

El mal rico es sepultado en el infierno: Lázaro pasa del hospital á la gloria. ¿Qué importa para su fortuna que haya sido pobre, desconocido, maltratado? La salvacion equivale á todo, y sin la salvacion la fortuna mas completa es nada.

¡Mucho os he costado, divino Salvador mio, para que así me pierda! Yo confieso con el mas vivo sentimiento que lo he merecido, y que mi pérdida es inevitable, si de aquí en adelante no trabajo mas en mi salvacion que lo que he hecho hasta ahora. Pero esto es hecho, Salvador divino, mi partido está tomado, desde este momento va á ser mi salvacion el objeto de mis cuidados, de mis solicitudes, de mi aplicacion; este es mi único negocio; yo no quiero ocuparme de hoy en adelante mas que del negocio de mi salvacion;

propiamente hablando, yo no tengo otro negocio que este, él se llevará toda mi atencion.

JACULATORIAS.

¿De qué me servirá haber ganado todo el universo, si al fin vengo á perderme? *Mat.* 16.

¿Qué puede darse en cambio de lo que vale mi alma? *Ibid.*

PROPOSITOS.

1.° Renovemos cada dia en la oracion de la mañana la deprecacion que acabamos de hacer; y digamos muchas veces al dia, cuando nos ejercitamos en nuestro empleo, cuando comenzamos alguna obra, cuando nos aplicamos á nuestro trabajo: ¿de qué me servirá todo esto, si no procuro mi salvacion? Esta práctica es muy útil, y conviene á toda clase de personas.

2.° Impongámonos una ley inviolable de hacer cada mes un dia de retiro. No es mas que un dia; ¿y quién puede racionalmente negarse á dedicar un dia en todo el mes al importante negocio de la salvacion, el cual exigiria toda la vida? Hállase tanto tiempo para los negocios temporales, para nuestros placeres, para nuestros amigos, ¿y solo para la salvacion de nuestra alma ha de faltar siempre? Cuasi toda la vida se pasa en arreglar cuentas, examinar libros, hacer valer los fondos, y percibir intereses temporales. ¿Será mucho dedicar cada mes un dia á examinar las cuentas que hemos de dar á Dios, en qué estado está nuestra conciencia, qué uso hemos hecho, qué fruto hemos sacado de los talentos recibidos,

por qué caminos podrán repararse las pérdidas espirituales que se han hecho? Puede decirse que de esta práctica depende la perseverancia y la salvacion de muchos.

VIGESIMO CUARTO Y ULTIMO DOMINGO

DESPUES DE PENTECOSTES.

El vigésimo cuarto domingo despues de Pentecostés es siempre el último del año eclesiástico, aun cuando hay mas de veinte y cuatro despues de Pentecostés, porque entonces despues del vigésimo tercero se colocan los domingos que han quedado despues de la Epifanía; pero el vigésimo cuarto se reserva siempre para el último, y para terminar el año eclesiástico, que habiendo comenzado por el primer domingo de Adviento, concluye siempre por el vigésimo cuarto despues de Pentecostés. Por esto la Iglesia ha escodido para este dia el evangelio segun san Mateo, del juicio último, que ordinariamente se llama el evangelio del fin del mundo. La epístola que precede á este evangelio está tomada de la exhortacion que hizo san Pablo á los fieles de Colosos para inclinarlos á llevar una vida digna de Dios, aplicándose á agradarle en todas las cosas, dando frutos de toda especie de obras buenas, y creciendo mas y mas en la inteligencia espiritual y en la práctica de la voluntad de Dios, que es en lo que consiste toda la perfeccion cristiana. Se puede decir que esta epístola es como el compendio de las instrucciones contenidas en todas

las demás, de las cuales es esta como el epílogo y una corta recapitulacion. El introito de la misa del dia es el mismo que el del domingo precedente. Como algunos de los domingos que preceden pueden ser supernumerarios, no se les da mas que un introito comun.

Mis pensamientos, dice el Señor, *son pensamientos de paz*, de dulzura y de misericordia, y *no de ira* y de desolacion. *Vosotros me invocaréis, y yo os oiré; yo os reuniré de en medio de todos los pueblos y de todos los lugares* en donde os habiais dispersado. *De todos los lugares á los cuales os arrojé*, dice el texto, para dar á conocer á los judios que su cautividad y todas sus desgracias eran justo castigo de sus pecados, y que no debian atribuirlas á ninguna otra causa. Por esto, luego que se vuelven á Dios por medio de una sincera penitencia, Dios se deja ablandar, les perdona, y les hace decir por el profeta Jeremías que va á sacarlos de su cautividad. Los santos padres hacen aquí una reflexion que deberia abrir los ojos, y mover el corazon de este pueblo ciego y endurecido, haciéndoles ver que han perdido la prerogativa de pueblo muy amado y pueblo escogido, llevando al colmo su iniquidad por el mas horrible de todos los crímenes.

Dios habia prometido á David conservar su estirpe por todos los siglos, y hacer durar su trono tanto como los cielos. Esta promesa no podia entenderse de la estirpe de David segun la carne. Su trono estaba trastornado desde el tiempo de Sedecías y de Nabucodonosor: hacia ya mas de dos mil años que no subsistia; porque aunque Zorobabel á la vuelta de la cautividad habia tenido alguna autoridad en su na-

cion, nadie se atreverá á decir que habia reinado, ni aun que habia gobernado con una autoridad absoluta. En el tiempo mismo de Jesucristo no habia ya entre los judios mas que una sombra de monarquía, y aun esta fantasma de monarquía no subsistia en la estirpe de David, supuesto que Herodes que llevaba el nombre de rey era idumeo, y descendia de Esaú. Desde el siglo de Jesucristo, ó á lo mas un siglo despues, no se ha distinguido ya la estirpe ó familia de David; ó está absolutamente extinguida, ó de tal modo se halla confundida entre el resto de la nacion, que no es ya posible distinguirla, ni probar su existencia. Así que la promesa hecha á David de un reinado perpetuo no se ha cumplido sino en Jesucristo, incontestablemente de la estirpe de David. Este divino Salvador reina y reinará eternamente, no solo como Dios, sino tambien como hombre-Dios; ejerce su reinado sobre el verdadero Israel, sobre el pueblo escogido que son los cristianos, y sobre toda la Iglesia en la que ejerce su dominacion espiritual por medio de sus ministros. *Si su posteridad llega á abandonar mi ley, si violan la santidad de mi ley,* yo tomaré la vara para castigarles sus iniquidades; les castigaré rigorosamente sus crímenes enormes; mas no por esto faltaré á la alianza que he contraido con David. No apartaré por esto mi misericordia de su padre, ni retractaré la palabra que le he dado. Les afligiré; permitiré que sean arrojados de su país, que anden dispersos entre las naciones, que se vean abrumados de adversidades y miserias; pero despues de algun tiempo me dejaré ablandar, mi indignacion cesará, los reuniré sacándolos de todos los parajes del mundo, y concluirán sus desgracias y su cautividad. El

suceso verificó la prediccion. Despues de setenta años de dispersion y de servidumbre, reunió Dios al pueblo y le restableció en su país. Sus pecados habian sido graves, el castigo ha sido severo; pero al fin despues de este número de años de penitencia Dios se ha compadecido de ellos. ¿Qué nuevo crímen tan horrible ha podido cometer despues este desventurado pueblo, para ser arrojado tantos siglos hace de su país, para haber llegado á ser el horror y la execracion de todo el universo, errante, esclavo é infeliz por toda la tierra? no hay ciertamente otro á que atribuirlo sino al deicidio cometido en la persona de Jesucristo, al cual no han querido reconocer por el Mesías. Y si el crímen de idolatría, dicen los padres, que ciertamente es el mas enorme, añadido á todas sus iniquidades, no ha sido castigado mas que con una cautividad de setenta años, ¿cuál debe ser el crímen por el cual este desdichado pueblo está proscrito y cautivo mas de diez y ocho siglos ha? No puede ser otro que el de no haber querido reconocer á Jesucristo por su Salvador; no puede ser otro que el haber hecho morir en la cruz al Hijo de Dios, su Rey, su Redentor y su Mesías. Los mas hábiles de los rabinos y de sus pretendidos doctores, aturdidos y llenos de confusion por la fuerza de un raciocinio tan justo y tan concluyente, han tratado de salir del embarazo, diciendo que el pecado tan enorme por el cual la nacion judía ha sido reprobada de Dios, consiste en haber algunos judíos reconocido á Jesucristo por el Hijo de Dios y el Mesías. ¡Ridícula respuesta, miserable efugio! Si Jesucristo hubiese sido un impostor, ¿hubiera podido la nacion judía ofrecer á Dios un servicio mas meritorio que haciendo morir con la muerte mas cruel y

mas infame á este impostor, y persiguiendo y castigando hasta con la muerte á los que le reconociesen por el Mesías? La muerte de Jesucristo debia ser para el pueblo judío un manantial de nuevas bendiciones, y el zelo de sus jefes merecia ser recompensado por Dios, y debia atraer sobre toda la nacion una proteccion mas brillante y mas señalada. Es menester no tener sentido comun, es preciso ser muy ciego, para no ver que únicamente el haber recibido tan mal al Mesías es lo que les ha atraido las últimas desgracias y la maldicion universal.

La epístola está tomada del capítulo primero de la de san Pablo á los Colosenses. *No cesamos de rogar á Dios por vosotros*, les dice el santo apóstol, *y pedirle que tengais un pleno conocimiento de su voluntad, con toda la sabiduría y la inteligencia de las cosas del espíritu.* Puede asegurarse que la Iglesia en sus primeros dias ha tenido mas que sufrir de los falsos apóstoles convertidos del judaismo, que de los gentiles. Estos peligrosos seductores, que pueden llamarse los herejes de los primeros tiempos, recorrian todas las iglesias para hacer prosélitos en ellas. No bien hubo recibido la fe la ciudad de Colosos, cuando estos falsos apóstoles vinieron á sembrar en ella la zizaña, predicando la necesidad de la circuncision y de las observancias legales; y mezclando la filosofía platónica con el judaismo, trataban de inspirar á aquellos fieles, todavía sencillos y nuevamente convertidos, un culto supersticioso de los ángeles: y bajo del velo de una falsa humildad, les hacian entender que siendo Dios infinitamente superior á nosotros, era necesario dirigir nuestras preces no á Dios ni á Jesucristo, sino á los ángeles, por cuya

mediacion habia Dios dado en otro tiempo al ley á Moisés. Informado san Pablo de lo que pasaba entre los Colosenses, les escribió esta carta para desengañarles de estos errores, y para confirmarles en la fe y en la caridad, en la esperanza, y en todas las demás virtudes que les habian inspirado los verdaderos apóstoles. Yo no ceso, les dice, de rogar á Dios por vosotros, y pedirle que tengais un pleno conocimiento de su voluntad, con toda la sabiduría y toda la inteligencia de las cosas espirituales, esto es, de las verdades de la religion, para que no caigais en los errores y en los lazos que os tienden los que solo tratan de seduciros: *á fin de que tengais una conducta digna de Dios, procurando todos los medios de agradarle*, es decir, una conducta digna de Jesucristo vuestro Salvador, digna de vuestra vocacion, una conducta verdaderamente cristiana; y para esto *debeis fructificar en todo género de obras buenas*, y crecer todos los dias en virtudes, en perfeccion, en conocimiento y en amor de Dios, en constancia y fidelidad en su servicio, sin dejaros deslumbrar ni sorprender por los artificios de los que bajo del pretexto de llevaros á Dios os alejan de él: *fortificándoos con toda la fortaleza posible por la participacion de su poder glorioso, sufriéndolo todo con paciencia, con constancia y con alegría.* Despues de haber pedido san Pablo á Dios la sabiduría y la inteligencia para los Colosenses, esto es, la gracia para conocer los secretos de la voluntad de Dios en la reconciliacion de los hombres con él, y los secretos adorables de la divina Providencia, pide tambien la gracia para conocer en cada ocasion lo que Dios exige de ellos en la práctica de sus mandamientos, y que lleven frutos por el ejercicio de todo

género de obras buenas. Una vida infructuosa y estéril en virtudes, jamás fué una vida cristiana. No basta aun llevar frutos, dice el Apóstol, en la primavera, que es una estacion tranquila y pacífica; es menester llevarlos en la estacion de los frios y de las tempestades; es menester que la fidelidad y la virtud de un cristiano sean á prueba de las tentaciones mas violentas, y esta generosidad, esta paciencia, esta alegría aun en las adversidades, esta perseverancia es la que desea el santo apóstol á los Colosenses. Sobre todo quiere *que rindan acciones de gracias á Dios Padre,* que por su luz, esto es, por su Hijo, que es la luz del mundo y el esplendor de la gloria de su Padre, *nos ha hecho dignos de participar de la herencia de los santos.* Jesucristo nos ha merecido la gracia de la adopcion, la herencia de la bienaventurada inmortalidad. Los Colosenses eran gentiles convertidos á la fe. San Pablo quiere que tengan siempre delante de los ojos el precio infinito de esta grande gracia, considerando que los judíos que eran los hijos y los legítimos herederos, han sido por su culpa y por su incredulidad excluidos de la dicha á que los gentiles han sido llamados por un favor singular de la pura misericordia de Dios. ¿Qué favor mas insigne, qué misericordia mas excesiva que el habernos sacado del poder de las tinieblas para hacernos pasar al reino de su Hijo muy amado, *en el cual hallamos* por medio de su sangre *la remision de los pecados, que hace la redencion? En otro tiempo érais las mismas tinieblas*, como escribia á los Efesinos, *y ahora sois la luz en nuestro Señor.* Vosotros vivíais antes en las tinieblas de la idolatría y en la ignorancia, estabais en el error del pecado, mas ahora estais iluminados con la luz de la fe; Jesucristo

es el que os ha librado de la servidumbre del demonio, que es el príncipe de las tinieblas, de la noche, del paganismo, del error y del pecado, y os ha hecho pasar al reino de su Hijo muy amado; ó, como dice el Griego, al reino del Hijo de su amor: *caminad, pues, como hijos de la luz.* Jesucristo es el que nos ha rescatado de la muerte; él es el que nos ha librado de la servidumbre del pecado, y no la ley de Moisés. Si la ley hubiera podido salvarnos, hubiera sido inútil que viniese el Hijo de Dios al mundo. Ved, pues, si os conviene el sujetaros todavía á una ley tan vacía, tan ineficaz, tan impotente. *La ley que ha precedido*, dice el mismo apóstol en su carta á los Hebreos, *ha sido reprobada, porque era débil é inútil, incapaz de salvarnos.*

El evangelio de este último domingo predice la ruina entera de Jerusalen y el fin del mundo, al que debe seguir inmediatamente el juicio universal, del cual es como el preludio.

Acababa de hacer el Salvador una descripcion espantosa de todas las desgracias que debian suceder á la ciudad de Jerusalen y á toda la nacion, y se habia explicado de una manera tan precisa ó tan clara, que habiendo salido del templo, le detuvieron sus discípulos algunos momentos para que notase la magnificencia de él, como para decirle: ¿Será posible que un edificio tan suntuoso, y que pasa por una de las maravillas del mundo, haya de ser enteramente destruido, y que Dios pueda jamás abandonar y reprobar este santo templo? La respuesta que Jesus les dió acabó de consternarles: Admirad cuanto quisiéreis, les dice, la riqueza, la magnificencia de este soberbio edificio; todo lo que os he predicho sucederá

dentro de poco tiempo; todos esos grandes edificios serán destruidos hasta los fundamentos, y no quedará piedra sobre piedra. Estas palabras picaron la curiosidad de sus mas familiares discípulos. Pedro, Santiago, Juan y Andrés se tomaron la libertad de hacerle en particular tres preguntas : 1ª En qué tiempo debian suceder estas desgracias : 2ª Cuáles debian ser los presagios, y cómo los anuncios de ellas : 3ª cuál debia ser la señal de su última venida, y de la consumacion de los siglos. El Salvador tuvo la complacencia de responder á estas preguntas, pero de una manera instructiva al mismo tiempo que misteriosa. Dióles bastante á entender que no estaba lejos el tiempo de estas desgracias sobre Jerusalen, y se dignó indicarles las sañales y terribles fenómenos que debian preceder á su venida y á la consumacion de los siglos; pero acompañó sus respuestas de saludables avisos, pues haciéndoles saber cuáles debian ser los señales de esta general desolacion, les instruyó de todo lo que debian hacer los que se hallasen en aquellas críticas y horrorosas circunstancias. Despues de haberles advertido, y en su persona á todos los fieles, que estuviesen alerta contra los artificios de los seductores, que habrá en gran número en aquellos últimos tiempos, despues de haberles dicho que otras de las señales de las últimas desgracias serian las guerras, el espíritu de division que reinará por todas partes, las enfermedades contagiosas que despoblarán el universo, la hambre que hará perecer á muchas gentes, la irregularidad de las estaciones, la intemperie del aire, los temblores de tierra, hace el Salvador un retrato muy vivo de todo lo que debe servir de presagio y de aparato al dia de sus ven-

ganzas : comienza por los crímenes enormes y el torrente de iniquidad que inundará entonces toda la tierra.

Cuando viéreis en el lugar santo la abominacion de la desolacion de que ha hablado el profeta Daniel. Describe este profeta en los capítulos séptimo y nono de su profecía la ruina entera de Jerusalen, cuya época, segun él, está señalada despues de la muerte de Jesucristo en el tiempo en que la abominacion de la desolacion estaria en el lugar santo, lo cual sucedió durante el sitio de la ciudad por los Romanos, por los asesinatos y las infamias que se cometieron en él; y cuando, despues de tomada la ciudad, colocaron allí los Romanos sus insignias cargadas de figuras de sus falsos dioses.

San Agustin, san Jerónimo, el venerable Beda y la mayor parte de los intérpretes creen que el Salvador en este pasaje del evangelio mira á estos dos grandes acontecimientos : la ruina entera de Jerusalen y el Juicio universal en el fin del mundo, y por esto acaso añade estas palabras : *El que lee* esta profecía, *que trate de comprenderla* bien, y de conocer su sentido, distinguiendo los hechos. Como la corrupcion universal de toda carne habia precedido al diluvio, del mismo modo la iniquidad, esto es, todo género de vicios, de abominaciones y de impurezas que entonces inundaron como torrente toda la tierra, precederian á estos dos acontecimientos. La abominacion de la desolacion fué la horrible profanacion que los mismos judíos hicieron del templo durante el sitio de Jerusalen, cuando, habiéndose apoderado del lugar santo una tropa de bandidos, cometieron en él todos los desórdenes imaginables. Esta abominacion de la

desolacion sucederá tambien en el fin de los siglos, por la horrible profanacion que se hará entonces de nuestros sagrados misterios y de todo lo mas sagrado de la religion. La profanacion de las cosas santas es la muestra de la mayor indignacion de Dios, y la señal mas segura de su próxima venganza.

Los que estuvieren en la Judea en aquel tiempo, huyan á los montes. Yo aconsejo, pues, á los que se hallaren entonces en la Judea que dejen la campiña, y se vayan á las alturas; y al que estuviere sobre el terrado, que no baje para tomar nada de su casa; y al que se encontrare en el campo, que no vuelva atrás para tomar su vestido. Estas palabras en el sentido literal significan el peligro de los que no podrán huir en un tiempo en que solo en la fuga habrá salvacion. En un sentido espiritual, dan á conocer la desgracia de los que en la víspera de ir á comparecer delante de Dios, ya sea en vísperas del juicio particular, ya al aproximarse el juicio universal, en el tiempo en que el enemigo de la salud lo pone todo por obra para perderlos, no tendrán virtud alguna, arrastrando todavía por la tierra sin conocer aun la perfeccion cristiana; ó que, subidos al techo, esto es, habiendo hecho algun progreso en la virtud, engañados ó vencidos por el tentador, descienden para volver á sus antiguas costumbres, y no tienen perseverancia.

¡Ay de las mujeres que en aquel tiempo se hallaren preñadas, y de las que tuvieren hijos al pecho! A la letra lamenta aquí el Salvador la desgracia de los judíos durante el sitio de Jerusalen, en cuya época se vió realizado todo lo mas funesto que les habia predicho. La desolacion sobrepujó á todo lo mas horroroso que puede imaginarse. En el sentido espi-

ritual, se duele el Salvador de la desdicha de aquellas almas tibias, de aquellas almas flojas, que en la víspera de haber de presentarse ante su tribunal, estarán preñadas, por decirlo así, de buenos deseos, grandes proyectos de conversion, designios inútiles entonces de una vida perfecta : ¡qué peligro aun para aquellos que no alimentarán mas que virtudes nacientes, ó tan débiles, que serán incapaces de resistir á la tentacion! Sin embargo, *pedid que no tengais que huir en invierno, ó en el dia del sábado.* Durante el invierno los dias son cortos, los caminos están malos, los viajes son incómodos : tiempo poco á propósito para una fuga precipitada. Los judíos creian que no les era permitido el sábado andar mas que una media legua : todas estas expresiones figuradas daban á entender que no seria ya tiempo entonces de evitar los tristes efectos de la cólera divina ; era necesario haber prevenido estas desgracias por la penitencia ; era preciso haber reconocido al Mesías. La hora de la muerte es un tiempo muy poco á propósito para convertirse.

La desolacion será grande, y tal que no la hubo semejante desde el principio del mundo hasta ahora, ni la habrá jamás igual. Esta prediccion se ha verificado plenamente por la guerra que los judíos se hicieron á sí mismos con sus divisiones domésticas, por las persecuciones que sufrieron de parte de todos sus vecinos, y por los males que les hicieron los Romanos durante la última guerra. Josefo cuenta un millon y cien mil muertos, y noventa y siete mil prisioneros. Confiesa tambien que los crímenes de los sediciosos, que se habian apoderado del templo, llegaron á tal exceso, que si los Romanos no hubieran venido para

exterminar una raza tan corrompida y tan impía, la tierra se habria abierto para tragarlos, ó Dios habria enviado un nuevo diluvio para anegar, ó fuego del cielo para consumir una ciudad tan criminal. La desolacion que precederá al fin del mundo no cederá en nada á la que ha precedido á la entera ruina de Jerusalen. y *si el número de aquellos dias no se hubiese disminuido, nadie hubiera quedado salvo; pero se disminuirá á causa de los elegidos.* En efecto, si el sitio de Jerusalen hubiese durado mas tiempo, no hubiera quedado un solo judío en la ciudad; pero en favor de los judíos que habian abrazado el Evangelio, y que hubieran todos perecido en aquella desventurada ciudad, abrevió Dios el número de los dias de tribulacion. Segun algunos intérpretes, miraba tambien Dios á los cristianos de los siglos venideros, impidiendo la entera destruccion de toda la nacion judía. Queria Dios que estos desgraciados restos, despreciados, dispersos, ciegos, subsistiesen para verificar en todos los siglos las profecías, y para que sirviesen á todos los pueblos de monumento eterno de la verdad de todo lo que Jesucristo les habia predicho. Todo lo terrible que ha sucedido en la destruccion de Jerusalen, no es mas que una figura, por decirlo así, de cuanto funesto y espantoso debe suceder en el fin del mundo. Allá eran los hombres los que querian arruinar y domar un pueblo rebelde; aquí será un Dios el que desplegará toda su ira para exterminar á todos los hombres, y para hacer secar por el susto á todos los pecadores antes de juzgarlos. La consternacion y el miedo serán tan grandes, que serian capaces de hacer caer en la desesperacion, y perder la confianza aun á las almas mas inocentes, si

Dios en favor de ellas no abreviase aquellos dias de desolacion.

Entonces, si alguno os dice : Aquí está el Cristo, ó bien, allá está, no creais nada de esto. Advierte Jesucristo aquí á sus apóstoles, y en sus personas á todos los fieles, para que no se dejen engañar por los falsos profetas, que á favor de su exterior engañoso, de sus discursos capciosos, y aun con prestigios que se tomarán por milagros, serán capaces de arrastrar á muchos al error. No faltaron de estos impostores durante al sitio de Jerusalem; los jefes de los facciosos que sabian la debilidad del pueblo, los suscitaban ellos mismos para engañarle. Es innegable que el Anticristo aparecerá al fin del mundo, y seducirá á muchos con sus prestigios. Aparecerán falsos cristos y falsos profetas que harán cosas tan extraordinarias y tan prodigiosas, que los mismos elegidos, si fuera posible, serian engañados. El Señor, dicen los intérpretes, no solo ha querido designar aquí los emisarios del demonio, suscitados para seducir á los fieles al fin del mundo, sino tambien los herejes de todos los tiempos, que con sus engañosos artificios han hecho tantos esfuerzos para destruir la religion, dándose á sí mismos por enviados de Dios y por profetas. A la verdad, Dios siempre ha tenido un cuidado particular de su Iglesia. Ella ha visto nacer y morir todas las herejías, y las puertas del infierno no prevalecerán jamás contra ella. Dios ha provisto á su seguridad completamente : son torrentes impetuosos que, haciendo estragos, pasan rápidamente; son furiosos que no respiran mas que muerte y carnicería, y cuyos dias abrevia el Señor. Una vez que ha hablado la Iglesia, dice aquí un sabio intérprete, yo no escu-

cho ya al hombre, aunque su piedad exterior sea la mas extraordinaria; ni al hombre obrador de milagros, si me enseña lo contrario. Porque cualquiera que no habla como la Iglesia, á pesar de toda la santidad que aparente y de lo maravilloso de sus obras, no es ciertamente en el fondo mas que un hipócrita y un seductor.

Como el relámpago parte del Oriente, y se deja ver hasta el Occidente, del mismo modo será la venida del Hijo del hombre: como si dijera, dicen los padres, como no es posible que el sol, apareciendo sobre el horizonte, no ilumine en un momento todo el hemisferio, lo mismo sucederá con la venida del Hijo del hombre; esto es, que despues del cumplimiento de todo lo que el Salvador acaba de decir acerca de la ruina de Jerusalen, su reino espiritual se extenderá con esplendor por toda la tierra, por la publicacion del Evangelio, el cual será predicado en todos los pueblos, y abrazado por todas las naciones. Era necesario que la justicia de Dios castigase del modo mas terrible, como Jesucristo lo habia predicho, aquella nacion ingrata é impía que se habia negado á reconocer al Mesías, y que habia llevado su malicia hasta hacer morir en la cruz á su Salvador: despues de lo que, esta verdadera luz que ilumina á cualquiera que viene al mundo, debia brillar por toda la tierra, y ser reconocida y adorada por todo el universo. Puede decirse que la dispersion y las desgracias de aquel pueblo, maldito por todas partes, es en todas ellas una prueba permanente de la venida del Mesías. Su segunda venida, dice san Agustin, no será ni menos brillante ni menos súbita que la primera, no obstante todas las señales y todos los presagios del

fin próximo del mundo; quiere decir, que el Señor vendrá á juzgar á los hombres cuando menos lo esperen. Pocos hay tambien á quienes la muerte no coja de improviso. *En cualquiera parte que esté el cuerpo, allí se congregarán tambien las águilas.* Este es un proverbio sacado de Job, de que se sirve aquí Jesucristo para significar que de todas las partes del mundo vendrán los fieles que hubieren abrazado el Evangelio á reunirse á su jefe para componer el cuerpo místico de la Iglesia. Y esto es lo que ha sucedido por la publicacion del Evangelio, y lo que sucederá al fin del mundo, cuando habiendo resucitado todos los hombres, los justos se reunirán y acercarán rápidamente á su Señor, quien por su virtud divina los atraerá mas fuertemente, que los cuerpos muertos atraen las aves de rapiña y las águilas.

Inmediatamente despues de estos dias de tribulacion el sol se oscurecerá, la luna no lucirá mas, las estrellas caerán del cielo, y las virtudes celestiales se desordenarán. Entonces aparecerá en el cielo la señal del Hijo del hombre. Es indudable que todos estos fenómenos tan admirables convienen igualmente á las dos venidas predichas aquí por el Salvador del mundo. Estas expresiones, ó maneras de hablar hiperbólicas, son muy frecuentes en la Escritura; ordinariamente las usan los profetas para predecir la ruina y las calamidades de los pueblos. Así es que vaticinando el Salvador las desgracias que debian suceder muy pronto á los judíos, ha hecho tambien alusion á lo que sucederá en el fin del mundo. *El sol se oscurecerá, la luna no lucirá mas, las estrellas caerán del cielo, y las virtudes celestiales se desordenarán.* Todas estas expresiones, sacadas del estilo figurado de los

profetas, muestran que los judíos serán abandonados de Dios y entregados á su ceguera; que no serán ya iluminados por el Espíritu Santo; que se extinguirá la luz que lucia sobre ellos: tinieblas espantosas y una noche oscura vendrá sobre toda la nacion, la sinagoga no será ya verdadera iglesia. En el mismo sentido entienden tambien los padres y los intérpretes las señales que deben preceder al último juicio. Es evidente que no debe entenderse sino en sentido figurado la caida de las estrellas, supuesto que la menor de ellas es mucho mas grande que toda la tierra: podria acaso entenderse por esta caida de las estrellas, la caida moral de aquellos grandes hombres, que habrán sido mirados como astros, y que, sucumbiendo desgraciadamente entonces á la tentacion, se extinguirán tal vez en gran número en aquellos tiempos de calamidad. La entera destruccion de Jerusalen y de la religion de los judíos será la señal, como hemos dicho, de la venida triunfante de Jesucristo, esto es, del triunfo del Evangelio por toda la tierra, y el presagio tambien en los últimos tiempos de su venida, *con gran poder y con gran majestad.* Tanto como Jesucristo ha parecido débil, humillado, y aun despreciable, en su primera venida, otro tanto hará brillar su gloria en la segunda: *Al mismo tiempo enviará sus ángeles con la trompeta, y una voz estrepitosa reunirá sus elegidos de las cuatro partes de la tierra,* de un extremo del cielo al otro. Estos ángeles ó enviados en el sentido figurado son los apóstoles y los ministros del Evangelio que han anunciado la nueva ley por toda la tierra. Entonces todas las naciones de la tierra, esto es, todas las tribus, todos los judíos obstinados harán público su dolor al ver con qué

gloria, con qué poder el Hijo del hombre aparecerá verdaderamente Hijo de Dios, despues de haber sometido á sí, por medio de doce pobres pescadores, todos los pueblos del mundo.

Es cierto, dicen los padres, que haciéndonos el Salvador un retrato tan vivo de todas las desgracias que debian anunciar la entera ruina de Jerusalen, y la reprobacion del pueblo judío en castigo de su obstinacion y de su deicidio, ha querido al mismo tiempo darnos una idea bien terrible del último juicio, del que el rigor con que ha castigado á los judíos puede ser la imágen menos desemejante, y la mas viva. Ha sido menester que Jesucristo fuese humillado, perseguido, y que padeciese antes de entrar en su gloria. El cristianismo, la Iglesia que él ha dado á luz en la cruz, le ha procurado una gloria que le indemniza en alguna manera de sus humillaciones; pero esta gloria no aparecerá propiamente en todo su esplendor, ni su poder se ostentará con una majestad deslumbradora hasta el dia del juicio último. No habrá nada, hasta las criaturas inanimadas, que al sentir que se acerca, no manifieste temor, y no le inspire á todos los espíritus. El sol se oscurecerá, la luna perderá su luz, las estrellas se extinguirán el cielo se conmoverá, los mismos ángeles encargados de reglar sus movimientos estarán en algun modo asombrados al ver mudada toda la faz del universo: las olas del mar, agitadas por los vientos furiosos, parecerá que amenazan la tierra de una general inundacion. La tristeza y la muerte, pintadas en el rostro, desecarán hasta los huesos, y el espanto difundirá la desolacion en toda tierra. *Entonces aparecerá la señal del Hijo del hombre.* Esta señal de la llegada del sobe-

rano Juez, dicen los padres, será el estandarte de su cruz. Brillará esta cruz en los aires, y será un espectáculo agradable, á la verdad, á los que la llevaren grabada en el corazon, pero muy terrible á los que la hubieren mirado con horror durante su vida. Pero ¡qué sentimientos de temor y de susto no inspirará en el alma de todos los hombres la voz atronadora de los ángeles que llamará á todos los muertos para que vengan á comparecer ante el tribunal del soberano Juez para oir allí el decreto fulminante de su eterno destino!

Aprended, añade el Salvador, *una parábola tomada de la higuera.* Cuando sus hojas aparecen, conoceis que está próximo el estío; del mismo modo cuando viéreis todas estas cosas, sabed que el Hijo del hombre está próximo ya á la puerta. Por esta comparacion, que era un proverbio entre los judíos y todos los pueblos de Oriente, advierte Jesucristo á sus apóstoles y á todos los judíos convertidos á la fe, que estén atentos á todas las señales que acaba de darles, á fin de que no se vean envueltos ellos mismos en las calamidades públicas; tambien es una advertencia que da el Salvador á los cristianos de los últimos tiempos para que no sean sorprendidos por el dia terrible de su ira. *En verdad os digo, que no pasará esta generacion sin que todo esto suceda.* Con respecto á la ruina de Jerusalen, puede entenderse por esta generacion el siglo en que el Salvador vaticinaba todas estas calamidades; y en efecto, todo lo que habia predicho se vió cumplido en el espacio de cuarenta años. Con respecto al fin del mundo, se debe entender por esta generacion, ó la última edad del mundo y de todo el género humano, segun san Jerónimo; ó la Iglesia,

segun san Crisóstomo, la cual debe subsistir, á pesar de todas las persecuciones, hasta el fin del mundo.

El cielo y la tierra pasarán; mas por lo que hace á mis palabras, no pasarán. Hé aquí la última edad del mundo; y yo os digo en verdad, que no concluirá sin que hayan sucedido todas las cosas que os he dicha. Mis palabras son oráculos que no pueden engañar. El cielo, aunque incorruptible, y la tierra, aunque inmoble, pueden perecer y volver á caer en la nada; pero lo que yo digo no puede faltar, supuesto que todo lo que debe suceder hasta el fin de los siglos me está presente; lo mas estable en la naturaleza está sujeto á la mudanza, y solo las verdades que yo os anuncio es lo que hay constante y eterno.

Comienza y concluye la Iglesia el año eclesiástico por el evangelio del fin del mundo y del último juicio; y cada uno de estos evangelios, el uno segun san Mateo, el otro segun san Lucas, termina por estas palabras: *El cielo y la tierra pasarán; mas por lo que hace á mis palabras, no pasarán:* quiere decirnos que el pensamiento del juicio último debe acompañarnos toda la vida. San Jerónimo y muchos otros grandes santos le tenian siempre presente, y esta terrible verdad era el asunto ordinario de su meditacion diaria. Como la Iglesia alimenta todos los dias á sus hijos con el pan de la palabra de Jesucristo, dándonos cada dia su Evangelio, nos advierte, el primero y el último dia del año, que el cielo y la tierra y todas las cosas pueden estar sujetas á la mudanza, que todo es caduco, que todo puede hasta dejar de subsistir; pero que el Evangelio de Jesucristo es eterno é inalterable. La verdad de su palabra no depende ni del humor ni

del capricho de los hombres, ni de la vicisitud del tiempo, ni de las revoluciones de la naturaleza. Todo lo que Jesucristo nos ha dicho es infalible, y lo será eternamente. Créase ó no, practíquese ú omítase, todas las palabras de Jesucristo son oráculos: creámosle, ó no le creamos, no hay propiamente verdad sino lo que Dios nos dice.

La oracion de la misa de este dia es como sigue.

Os suplicamos, Señor, que exciteis por vuestra gracia las voluntades de vuestros fieles, á fin de que produciendo con fervor el fruto de las buenas obras, reciban de vuestra bondad mayores auxilios y remedios mas eficaces para sus males. Por nuestro Señor Jesucristo, etc.

La epistola es del apóstol san Pablo á los Colosenses, tomada del cap. 1.

Hermanos mios: No cesamos de rogar á Dios por vosotros, y de pedirle que os conceda un pleno conocimiento de su voluntad, con toda la sabiduría y toda la inteligencia de las cosas del espíritu, á fin de que observeis una conducta digna de Dios, procurando todos los medios de agradarle; fructificando por todo género de obras buenas, y adelantando en el conocimiento de Dios; pertrechandoos de toda la fortaleza posible por la participacion de su poder glorioso; sufriéndolo todo con paciencia, con constancia y con alegría; tributando acciones de gracias á Dios Padre, que por su luz nos ha hecho dignos de participar de la herencia de los santos; que nos ha sacado del poder de las tinieblas, y nos ha trasladado al reino de su Hijo muy amado, en el cual tenemos por su sangre la remision de los pecados, que hace la redencion.

NOTA.

Algunos autores han creido falsamente que san Pablo habia escrito esta carta á los Rodios, célebres por su famoso coloso del sol; pero es indudable que

ha sido dirigida á los Colosenses de Frigia. Habian estos sido convertidos por Epafras, discípulo de los apóstoles. San Pablo no los habia visto; pero habiendo sabido los errores que ciertos falsos apóstoles les predicaban, les escribió para instruirles y volverles á atraer á la pureza de la fe.

REFLEXIONES.

A fin de que observeis una conducta digna de Dios, procurando todos los medios de agradarle. Hé aquí en alguna manera en compendio toda la moral cristiana. Una conducta digna de Dios es la conducta de un hombre abrasado en amor de Dios, y que procura agradarle por todos los medios. Es la conducta de un hombre sin amor propio, sin interés, sin ambicion; de un hombre en todo tiempo severo consigo mismo, que nada se perdona, y dulce con los demás, en cuyo favor todo lo excusa. Atento sin afectacion, complaciente sin cobardía, obsequioso sin interés, extraordinariamente exacto sin escrúpulo, continuamente unido á Dios sin fatiga: jamás ocioso, sin ostentar demasiada solicitud; jamás excesivamente ocupado, y todavía menos distraido por los negocios, porque conserva siempre su corazon libre, no ocupándole mas que con su gran negocio, que es el negocio de su salvacion. Lleno de sentimientos bajos de sí mismo, siempre aprecia á los demás, porque no mira en ellos mas que las virtudes que tienen, al paso que en sí mismo no considera mas que sus defectos. No conduciéndose sino por las máximas sobrenaturales, no piensa que los que le desprecian le hacen agravio, porque no cree que se le deba el honor que le hacen. Es un hombre siempre en paz, siempre

igual, á quien no hinchan los sucesos prósperos, ni abaten los mas terribles accidentes, porque sabe que los bienes y los males de esta vida vienen siempre de la misma mano. Y como la sola voluntad de Dios es la regla de su conducta, hace siempre todo lo que Dios quiere, y quiere siempre todo lo que Dios hace. No considerándose mas que como extranjero en la tierra, todo su comercio es con el cielo. Dios solo es su tesoro, y así es que no suspira mas que por la posesion de Dios. Y como todo su deseo, toda su ambicion es agradarle, toda su aplicacion es fructificar por todo género de obras buenas, y todo su estudio adelantar en el conocimiento de Dios. En efecto, cuanto mas se conoce á Dios, mas se le ama, y el amor no fué jamás ni ocioso, ni infructuoso. Esta es la conducta digna de Dios que san Pablo pide á los Colosenses, y en su persona á todos los fieles. ¿Y es esta la conducta de los cristianos de nuestros dias? La conducta tan poco cristiana de los mundanos, de esas gentes esclavas de sus pasiones, de esas mujeres que se confundirian con las mujeres paganas, ¿es una conducta digna de Dios? La vida y la conducta tan poco edificante de esas personas consagradas á Dios por su estado ¿es digna de Dios? Y el gusto, el dia de hoy tan general, por el mundo y por el placer, la relajacion tan universal, el disgusto de la devocion, tan comun en estos tiempos, la aversion y hasta el desprecio de las máximas mas sagradas del Evangelio, todo esto ¿presenta una conducta digna de Dios, y un gran deseo de agradarle? Pero ¡Dios mio! con una conducta tan indigna de vos y del nombre de cristiano ¿qué es lo que nos hace confiar? y con unas costumbres tan poco cristianas

¿no nos privamos del derecho que hemos adquirido per el bautismo á la herencia de los santos?

El evangelio de la misa de este dia es lo que sigue, tomado del cap. 24 de san Mateo.

En aquel tiempo, dijo Jesus á sus discípulos : Cuando viereis en el lugar santo la abominacion de la desolacion de que ha hablado el profeta Daniel (el que lee, que comprenda) : los que estuvieren en la Judea, huyan á los montes; el que entonces se hallare sobre el techo, no baje á tomar cosa alguna de su casa; y el que se encontrare en el campo, no vuelva atrás para tomar su vestido. ¡Ay de las mujeres que en aquel tiempo estuvieren preñadas, y de las que alactasen sus hijos! Sin embargo, pedid que no tengais que huir en invierno, ni en el dia del sábado. Porque la desolacion será grande, y tal que no la habrá habido semejante desde el principio del mundo hasta ahora, ni la habrá jamás. Entonces, si alguno os dice : Ahí está el Cristo, ó allá está, no lo creais; porque aparecerán falsos cristos y falsos profetas, que harán cosas tan extraordinarias y tan prodigiosas, que los mismos elegidos, si fuera posible, serian engañados. Vosotros veis que os lo he dicho con anticipacion. Si, pues, os dijeren : Hélo allá, en el desierto está; hélo aquí en lo interior de la casa, no creais nada. Porque así como el relámpago parte del Oriente, y se deja ver hasta el Occidente, del mismo modo sucederá la venida del Hijo del hombre. En cualquiera parte que esté el cuerpo, se congregarán tambien las águilas. Pero inmediatamente despues de estos dias de tribulacion, el sol se oscurecerá, la luna no alumbrará, las estrellas caerán del cielo, y las virtudes celestiales se conmoverán. Entonces la señal del Hijo del hombre aparecerá en el cielo; entonces todas las naciones de la tierra harán público su dolor, y verán venir al Hijo del hombre sobre las nubes con gran poder y majestad. Al mismo tiempo enviará sus ángeles con la trompeta, y una voz estrepitosa congregará sus elegidos de las cuatro partes de la tierra, de un extremo del cielo á otro. Ahora bien, atended á una parábola tomada de la higuera : cuando comienza á tener ramas tiernas, y brotan las hojas, conoceis

que está cerca el estío; del mismo modo vosotros, cuando viéreis todas estas cosas, sabed que el Hijo del hombre está próximo, y á la puerta. En verdad os digo que no pasará esta generacion sin que esto suceda. El cielo y la tierra pasarán; pero mis palabras no pasarán.

MEDITACION.

SOBRE LA GRAN VERDAD QUE *todo pasará; pero la palabra de Dios no pasará.*

PUNTO PRIMERO.

Considera que todo pasa; todo está sujeto á la caducidad en el mundo: grandezas mundanas, monarquías poderosas cimentadas con la sangre de tantas víctimas de la ambicion, leyes autorizadas con los sellos mas sagrados, edictos, decretos, usos, todo está sujeto á la revolucion, todo se altera con el tiempo, todo se gasta, todo muda; de suerte que Salomon ha dicho con razon: que *nada hay estable bajo del sol* (1). Hablando David de los cielos que son la obra de las manos del Señor, de la tierra que él mismo ha sentado sobre sus fundamentos, y comprendiendo bajo de estos dos objetos todo lo que hay mas firme y mas durable en el mundo, exclama: todo esto perderá un dia toda su belleza, todo su brillo, todo se gastará como un vestido; pero *vos, ó Dios mio, permaneceréis siempre el mismo.* Todo tiene sus edades, y todo envejece. *Vos mudaréis todas las cosas,* dice el Sabio, *como se muda una capa vieja* (2); *todo muda, todo pasa; pero vos, Señor,* repite David, *no mudais, y los años no pasan para vos* (3). Del mismo modo todo se desmiente, á excepcion de la pala-

(1) Eccl. 2. — (2) Ibid. — (3) Salmo 101.

bra de Dios; sus oráculos son infalibles, y nada puede debilitar ni alterar la verdad y la santidad de sus máximas y de sus leyes. Todo lo que el Salvador ha dicho es verdad; sus consejos, sus preceptos son oráculos que la verdad esencial y eterna ha pronunciado. Sutilice y refine el entendimiento del hombre cuanto le agradare; ponga en tortura su razon para eludir todo lo que le parece demasiado incómodo al amor propio en la ley del Señor, y demasiado severo en el Evangelio: la verdad de todo lo que el Salvador nos ha dicho subsistirá eternamente. Corrómpase cuanto se quiera la palabra de Dios con falsas interpretaciones; disfrácesela con vanas sutilezas; fórmese cada uno á su gusto un sistema de conciencia cómodo é indulgente, apoyado en mil autoridades; parezca haber prescrito por el no uso el olvido de las máximas mas santas del Evangelio; siempre será verdad que no estamos en este mundo sino para trabajar en el negocio de nuestra salvacion, y que propiamente no tenemos mas que este solo negocio. Siempre será verdad que el camino que conduce á la vida es estrecho; que hay pocos que vayan por este camino estrecho; que es menester llevar su cruz todos los dias; que es menester hacerse violencia todas las horas del dia. Siempre será verdad que el Evangelio es la única regla de las costumbres; que el espíritu y las máximas del mundo son enteramente opuestos al espíritu y á las máximas de Jesucristo; que es en vano que el hombre se lisonjee de pertenecer al número de los discípulos de Jesucristo, si vive segun el espíritu y las máximas del mundo. En fin, siempre será verdad que una vida blanda, deliciosa, mundana, no fué jamás una vida cristiana; que es preciso

dar cuenta á Dios de todos los talentos que se han recibido; de todo el bien que se debia hacer, y no se ha hecho; de todo el mal que se ha hecho, y aun de todas las palabras ociosas. Que la relajacion debilite la fe; que el libertinaje sufoque los sentimientos de religion; que los malos ejemplos adormezcan: las verdades del Evangelio no envejecerán jamás; todo lo que Jesucristo ha dicho es verdad; sus palabras no pasarán; nuestra religion es tan invariable en su moral como en sus dogmas. ¡Ah, Señor, en qué vendrán, pues, á parar tantos malos cristianos!

PUNTO SEGUNDO.

Considera que si las palabras de Jesucristo son tan infalibles; si sus amenazas son tan seguras como sus promesas; si todo lo que contiene su Evangelio es palabra de Jesucristo; si lo que contienen de santo y perfecto tantos libros de piedad no es mas que un extracto del Evangelio: ¿qué deben pensar, ó mejor, qué no deben temer tantas personas para quienes todos estos auxilios y estas lecciones son inútiles? ¡Qué cuenta tan terrible no tendrán que dar á Dios los que abusaren de tantas instrucciones saludables y de tan poderosos socorros! Sin hablar de tantas otras obras piadosas, llenas del espíritu de Dios y de uncion, ¿qué auxilios no han podido hallar en estos ejercicios de piedad para todos los dias del año? ¿qué ejemplos tan grandes de virtud en la vida de tantos santos, tan propios para confundir nuestra flojedad, para hacernos volver de nuestros extravios, para servirnos hasta de guias, ó al menos de modelos? ¿qué lecciones de conducta mas saludables y

mas seguras que las que habrán encontrado en el evangelio y en la epístola de cada dia? ¿qué de verdades prácticas en las reflexiones y en las meditaciones sobre las epístolas y evangelios? por fin, ¿dejarán algun pretexto á nuestra cobardía y á nuestra ignorancia todas estas prácticas de piedad tan circunstanciadas y puestas al alcance de todo género de personas? Instruidos de lo que Dios pide de nosotros, ¿qué es lo que puede asegurarnos, si no hacemos lo que Dios pide? ¿Creemos que nuestros pretextos, nuestras excusas, ó por hablar con mas propiedad, nuestras repulsas, debilitarán la infalibilidad del oráculo? ¿Nos será admitido el decir: nosotros hemos respetado la palabra de Jesucristo; hemos vivido persuadidos que todo lo que ha dicho es verdad; hemos creido que no habia otro camino para ir al cielo que el que nos ha enseñado; pero nosotros no le hemos seguido, porque el mayor número de aquellos con quienes hemos vivido llevaban otro, y la multitud nos ha arrastrado consigo? No, no ignoramos que todo pasa, que nosotros mismos pasamos tambien en cada momento; que los bienes y males de esta vida pasan; pero la palabra de Jesucristo no pasará. Todo lo que él ha dicho del juicio último, del rigor y de la duracion eterna de las penas del infierno; de la felicidad y de los gozos inefables de los santos en el cielo; del mérito de los sufrimientos y de las adversidades de los justos en esta vida todo es verdad, todo es infalible, y todo lo que es contrario á estos oráculos no es mas que error é ilusion. ¿Cuál será, pues, la suerte de aquellos que no hayan creido estas grandes verdades, ó que las hubieren alterado? ¿cuál será el destino de aquellos que, habiendo tenido fe, no

hubieren vivido conforme á su creencia? ¡Qué desdicha la de aquellos que no hubieren muerto en el seno de la Iglesia católica, apostólica, romana, única depositaria de la verdadera fe y de la palabra de Jesucristo, ó que, habiendo vivido y muerto en su seno, no han seguido su moral! En su escuela es en donde debe aprenderse lo que es necesario creer, y lo que es menester hacer para salvarse.

Este será tambien, Señor, todo mi estudio, mediante el auxilio de vuestra gracia. Vos sois la verdad, el camino y la vida; escuchando con docilidad vuestra divina palabra, y caminando con fidelidad por este camino, espero que me haréis la gracia de que llegue á aquel dichoso término que es la vida eterna y el colmo de todas las felicidades. Amen.

JACULATORIAS.

Dichosos los que oyen la palabra de Dios, y la ponen en práctica. *Luc.* 11.

Vuestra palabra, Señor, será de hoy en adelante una antorcha que conducirá mis pasos; una luz que me descubrirá el camino que debo tomar. *Salmo* 118.

PROPOSITOS.

1.° El cielo y la tierra pasarán; desvaneceránse las grandezas humanas; vendrán al suelo las fortunas mas brillantes, por mas bien cimentadas que estén: placeres, honras, dignidades, riquezas, todo tiene sus edades, todo tiene sus períodos; cuando se ha llegado al fin de la subida, es preciso descender: solo á fuerza de remo se sube rio arriba: pero apenas se deja de bogar, se desciende. Todo envejece cada dia

y en cada hora, todo pasa con rapidez, todo se nos escapa, y nosotros pasamos tambien; pero las palabras de Jesucristo no pasarán. Todas sus lecciones son verdades, y todas estas verdades son eternas. Seguir al mundo, es dejarnos llevar del torrente en donde nos anegamos; seguir la inclinacion de las pasiones, es correr á nuestra pérdida; apoyarnos en las criaturas, es asirnos á un junco que se dobla, á una caña que nos hiere al romperse. Penetrémonos bien de esta importante verdad. Meditémosla sin cesar, y no perdiendo jamás de vista las verdades del Evangelio, ejercitémonos todos los dias en la práctica de lo que nos enseña, que es lo que Jesucristo nos ha dicho.

2.° Como es hoy el último dia del año eclesiástico, destinemos una hora, ó á lo menos media de la tarde, para recordar por mayor en nuestro espíritu todas las verdades de dogma y de moral práctica que hemos encontrado en esta obra del Año Cristiano. Todas estas grandes verdades, sacadas del Evangelio, no pasarán. El mundo verá pasar sus partidarios y sus esclavos; el tiempo verá pasar las modas, los usos, las máximas del mundo; pero las de Jesucristo no pasarán. Nosotros las hemos hallado circunstanciadas, explicadas en esta obra; tal vez han sido ellas el asunto de nuestra lectura diaria, y ellas han debido ser el de nuestras reflexiones: ¿han sido, pues, ellas el fundamento de nuestra conducta? ¿qué fruto hemos sacado de ellas? ¡qué cuenta no tendremos que dar de tantas lecciones que se nos han dado, si no nos hemos aprovechado de ellas! Se nos ha mostrado el camino del cielo; ¿hemos adelantado mucho en el? Se nos ha enseñado la ciencia de los santos:

?hemos aprovechado mucho en ella? Y despues de haber visto tan grandes ejemplos de virtud, despues de haber leido tantas prácticas santas, ¿nos hemos hecho mas cristianos y mas santos? Supuesto, pues, que las palabras de Jesucristo no deben pasar jamás, arreglemos de hoy en adelante nuestras costumbres y nuestra conducta á sus palabras, y comenzando de nuevo á leer este Año Cristiano, tomemos hoy una resolucion firme de adelantar todos los dias en la vida cristiana.

FIN.

TABLA

DE LOS TÍTULOS QUE SE CONTIENEN EN ESTE QUINTO TOMO.

	Pág.
TERCER DOMINGO DESPUES DE PENTECOSTÉS,	1
Historia de este domingo	*ib.*
La epístola de la misa,	16
Reflexiones sobre la epístola,	*ib.*
El evangelio de la misa,	19
Meditacion. — De la alegría que causa en el cielo la conversion de un pecador,	*ib.*
Propósitos,	23
CUARTO DOMINGO DESPUES DE PENTECOSTÉS,	25
Historia de este domingo,	*ib.*
La epístola de la misa,	36
Reflexiones sobre la epístola,	37
El evangelio de la misa,	39
Meditacion. — De la renuncia que debemos hacer de todo lo que mas amamos por amor de Jesucristo,	40
Propósitos,	43
QUINTO DOMINGO DESPUES DE PENTECOSTÉS,	44
Historia de este domingo,	*ib.*
La epístola de la misa,	60
Reflexiones sobre la epístola,	61
El evangelio de la misa,	63
Meditacion. — De la caridad que debe tenerse con el prójimo,	*ib.*
Propósitos,	67
SEXTO DOMINGO DESPUES DE PENTECOSTÉS,	68
Historia de este domingo,	*ib.*

Pág.
Explicacion de las ceremonias del bautismo, 75
La epístola de la misa, 89
Reflexiones sobre la epístola, 90
El evangelio de la misa, 92
Meditacion. — Del cuidado que Dios tiene con los que se dedican á su servicio y le siguen, *ib.*
Propósitos, 96

Séptimo domingo despues de Pentecostés, 97
Historia de este domingo, *ib.*
La epístola de la misa, 107
Reflexiones sobre la epístola, 108
El evangelio de la misa, 110
Meditacion. — De la verdadera devocion, 111
Propósitos, 115

Octavo domingo despues de pentecostés, 117
Historia de este domingo, *ib.*
La epístola de la misa, 129
Reflexiones sobre la epístola, 130
El evangelio de la misa, 132
Meditacion. — De la limosna, 133
Propósitos, 136

Nono domingo despues de Pentecostés, 138
Historia de este domingo, *ib.*
La epístola de la misa, 151
Reflexiones sobre la epístola, 152
El evangelio de la misa, 154
Meditacion. — Qué desdicha es el no corresponder á la gracia, 155
Propósitos, 159

Décimo domingo despues de Pentecostés, 160
Historia de este domingo, *id.*
La epístola de la misa, 172
Reflexiones sobre la epístola, 173

Pág.
El evangelio de la misa, 175
Meditacion. — De la humildad cristiana, *ib.*
Propósitos, 179

UNDÉCIMO DOMINGO DESPUES DE PENTECOSTÉS, 181
Historia de este domingo, *ib.*
La epístola de la misa, 195
Reflexiones sobre la epístola, 196
El evangelio de la misa, 199
Meditacion. — De la verdadera piedad propia de cada estado, *ib.*
Propósitos, 204

DUODÉCIMO DOMINGO DESPUES DE PENTECOSTÉS, 206
Historia de este domingo, *ib.*
La epístola de la misa, 218
Reflexiones sobre la epístola, 219
El evangelio de la misa, 221
Meditacion. — De las obras de misericordia, 222
Propósitos, 226

DÉCIMOTERCIO DOMINGO DESPUES DE PENTECOSTÉS, 228
Historia de este domingo, *ib.*
La epístola de la misa, 240
Reflexiones sobre la epístola, 241
El evangelio de la misa, 243
Meditacion. — Que no hay otro mal verdadero en la tierra mas que el pecado, 244
Propósitos, 247

DÉCIMOCUARTO DOMINGO DESPUES DE PENTECOSTÉS, 249
Historia de este domingo, *ib.*
La epístola de la misa, 262
Reflexiones sobre la epístola, 263
El evangelio de la misa, 265
Meditacion. — Que no es posible servir á Dios y al mundo á un mismo tiempo, 266
Propósitos, 271

Pag.
DÉCIMOQUINTO DOMINGO DESPUES DE PENTECOSTÉS, 272
Historia de este domingo, *ib.*
La epístola de la misa, 283
Reflexiones sobre la epístola, 284
El evangelio de la misa, 286
Meditacion. — La muerte es dulce para los buenos, y terrible para los pecadores, *ib.*
Propósitos, 290

DÉCIMOSEXTO DOMINGO DESPUES DE PENTECOSTÉS, 292
Historia de este domingo, *ib.*
La epístola de la misa, 304
Reflexiones sobre la epístola, 305
El evangelio de la misa, 307
Meditacion. — Del orgullo, *ib.*
Propósitos, 311

DECIMOSÉPTIMO DOMINGO DESPUES DE PENTECOSTÉS, 313
Historia de este domingo, *ib.*
La epístola de la misa, 325
Reflexiones sobre la epístola, 326
El evangelio de la misa, 328
Meditacion. — De los defectos que se hallan en el amor que nos lisonjeamos tener á Dios, *ib.*
Propósitos, 332

DÉCIMOOCTAVO DOMINGO DESPUES DE PENTECOSTÉS, 334
Historia de este domingo, *ib.*
La epístola de la misa, 345
Reflexiones sobre la epístola, 346
El evangelio de la misa, 349
Meditacion. — Que no hay verdadera felicidad sobre la tierra sino en el servicio de Dios, *ib.*
Propósitos, 352

DÉCIMONONO DOMINGO DESPUES DE PENTECOSTÉS, 354
Historia de este domingo, *ib.*

Pág.
La epístola de la misa. 366
Reflexiones sobre la epístola, *ib.*
El evangelio de la misa, 369
Meditacion. — Sobre el pequeño número de los que se salvan, *ib.*
Propósitos, 374

VIGÉSIMO DOMINGO DESPUES DE PENTECOSTÉS, 376
Historia de este domingo, *ib.*
La epístola de la misa, 386
Reflexiones sobre la epístola, *ib.*
El evangelio de la misa, 388
Meditacion. — De la pronta obediencia á la voz de Dios, 389
Propósitos, 393

VIGÉSIMO PRIMER DOMINGO DESPUES DE PENTECOSTÉS, 395
Historia de este domingo, *ib.*
La epístola de la misa, 404
Reflexiones sobre la epístola, 405
El evangelio de la misa, 407
Meditacion. — Del perdon de las injurias, 408
Propósitos, 411

VIGÉSIMO SEGUNDO DOMINGO DESPUES DE PENTECOSTÉS, 412
Historia de este domingo, *ib.*
La epístola de la misa. 421
Reflexiones sobre la epístola, 422
El evangelio de la misa, 424
Meditacion. — Del estado del pecado mortal, *ib.*
Propósitos, 428

VIGÉSIMO TERCER DOMINGO DESPUES DE PENTECOSTÉS, 430
Historia de este domingo, *ib.*
La epístola de la misa, 442
Reflexiones sobre la epístola, 443
El evangelio de la misa, 445

Pág.
Meditacion. — De la importancia de la salvacion, 446
Propósitos, 449

VIGÉSIMO CUARTO Y ÚLTIMO DOMINGO DESPUES DE PENTECOSTÉS, 450
Historia de este domingo, *ib.*
La epístola de la misa, 470
Reflexiones sobre la epístola, 471
El evangelio de la misa, 473
Meditacion. — Sobre esta gran verdad : *Todo pasará ; pero la palabra de Dios no pasará,* 474
Propósitos, 478

FIN DE LA TABLA.

SCEAUX. — IMP. CHARAIRE É HIJO.